

OBRAS COMPLETAS

José Hernández



VOLUMEN 4

OBRA LITERARIA



CONICYT
UNLP

IdIHCS

Instituto de Investigaciones en
Humanidades y Ciencias Sociales

OBRAS COMPLETAS

José Hernández

VOLUMEN 4

OBRA LITERARIA

Hernández, José

Obras completas : José Hernández : obra Literaria / José Hernández ; prólogo de María Celina Ortale. - 1a ed. - Villa María : Eduvim, 2018.

v. 4, 548 p. ; Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

OC 978-987-699-528-3

ISBN 978-987-699-553-5

1. Obra Literaria. I. Ortale, María Celina, prolog. II. Lois, Elida, , prolog. III. Título.
CDD A860

©2018

Editorial Universitaria Villa María

Chile 253 – (5900) Villa María, Córdoba, Argentina

Tel.: +54 (353) 4539145

www.eduvim.com.ar

© María Celina Ortale, Élide Lois, Julio Schwartzman, por cada uno de sus textos.



Editora: Jesica Mariotta

Diseño de tapa y maquetación: Gabriela Callado



Obra bajo Licencia Creative Commons

Atribucion-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional

CC BY-NC-ND

Esta licencia permite a Ud. sólo descargar la obra y compartirla con otros usuarios siempre y cuando se indique el crédito de autor y editorial. No puede ser cambiada de forma alguna ni utilizarse con fines comerciales.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones publicadas por EDUVIM incumbe exclusivamente a los autores firmantes y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista ni del Director Editorial, ni del Consejo Editor u otra autoridad de la UNVM.

OBRAS COMPLETAS

José Hernández

VOLUMEN 4

OBRA LITERARIA



CONICET UNLP

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES EN HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

Presidente CONICET

Alejandro Ceccatto

Presidente UNLP

Fernando Tauber

Directora Centro Científico Tecnológico CONICET La Plata

Pilar Peral García

Decana Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Ana Julia Ramírez

Directora IdIHCS

Gloria B. Chicote

Vicedirector IdIHCS

Antonio Camou

OBRAS COMPLETAS

Editora Científica

María Celina Ortale

Asesora Científica

Élida Lois

Transcripción

Facundo Arata, Diego Aristi, Yamila Benítez,
Lorena Dugaro, Laura Giaccio, Mercedes Mariani,
María Celina Ortale, Valeria Tetti y Emmanuel Urbina.

Documentación

Biblioteca Nacional Mariano Moreno (ediciones facsimilares, Laura Rosato)
Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires Doctor Ricardo Levene
Museo Histórico José Hernández Chacra Pueyrredón)

Apoyo a la Edición Científica

Lorena Dugaro, Mercedes Mariani,
Federico Bibbó (notas, textos preliminares, índices);
María Virginia Fuente (revisión general)

Asistencia documental y técnica

Hernando D. Barcelona (fotografía);
Marina Borrell y María Virginia Fuente
(Bibliografía 2001-2014: asesoramiento y elaboración de referencias).

Índice

Estudio filológico preliminar, <i>por María Celina Ortale</i>	11
Vida del Chacho	27
Rasgos biográficos del General D. Ángel V. Peñaloza (1863-1875)	27
El Martín Fierro (1872-1883)	57
Releer el Martín Fierro desde las Obras Completas de José Hernández, <i>por Élide Lois</i>	59
El Moreno de la payada: una épica de la derrota, <i>por Julio Schwartzman</i>	75
Características de la edición de El gaucho Martín Fierro y La vuelta de Martín Fierro	115
La Ida	117
Carta a Don José Zoilo Miguens	119
Advertencia editorial	121
<i>El gaucho Martín Fierro</i> (1872-1883)	127
La Vuelta	201
Cuatro palabras de conversación con los lectores	203
<i>La vuelta de Martín Fierro</i> (1879)	209
Miscelánea (1872-1883)	363
<i>El camino trasandino</i> (1872) - artículo de doctrina práctica	365
Manifiesto del Jefe de la Revolución Entrerriana	377
Peritexto de la 12ª edición de El gaucho Martín Fierro (1883)	395
Carta de Miguel Cané	395

Carta de Bartolomé Mitre	398
Carta de Nicolás Avellaneda	399
Carta de Ricardo Palma	400
Carta de Juana Manuela Gorriti	401
Carta de José Tomás Guido	402
Carta de Adolfo Saldías	404
Artículos de Pablo Subieta	408
Artículo de La América del Sud	421
Artículo de La Biblioteca Popular	424
Artículo de <i>La Capital</i>	428
Juicio crítico de Juan María Torres	429
Carta de Juan María Torres	459
Carta de Mariano Pelliza	461
Noticia de El Mercantil	463
Noticia de <i>La Tribuna</i> de Montevideo	465
Noticia de <i>El Mercurio</i> de Rosario	468
Poesía al <i>Martín Fierro</i> de José María Zuviría	472
Carta poética al <i>Martín Fierro</i> de Salvador Mario	475
Discurso de Oroño en el Senado	477
Breve noticia de <i>La Nación</i>	478
“El payador” de Magariños Cervantes	479
Carta de Hernández a los editores de la 8ª edición	481
Nota de los editores de la 8ª edición	487
Nota de los editores de la 10ª edición	488
Nota de los editores de la 11ª edición	490
Carta del editor de la 10ª edición	491
Otros poemas (1855-1878)	493
Criterios seguidos en la edición de los <i>Otros poemas</i>	495
A mi amigo D.R.L.B	496
Un cielito ateruterao dirigido a Aniceto el Gallipavo	498

El cielito de la luz dedicado al Ejército que va a invadir Güenos Aires	505
A Carolina	518
A ANA, remitiéndole un libro	519
Improvisación	523
Cantares (firmado el payador José Pepe)	525
Los dos besos	526
Después del teatro (madre e hija)	529
El Carpintero	530
Cantares (1876)	531
El viejo y la niña	532
Cantares (1878)	536
Carta que el gaucho Martín Fierro dirige a su amigo don Juan Manuel Blanes, con motivo de su cuadro “Los treinta y tres Orientales”	537



Estudio filológico preliminar

por María Celina Ortale

Problemática textual de *Vida del Chacho*

José Hernández publicó tres veces la biografía del caudillo riojano conocido popularmente como el Chacho. En el momento en que corría fresca la noticia de su asesinato, durante el mes de noviembre de 1863, y siendo solo un desconocido periodista porteño, sacó una serie de artículos en su diario *El Argentino* de Paraná, que intentaba detallar la muerte del caudillo y describir su larga vida de patriota.

La segunda publicación de estos textos ya tuvo forma de folleto. Hernández compiló estos artículos, casi inmediatamente después que vieron la luz y en la misma ciudad, el 1º de diciembre del mismo año del asesinato del Chacho.

La tercera edición quedó más espaciada. Luego de doce años, Hernández repuso el texto sobre la vida del caudillo riojano, una vez que se encontraba definitivamente en Buenos Aires al amparo de la política de Avellaneda, en 1875, y cuando ya era el conocido autor de *El gaucho Martín Fierro*.

Ediciones de Hernández

La serie de artículos que apareció en *El Argentino* de Paraná y que vendría a conformar la primera edición (1ª), mencionada por varios estudiosos de la obra de nuestro autor, es hoy imposible de hallar ya que el diario se encuentra extraviado. Solo en la Biblioteca de la Uni-

versidad Nacional de La Plata hemos hallado conservados algunos números de este periódico, pero únicamente de los meses de febrero, marzo, abril y mayo, en los que sí se puede rastrear material pre-redaccional interesante para el análisis de la obra.

La segunda edición (2ª) se tituló *Rasgos biográficos del General D. Angel V. Peñaloza*. Colección de artículos publicados en “El Argentino”.¹

Suponemos, por el título, que consistió simplemente en la recopilación de las entregas publicadas de manera separada (el diario salía los martes, jueves y sábados de cada semana) en un folleto organizado ya en partes y capítulos. No pudimos cotejar hasta hoy, por lo que hemos explicado, las variantes hipotéticas entre el folleto y los artículos periodísticos originales; pero, conjeturamos que no serían demasiadas. La proximidad de las ediciones (apenas unos días de diferencia: la primera edición salió durante el mes de noviembre de 1863, y la segunda edición el 1º de diciembre de 1863) no le daba margen al autor para modificar mucho sus opiniones, ni para corregir demasiado un texto polémico nacido al ritmo de los acontecimientos políticos.

La tercera edición (3ª) fue titulada *Vida del Chacho; Rasgos biográficos del General D. Angel V. Peñaloza*, ya es bastante posterior.² Muchos años pasaron y el pensamiento de Hernández había tomado nuevos rumbos. Así, en razón de la maduración política y literaria del autor, se introdujeron numerosas modificaciones que daban una versión un tanto diferente sobre el caudillo riojano: el nuevo texto salía con notorias supresiones, varias sustituciones y algunos agregados significativos. Particularmente, hay que señalar que Hernández cambió el tono general de su prosa, ya no tan polémica ni panfletaria. Una nueva actitud lo impulsaba a retocar imputaciones violentas y a disimular anti-gueros partidismos.

Reedición de Hernández de 1875

Este es el año de su definitivo retorno a Buenos Aires después de que el llamado a la conciliación nacional del Presidente Avellaneda permitiera el regreso de los interdictos y Hernández intentaba sumar-

¹ HERNÁNDEZ, J., *Rasgos biográficos del General D. Angel V. Peñaloza*. Colección de artículos publicados en *El Argentino* (Segunda Edición), Paraná, Diciembre 1º de 1863.

² HERNÁNDEZ, J., *Vida del Chacho; Rasgos biográficos del General D. Angel V. Peñaloza*, Buenos Aires, Ángel da Ponte Editor, 1875.

se al nuevo estado político del país, presentando su obra radicalmente moderada por una postura más cautelosa y política, y una visión contenida del caudillo riojano.

Debemos observar, sin embargo, que esta reelaboración de la biografía fue realizada por Hernández entre la publicación de la 8ª ed. de la *Ida*, durante la preparación de la 9ª y unos años antes del comienzo de la redacción de la *Vuelta* (que verá la luz en 1879). Evidentemente se trata de un período particular en la evolución del pensamiento de Hernández, de gran reflexión textual, de escrituras y reescrituras, marchas y contramarchas. La situación política singular del país, la vuelta del propio escritor a Buenos Aires, los preludios de su incorporación al Partido Autonomista (que se efectivizó ese mismo año) y su ya inobjetable fama de autor del *Martín Fierro* (un éxito que motivó reediciones con tiradas cada vez más nutridas y hasta ediciones piratas), le daban un marco interesante a estas reescrituras que de hecho concitaron gran interés público.

Material pre-redaccional

El material pre-redaccional nos ayuda a reconstruir el proceso de producción del texto. Hernández se había exiliado en Paraná hacia 1858 en oposición a la política porteña; se definía así un contrincante de Mitre y Sarmiento. Casi toda su producción periodística de esos años se encargaba de batallarlos y creaba expresamente para ello el diario *El Argentino*, que vería la luz solo durante 1863. En este diario se ve la notoria preocupación del editor por seguir los sucesos del Interior del país, convulsionado por la administración porteña. Hernández se mostraba atento al movimiento de todos los caudillos entre los que se destacaba el Chacho, viejo patriarca riojano en oposición al sistema político gobernante. Desde los primeros números seguiría su suerte, gestando lo que será posteriormente *Rasgos biográficos del General D. Ángel V. Peñaloza*.

La tirada que consultamos comprende las siguientes fechas: desde el número inaugural del martes 3 de febrero, los días 5, 7, 10, 12, 14, 17 y 19 del mismo mes; 7, 10, 12, 14, 17, 19, 21, 24 y 26 de marzo; 18, 21, 23, 25, 28 y 30 de abril; y 2, 5, 7 y 30 de mayo.

Desde el primer número del periódico se ve el interés de Hernández en seguir las actividades del Chacho. Hallamos la primera referencia a

Peñaloza en el diario del sábado 14 de febrero, en una sección apartada titulada “San Luis”, y dice así: “Se practicaban activas diligencias [...] hirió al Coronel Sandes, y caían sospechas en un chileno Salamanca, que ha sido ayudante del Gral. Peñaloza; y que había aparecido en San Luis, fugando después para pasar a los Llanos./ El Coronel Sandes había hecho fusilar a un paisano Nazario Tisera acusado de espía de los indios [...]/ El Gobierno de San Luis aprobó el proceder del Coronel Sandes”. Luego, en el apartado “La Rioja”, dice: “Hemos recibido una proclama del Gral. Peñaloza sin fecha y sin saberse a quién es dirigida: después la publicaremos”.

El martes 17 de marzo, en la sección “Interior”, se lee ya la simpatía por el caudillo: “Por cartas particulares venidas del Interior sabemos que el estado de varias provincias es bien poco lisonjero [...]/ Infinidad de ciudadanos respetables [...] habían salido de ella, yendo a buscar a La Rioja al lado del Gral. Peñaloza la quietud y seguridad de que se ven privados en su provincia. /[...] En La Rioja se había establecido un gobierno provisorio, y el 14 de febrero se había retirado de la capital con dirección de los Llanos, el Gral. Peñaloza, acompañado de muchos individuos, que como hemos dicho, habían ido de otras provincias en su busca”.

El jueves 26 de marzo, en “Última hora” encontramos la posición hernandiana a favor del Chacho y en oposición a Sarmiento, con el mismo tono del folleto: “[...] con la noticia al Gobierno Nacional, de que el Gral. Peñaloza había invadido la provincia de San Juan, [...] / No podemos garantizar la exactitud de esta noticia [...] pero no nos sorprende el hecho, que no es más sino el resultado de las amenazas constantes de Sarmiento al Gral. Peñaloza y de sus trabajos bien conocidos para acabar de un golpe con la influencia de éste en La Rioja. El Gral. Peñaloza se arma en defensa propia, y a su lado deben hallarse todos cuantos han emigrado de San Luis y San Juan por las persecuciones tenaces de que han sido víctimas. /[...] La política de sangre da sus frutos. El Gral. Peñaloza amenazado siempre por el puñal de los asesinos no ha podido aguardar a que reprodujeran con él las escenas sangrientas de Benavides y Virasoro, y se arma en su defensa”.

El sábado 18 de abril, bajo el título “Una medida anárquica”, Hernández critica las decisiones del Gobierno Nacional al decretar la ocupación militar de La Rioja y habla de “luchas fratricidas” que conducen “al abismo”. Y en “Última hora” dice: “Se afirma que el Gral. Peñaloza se hallaba en la provincia de Córdoba con una fuerte columna”.

El martes 21 de abril, en sección “Interior” transcribe una carta de Peñaloza dirigida al Coronel Iseas donde el Chacho denuncia una “época de opresión” y de “terribles procedimientos”, y Hernández agrega de su cosecha: “Esta carta es una revelación muy clara de los propósitos del Gral. Peñaloza que no trepida en apoyar los pronunciamientos de los pueblos que se levantan clamando por la reacción. Esto es el resultado de rancias exclusiones [...] del Gobierno Nacional”.

El martes 5 de mayo vuelve a publicar una carta del riojano, bajo el título “Documento Importante”, y ya describe así su personalidad: “Damos un lugar preferente en nuestras columnas a la importante nota que el Gral. Peñaloza ha dirigido al Coronel Sandes.[...]/ En el documento que damos al público, como todos los que tienen al pie la firma del Gral. Peñaloza solo se habla de la unión y de concordia, solo se revelan sus sentimientos patrióticos y generosos [...]”.

Finalmente, el último número que pudimos consultar es el del jueves 7 de mayo. Aquí vemos cómo Hernández se preocupa en seguir detalladamente la campaña del Chacho en “Correspondencia de *El Argentino*: “El Gral. Peñaloza marchaba sobre San Juan, y ya había notificado esta medida a S.E. el comisionado Sarmiento”. Y en la sección “Interior”: “La única noticia que tenemos es la de la ocupación de la capital de La Rioja por las fuerzas de Taboada. / Peñaloza había reunido sus fuerzas concentrándolas en un solo punto y se espera que muy pronto tendría lugar un encuentro”.

En estos números anticipa Hernández lo que será el contenido y el tono de los *Rasgos Biográficos* del Chacho. Habla ya de las amenazas de Sarmiento (a quien se le adjudicará popularmente el asesinato), y de la buena intención y de los sentimientos “patrióticos y generosos” del caudillo riojano. Con estos mismos conceptos y el mismo tono de los artículos encabezará “La política del puñal” que es una de las partes del folleto.

Segunda edición. Folleto de 1863

El folleto de 1863³ se estructura de la siguiente manera: 1) “Asesinato atroz”: texto de Hernández que da la noticia del asesinato;

³ El folleto consta de veinte páginas. Lo consultamos en la sección “Tesoro” de la Biblioteca Nacional, bajo el número topográfico TE 3 A 05 5 6 13.

2) “El General Peñaloza ha sido degollado”: dos cartas dirigidas a Hernández, que hablan sobre el terrible hecho; 3) “La política del puñal”: texto firmado por “J.H.” de tono dramático y violento; 4) “Revelación de un crimen”: texto firmado por “J.H.” que recopila los distintos partes oficiales con la noticia del asesinato; 5) “Rasgos biográficos del General D. Angel V. Peñaloza”: capítulos I al X que toman episodios de la vida del Chacho desde su niñez hasta su muerte.⁴

“Asesinato atroz”

Da la noticia del asesinato citando textualmente (lo suponemos porque se hallan en cursiva) las palabras que extendieron la noticia de la muerte del General Peñaloza, que fuera *cosido a puñaladas* en su propio lecho. Además, lo define como el caudillo “más prestigioso y humano” de la patria, exaltando sus rasgos con hipérbolos. Habla de la “grandeza de su alma” y de la “magnanimidad de sus rasgos”. Por otro lado apunta contra el partido Unitario llamándolos “salvajes” y “bárbaros matadores”.

“El General Peñaloza ha sido degollado”

Comprende dos cartas particulares anónimas que vendrían a testificar la muerte del caudillo y a adjudicarla puntualmente a Sarmiento. El propósito claro de estos textos es darle apoyatura documental y consenso popular al contenido del folleto.

“La política del puñal”

Es el primer texto que lleva la firma de Hernández al pie. Fue usado posteriormente por los editores del folleto del 63 como primer prólogo a la edición de la obra biográfica y es bien conocido por el tono irónico y combativo que despliega. Aquí aparecen los unitarios celebrando la muerte del caudillo en una fiesta de tigres cebados en sangre y concretamente es acusado Sarmiento como el “bárbaro asesino”. Este apartado finaliza con la admonición equívoca, pero también bastante conocida, que le hace Hernández a Urquiza sobre su propia muerte a manos del partido federal.

⁴ La numeración es nuestra.

“Revelación de un crimen”

También lleva la firma de Hernández, y continúa el tono agresivo del texto precedente, manteniendo la retórica que compara a los opositores políticos del Chacho con tigres salvajes cebados con la sangre de Benavidez y de Virasoro. Además se incorpora aquí documentación probatoria de las contradicciones oficiales en la fechación de la muerte del riojano. La confrontación de los distintos partes militares reafirma la idea de que Sarmiento es el responsable del hecho y de la posterior manipulación de la noticia.

Tercera edición. Folleto de 1875

El folleto de 1875, sin embargo, cambia radicalmente su estructura que se organiza de este modo: 1) “Advertencia”: un texto firmado por el editor; 2) “Rasgos Biográficos del General D. Angel V. Peñalosa”: capítulos I al X sobre la vida del Chacho; y 3) “Apéndice”, que incluye una carta de Ricardo Vera a Sarmiento donde le reprocha haber festejado el asesinato del caudillo, el parte de Irrazábal a Sarmiento pasándole la noticia de la muerte del Chacho y una pequeña coda.⁵

Análisis de las principales reescrituras entre la edición del 63 y la del 75

Desde el material pre-redaccional se advierte el tono polémico que llevará la edición 2ª de este folleto de Hernández. La condición panfletaria encuadra la primera etapa textual (1863) dentro de la literatura de discurso agónico, pero los rasgos de modalidad discursiva que marcan esa adscripción se atenuarán sensiblemente en la 3ª edición.

El autor había partido de una denuncia de la manipulación de la noticia de la muerte del Chacho, para luego presentar la biografía de un hombre que era elevado a la categoría de mito, de héroe. En la reelaboración posterior del texto, morigerará las explosiones emocionales, procurará dotar a sus opiniones personales de una apariencia de objetividad y ejercerá una intensa operación de borrado sobre las

⁵ Esta edición está impresa en cuarenta páginas. Se halla, también, en la sección “Tesoro” de la Biblioteca Nacional, bajo el número topográfico TE 3 A 06 5 1 06.

marcas de ostensible ubicación partidista. Paralelamente, se produjeron algunos desplazamientos ideológicos y, en medio de la consiguiente re contextualización, si bien se mantuvo el respeto por la figura del biografiado, se lo va despojando sutilmente de su categoría de “héroe”, de su condición mítica. De esta manera, se irá modelando una nueva realidad, más despojada; el proceso textual de *Vida del Chacho*, que se inició como un panfleto polémico, se encauzará en un discurso más meditado, más sutil. Tratando de pulir los exabruptos de una pieza nacida al ritmo de los acontecimientos políticos y teñida de emociones, el autor eliminará varias partes del texto. En la versión de 1875 se lo verá más evocativo, menos visceral. Muy atento frente a la explicitación de las simpatías personales, eliminará varias de sus opiniones sobre el partido unitario, sobre el asesinato de Dorrego, sobre las trayectorias de Lavalle, de La Madrid.

Cuatro de los componentes del folleto del 63 fueron suprimidos y no dejaron siquiera huella en la tercera versión del opúsculo. Se eliminó el primer apartado (“Asesinato atroz”), que ya llevaba un título connotativo e incluía acusaciones directas al partido unitario; se hablaba aquí de la “maldad del partido unitario” como una condición intrínseca y se recuperaba el epíteto “los salvajes unitarios”. Corrió la misma suerte el segundo (“El General Peñaloza ha sido degollado”), que contenía dos cartas anónimas reveladoras del aprecio de la gente por el Chacho y del efecto que había producido la muerte de este “patriota defensor de la causa de los Pueblos”; también se recogía aquí la acusación popular a Sarmiento como responsable del crimen, ya que decía de su asesino: “y después lo degolló cortándole completamente la cabeza y huyendo con ella para San Juan a llevarle sin duda al asesino Sarmiento el testimonio de haber consumado su horrendo crimen”. Además, fueron desterrados los dos textos que introducían el tono violento y exaltado que atravesaría el discurso panfletario de la biografía y que llevaban la firma de Hernández: el tercer apartado (“La política del puñal”) y el cuarto (“Revelación de un crimen”), dos alegatos impregnados de inflamada indignación.⁶

⁶ En cuanto a la presencia de la firma de Hernández (“J. H.”) al pie de estos dos textos suprimidos, no estaba al servicio de un fin expresivo particular, es una marca más del ritmo acelerado que el diarismo imponía a la producción de esta época. Como ya se ha comentado, la inmediatez de la edición del folleto después del cierre de *El Argentino* permite deducir que Hernández debe de haberse limitado a la reproducción de las notas periodísticas. Mientras

En su lugar se incluyó una “Advertencia” del editor que hablaba de rasgos “escritos con imparcialidad” y de que “su lectura es tan amena por la novedad de alguna de las escenas [...] y por la verdad que se descubre en todas”. Se justificaba además la re publicación de la obra por el desconocimiento general que se tenía de la figura del caudillo, a quien en este nuevo momento del pensamiento nacional se consideraba “menos brillante que muchos, pero más humano que todos”. Pero se declaraba, también, que se sumaba a la recuperación de esta figura que acababa de iniciarse en el Senado (“Por primera vez acaba de oírse en el Congreso la voz de un elocuente orador, el Dr. Rawson, recordando con elogio al Patriarca de La Rioja”).

El comienzo mismo de esta “Advertencia” cambia el planteo del folleto del 63; ya no son “los salvajes unitarios” los culpables denunciados, es una época de guerras encarnizadas que enfrentó a dos facciones enconadas: “Peñaloza fue arrebatado hacen [*sic*] doce años por el oleaje sangriento de un torbellino revolucionario”. Se diluyeron los partidismos, el objetivo político inmediato del folleto de 1863, las acusaciones violentas y las invectivas. Los doce años que pasaron habían limado las aristas y Hernández buscó ser “imparcial”, “claro”, “correcto”.

Por último, incorporó a esta edición un “Apéndice” final que incluía una carta del Coronel D. Ricardo Vera, un parte de Pablo Irrazábal (ambas dirigidas a Sarmiento) y un texto de cierre en el que recuperaba modalidades enunciativas de la primera versión. La carta de Vera describía la actitud festiva de Sarmiento frente a la noticia de la muerte del Chacho: “Cuando le referí, a su pedido, las circunstancias de su captura y las formas horribles de su muerte, él, Gobernador de San Juan entonces, Presidente de la República después, y Senador ahora entusiasmado con el suceso, me dio un fuerte abrazo, mostrando verdadero gozo en el fin de aquel desgraciado”.⁷ Y aquí, Hernández no pudo abandonar las marcas de la pesquisa del cronista de *El Argentino* de Paraná: “Hay suficiente luz para juzgar el hecho”.

los dos primeros apartados eran “suelos” del diario (la noticia infausta y un documento), los dos siguientes eran “editoriales”, y consecuentemente, llevaban su firma.

⁷ Ariel de la Fuente explica con minuciosidad la participación de Vera en el episodio del Chacho: “Ricardo y Gregorio Vera, hijos de José María, estaban entre los pocos aliados que el gobierno nacional tenía en los Llanos en la década de 1860. Más aún, fue Ricardo quien, en noviembre de 1863, capturó al Chacho y lo entregó al comandante Pablo Irrazábal, que luego asesinó a Peñaloza” (DE LA FUENTE, A., *Los hijos de Facundo*. Buenos Aires, Prometeo, 2007, pág. 47).

Como cierre –luego de los dos documentos que acusaban a Sarmiento–, Hernández comentaba la situación de la esposa del Chacho, que había sido:

[...] conducida a la cárcel de San Juan, engrillada y obligada a salir con sus cadenas, mezclada con otros presos a barrer las calles públicas. [...]

El uno muerto como bandido, solo obtuvo como galardón de sus generosos esfuerzos, un palo en que fue colocada su cabeza. La otra, por su parte viendo prolongarse su martirio, alcanzó por toda recompensa la oprobiosa cadena del presidio.

Así, en el “Apéndice”, y a pesar de que la referencia a los “Amargos frutos de la guerra civil” intenta diluir acusaciones puntuales, Hernández no pudo evitar una última mención a Sarmiento, responsabilizándolo ahora, del destino de la viuda del caudillo. Por eso es sintomático que la frase final del folleto retome un lexema del campo semántico de la antinomia irreductible con cuya cita se encadena la nueva versión de su biografía al hipertexto del *Facundo*: “Escenas de barbarie: pasad para siempre del suelo de la República”.

La notoria intención de la reescritura del 75 ha sido ofrecer garantías de ecuanimidad. Sin embargo, el “Apéndice” recupera la modalidad enunciativa de la primera versión, aunque esa calidad de “apéndice final” lo transforme en un documento de la barbarie del pasado con cuya referencia se ha abierto la reedición. No obstante, su presencia pone de manifiesto que difícilmente un texto es el resultado de una aplicación de reglas sistemáticas: las tensiones del proceso escritural siempre dejan en él alguna huella.

Capítulos I al X de *Vida del Chacho*

Ahora veamos la manera en que operan esta orientación general y estas tensiones a lo largo de los diez capítulos que aparentemente son reproducidos sin cambios en la reedición de 1875. Luego de un examen pormenorizado del texto, registramos numerosas reescrituras que denotan el esfuerzo de moderación de Hernández. Estas alteraciones, algunas muy significativas y otras no tanto, pueden ser clasificadas en tres tipos: a) supresiones; b) modificaciones y c) interpolaciones.

a) Las supresiones demuestran claro interés en despojar a la prosa de sus tintes partidarios y de su carga emocional. Por ejemplo, en la primera eliminación Hernández quitó el adjetivo “perversos” que calificaba subjetivamente a los enemigos del Chacho. En el mismo sentido en que suprimió las partes más comprometidas de la primera versión, aquí irá eliminando las referencias peyorativas al partido unitario, al que acusaba de manchar “con sangre las páginas de nuestra historia” y de ser “un partido de asesinos”. Lo mismo hizo con las marcas de exaltación heroica personal del Chacho.

Las modificaciones conllevan la misma intención moderadora, presentando matices menos apasionados, menos polémicos. En lugar de “enemigos” del Chacho, ahora hablará de “adversarios”. Con el deseo de despojar al texto de las marcas ostensibles de subjetividad, en vez de “bárbaros asesinos”, los matadores del caudillo serán “cruels asesinos”. Refiriéndose al Chacho cambió muy significativamente la palabra “héroe” por “hombre”.

Gran parte de las interpolaciones responde a un propósito documental: aportar datos sobre las campañas de Peñalosa, detalles militares que Hernández no habría podido incorporar en las apresuradas primeras ediciones (la de las entregas de *El Argentino* de Paraná y el folleto publicado a su término); sobre todo, amplían las descripciones de los sucesos en los que intervino el Chacho, o también subrayar su proverbial generosidad.

A lo largo de esta campaña de reescrituras, la enunciación se modaliza con otra orientación: a la par que se busca desterrar los actos de habla desafiantes y atenuar el tono exacerbado del lamento, se procura la objetividad narrativa. Ya no se trata –como se ha ejemplificado– de diseñar enfrentamientos maniqueos entre buenos y malos, y en la misma línea, se borra o se desdibuja la contundencia de las descalificaciones. Así, solo desde la perspectiva de un hipertexto que contiene a la antinomia “civilización versus barbarie”, puede entenderse que sustituir “bárbaros” por “cruels” es una atenuación que elude sobredeterminar el polo negativo del modelo. En otro contexto, la interpolación de este mismo adjetivo incorpora una actitud condenatoria inexistente en la primera versión: se trata de la suma del adjetivo “cruel” a una calificación de Facundo Quiroga (a quien la versión de 1863 describía como “prestigioso caudillo”): “prestigioso y cruel caudillo”; pero el re-

sultado es un sugestivo oxímoron que da cuenta de los debates internos que agitaban el pensamiento de Hernández en el año de su regreso definitivo a Buenos Aires. Sin embargo, en relación con Quiroga se registra también un corrimiento muy significativo con el que Hernández toma distancia del campo de la “barbarie”: en el texto de 1875, Facundo Quiroga hará una cruzada “rápida y sangrienta”, en lugar de “rápida y feliz”, como se consignaba en la primera versión.

Así como se eliden las descalificaciones del partido gubernamental (los “salvajes unitarios” de la primera versión) se difuminan las referencias agresivas a Sarmiento. De la reiteración del apóstrofe “bárbaro asesino” se ha pasado a menciones neutras y a una crítica (tomada de las *Quillotanas*) que configura un registro anecdótico marginal –y aun así, convenientemente atenuado–: en la edición del 63 se dictaminaba que Sarmiento escribía su *Facundo* “haciéndose remunerar con largueza”, pero en 1875 se consigna con más discreción: “aseguran que se hizo remunerar”. A la vez, apartándose de las líneas acusatorias que –a través del conjunto de anónimos soldados del ejército nacional– confluían en Sarmiento, ahora se individualiza a un ejecutor para el principal delito: Arredondo. Se diluye así hasta ese enfrentamiento encarnizado entre facciones que tanto el comienzo de la “Advertencia” incorporada en la nueva versión, como sus reflexiones finales, señalaban como la principal causa de los males que conmocionaron un largo período de la vida nacional.

También en la visión del pasado se busca mayor objetividad al evocar la actuación del ejército unitario, como cuando suprime una opinión demoledora de las aptitudes profesionales de Lavalle; y atenúa ciertas descalificaciones: prefiere escudarse en un “según se cree” con el que sustituye la secuencia “por no dar a sus amigos parte en una gloria que él quería solo para sí”. En la misma línea, se esfuman apreciaciones críticas acerca de la actuación de La Madrid, que de receptor de una acusación de traidor se transforma en un agente intermediario en un campo gobernado por “la fuerza de los sucesos”.

A su vez, borra las marcas de exaltación de lo que se presentaba como una gesta heroica del Chacho, con una orientación reescrituraria que va despojando al caudillo de su categoría mítica: no lo privará totalmente de la denominación de “héroe”, pero lo describe como un “héroe sencillo y modesto”. Sin embargo, en otro pasaje sustituye el lexema “héroe” por “hombre” para referirse a él; pero si Hernández

desdibuja la dimensión heroica del personaje, no deja de destacar paralelamente su condición humana ejemplar. Así, el furibundo discurso panfletario que pretendía, desafiante, narrar una epopeya y la acompañaba con un lamento exacerbado, se esfuerza por construir un relato biográfico objetivo atravesado por un tenue tono elegíaco.

En el final, en lugar de canalizar la responsabilidad última en los “unitarios”, definidos como un “partido de asesinos”, vuelve a identificar lo que la “Advertencia” había determinado como “causa fundamental”: el encono de la lucha facciosa. Ya no hay “salvajes unitarios” y bárbaros de la política enfrentados con figuras patriarcales que encabezan gestas heroicas: hay solo hombres en manos de un destino “ciego” que los maneja. El subtexto comunica que ha llegado la hora de la conciliación.

Polémica por la versión de 1875

Los hermanos Varela, directores del conocido diario *La Tribuna* y acérrimos defensores de Sarmiento, criticaron en su periódico esta nueva aparición del folleto, tildando a Hernández de fomentar la reacción federal. Observaron con cierta agudeza algunas de las supresiones realizadas, fundamentalmente en lo que atañe al doble prólogo (“La política del puñal” y “Revelación de un crimen”) y lo adujeron al “oportunismo político” de la época.

Hernández no pasó por alto la cuestión, y respondió en el diario *La Libertad* con un fuerte artículo titulado “Sr. Sarmiento: ¿por qué mataron?”. Se desataba de esta manera un gran conflicto, que retrotrajo la cuestión a los años de la muerte del Chacho. Se produjeron nuevos planteamientos sobre su muerte y sobre los responsables del hecho en una sucesión de notas que registraron lo que algunos críticos consideraron la polémica más interesante del año 75.

Las cartas que se mandaron alternadamente los Varela y Hernández fueron siete en total. La primera de *La Tribuna* y que dio origen al debate, fue del 18/9/75 y se tituló “Bibliografía”. Aquí los Varela ironizaban sobre las alteraciones que introdujo Hernández al folleto. El segundo artículo, “La reacción”, salió el 21/9/75 e incluyó las supresiones que Hernández había hecho. El 24/9/75 volvieron contra Hernández y deslindaron la injerencia de Sarmiento en el asunto, adjudicándose la responsabilidad de las notas. Finalmente el último artículo de los

Varela fue del 28/9/75 y se tituló “El biógrafo y admirador del Chacho”. Aquí calificaron a Hernández de “Federalote ultra, entusiasta admirador y humilde eco de los actos del Chacho [...]”.

A su vez, las réplicas que Hernández publicó en *La Libertad* fueron tres. La citada del 23/9/75: “Sr. Sarmiento, ¿por qué mataron?” que incluía la famosa descripción de la primera vez que Hernández viera a Sarmiento, en la Convención Nacional de Santa Fe, y volvía a cargar las tintas sobre la figura del entonces ex Presidente de la Nación. El 26/9/75 continuó la discusión con: “A *La Tribuna* o al Sr. Sarmiento”. Y finalmente la respuesta del 29/9/75: “A la última palabra, las últimas palabras”. La polémica se cerró con esta carta en que Hernández refutó una a una las acusaciones de los Varela.

Hernández, de esta manera, defendió las modificaciones realizadas en la republicación de su texto adjudicándolas a la evolución en su manera de pensar y reflexionar sobre la patria, que sus críticos no quisieron aceptar. Sugestivamente, la reedición disparaba en el entorno social un nuevo conflicto, donde las antiguas diferencias de partido salían otra vez a la luz, en contraposición con el espíritu que, aparentemente, había guiado las reescrituras. La intención contemporizadora de Hernández, que buscaba reinsertarse en Buenos Aires al amparo del llamado a la conciliación de los partidos del gobierno de Avellaneda, se perdió inmediatamente después de la reacción de los Varela, y nuestro autor volvió a disparar en sus artículos contra la violencia ejercida sobre los inocentes.

Pero no olvidemos tampoco que el que escribía era el autor de *El gaucho Martín Fierro*, y que en 1875 todavía no había emprendido la redacción de su claudicante *Vuelta*. Hernández hizo un intento de inserción en el campo político de la gran ciudad (en ese año se había incorporado al Partido Autonomista), pero también consolidó un pacto de lectura anudado con miles de lectores.

Criterios seguidos en la edición genética de *Vida del Chacho* y normas para la transcripción del texto y sus variantes

Hemos considerado las versiones supervisadas por el propio Hernández y hemos editado el texto perteneciente a la tercera etapa

textual relevada (1875), última corregida por el autor, con notas al pie de página que señalan las modificaciones que se introducen.⁸

Se ha respetado la puntuación y el uso de mayúsculas del autor. Igualmente se hizo con la bastardilla y el entrecorillado. En el caso de agregado de párrafos, también están en nota al pie, y se indica la nota en el texto, al comienzo del párrafo al que anteceden.

Se corrigen las erratas tipográficas, se modernizan las grafías y la tildación, y se agregan los signos de interrogación y exclamación iniciales, que en algunos casos Hernández no incorpora.

⁸ En un trabajo anterior, diez años atrás, habíamos publicado la edición de 1863 (HERNÁNDEZ, J., *Vida del Chacho*, estudio filológico y notas de María Celina Ortale, Buenos Aires, Ediciones del Dock, 2005).

VIDA DEL CHACHO.
RASGOS BIOGRÁFICOS DEL GENERAL D. ÁNGEL V. PEÑALOZA
1863-1875*

* Precio 5\$. Buenos Aires, Ángel da Ponte Editor. Baratillo de Libros. Potosí 117 (antes 103) entre Bolívar y Defensa, 1875.



“ADVERTENCIA”

Peñaloza fue arrebatado hacen doce años¹ por el oleaje sangriento de un torbellino revolucionario.

El silencio ha rodeado su tumba.

Por primera vez, acaba de oírse en el Congreso la voz de un elocuente orador, el Dr. Rawson, recordando con elogio al Patriarca de La Rioja.

Pero su vida, llena de interés y novedad, es apenas conocida, y esto nos ha animado a reproducirla en el folleto que ofrecemos al público.

En la galería de los caudillos célebres que han sido el fruto de las contiendas civiles, EL CHACHO ha conquistado un puesto, en el que se le encuentra, menos brillante que muchos, pero más humano que todos.

Estos rasgos, escritos con imparcialidad y abundante acopio de datos, abarcan el complicado período de cuarenta años de guerra, y su lectura es tan amena por la novedad de algunas de las escenas que describen, por lo extraordinario de otras, por la verdad que se descubre en todas, como por la claridad y corrección con que el autor dibuja en rápidas pinceladas aquella existencia extraordinaria.

Estamos ciertos que serán leídos con interés.

El editor

I

Vamos a describir a grandísimos rasgos la vida de este héroe sencillo y modesto, a bosquejarla con la brevedad con que nos lo permite el carácter y aún el objeto de esta publicación.

Pocos habrá quizás, que conozcan esa existencia extraordinaria, ese caudillo valiente, generoso y caballeresco, que ha sido actor en las es-

¹ Al igual que Sarmiento, Hernández prodiga el uso de concordancia personal en frases verbales unipersonales. Esas proyecciones de una entonación oral que apartan el discurso de la preceptiva gramatical eran menos frecuentes en otros intelectuales de la época.

cenar más notables del drama de nuestras luchas civiles, y a quien sus² enemigos han pintado como el tipo de la ferocidad y la encarnación del crimen.

Peñaloza, puede decirse muy bien, que ha sido durante su azarosa vida: una propiedad de la Patria, y de sus amigos.

Era una de aquellas almas inspiradas sólo en el bien de los demás, uno de aquellos corazones que no conocen jamás el odio, el rencor, la venganza ni el miedo.

Si sus adversarios³ hubieran abrigado un átomo siquiera de los generosos sentimientos que él atesoraba en su alma, no habrían sido jamás tan injustos y tan crueles con él.

Sabemos muy bien que nuestra tarea de hacer conocer la historia de ese patriota⁴ infortunado, nos valdrá cuando menos, de parte de sus encarnizados enemigos, la burla, los apóstrofes groseros, el insulto y la calumnia; pero, por odiosa que esta tarea pueda ser a ciertos ojos, no puede semejante consideración influir más en nosotros, que el sentimiento de justicia que coloca la pluma en nuestras manos.

Con motivos menos loables⁵, se han tomado otras tareas más arduas. Sarmiento escribió su “Facundo” sin más objeto que deprimir un partido que no podían vencer, y aseguran que se hizo⁶ remunerar con

² Primera supresión tendiente a despojar a la prosa de proyecciones emocionales y juicios de valor. Desaparece el calificativo apreciativo “perversos” al referirse a los enemigos políticos del Chacho.

³ Sustitución de la palabra “enemigos” por “adversarios” que evita una reiteración lexemática y apunta a una calidad más abstracta de la relación del caudillo con sus opositores.

⁴ El folleto del 63 abusa del uso de mayúsculas apreciativas, otro rasgo de proyección subjetiva. Hernández quiere atenuarlo y en la reescritura de 1875 suprime este uso en catorce vocablos. El empleo exagerado comprendía mayúsculas vindicatorias como “Patriota”, “Pueblo”, “Revolución”; respetuosas como “Sacerdote”, “Gobierno”. Además las empleaba en lo que atañe al “Ejército” y sus jerarquías: “Cadete”, “Jefe”, “Teniente”, “Dragones”, “Soldados”, “División”. Luego se extendía a usos más arbitrarios: “Departamento”, “Batalla”. No obstante, a contrapelo de esa orientación, incorpora el empleo de mayúscula a cuatro términos nuevos: “Coronel”, “Oficiales”, “Provincia” y “Ciudad”.

⁵ Sustituye “objeto” por “motivos” corrigiendo la concordancia al plural. De esta manera elimina otra reiteración lexemática (en el párrafo siguiente se lee “objeto”).

⁶ Esta fuerte referencia despreciativa a Sarmiento pretende suavizarse con la introducción modalizadora de “aseguran que se hizo”, cuando en 1863 sostenía de modo tajante “haciéndose remunerar”. Hernández intentará exhibir objetividad, moderar la intervención del narrador y distanciarlo de los hechos. En consonancia con esta actitud, fueron suprimidos los textos que preceden a estos capítulos en 2ª, y que contenían varias acusaciones directas a Sarmiento y que Hernández quiere evitar en el 75. Sin embargo, conserva una alusión a los réditos del oficio literario que aunque no guarda ninguna relación con la muerte del caudillo más bien le

largueza por los suyos ese trabajo. ¿Qué extraño es, pues, que nosotros dediquemos algunas palabras a un héroe sencillo y modesto, cuando, sobre todo, estamos muy distantes de ser alentados con la esperanza de ninguna recompensa?

No es posible trazar el más ligero rasgo respecto a la vida de Peñaloza, sin encontrarse envuelto en las inmensas complicaciones de la guerra que desde hace cuatro décadas⁷ tiene lugar en nuestro país, y en todas las cuales ha tenido una parte a veces secundaria a veces principal; pero siempre distinguida y honorable para él.

Peñaloza ha pasado su vida en los campos de batalla, y la historia le consagrará una página sin mancha, como no alcanzarán jamás a obtenerla⁸ muchos de los prohombres de los partidos Federal y Unitario.

Bosquejar, pues, la vida de Peñaloza es hacer la triste relación de nuestra luctuosa historia. Esa es la tarea que emprendemos con el sentimiento de la rectitud y de la justicia.

II

Peñaloza no fue jamás un hombre oscuro, pertenece a una de las más antiguas como de las más notables familias de La Rioja,⁹ la que ha contado y cuenta entre los suyos personas muy respetables.

Muy niño aún, fue tomado a su cargo por un anciano sacerdote de la Provincia de La Rioja, a quien acompañó hasta su muerte. Este respetable anciano, cuyo nombre hemos sabido y no recordamos en este momento, balbuciente ya por su avanzada edad, no podía pronunciar claro la palabra *muchacho* con que acostumbraba a llamarlo, y sólo le daba el nombre de *Chacho*, que ha venido a hacerse célebre en los fastos de nuestra historia política, y que será la eterna pesadilla de los que se han echado sobre sí la odiosa responsabilidad de su alevosa muerte.

Popularizado este nombre entre los jóvenes de su época, y muerto ya el anciano sacerdote que lo tuvo a su cargo, el General Quiroga lo

sirve para hacer eco de la línea antisarmientina que traza Alberdi en su famoso contrapunto epistolar con el escritor sanjuanino.

⁷ Cambia el número por la letra. Hará lo mismo más adelante refiriéndose al número de soldados, en el capítulo VII.

⁸ Corrige la concordancia gramatical del artículo en “obtenerlo” por “obtenerla”, pues se refiriere a “una página de la historia”.

⁹ Su suprime un coordinante “y”, posiblemente para evitar la reiteración.

llevó a su lado, haciendo con él las veces de padre, y dándole como expresión de su afecto el nombre de “Chachito”.

Una vez al lado de Quiroga; era natural que él aceptara la misma carrera del hombre que lo protegía, y muy joven entró al servicio de las armas, en clase de cadete en el Regimiento “Escolta” de dicho General.

Aunque nuestro ánimo no es escribir la historia de nuestras luchas políticas, sino en la parte que tengan relación con la vida del General Peñaloza, no podemos hacer esto, sin dar una idea aunque ligera de aquellos sucesos.

Durante el Gobierno del Sr. Rivadavia, La Madrid fue despachado al Interior con el objeto de organizar un Regimiento en la Provincia de Catamarca, y este General, apenas se vio con algunas fuerzas a sus órdenes, pasó a Tucumán, e hizo una revolución al Gobernador López, a quien reemplazó en el mando.

En esta revolución contrarió sin duda las instrucciones y propósitos de Rivadavia, puesto que éste comisionó al General Quiroga para que con las fuerzas de La Rioja marchase inmediatamente a sofocarla.

El General Quiroga en camino ya con sus fuerzas para llenar esa comisión, recibió contraórdenes de Rivadavia, quien dejaba triunfante la revolución porque La Madrid le había oficiado sometién dose a su autoridad.

Disgustado el General Quiroga de esta contraorden que venía a consagrar la impunidad al crimen de sedición contra un gobierno legal, se propuso castigarla por su sola cuenta, cuyo propósito realizó con¹⁰ buen éxito: 1º en “Palma Redondas” y después en la batalla del “Tala”, donde derrotó completamente las huestes revolucionarias, a las que se hallaba unido el Regimiento de los Colombianos que se había sublevado en Bolivia y pasado a la República Argentina, a las órdenes del coronel Matute.

En esta batalla recibió Peñaloza en un costado una grave herida de lanza, que puso en mucho cuidado su vida, y sobre el campo de batalla fue hecho Capitán. Debemos hacer notar que ésta es la única herida que el General Peñaloza ha recibido en su vida de combates: la segunda es la que le han abierto sus crueles¹¹ asesinos.

¹⁰ Suprime “un”.

¹¹ En otro intento por atenuar la polémica, Hernández sustituye el término “bárbaros” de clara impronta sarmientina, por “cruelles” un atributo también apreciativo pero más neutro, que sobre todo sale de la dicotomía tan discutida incluso por él mismo. El empleo de este voca-

Algún tiempo después, sabedor Quiroga de que La Madrid reorganizaba sus fuerzas en Tucumán, marchó a buscarlo, y lo derrotó por segunda vez en los Rincones del Manantial.

En esta jornada como en la anterior, el Capitán Peñaloza se hizo notable por su intrepidez, y recibió señaladas muestras de distinción.

Quiroga regresó a La Rioja y licenció sus fuerzas. Aquí termina este primer episodio de nuestras luchas civiles en que le tocó figurar al General Peñaloza.

III

Otra nueva época de guerra empieza.¹²

La revolución encabezada por el General Lavalle, en Buenos Aires el 1º de Diciembre de 1828 y que dio por resultado caída del Gobernador Dorrego, y su¹³ fusilamiento en los campos de Navarro por orden de Lavalle, alarmó justamente a los Gobernadores de las Provincias, a quien Lavalle había desdeñado dirigirse para invitarlos a tomar parte en su movimiento.

Este es el tronco genealógico de todas las desgracias que desde entonces¹⁴ hasta ahora vienen afligiendo a nuestra patria.

blo, aplicado en el prólogo de la segunda versión de 1863 al mismo Sarmiento está sobreterminado, pero en una etapa en que Hernández busca superar definitivamente la antinomia que divide al país, ya no le interesa dirigirlo intencionalmente en contra de su creador, como sí lo hace en el 63 (más identificado con la conocida polémica alberdiana de *Las Cartas Quillotanas*).

¹² Hernández suprime toda la mención partidista que continuaba esta frase: "...y al partido unitario le toca la triste celebridad de iniciarla, manchando con sangre las páginas de nuestra historia". Toda esta referencia al partido unitario es completamente eliminada por comprometer la posición del narrador. La resurrección de la antinomia unitarios-federales, que ya era un anacronismo en 1863, volcaba odio y violencia en la agresión. En 1875, en el marco de la conciliación de los partidos y con una asunción muy clara de la ideología liberal, Hernández no quiere ser juzgado como "retardatario".

¹³ Nueva supresión del término sarmientino "bárbaro". El "bárbaro" fusilamiento de Dorrego (un leitmotiv del discurso rosista) es tomado como hito histórico fundamental para la patria en "La política del puñal" de la versión del 63, en donde Hernández acusaba al partido unitario de vivir "en un sangriento festín", [...] desde el bárbaro fusilamiento del Coronel Dorrego". En esta nueva versión hay otra toma de distancia y otro alarde de objetividad al despojar a su prosa de ese calificativo condenatorio, aunque la muerte de Dorrego siga siendo uno de los temas pilares en sus reflexiones reescriturarias.

¹⁴ Hernández hace aquí un agregado. En esta versión del folleto incorpora "desde entonces" para puntualizar mejor la referencia temporal de un hecho que, evidentemente y en una nueva

De allí parten nuestros males. La sangre del Coronel Dorrego fue la primera que se derramó en esa nueva era¹⁵ en nuestra guerra civil. Hasta hoy, ha sido la última la del General Peñaloza.

El General Paz marchó entonces desde Buenos Aires para el Interior con una división de 800 a 900 hombres de las tres armas, con el objeto de apoyar los pronunciamientos que tuvieron lugar en las provincias en favor de la revolución que acababa de hacer Lavalle, y con el de destruir aquellos Gobiernos que pretendían¹⁶ oponerse a ella.

El movimiento no era efectivamente simpático, pero el fusilamiento de Dorrego le dio un carácter sangriento.¹⁷

Sólo las tres Provincias del Norte, Tucumán, Salta y Jujuy, se declararon por él.

Córdoba con su gobernador Bustos a la cabeza, se pronunció en masa, en contra de la revolución.

San Luis, Mendoza, San Juan, La Rioja y Catamarca se pronunciaron también en contra, teniendo a su frente al General Quiroga.

La Provincia de Santiago permaneció neutral, aunque su política parecía inclinarse más en favor de los que combatían el movimiento iniciado por Lavalle por un fusilamiento cruel e injusto.

Esta fue la situación de las Provincias en aquel momento, aprestándose a una guerra sangrienta, y, lo decimos con dolor, horrible y hasta bárbara.

Peñaloza formaba en las filas del General Quiroga, siempre como Capitán del citado Regimiento.

La guerra da principio.

Paz penetra en la Provincia de Córdoba donde lo espera el Gobernador Bustos con todas las fuerzas de que podía disponer, y la batalla se dio en San Roque, a 12 leguas de la ciudad, siendo Bustos completamente derrotado.

coincidencia con el planteo alberdiano, sigue considerando como el punto original de las desgracias de su patria.

¹⁵ Sustituye “alevosamente” por “en esa nueva era”. Elide el adverbio modal por un temporal que desdibuja la alusión a las responsabilidades y consecuencias posibles del crimen

¹⁶ Cambio del tiempo verbal “pretendieron” por “pretendían”.

¹⁷ Véase como se suceden las modificaciones respecto del tratamiento sobre la muerte de Dorrego. Aquí se elimina la proyección de violencia emocional “lo hizo odioso” y se la cambia por “le dio un carácter sangriento”, apreciación calificativa más neutra, y casi un cliché al hablar de las guerras intestinas, que debilita la fuerza expresiva de la frase.

Paz llega a Córdoba, y Bustos con los pocos restos de su Ejército, marchó a unirse al General Quiroga, a quien se incorporó en la Provincia de La Rioja.

Quiroga por su parte que había ya organizado su Ejército con las fuerzas de las Provincias que hemos mencionado, se movió entonces de La Rioja para venir a batir al General Paz.

Penetró por el Sur de la Provincia de Córdoba, llegando hasta a apoderarse de la Ciudad, que había estado hasta ese momento ocupada por las tropas de sus enemigos;¹⁸ y en los días 22 y 23 de Junio del año 29 se dieron, entre las fuerzas de ambos Generales, las dos memorables batallas de la Tablada, en que quedó siempre triunfante el General Paz.

En estas dos reñidas batallas el Capitán Peñaloza adquirió un fabuloso renombre, y en el *vivac* de los soldados vencedores se referían con admiración y entusiasmo muchos detalles que revelaban su arrojo e intrepidez, y que le dieron prestigio y nombradía aún entre sus mismos enemigos.

Era natural, el Capitán Peñaloza mandaba parte de esa caballería, única de quien se cuenta que hubiese dado doce cargas sucesivas sobre los fuertes cuadros de infantería que el General Paz se vio obligado a formar, cargas que dieron por resultado el arrebatarle al General Paz las piezas de artillería que tenía encerradas en ellos. Pero la estrategia debía de¹⁹ triunfar del arrojo en esta célebre jornada; pues el General Paz por hábiles maniobras recuperó sus cañones y derrotó al Ejército del General Quiroga. Este hecho dio lugar a aquella célebre expresión del General Quiroga: “*El General Paz me ha derrotado con figuras de contradanza*”.

Quiroga regresó aceleradamente a La Rioja, donde reunió todos los elementos de que podía disponer en aquella Provincia y se dirigió inmediatamente a las de Cuyo para reorganizar de nuevo su Ejército.

Peñaloza seguía siempre a su lado, y en su clase de Capitán. Organizado nuevamente su Ejército, el General Quiroga se movió de Mendoza con el designio de batir otra vez al General Paz, y se dio entonces la batalla de “Oncativo” en que Quiroga fue de nuevo comple-

¹⁸ Sustituye “fuerzas enemigas” por “las tropas de sus enemigos”. La primera mención del 63 ubica al narrador en el bando de los caudillos, el sintagma que incorpora aquí le permite tomar distancia en un nuevo alarde de objetividad narrativa.

¹⁹ Agregado de la preposición “de” en “debía de triunfar”. De no tratarse de una errata, Hernández habría caído en una ultracorrección, ya que se trata de una perífrasis verbal que no lleva la preposición “de”.

tamente derrotado, retirándose este célebre caudillo²⁰ a la provincia de Buenos Aires.

Peñaloza lo acompañó en la retirada, y a su lado estuvo en esta²¹ provincia todo el tiempo que permaneció en ella el prestigioso y cruel²² caudillo de los Llanos.

Peñaloza era ya por cierto un oficial distinguido.

Se había hecho conocer como valiente, se había granjeado la estimación de todos sus compañeros y gozaba ya de bastante prestigio.

El General Paz había quedado triunfante y dueño de todo el interior, pero la revolución se había perdido. Lavalle había sido derrotado en los campos de “Alvarez” el 26 de Abril de aquel año, y había capitulado en Buenos Aires.

IV

En esta situación, Rosas dirigió sus ojos al Interior.

Protegió al General Quiroga a fin de que hiciese una nueva expedición, y con número de 300 a 400 hombres que puso bajo sus órdenes, y los Jefes que lo habían acompañado, entre los que iba Peñaloza, abrió Quiroga su nueva campaña, de mejor éxito que las dos anteriores.

Penetró a la provincia de Córdoba sin ser sentido, y fiado también en que la atención del Ejército de Paz, estaba absorbida completamente por el General D. Estanislao López que, con fuerzas de Buenos Aires, las de Santa Fe y los indios del Norte, marchaba en esos momentos sobre la Provincia de Córdoba.

López era por consiguiente una garantía, una completa seguridad para Quiroga.

Quiroga ataca de sorpresa en el Río 4º, y deshace completamente una pequeña fuerza de Paz, que se hallaba en aquel punto a las órdenes

²⁰ Aquí cambia prácticamente la sintaxis no más: “retirándose este célebre caudillo”, en lugar de “y entonces este célebre caudillo se retiró”.

²¹ Los deícticos se acomodan a la situación enunciativa actual. En la versión del 63, Hernández estaba en Entre Ríos y se refería a Buenos Aires como “aquella provincia”.

²² Agregado de gran connotación para la redefinición de la figura de este caudillo. Hernández incluye aquí “y cruel”. Lo que parece una reescritura que contradice la orientación general, ya que se interpola una calificación despectiva, conlleva la aceptación del juicio valorativo de los enemigos de ayer. Pero el desplazamiento no se da sin tensión, y Hernández no renuncia del todo a sus posturas anteriores. El extraño oxímoron “prestigioso y cruel” es un índice de los conflictos en medio de los cuales se debate.

del Coronel Chavarría, y dirigió apresuradamente sus marchas a San Luis donde derrotó también las fuerzas que le opuso el Gobierno, en cuya jornada murió el intrépido Coronel Pringles; y sin pérdida de un instante llega a la Provincia de Mendoza.

En esa Provincia se hallaban también fuerzas pertenecientes a Paz; las cuales a las órdenes del Coronel Videla-Castillo, fueron completamente derrotadas en el Rodeo de Chacón.

Así terminó Quiroga su cruzada tan peligrosa, como rápida y sangrienta²³ y dueño ya otra vez de las Provincias de Cuyo, empezó la organización de un nuevo Ejército.

El Ejército del General Paz entretanto, se debilitaba sensiblemente, y faltó hasta de lo más necesario, careciendo de cuanto podían necesitar los Soldados, hostilizados de cerca por el General López, que eludía siempre el combate, pero que estaba siempre sobre él, caminaba a su completa destrucción.

En una de las frecuentes marchas para obtener que el General López, diera una batalla, Paz se separó apenas una pequeña distancia de su columna, y fue cortado y hecho prisionero por una guerrilla enemiga.

Entonces tomó momentáneamente el mando de la fuerza el General Pedernera, como Jefe superior, el cual entregó poco después al Gobernador Delegado General La Madrid, a quien correspondía por su antigüedad; y éste emprendió con ella la marcha en retirada hacia la Provincia de Tucumán.

El Capitán Peñaloza marchó entonces con el General Quiroga, que con su nuevo Ejército se movió otra vez de Mendoza en persecución de lo que ya eran sólo restos del Ejército de Paz.

El primer encuentro tuvo lugar en “Miraflores” donde el Coronel Bargas, Jefe de Vanguardia de Quiroga, fue derrotado por Acha, Jefe de Vanguardia de La Madrid.

La batalla que siguió a este encuentro fue la de la “Ciudadela”, arrabales de Tucumán, que tuvo lugar el 4 de Noviembre de 1831 y en que la victoria fue completa de Quiroga.

En esta jornada notable, el triunfo fue debido en gran parte al valor del Capitán Peñaloza.

²³ Sustituye “feliz” por “sangrienta” refiriéndose a la cruzada del tigre de los Llanos, cambiando nuevamente de modo drástico la óptica de sus juicios.

En una de las repetidas cargas de la caballería de Quiroga, sobre los cuadros de la infantería de La Madrid, cuando ya habían muerto varios Coroneles, entre los que sólo recordamos los nombres de Bargas y Frotanelli, los Jefes 1º y 2º del Regimiento “Escolta”; y gran número de otros Jefes y oficiales; el Capitán Peñaloza, lejos de desalentarse por tantas pérdidas, inicia una nueva carga, y envainando su espada, prepara su lazo; y arremetiendo hasta el centro de los cuadros de infantería, sacó de allí a la cincha de su caballo un cañón de a 4 y su caja de municiones, que La Madrid tenía en su costado izquierdo; cuyo cañón fue utilizado inmediatamente por el General Quiroga, haciendo con él muchos disparos sobre las filas enemigas.

Este hecho, apreciado dignamente por el General Quiroga, le valió al Capitán Peñaloza el honor de ser nombrado Teniente Coronel, sobre el mismo campo de batalla, y de que le fuera confiado el mando del Regimiento en que había servido antes como subalterno.

La Madrid pasó a Bolivia con los pequeños restos de su Ejército. La guerra quedaba terminada.

Lavalle había capitulado y se hallaba en Buenos Aires. Paz se encontraba prisionero en la Villa de Luján.

Quiroga regresó a La Rioja y licenció nuevamente su Ejército, confirmando al Teniente Coronel Peñaloza el nombramiento de comandante del Departamento de la Costa del Medio de los Llanos.

Peñaloza gozaba entonces de la nombradía que le había conquistado su valor, y la fama bien adquirida de sus hechos.

Su prestigio le daba ya un poder bastante fuerte en La Rioja.

V

En 1834 se dejaron sentir en las Provincias de Salta y Tucumán complicaciones que podían muy bien llegar a comprometer el orden existente, y Rosas creyó conveniente emplear para sofocarlas,²⁴ el crédito y prestigio de que gozaba el General Quiroga.

Quiroga, que a la sazón se hallaba en Buenos Aires, marchó en esa comisión con el carácter de *mediador*, en Diciembre de aquel año; y a su regreso, tuvo lugar en Barranca Yaco el 16 de febrero de 1835, el

²⁴ Nuevo intento de despojar de partidismo al texto. Elimina una referencia despectiva (“discordia”) de las rebeliones contra Rosas.

bárbaro asesino²⁵ de este terrible y poderoso caudillo; muriendo también con él su secretario el Sr. Coronel Mayor D. José Santos Ortiz, los nueve individuos de su comitiva, y el correísta Luegues que dirigía la galera.

Este hecho hizo una profunda impresión en todo el país, y debió producir inmediatamente una sublevación en algunas Provincias.

Sus enemigos, con razón y sin ella, acusaron a Rosas de este horrendo asesinato, y él por su parte lanzaba toda la odiosa responsabilidad del crimen sobre el partido unitario.

El hecho es que Rosas hizo instruir un sumario que duró dos años, y cuyo resultado fue que los cuatro hermanos Reinafé, Santos Pérez y varios otros, fueran condenados a la pena de muerte como autores, ejecutores y cómplices en el asesinato²⁶ del General Quiroga, cuya ejecución tuvo lugar en Buenos Aires en la plaza de la Victoria el 25 de Octubre de 1837.

Este hecho fue indudablemente a los ojos de muchos, considerado como una tremenda justicia de Rosas; pero a los de otros aparecía como una cruel y sangrienta cábala, que debería ser vengada también.

El descontento, el malestar y la agitación producida por estos notables acontecimientos, crecía en el Interior; y las Provincias, que no hacía muchos años se habían pronunciado contra la revolución iniciada por Lavalle con la muerte del distinguido Coronel Dorrego, sólo aguardaron ya una ocasión propicia para hacerlo contra Rosas por la muerte de Quiroga unas, por la de los Reinafé otras, y por resistir a su influencia y autoridad algunas de ellas.²⁷

Esa ocasión se les presentó tres años después.

²⁵ Cambia “asesinato” por “asesino”. En un principio parecería una errata. En caso de haber utilizado la extraña construcción “tuvo lugar [...] el bárbaro asesino”, sólo explicable por una reescritura desmañada, se preferiría no condenar al hecho en sí, al método, sino centrarse en un directo reproche al responsable. Esta vez no se desdeña el uso del adjetivo “bárbaro”, que tanto escozor provoca en Hernández en esta tercera versión del texto.

²⁶ Sustitución de “la muerte” por “el asesinato”. Esta insistencia en recargar la condena del hecho con un término marcado, refuerza la impresión de que la variante comentada en la nota anterior es una errata.

²⁷ Acá incorpora un agregado al final del párrafo. Luego de “otras”, en donde terminaba la versión del 63, agrega: “y por resistir a su influencia y autoridad algunas de ellas”. Con esto Hernández explica una nueva causa para la revolución de las provincias contra Rosas.

VI

En 1840 Lavalle emprendió su cruzada contra Rosas con el Ejército que formó en Corrientes, y derrotado en el Sauce Grande por el General Echagüe, el 16 de Julio del mismo año, efectuó su paso del Paraná por el Diamante, en los buques de la escuadra francesa, dirigiéndose inmediatamente a la Provincia de Buenos Aires y llegando hasta el Puente de Márquez.

La noticia de la aproximación de Lavalle con un Ejército a Buenos Aires, que hacía imposible para Rosas el envío de fuerzas al Interior, alentó a las Provincias descontentas, y simultáneamente se pronunciaron varias.

La Rioja se pronunció en masa, y su Gobernador, el General Brizuela, investido por las demás Provincias con el título de Jefe Supremo y Director de la Guerra, tomó en Jefe el mando del Ejército.

En esta lucha no podía dejar de contar con el concurso del Teniente Coronel Peñaloza, a quien la muerte de su Jefe, protector y amigo lo colocaba naturalmente en las filas de la revolución. Así lo comprendió el General Brizuela y le confió el mando de una fuerza, confiriéndole además el grado de Coronel.

La excitación general de las Provincias había inducido a Rosas a enviar al seno de ellas al General La Madrid, que había vuelto a Buenos Aires de su emigración y revistaba en el Ejército de Rosas.

Necesario nos es dar aquí una idea aunque rápida, de los sucesos que entonces tuvieron lugar, para poder apreciar debidamente el rol que cupo a Peñaloza como resultado de esos mismos acontecimientos, y la parte muy distinguida que le correspondió en su desenlace.

El General Lavalle que había asumido la responsabilidad de una empresa muy superior a sus fuerzas,²⁸ abandonó su campo cerca de la ciudad de Buenos Aires, y emprendió su retirada, desprestigiando así una cruzada que pudo dar en tierra con el poder de Rosas.

Dirigió sus marchas a la provincia de Santa Fe, de cuya capital se posesionó y batido allí por el Coronel D. Jacinto Andrada con sus bravos Dragones, emprendió su retirada a las Provincias.

²⁸ En estos párrafos en los que se refiere a la actuación de distintos generales de la Nación durante las guerras civiles, Hernández se había explayado con valoraciones personales que suprimiré prolijamente. Aquí corrige su opinión en relación con Lavalle quitando la referencia a su falta de brillantez. En la versión anterior se le reprocha asumir una empresa “muy superior a sus fuerzas y a su genio”.

La Madrid por su parte, arrastrado por la fuerza de los sucesos y por la influencia de sus amigos, que en Abril de aquel mismo año se habían pronunciado en Tucumán en favor de la revolución, a pesar de las promesas con que se había captado la confianza de Rosas, se decidió también en pro del movimiento²⁹ así que tuvo formada alguna fuerza, pasó a La Rioja y con un contingente que le proporcionó el General Brizuela marchó en dirección a Córdoba buscando la incorporación de Lavalle.

Cuando pisaba la frontera de esta Provincia ella se pronunció en el sentido de la revolución,³⁰ el 10 de Octubre de 1840.

Los hombres de esa revolución ayudados por el contingente que el General La Madrid traía consigo, llegaron a³¹ organizar un Ejército de cerca de cuatro mil hombres, el cual se mandó ofrecer al General Lavalle por una comisión de vecinos respetables, para que con su ayuda, pudiese batir fácilmente las fuerzas que al mando del General Oribe, había despachado Rosas en su seguimiento. Lavalle³² esquivó una contestación decisiva al ofrecimiento que se le hacía, y anticipó la batalla en situación y condiciones desfavorables, según se cree³³ por no dar a sus amigos parte en una gloria que él quería sólo para sí.

Los resultados sin embargo, no correspondieron a sus esperanzas, y los campos del “Quebracho Herrado” dan testimonio del castigo que recibió su vanidad el 28 de noviembre de 1840.

Lavalle llegó a Córdoba donde después de conferenciar con La Madrid, se dirigió éste a Tucumán a organizar más fuerzas, y aquel a La Rioja, a ponerse a las órdenes del general Brizuela.

²⁹ Su opinión sobre La Madrid también es bastante revisada. Reemplaza toda una acusación: “faltando a la fe de las promesas con que se había captado la confianza de Rosas, se pronunció en favor del movimiento en la Provincia de Tucumán” por “arrastrado por la fuerza de los sucesos y por la influencia de sus amigos, que en Abril de aquel mismo año se habían pronunciado en Tucumán a favor de la revolución, a pesar de las promesas con que se había captado la confianza de Rosas, se decidió también en pro del movimiento”. Con esta modificación atenúa la crítica hacia el general y justifica su cambio de bando por la influencia que ejercen sobre él los amigos. Evita ahora una acusación de traidor, y lo presenta como un personaje pasivo, como una especie de víctima frente a “la fuerza de los sucesos”.

³⁰ En la versión anterior la construcción era “en favor de la revolución”.

³¹ Sustituye “consiguieron” por “llegaron a”.

³² En la reedición elide la subordinada que califica al general: “cuya impericia militar, era sólo comparable con su petulante arrogancia”. De esta manera continúa suprimiendo las invectivas contra Lavalle, que aquí pasaban de la competencia militar a sus condiciones personales.

³³ Agrega el modalizador “según se cree”, y aunque no prescinde de la consideración negativa sobre Lavalle, la atenúa al presentar como hipotéticas las motivaciones que se le atribuyen.

Brizuela le dio el mando del ejército como General en Jefe, y el General Pedernera que había pasado de Chile a ponerse a las órdenes del Director de la Guerra, fue nombrado su segundo.

El General Lavalle ayudado por el Coronel Peñaloza que era uno de los Jefes más importantes de La Rioja continuó allí la resistencia a los ejércitos que invadían la Provincia, y después de un tiempo de lucha, se retiró a Tucumán. En su tránsito por Catamarca tuvo nuevamente ocasión de conferenciar con el General La Madrid, que se dirigía a Cuyo; conferencia que no tuvo resultado alguno, persistiendo cada uno en su propósito.

Continuó Lavalle sus marchas y el 19 de Noviembre de 1841 lo alcanzó el General Oribe en “Famaillá” o “Monte Grande”, Provincia de Tucumán donde lo derrotó completamente.

Lavalle se dirigió entonces para Bolivia, pero fue muerto en Jujuy de una manera casual y obscura.

Mientras esto acontecía en relación al General Lavalle, los elementos de la Revolución mantenían su última resistencia en La Rioja.

El General Brizuela se defendía de las fuerzas coaligadas de varias Provincias que a las órdenes del famoso padre Aldao operaban sobre aquella.

En uno de los repetidos encuentros, que tuvo lugar en la Cuesta de Sañogasta, el General Brizuela fue herido y hecho prisionero por Germán Villafañe, asistente entonces del General Benavídez.

Brizuela murió de su³⁴ herida pocos momentos después de haberla recibido, y el Coronel Peñaloza como el Jefe más caracterizado y prestigioso de la Provincia, quedó a la cabeza de la resistencia.

Aquí entra para el Coronel Peñaloza un período laborioso y de inmensas fatigas, en el que ha conquistado muchos títulos a la gloria.

El solo entonces, sin más elementos que su prestigio, sin más táctica que la que le aconsejaba su solo genio, luchó diariamente durante tres meses consecutivos contra numerosas fuerzas que se le oponían de los Ejércitos del General Oribe, el padre Aldao y el General Benavídez.

La premura del tiempo con que escribimos estos rasgos biográficos de la vida del General Peñaloza, no nos permite recoger los datos que nos serían indispensables para hacer la historia de esos gloriosos 90 días.

³⁴ Cambia “esa” por el posesivo “su”.

El país entero conserva el recuerdo de esa resistencia, que es uno de los episodios más distinguidos de nuestra guerra civil, y en que el Coronel Peñaloza hizo prodigios de actividad y de arrojo; conquistando entonces toda la fama y el prestigio, que más tarde le ha valido el ser *cosido a puñaladas* en el mismo teatro de sus hazañas, y por algunos de los mismos³⁵ que entonces defendía con tanta bravura.

Los ejércitos que lo combatían, cansados ya de esa lucha inacabable, que mantenían contra un caudillo que aparecía y desaparecía de su presencia, haciéndoles la campaña fatigosa y desesperada, abandonaron su empresa dejando al Coronel Peñaloza dueño de casi toda la Provincia de La Rioja.

Esto dio lugar a que el Coronel Peñaloza pudiera ponerse de acuerdo con el General La Madrid (que se hallaba en Catamarca), y que juntos emprendieron su marcha a la Provincia de Mendoza, donde se hallaba el General Pacheco con una fuerte división de las tres armas del ejército de Oribe.

La victoria parece que quiso protegerles un momento. El Coronel Acha Jefe de Vanguardia de La Madrid derrotó primero a Benavidez en la “Punta del Monte” y en seguida a Benavides y Aldao en la famosa Batalla de “Angaco” donde Acha con su pequeña fuerza hizo prodigios de valor.

Este hecho de armas es considerado con justicia como el más notable episodio de guerra, de cuantos han tenido lugar durante el largo período de la revolución argentina.³⁶

Pero Acha fue sorprendido, batido y hecho prisionero en San Juan, antes que La Madrid tuviera tiempo de protegerlo, y este, después de montar allá su Ejército lo mejor que pudo pasó a Mendoza.

Allí fue del todo deshecho por el General Pacheco.

El encuentro tuvo lugar a pocas leguas de la ciudad, en el paraje³⁷ denominado “Rodeo del Medio” el 24 de Septiembre³⁸ de 1841.

³⁵ Continúa atenuando toda agresión directa al partido unitario. Así abandona la expresión “por el mismo partido” por una referencia más ambigua: “por algunos de los mismos”, a personajes ahora indeterminados.

³⁶ Inclusión de un párrafo nuevo que incorpora una opinión positiva sobre los episodios bélicos pero con la pretendida objetividad que le da el uso personal de la sintaxis.

³⁷ Sustituye “lugar” por “paraje”.

³⁸ Hernández rectifica una fechación errónea, pues en su versión del 63, producto quizás de la redacción apresurada del folleto, había puesto “Noviembre”.

En esta batalla, decisiva de una prolongada lucha, el Jefe que mandaba el ala derecha, desobedece las órdenes de La Madrid, y se abstiene de cargar, haciéndolo únicamente el Coronel D. Agustín Acosta con solo 50 hombres; y el Chacho, espontáneamente, dió entonces cargas tan repetidas y con tanto denuedo, que desde ese momento rivalizó su nombradía con la de Acha, a quien nadie había igualado hasta entonces en arrojo y valentía.³⁹

El General La Madrid y el Coronel Peñaloza con los restos de su ejército emprendieron su paso para Chile, atravesando con grandísimo peligro la Cordillera, que aún estaba obstruida por las nieves, y en cuyo tránsito perecieron gran número de los que les acompañaban. Esa retirada fue también protegida por Peñaloza, quien libró innumerables combates con las fuerzas que los perseguían, echando muchas veces pie a tierra y peleando hasta entre la nieve.⁴⁰

Este episodio lo conocerán sin duda muchos de nuestros lectores, pues es el que ha sido conmemorado en el cuadro trazado por el Sr. Rawson, que ha estado por mucho tiempo expuesto al público.⁴¹

Esta fue la primera emigración del General Peñaloza.

Rosas quedó completamente triunfante.

Los dos Jefes principales de la revolución habían muerto.

Lavalle en Jujuy.

Brizuela en La Rioja.

La Madrid y Peñaloza estaban proscriptos.

VII

Poco tiempo se conformó el patriota Riojano con la vida del expatriado. Los sufrimientos de su patria, víctima de la más brutal tiranía,

³⁹ Todo el párrafo es un nuevo agregado en el que se suman detalles minuciosos sobre las circunstancias narradas. En este caso se adicionan alabanzas para la gestión militar del Chacho, quien aparece pintado como un coronel audaz y valeroso.

⁴⁰ Esta última frase del párrafo también se incorpora en esta versión, donde Hernández continúa ofreciendo pormenores elogiosos sobre el Chacho.

⁴¹ En esta versión cambia la referencia política al Club Socialista: “en los salones del Club Socialista” por “al público”, que no da cuenta de ninguna precisión partidaria. Este borramiento de ámbitos de frecuentación propios de la época pone ahora distancia en la intimidad del escritor con el lector, cultivada insistentemente en la publicación del 63.

afianzada por la anarquía⁴² y las exageradas pretensiones de algunos⁴³ hombres del partido unitario con que se acarrearon tantas derrotas, hablaron muy alto en el corazón de aquel patriota noble y desinteresado, y⁴⁴ sin preocuparse de la eficacia de los medios, sino sólo de la santidad del objeto, se lanzó a la República Argentina acompañado de un puñado de valientes con cuyo concurso realizó proezas increíbles.

Había atravesado la Cordillera por el paso de Vinchina y de pronto se presentó en La Rioja, que se pronunció casi toda en su favor.

Los hijos más notables de esa Provincia se unieron a sus filas, aumentadas así considerablemente, y sin pérdida de momento se dirigió a Catamarca, donde después de infinidad de encuentros parciales, derrotó en Coneta 2000 hombres de caballería del Ejército del Gobierno; deshizo completamente otra parte del mismo Ejército en “Las Callecitas”, Departamento de Piedra Blanca, pasando en una impetuosa carga por sobre las infanterías enemigas, y completó sus victorias en “Habra”, donde batió completamente al Coronel Pintos que se hallaba con una fuerza respetable.

Triunfante así en Catamarca, se precipita sobre Tucumán con la velocidad del rayo, cuya gloriosa campaña selló con el completo triunfo que obtuvo en los “Manantiales”, sobre el Ejército de aquella Provincia, a las órdenes del General Gutiérrez.

Allí empezó la organización de su Ejército, que elevó al número de 2.000 hombres, con algunas infanterías.

El General Benavidez se puso en campaña en su busca.

Marchó desde San Juan con las fuerzas de que podía disponer, con las que le ofrecieron los Gobiernos de San Luis y Mendoza, con algunas que a su paso pudo reunir en Catamarca y con la concurrencia, con todas sus fuerzas, del Gobierno de Santiago.

Con esta poderosa masa marchó Benavidez a batir al que, habiendo llegado casi solo a La Rioja no hacía mucho, había obtenido una serie

⁴² El término “anarquía” reemplazó a “ineptitud”, suavizando de nuevo las críticas al partido unitario. Cambia un concepto peyorativo muy terminante por otro más inasible, que tiene que ver con un contexto social y político del país en general, más que con la responsabilidad de una agrupación en particular

⁴³ Otra vez los unitarios. Aquí agrega el pronombre indefinido “algunos” que restringe el alcance de la acusación original dirigida a todo el partido: “de los hombres del partido unitario” se ha moderado en “algunos hombres del partido unitario”.

⁴⁴ Cambio de sintaxis. Hernández introducía aquí una subordinada relativa con un “que”, ahora sustituido por el coordinante “y”.

de triunfos, derrotado completamente dos Ejércitos fuertes y posesionándose de tres Provincias.

Benavídez comprendía que una batalla era el único medio de acabar con Peñaloza, y éste por su parte comprendía también que una batalla era el único medio de librar a los Pueblos de los desastres consiguientes a una guerra, que prolongándose, habría dado por resultado hacer más grave el estado de ruina y desolación en que se hallaban.

Ambos Ejércitos se encontraron en los “Manantiales” Provincia de Tucumán, y se libró entre ellos un reñidísimo combate, en que por fin, la victoria se pronunció por el General Benavídez.

En esta Batalla el Coronel Peñaloza estuvo en inminente⁴⁵ peligro de ser muerto por sus enemigos. Debió su vida al arrojo e intrepidez de su mujer, que⁴⁶ viendo el peligro en que se hallaba, reúne unos cuantos soldados y poniéndose a su frente se precipita sobre los que atacaban a Peñaloza, con una decisión que habría honrado a cualquier guerrero.

Ella lo salvó en efecto; pero un furioso soldado enemigo al ver que se les escapaba su codiciada presa, descargó sobre su cabeza un terrible sablazo que la derribó del caballo.

A la que semejante hazaña acababa de ejecutar, no podía faltarle un defensor valiente en aquel momento de cruel conflicto.

Un Capitán de Peñaloza, D. Ramón Ibáñez, atacó y dio muerte al que acababa de herirla, y la sacó de aquel campo de lucha y exterminio con esfuerzos increíbles.

El Coronel Peñaloza con los pequeños restos de sus fuerzas⁴⁷ emprendió su retirada para Catamarca.

Referiremos ligeramente a nuestros lectores un episodio que tuvo lugar en esa retirada, y cuyo conocimiento servirá para que puedan apreciar mejor el temple generoso de ese esforzado caudillo.

En el tránsito por Catamarca, marchaba como vanguardia de la pequeña fuerza, el Coronel Yanzón acompañado sólo de 4 ó 5 soldados, y el cual se vio atacado de improviso en el Departamento de Santa María por una partida de gauchos.

⁴⁵ En el original se publica “eminente” en lo que creemos parece una errata que corregimos para esta edición.

⁴⁶ Sustitución de “quien” por “que”.

⁴⁷ Pone “sus fuerzas” en lugar de “su Ejército” y con esto le quita jerarquía oficial a las huestes del Chacho.

Yanzón mató de un pistoletazo a Gutiérrez que capitaneaba la partida, pero fue vencido por la superioridad del número, y muerto después de una heroica defensa.

Uno de los soldados regresa a dar parte al Coronel Peñaloza de lo que ocurría, y éste corre aceleradamente al lugar de la catástrofe, donde aún estaban reunidos los malhechores, y a los cuales hizo prisioneros, sin que escapara uno solo.

El Coronel Yanzón era no sólo un Jefe valiente y prestigioso, sino un amigo querido de Peñaloza, que acababa de acompañarlo en su arriesgada empresa, y compartir con él los azares y fatigas de esa penosa campaña.

Peñaloza lamentaba su muerte como la de un hermano querido, y ¿queréis saber cuál fue el castigo que impuso a sus matadores, la única venganza que tomó de ellos?

Véanlo, los que lo han retratado animado de sentimientos sanguinarios. Su único castigo fue hacerlos marchar a pie, conduciendo en hombros el cadáver de su desgraciado compañero, hasta llegar a la Capilla de Gualfín, en el Departamento de Belén, 12 leguas distante del teatro del suceso, y donde les hizo abrir la sepultura en que dejó enterrado a su antiguo amigo.

Cumplido este penoso deber, hizo arrodillar alrededor de la tumba de Yanzón a sus mismos matadores, y después de una ligera oración les restituyó completamente la libertad, distribuyendo entre ellos un poco de dinero del muy escaso que llevaba consigo, y aconsejándoles que abandonaran para siempre ese vergonzoso oficio.⁴⁸

Esta fue su venganza, y dígasenos, si esta noble conducta no contrasta de una manera digna con su bravura en los combates.

¿Puede referir un hecho semejante algunos de sus rencorosos⁴⁹ enemigos? La muerte de Peñaloza nos dice que no.

¿Habrà orado sobre su tumba alguno de sus asesinos?

⁴⁸ Una vez más Hernández incorpora elementos que completan la descripción de la personalidad del Chacho. A los rasgos que tienen que ver con su calidad de soldado suma en la republicación los de su generosa humanidad, dos formas de atributos que lo consagran históricamente como un caudillo popular. Con ello permanece, por otro lado, dentro de la óptica que no fue alterada en esta última versión, y que muestra al Chacho como un “héroe sencillo y modesto”. El párrafo, en 1863, terminaba en “libertad”. Aquí Hernández sustituye el punto final por una coma, y agrega la frase final que va desde “distribuyendo...” hasta el final del párrafo.

⁴⁹ “Rencorosos” aparece en lugar de “furiosos”, atenuando un poco la calificación.

Si hubieran tenido en su alma siquiera un sentimiento de religión, habrían respetado la vida de ese anciano.

Con el dolor que le causaba la pérdida que acababa de sufrir, continuó su marcha en retirada, dirigiéndose a “Fiambalao”, de allí a La Rioja por el Departamento de “Famatina”, pasando inmediatamente a Los Llanos donde de nuevo tentó la organización de su Ejército.

Pero Benavidez no le dejó el tiempo que su empresa requería. Marchó aceleradamente en su persecución, y con la poca gente que el Coronel Peñaloza había alcanzado a reunir, se dio la última batalla en “Ilisca” costa alta de Los Llanos y en la que fue deshecho completamente.

Por segunda vez tomó el camino de la emigración, volviendo a Chile por el mismo paso de Vinchina, por donde⁵⁰ había pasado poco antes a acometer una empresa sembrada de dificultades y de peligros.

Esta fue la última emigración del Coronel Peñaloza.

VIII

Como antes, la vida fuera de su patria le fue penosa e insoportable. No le era ya posible volver a ella combatiendo por su libertad, y le era más difícil aún resignarse a vivir lejos de ella.

Desesperado de esa emigración, y destituido completamente de la esperanza de poder realizar otra cruzada con éxito, concibió un plan atrevido y tan peligroso en los medios, como dudoso en su resultado.⁵¹

Testigo muchas veces de las acciones generosas del General Benavidez, conocía los sentimientos del hombre con quien acababa de combatir, y a esa generosidad fió su vida y su suerte.

Su empresa tuvo un éxito feliz.

Repasó la Cordillera, y regresó a su patria guardando el incógnito, presentándosele de improviso en San Juan al General Benavidez, a quien habló con aquel lenguaje en que la franqueza parece aconsejada por la desesperación, diciéndole; que venía a entregarse a él que dispusiera de su vida, que era su prisionero, que si merecía la muerte la recibiría con gusto antes que vivir por más tiempo fuera de su país.

⁵⁰ Nueva rescritura de un relativo; “por donde” reemplaza a “por que”.

⁵¹ Aparece “resultado” sustituyendo a “éxito” para evitar la reiteración del vocablo que vuelve a emplear tres líneas más adelante.

Las esperanzas que había abrigado el Coronel Peñaloza eran fundadas, y el General Benavidez correspondió dignamente a ellas. Le prometió que a su lado hallaría una hospitalidad generosa y segura, con la confianza que puede inspirar la amistad y Peñaloza quedó en San Juan.

Rosas que tuvo conocimiento de la presencia de Peñaloza en aquella Provincia reclamó de Benavidez su envío, por reiteradas e imperiosas órdenes. Pero Benavides resistió al cumplimiento de esas órdenes, a pesar de la grave situación en que se colocaba él mismo, cumpliendo así la fe de las promesas hechas a su protegido.

Aún antes de caer Rosas, ya el Coronel Peñaloza obtuvo de su bienhechor el permiso de ir a residir en los Llanos de La Rioja, donde resistió a las sugerencias repetidas de sus amigos que lo rodearon en el acto pretendiendo que se pusiera al frente de un nuevo movimiento.

Pero el Coronel Peñaloza fue para el General Benavidez, el amigo leal que Benavidez había sido para Peñaloza.

El triunfo de “Caseros” lo trajo nuevamente a la escena.

El General Benavidez se puso decididamente al servicio de la organización Nacional,⁵² Peñaloza identificando su causa con la de su protector y amigo, se unió a él con todo el poder que le daba su prestigio en La Rioja.

En esta identificación misteriosa parece que se descubre algo de Providencial.

Dos hombres que tanto habían luchado entre sí, se unen, se profesan mutuamente una amistad franca y leal, se consagran al servicio de una misma causa⁵³ y ambos vienen al fin a tener una muerte idéntica y a recibirla de la misma mano.

El General Urquiza en su período Presidencial, envió a Peñaloza sus despachos de Coronel de la Nación; más tarde el Congreso lo elevó al rango de General, y en la organización del ejército argentino, le fue señalado el puesto de 2° Jefe del ejército de Cuyo.

Durante el primer período constitucional, y hasta la destrucción del segundo, el General Peñaloza fue uno de los⁵⁴ sostenedores más decididos y leales, concurriendo siempre con la subordinación del soldado, allí donde el Gobierno Nacional se lo ordenó.

⁵² Hernández suprime aquí un coordinante “y” que venía a continuación de la coma.

⁵³ Reemplaza “idea” por “causa”.

⁵⁴ El artículo se incorpora en reemplazo de un posesivo “sus” que reforzaría la idea del vínculo estrecho con Urquiza.

IX

No creemos necesario detenernos mucho, para recordar a nuestros lectores la resistencia heroica que el General Peñaloza hizo por el espacio de muchos meses, al Ejército que después de Pavón envió el General Mitre al Interior, y que fue a ensangrentar el suelo de las Provincias.

Aún están vivos esos hechos en la memoria de todos, y todos saben que ante su prestigio, su actividad y su arrojo, únicos elementos de que podía disponer, fue a estrellarse todo el poder de las huestes invasoras.

Queremos al terminar nuestro trabajo, darle cima narrando un hecho histórico, de esa fecha, que al par que caracteriza bien al hombre que el partidismo ciego⁵⁵ acaba de sacrificar a sus iras, daguerreotipa mejor la fisonomía⁵⁶ política de ese partido,⁵⁷ y hasta de una época.

Nuestros lectores no deben haber olvidado, que el nuevo⁵⁸ Gobierno Nacional, persuadido de su impotencia para triunfar del General Peñaloza, en esa lucha en que se esterilizaban sus inmensos sacrificios, y en que emplearon con igual ineficacia los medios más reprobados y criminales Rivas, Sandes, Arredondo y demás, celebró entonces un tratado con él, por medio de su comisionado el Dr. D. Eusebio Bedoya, cuyo tratado fue firmado en la Provincia de La Rioja, en el lugar llamado LAS BANDERITAS.

En ese sitio, y después de firmado dicho tratado, el General Peñaloza, dirigiéndose a los Coroneles Sandes, Arredondo y Rivas dijo: “Es natural que habiendo terminado la lucha, por el convenio que acaba de firmarse, nos devolvamos recíprocamente los prisioneros tomados en los

⁵⁵ Esta es una de las modificaciones más connotativas de la reedición. Evidentemente todo este párrafo ha sido revisado en la reescritura y se ha decidido reformularlo. En primer lugar Hernández escribe “hombre” en lugar de “héroe” en un claro indicio de cambio de enfoque. Aquí se ve la represión del intento épico de la edición de Paraná, aunque no se resignan las cualidades humanas del individuo. Además, Hernández vuelve a suavizar su rechazo al “partido unitario” diluyéndolo en una referencia general al “partidismo ciego” como vicio de toda la política nacional. Ya no son solo los unitarios, sino todas las facciones. Ya no hay héroes y enfrentamientos épicos, sino hombres en manos de un destino que no distingue los valores personales. Con esto Hernández se propone apoyar los intentos de fusión que promueve el gobierno de Avellaneda.

⁵⁶ Nueva supresión de una frase explicativa sobre las cualidades del Chacho: “que el Coronel Peñaloza había alcanzado a reunir”.

⁵⁷ En la misma línea de contemplaciones, se elide la condena al partido unitario suprimiendo la subordinada desde “cuya ambición es su único fin, el asesinato su único medio”, y cierra el párrafo de manera abrupta agregando luego de la coma “y hasta de una época”.

⁵⁸ Cambia “supuesto” por “nuevo”, borrando el dejo de ironía que implica el término “supuesto” contra las autoridades de la época.

diferentes encuentros que hemos tenido: por mi parte yo voy a llenar inmediatamente este deber”. Los mencionados Jefes de Mitre, enmudecieron ante estas palabras y sólo se dirigieron entre sí unas miradas⁵⁹ de asombro o de vergüenza. El General Peñaloza que, o no se apercibió de lo que ese silencio significaba, o que, por el contrario, ya contaba⁶⁰ con la muda respuesta que se le daba, no se dio por entendido de lo que sucedía, y llamando inmediatamente a uno de sus ayudantes (de apellido Cofré) le ordenó que llevase al lugar de la conferencia, a los *prisioneros porteños*, fueron sus palabras, para ser devueltos a sus Jefes.

No tardaron mucho en presentarse dichos prisioneros, y a su vista el General Peñaloza dijo: “Aquí tienen ustedes los prisioneros que yo les he tomado, ellos dirán si los he tratado bien, ya ven ustedes que no les falta ni siquiera un botón del uniforme”. Un entusiasta viva al General Peñaloza dado por los mismos prisioneros, fue la única, pero la⁶¹ elocuente respuesta que esas palabras recibieron.

El General Peñaloza, viendo el silencio de los Jefes de Mitre, insistió en la devolución de los prisioneros que le habían tomado a él.

“Y bien, dijo: ¿dónde están los míos? ¿Por qué no me responden?

¡Qué! ¿Será cierto lo que se me ha dicho? ¿Será verdad que todos han sido fusilados?

¿Cómo es entonces que yo soy el bandido, el salteador, y ustedes los hombres de orden y de principios?”

El General Peñaloza continuó en ese⁶² sentido dirigiendo una enérgica y sencilla reprobación a los Jefes de Mitre, a tal extremo, que el Dr. Bedoya se llevó el pañuelo a los ojos, y lloraba a sollozos, quizás conmovido por la patética escena que presenciaba, tal vez avergonzado de encontrarse allí representando a los hombres que habían inmolado tantas víctimas, o acusado quizás por su conciencia de haber manchado su carácter de Sacerdote aceptando el mandato que desempeñaba.⁶³

⁵⁹ En la versión del 63 se encuentra en singular “una mirada”.

⁶⁰ Anula una determinación: “[ya contaba] de antemano”.

⁶¹ Se cancela el adverbio “más” que calificaba a [elocuente respuesta].

⁶² Se sustituye “este” por “ese” en un nuevo acomodamiento de los deícticos.

⁶³ Desecha nuevamente la calificación agresiva del partido unitario por un cierre terminante “mandato que desempeñaba”, en lugar del “[mandato] de un partido de asesinos”.

Entretanto, los Jefes de Mitre se mantenían en silencio, humillados ante las reconvenciones de aquel,⁶⁴ cuya altura de carácter, cuya nobleza de sentimientos, tanto contrastaba con la humildad de su condición.

El General Peñaloza devolvía todos los prisioneros que había tomado, no faltaba uno solo, y no había uno solo entre ellos que pudiera alzar su voz para quejarse de violencias o malos tratamientos.

Y, ¿dónde estaban los prisioneros que se le habían tomado a él? Habían sido fusilados sin piedad, como se persiguen y matan⁶⁵ las fieras de los bosques.

Sandes había ensangrentado el “Puesto de Valdés” sacrificando a su rabia multitud de indefensos prisioneros.

Rivas había derramado también en el “Gigante” la sangre de treinta y cinco prisioneros inermes, y entre las víctimas estaban los Jefes y oficiales del General Peñaloza, Rojas, Bilbao, Quiroga, Moliné, Vallejo, Lucero, Gutiérrez y Videla.

Las mujeres e hijos de sus soldados habían sido arrebatadas por *los valientes soldados invasores* a las órdenes de Arredondo;⁶⁶ sus mejores servidores, y sus compañeros más distinguidos habían sido sacrificados.

El correspondía a todo eso, con una acción generosa, que sus enemigos no han ejecutado nunca.

X

Hemos hecho conocer ya al hombre que acaba de ser sacrificado a la saña implacable, en momentos de una lucha enconada y ciega.⁶⁷

⁶⁴ Segunda supresión clave del término “héroe” para la lectura de la redición. Sólo queda el pronombre “aquel” como un señalamiento limitado a la condición humana.

⁶⁵ Se prefiere “matan” en lugar de “maltratan”.

⁶⁶ Hernández agrega aquí “a las órdenes de Arredondo”. Atribuye puntualmente la autoría del hecho a un hombre concreto, aparentemente más para exculpar a otros implicados directos (como podrían ser Vera o quizás Sarmiento) que para eludir la imprecisión en el momento de adjudicar responsabilidades.

⁶⁷ Última omisión, importantísima, del texto. Nuevamente Hernández quita las calificaciones denigratorias de los unitarios que otra vez se diluyen en una mención vaga al contexto histórico. Hernández reemplaza “a la cobardía y a los instintos sanguinarios de un partido de asesinos”, por un cierre de párrafo ambiguo “[implacable,] en momentos de una lucha enconada y ciega”. Los atributos de la lucha se extienden sin distinción de banderías o facciones y desdibujan las diferencias políticas de ayer en un nuevo y definitivo apoyo al proyecto de fusión nacional del 75.

No nos lisonjemos de ofrecer a nuestros lectores una obra acabada, esta obra sería⁶⁸ el fruto de una consagración y de un tiempo⁶⁹ de que no podemos disponer.

Pero hemos recorrido ligeramente el largo y complicado período de nuestra revolución, y aunque no hemos trazado de él un cuadro completo, sino tocándolo apenas en sus más notables lineamientos, hemos hallado en todas partes el nombre del General Peñaloza, ocupando posiciones y desempeñando roles diversos, pero, como⁷⁰ hemos dicho al principio, siempre de una manera distinguida y honorable para él.

Trazados estos rasgos al correr de la pluma, dejamos a la inteligencia de nuestros lectores el suplir con ella la deficiencia de que han de adolecer naturalmente.

1872 Reimpreso 1875

Apéndice

En momentos de entrar en prensa este folleto uno de los actores en el trágico episodio de la muerte del General Peñaloza, viene a la prensa a defenderse de ofensas que dice haberle inferido el ex Presidente Sarmiento.

Ese actor es el Coronel D. Ricardo Vera.

He aquí lo que bajo su firma ha publicado “La Prensa” del 1° de Septiembre.

Habla Vera:

“El Sr. Sarmiento, perdiéndome de vista quizás en los sucesos por la humildad de mi posición, ha creído que podría devorar en silencio la gratuita injuria que me infiere; pero a mi vez, con la verdad de los hechos, que aún ha de repercutir en la buena memoria del educacionista Sanjuanino, debo recordarle un incidente ocurrido entre los dos, a propósito de la muerte del Chacho, tomado por mí en Olta, y entregado a sus matadores.

“Debe recordar aún, que el Coronel Irrazábal me mandó a San Juan llevando el parte oficial de haber sido muerto por él el infortunado Peñaloza, cuya cabeza fue puesta sobre un palo.

⁶⁸ Nuevo acomodamiento contextual. En el 63 Hernández había usado el futuro “será”, ahora, y en razón de que no lo ha hecho, prefiere el modo potencial.

⁶⁹ Pone “tiempo” en lugar de “ejemplo”.

⁷⁰ Supresión del artículo “lo”.

“No debe tampoco haber olvidado el Sr. Sarmiento, que yo le daba el parte en el despacho de Gobierno de San Juan; y que, cuando le referí, a su pedido, las circunstancias de su captura y las formas horribles de su muerte, él, Gobernador de San Juan entonces, Presidente de la República después, y Senador ahora entusiasmado con el suceso, me dio un fuerte abrazo, mostrando verdadero gozo en el triste fin de aquel desgraciado. Ricardo Vera”.

Según estas palabras de Vera; él tomó a Peñaloza en Olta y lo entregó a sus matadores, los que pusieron la cabeza en un palo, y a pedido del Sr. Sarmiento, él le refirió en San Juan las circunstancias de la captura y las formas horribles de su muerte.

Hay suficiente luz para juzgar el hecho.

Para completar este trabajo, publicamos en seguida el parte de que el entonces Comandante D. Ricardo Vera, era conductor, según las palabras que acabamos de transcribir.

Dice así:

“Olta, Nbre. 12 de 1863

“Al Exmo. Sr. Gobernador. Coronel Don Domingo Faustino Sarmiento.

“Pongo en conocimiento de V.E. que hoy en la madrugada sorprendí al bandido Peñaloza el cual fue pasado por las armas, haciéndoles también algunos muertos que despavoridos huían; también tengo prisionera a la mujer y un hijo adoptivo, tomándome gran interés en salvarlo.

- Dios guarde a V. E. muchos años. Firmado: Pablo Irrazábal. Es copia. Ramón Castañeda”.

La desgraciada compañera de aquella víctima, la esposa de Peñaloza, prisionera según este parte, fue conducida a la cárcel de San Juan, engrillada y obligada a salir con sus cadenas, mezclada con otros presos a barrer las plazas públicas.

Así terminaron su carrera aquellos dos seres, que habían arrostrado una existencia continua de sacrificios, que habían pasado y repasado los Andes, vertiendo juntos su sangre en los combates por la libertad.

¡Amargos frutos de la guerra civil! ¡Terrible amenaza!

El uno muerto como un bandido; ¡¡sólo obtuvo como galardón de sus generosos esfuerzos, un palo en que fue colocada su cabeza!!

La otra, por su parte viendo prolongarse su martirio, alcanzó por toda recompensa la oprobiosa cadena del presidiario.

Escenas de barbarie: ¡pasad para siempre del suelo de la República!

EL MARTÍN FIERRO

1872-1883



Releer el *Martín Fierro* desde las *Obras completas de José Hernández*

Élida Lois

El *Martín Fierro* se leyó en su época en interacción con su contexto social y cultural (las reacciones divergentes que despertó respondían a diferentes posturas políticas y/o estéticas) y tanto su posterior canoización como todas las relecturas sucesivas le impusieron recontextualizaciones, pero por primera vez, puede leerse ahora desde la totalidad del intertexto hernandiano. Publicar las *Obras Completas* de José Hernández no solamente era una deuda de nuestro campo cultural: esa concreción promueve nuevas posibilidades de religación entre los diversos componentes de ese universo del discurso.

José Hernández publicó siempre en forma separada *El gaucho Martín Fierro* (1872)¹ y *La vuelta de Martín Fierro* (1879).² La asignación del título *Martín Fierro* al conjunto fue, sobre todo, obra de la tradición oral y de la recepción crítica.³ Decir “el *Martín Fierro*”,

¹ HERNÁNDEZ, J., *El gaucho Martín Fierro*, Buenos Aires, Imprenta de La Pampa, 1872.

² HERNÁNDEZ, J., *La vuelta de Martín Fierro*, Buenos Aires, Librería del Plata, 1879. Se conserva un pretexto autógrafo de cada uno de los dos poemas y sobre la base de esos manuscritos y de la copiosa variantística registrada en las ediciones de la *Ida* publicadas en vida del autor (la 12ª fue la última preparada por él), publiqué una edición crítico-genética de *Martín Fierro* con un “Estudio filológico preliminar” (París-Madrid, Colección Archivos, N.º 51, 2001); en adelante, se la cita así: Hernández, 2001.

³ La primera publicación conjunta de la *Ida* y de la *Vuelta* con el título *Martín Fierro* se realizó veintinueve años después de la muerte de Hernández (Buenos Aires, Impr. de L. J. Rosso, 1915); no obstante, cinco años antes se había realizado una publicación que las reunía, pero se la había titulado *El gaucho Martín Fierro* (Buenos Aires, Vida argentina, 1910). Ver Becco,

entonces, se relaciona ya con el proceso de creación de un mito de identidad nacional.

El *Martín Fierro* fue una construcción en movimiento no solo porque en su trama hay una *Ida* y una *Vuelta* sino porque la interacción texto-paratexto-intertexto se movió junto con las vicisitudes de una vida que navegó por la política desde su nacimiento.⁴ La experiencia vital de Hernández creó las condiciones para la gestación de una obra dotada de la capacidad de escaparse de las manos de su creador; a partir de la primera distribución a comienzos de 1873, además de circular en numerosas reediciones,⁵ *El gaucho Martín Fierro* se proyectó en la oralización: lectura en alta voz en pulperías, recitadores profesionales, memorización colectiva.

No solo los pretextos manuscritos de la *Ida* y de la *Vuelta* nos introducen en una dinámica creativa, Hernández continúa introduciendo reformulaciones en las sucesivas ediciones de *El gaucho Martín Fierro*, y esos procesos escriturales se interrelacionan con el devenir de toda la producción hernandiana: no sólo con la evolución de su obra periodística, interactúan también con las dos versiones de la biografía del Chacho, con otras composiciones del autor, con el epistolario, e incluso con la *Instrucción del Estanciero* y las primeras piezas de oratoria parlamentaria porque la dinámica textual del *Martín Fierro* concluye en 1883 con la 12ª edición de *El gaucho Martín Fierro*.⁶

Los textos y las reescrituras del poema

Al emprender la relectura de esa dinámica puede distinguirse en primer lugar tanto lo que se lee en los pretextos (los manuscritos de

Horacio Jorge, "Bibliografía Hernandiana", en *Martín Fierro un siglo*, Buenos Aires, Editorial Xerox Argentina, 1972, págs. 261-396.

⁴ Hijo de un rosista execrado por su padre por haberse unido a una Pueyrredón (emblemática familia unitaria), José Hernández sufrió en carne propia sucesivos desgajamientos familiares desde su infancia, pero al mismo tiempo, esa situación le permitió insertarse en una red de vasos comunicantes que enriquecieron su personalidad.

⁵ Auténtico *Boom* de la literatura rioplatense del siglo XIX, el poema circuló también en reediciones fuera del control del autor: reproducciones periodísticas no autorizadas y las primeras ediciones piratas de nuestra industria editorial (o al menos, las primeras que promovieron pleitos por derechos de autor).

⁶ Además de reescribir algunos versos, Hernández incorpora a esta edición numerosas piezas en la recopilación de juicios críticos que había comenzado a publicar acompañando la 8ª edición de *El gaucho Martín Fierro* (1874).

trabajo escritural de la *Ida* y los de la *Vuelta*) como el recorrido édico con sugestivas reformulaciones en el texto de *El gaucho Martín Fierro* a lo largo de sucesivas ediciones durante los 11 años en que se republicó supervisado por él. El análisis de esos materiales escriturales⁷ lleva inevitablemente a leer la *Ida* y la *Vuelta* en términos de *revolución* y *claudicación*, respectivamente, tal cual como ha venido leyendo la obra gran parte de la crítica a partir de Martínez Estrada.⁸ Pero después de emprender esa lectura, puede releerse desde el diarismo que había venido practicando Hernández a partir de 1860 y desde una recapitulación de los contextos de situación específicos de cada etapa; se descubre así que una distinción tajante resulta demasiado simplista.

La literatura gauchesca es un híbrido; es una literatura en la que interactúan tanto tensiones como alianzas de clases y desde adentro de la denominación misma toma distancia del objeto de su elaboración poética: por eso es “gauchesca” y no “gaucha”. Cabría para la literatura gauchesca la catalogación de “literatura menor” en el sentido que le asignan Deleuze y Guattari: una denominación que no pretende asignar calificaciones literarias sino marcar la detección de condiciones revolucionarias en la literatura de sectores minoritarios.⁹ Es la literatura que una minoría hace dentro de una lengua mayor y en ella la individualidad se articula con la inmediatez política: por eso su enunciación se vuelve colectiva y sus enunciados están atravesados por tensiones políticas.

Zambulléndose en un proceso de apoderamiento del habla del gaucho, Hernández reproduce con éxito las modulaciones de su voz, proyecta su visión del mundo, exhibe su infortunio. La desarticulación de la familia es el efecto inmediato de la irrupción de la política en la vida del individuo. Dice Fierro:

*Tuve en mi pago en un tiempo
Hijos, hacienda y mujer,
Pero empecé a padecer,
Me echaron a la frontera,*

⁷ Ver Hernández, 2001, págs. XXXIII-CVI.

⁸ MARTÍNEZ ESTRADA, E., *Muerte y transfiguración de Martín Fierro. Ensayo de interpretación de la vida argentina*, FCE, 1948, 2 vols.

⁹ DELEUZE, G. et GUATTARI, F., *Kafka. Pour une littérature mineure*, Paris, Les Éditions de Minuit, 1975.

*¡Y que iba a hallar al volver!
Tan solo hallé la tapera (I, 289-294).¹⁰*

Desde su lugar de enunciación, el escritor que ha creado un espacio para que el gaicho hable se lo niega al indio. No obstante, a lo largo del poema, se producirá una transformación a partir de una descripción de “clase” (entendida aquí como un grupo social que vive bajo condiciones de existencia que lo distinguen por su modo de vivir, sus intereses y su cultura de otros grupos, y lo oponen a éstos de un modo hostil). La clase de los gauchos, que se opone a la que ejerce el poder –la de los “puebleros”–, se empeña en subalternizar a otras: a la de los inmigrantes y a la de los negros; a su vez, todos se unen contra “otro”: el indio, que está fuera del sistema. En la voz de Fierro, la clase de los gauchos no considera al indio como “un semejante”:

*Naidas le pida perdones
Al Indio, pues donde dentra
Roba y mata cuanto encuentra
Y quema las poblaciones.*

*No salvan de su juror
Ni los pobres angelitos;
Viejos, mozos y chiquitos
Los mata del mesmo modo:
El indio lo arregla todo
Con la lanza y con los gritos (I, 477-486).*

Las descripciones y los comentarios lo deshumanizan. Ataca dando alaridos que hacen temblar la tierra y “echando espuma” (I, 579). Sólo emite gritos y algún balbuceo. Y, cuando es posible, se lo mata como a una alimaña:

*Ahi no más me tiré al suelo
Y lo pisé en las paletas,
Empezó a hacer morisquetas*

¹⁰ Las citas corresponden al texto que establecí en Hernández, 2001.

*Ya mezquinar la garganta...
Pero yo hice la obra santa
De hacerlo estirar la jeta (I, 607-612).*

Sin embargo, en una situación desesperada, Fierro y Cruz buscan una nueva identidad dentro de las diferencias, proyectan toda su energía en un objetivo imaginario y así logran convertir al otro en un semejante. La toma de conciencia de que existen formas alternativas de oposición a un sistema de dominación injusto desemboca en un intento de articular diferencias. Dos desplazados por el sistema encaran la viabilidad de unirse con los que ya estaban fuera de él.

El episodio del cerco de la partida y el final presentan a un sujeto que se niega a aceptar que hay un solo mundo y una sola posibilidad, aquel que en un gesto individual está expresando su libertad. El poder es siempre más fuerte, pero sus gestos son los de quien se da a sí mismo el derecho de rebelarse contra el mundo tal como es. Puede decirse, entonces, que *El gaucho Martín Fierro* concluye ante un horizonte de posibilidades, por más que éstas puedan ser vistas como una suerte de utopía al revés (aunque, por eso mismo, con más visos de factibilidad):

*Allá habrá siguridá
Ya que aquí no la tenemos,
Menos males pasaremos
Y ha de haber grande alegría
El día que nos descolguemos
En alguna toldería.*

*Fabricaremos un toldo
Como lo hacen tantos otros,
Con unos cueros de potro,
Que sea sala y sea cocina,
¡Tal vez no falte una china
Que se apiade de nosotros! (I, 2233-2244).*

Y como en toda utopía que se precie, la eliminación de los rigores del trabajo instala un rudimentario paraíso en el Desierto:

*Allá no hay que trabajar,
Vive uno como un señor—
De cuando en cuando un malón—
Y si de él sale con vida,
Lo pasa echao panza arriba
Mirando dar güelta el sol (I, 2245-2250).*

Así, este cruce de frontera marca un clímax en la construcción de un pensamiento heterodoxo. Pero *La vuelta de Martín Fierro* demostrará que las utopías son irreales aunque, a la vez, su devenir se encargará de confirmar una continuidad histórica:

*Me acerqué a algunas Estancias
Por saber algo de cierto,
Creyendo que en tantos años
Esto se hubiera compuesto;
Pero cuanto saqué en limpio
Fue que estábamos lo mesmo (II, 1563-1568).¹¹*

Una vez más, los oprimidos no han conseguido torcer el rumbo de la historia y se verifica la perdurabilidad del sistema cuando aflora la denuncia, con la cual se corrobora –de paso– que el pacto de lectura establecido en siete años de circulación de *El gaucho Martín Fierro* es demasiado fuerte; por eso el discurso domesticador de la *Vuelta* atenúa pero no llega a ocultar totalmente la veracidad referencial.

El lirismo filosófico de la payada y la didáctica de los consejos paternos completan los dispositivos retóricos que destruyen esa ilusión de inexistencia de mediador que había sido instaurada por *El gaucho Martín Fierro*. Por último, en un final tan emblemático como el de la *Ida*, una dinámica escritural inversa culmina con un paralelismo anti-tético. Hay también una partida conjunta y una pérdida de identidad, pero se da en términos de dispersión y de doble derrota. Fierro y los suyos han fracasado porque la política y la ley siguen condenándolos a la disgregación familiar y a la aceptación de reglas impuestas por otros.

Pero Hernández no estaba traicionando una causa revolucionaria ni era un arribista veleidoso; simplemente, en una etapa de su vida po-

¹¹ El destacado es mío.

lítica su voz se mimetizó con la del gaucho. Desde la época de su militancia en el Partido Reformista de Buenos Aires –cuyo programa era la unión de todas las provincias–, pasando por la década del exilio en la Confederación, había adherido al mismo proyecto que los porteños deseaban para sí: un país moderno, burgués, democrático y civilizado. Estos “federales” eran partidarios del comercio con el exterior y de las escuelas, se llaman así porque proponían que los beneficios de ese plan se llevaran a cabo respetando la voluntad y la autonomía de las restantes provincias y pretendían una distribución más equitativa de la renta nacional.

De todas maneras, desde los primeros testimonios de escritura de Hernández se observa esa suerte de tensión fundamental entre la pulsión de rebelión y el deseo de armonizar posiciones enfrentadas que atravesará luego al conjunto textual denominado *Martín Fierro*. Había hecho su debut en el diarismo en 1860 cuando, ya emigrado a Paraná, colaboraba como corresponsal en el último período en que pudo seguir publicándose en Buenos Aires *La Reforma Pacífica* (el diario de Nicolás Calvo, que se esfuerza por argumentar acerca de la necesidad de integrar a la secesionista Buenos Aires al resto del país) firmando con el seudónimo “Vincha”.¹² Hernández proclama allí su adhesión a la propuesta de conciliar diferencias entre las facciones enfrentadas; no obstante, la elección del seudónimo “Vincha” (denominación –de étimo originario– de un sujetador del pelo que se asocia al indio y al gaucho) opera como un símbolo evidente de la barbarie. Exhibe así un gesto escritural tan potente como ese vibrante comienzo de su alegato ante la muerte del Chacho en 1863: “Los salvajes unitarios están de fiesta” (justamente, ese anatema rosista era otro de los emblemas de la “barbarie” inventariados expresamente por Sarmiento en su *Campaña en el Ejército Grande*).¹³

Todo el periodismo de la Confederación elegirá como mentor ideológico al Alberdi de las *Quillotanas* y su caballito de batalla retórico consistirá en revertir la antinomia irreductible “Civilización versus Barbarie” contra su autor, en un efecto de *boomerang*: las imágenes

¹² ORTALE, M., “La firma del autor: el nacimiento de la firma en el periodismo de José Hernández”, en Goldchluk, G. y Pené, M. (comp.), *Palabras de archivo*, Santa Fe, Ediciones UNL y CRLA-Archivos, 2013, págs. 163-180.

¹³ En otra coyuntura histórica (durante el autoexilio que emprendió durante el segundo levantamiento de López Jordán), escribió en el diario *La Patria* de Montevideo con el seudónimo “Un Patagón” (1874).

alberdianas de “bárbaro de la pluma” y la “barbarie de frac” se reiterarán una y otra vez en *El Eco* de Corrientes, en *El Nacional Argentino* y en *El Litoral* de Paraná, entre otros. Pero nadie lo hará con tanta virulencia como Hernández cuando empiece a publicar por entregas en *El Argentino* de Paraná su biografía del Chacho inmediatamente después de recibir la noticia de su asesinato.¹⁴ Allí acusará a Sarmiento de ser un “bárbaro de la política”, pero sugestivamente, no lo hará con el enjundioso discurso del jurista que se esfuerza por mantener una apariencia de objetividad en sus *Cartas Quillotanas*: Hernández volcará en su prosa el mismo desenfreno panfletario del Sarmiento de *Las ciento y una*.

Pero su ruta periodística anterior al poema también retomará la conciliación y con ella las idas y vueltas. En 1869, cuando funda en Buenos Aires *El Río de la Plata*, llama otra vez a superar el enfrentamiento de dos facciones ya desgastadas, proponiendo ahora la creación de un tercer partido de ideología ruralista. Pero todavía no había llegado la hora de resolver esa contradicción fundamental, y el periodista moderado que escribe los editoriales de *El Río de la Plata* cerrará un año después su diario para sumarse a las filas rebeldes de López Jordán, y la revolución termina con su cabeza puesta a precio y un exilio en Sant’Ana do Livramento.¹⁴

Según una tradición oral, a comienzos de 1872 y por intercesión de Benito Magnasco (un alto dignatario de la Masonería), el presidente Sarmiento autoriza su regreso con una condición: no volver a ejercer el periodismo; Hernández no lo ejercerá, pero a fines de ese año se imprime la 1ª edición de *El gaucho Martín Fierro*. Sin embargo, esta respuesta literaria a una grave problemática social debe ser calibrada con mayor exactitud.

El poema no estaba destinado de entrada ni al proletariado rural ni a los pequeños pastores y labradores que integraban la masa analfabeta (no puede olvidarse que el censo oficial de 1869 había revelado que sólo el 22,1% del total de la población argentina de ambos sexos mayor de seis años podía considerarse alfabetizado). Sus principales destinatarios, por consiguiente, no eran los paisanos de la campaña sino los “puebleros”; el texto estaba dirigido a una clase dirigente (a los vencedores y a los vencidos, pero a una clase con vocación de poder).

¹⁴ HERNÁNDEZ, J., *Rasgos biográficos del General Don Angel V. Peñaloza*, Paraná, Colección de artículos publicados en *El Argentino*, 1863.

Delimitan, con absoluta claridad, un campo de interlocutores tanto tres epígrafes que remiten a una cultura letrada como la carta-prólogo, así como la *Memoria sobre el camino trasandino*, un texto programático anexo a la 1ª edición (que toca el tema de la necesidad de establecer comunicaciones ferroviarias fluidas con Chile).

Pero sobre todo, es muy revelador de los objetivos del autor que la carta-prólogo vaya dirigida al estanciero José Zoilo Miguens, no sólo porque como juez de paz y comisario del antiguo partido de Arenales había denunciado ante sus superiores en forma reiterada procedimientos arbitrarios en el reclutamiento de fuerzas de frontera,¹⁵ sino porque el diario *La Nación* de Buenos Aires había publicado el 17 de enero de ese año 1872 (coincidiendo con el retorno de Hernández) un telegrama donde el Comisario Miguens informaba a sus superiores que después de batir los distritos a su cargo no había encontrado rastros de la presencia de los revoltosos denunciados, pero advertía:

*El estado de la frontera y la condición actual del hombre de la campaña, constituyen anomalías monstruosas, cuya subsistencia permanente, inconciliable con el orden social y constitucional, producirá tarde o temprano funestos resultados.*¹⁶

Así, en una grave situación de injusticia social que permite suponer la posibilidad de revueltas populares o de amotinamientos en los fortines, el modelo de resistencia que propone el final de *El gaucho Martín Fierro* no es una posibilidad descabellada,¹⁷ pero la delimitación del campo de interlocutores que revela el peritexto apunta a impedir que eso suceda, no a promoverlo. Sin embargo, sucedió algo que Hernández no podía prever: la obra estaba dotada del poder de trascender el circuito de la lectura.

El 18 de febrero de 1874, una carta del publicista uruguayo Juan María Torres reproducida en *La Patria* de Montevideo es el primer

¹⁵ ZORRAQUÍN BECÚ, H., *Tiempo y vida de José Hernández. 1834-1886*, Buenos Aires, Emecé, 1972, págs. 201-206, 332.

¹⁶ El destacado es mío.

¹⁷ Véase FERNÁNDEZ LATOUR DE BOTAS, O., *Prehistoria del "Martín Fierro"*, Buenos Aires, Platero, 1977; CHUMBITA, H., *Jinetes rebeldes. Historia del bandolerismo social en la Argentina*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 2000.

testimonio de un fenómeno plenamente atestiguado: en los almacenes y pulperías se reunía el gauchaje a la espera de que alguien capaz de hacerlo leyera el folleto ajado que nunca faltaba allí o para escuchar a algún memorioso que ya había aprendido pasajes enteros; así, pronto apareció el recitador-cantor profesional que recorría lugares de reunión para declamar el poema acompañándose con la guitarra.¹⁸ Por otra parte, ha sido esa aptitud del poema para circular sin la intervención de la escritura (proveniente de la matriz retórica de la poesía oral) una de las causas del fenómeno social de su repercusión popular; por añadidura, se ha podido atestiguar que Hernández practicaba la poesía de contrapunto, la poesía de improvisación verbal.¹⁹

Pero antes de referirme a una clave lingüística que obró como un pasaporte para cruzar fronteras culturales, para ejemplificar una vez más los lugares de tensiones me detengo en una reescritura que puede reconstruirse a partir de los manuscritos de *La vuelta de Martín Fierro*. En el dorso en blanco del pasaje en que Fierro describe costumbres bárbaras de las tolderías agravadas por la irrupción de una epidemia mortífera, Hernández anota dos octosílabos que operarán como disparador de una estrofa intercalada en otra etapa escritural:

*Un inglés ojos celestes
Como potrillito zarco.*

En una sextina famosa por su intensidad lírica se hace contrabando a través de esa frontera ideológica por donde había transitado el periodista de la Confederación combatiendo a la barbarie de frac, ya que instala la imagen de la execrada antinomia sarmientina “Civilización versus Barbarie” con una alusión a ese tipo de inmigración que había reclamado Alberdi en sus obras programáticas, fundamentando sus preferencias en la potencial propagación de otros hábitos culturales; por otra parte, la ausencia de una inmigración sajona o germánica fue

¹⁸ Esta carta de Juan María Torres a José Hernández, difundida por él en el diario *La Patria*, fue incluida en la sección de reseñas y juicios críticos incorporada al paratexto de *El gaucho Martín Fierro* a partir de la 8ª edición.

¹⁹ FERNÁNDEZ SALDAÑA, J., “José Hernández emigrado en Brasil”, en *La Prensa*, Buenos Aires, págs. 6-10-1940.

también objeto de lamentaciones por parte del Sarmiento de *Conflicto y armonías de las razas en América* (1884):

*Habia un gringuito cautivo
Que siempre hablaba del barco–
Y lo ahugaron en un charco
Por causante de la peste–
Tenia los ojos celestes
Como potrillito zarco (II, 853-858).*

Pero también es posible hallar en los márgenes indicios de lo que late en el centro, y la sextina contrabandeada contiene dos ejemplos de un sociolecto estigmatizante que ya no era advertido por el lector a comienzos del siglo XX porque la prosodia panhispánica culta en el siglo XIX era diferente de la que practicamos: en el primer octosílabo y en el quinto, “Había” y “Tenía” son bisílabos, un tipo de sinéresis que en ciertos contextos fónicos hoy está generalizada.²⁰ En cambio, en el siglo XIX la métrica de la poesía culta de España y de Hispanoamérica es una prueba irrefutable de la conservación en el habla urbana de hiatos como los de los verbos “había” y “tenía”, que se pronunciaban como trisílabos en toda posición oracional. Por eso no se advierte que la gauchesca de Hernández había sacado los pies del plato por partida doble apartándose de la preceptiva instalada por el género, que se condensa en esta regla: “léxico y morfofonética rurales pero prosodia culta”. El *Fausto* de Estanislao del Campo, la primera obra gauchesca en la que parte de la sociedad letrada reconoció hallazgos estéticos, se ajusta estrictamente a esa norma lingüística.²¹

Una adolescencia pasada en los inhóspitos pagos del Sur había impreso ésta y otras marcas en el habla de Hernández, que llegó a proyectarlas en sus olvidables poemas cultos: “ese *déseo* de mirarme” (“Después del teatro”), “*tendria* pena de dejaros” (“Remitiéndote un

²⁰ En versos citados anteriormente, se registra este tipo de sinéresis en pronunciaciones monosilábicas exigidas por la métrica: “*Ahi* no más me tiré al suelo” y “*El día* que nos descolguemos” (los destacados con míos).

²¹ CAMPO, E., *Fausto*, impresiones del gaucho Anastasio el Pollo en la representación de esta ópera, Buenos Aires, Imp. Buenos Aires, 1866.

libro”).²² Pero a la vez, la sociedad letrada las rechazaba hasta tal punto, que quienes no lo habían tratado personalmente y elogiaban su poema creían estar en presencia de versos mal medidos.

En la recopilación de reseñas y notas críticas que Hernández comenzó a publicar en las ediciones sucesivas de *El gaucho Martín Fierro* a partir de la 8ª edición, puede apreciarse cómo los comentaristas contemporáneos insisten en achacar al poema una superabundancia de versos mal medidos: “el versificador más incorrecto de todos” dice José Manuel Estrada después de elogiar la “altura filosófica” del poema (citado en la “Advertencia editorial” de la 12ª edición); Santiago Estrada lo acusa de “herir el oído con las desafinaciones del verso incorrecto” en la nota publicada en “La América del Sur”, etc.²³ Es decir, la resistencia interna a aceptar la intensidad de esa transgresión proyectaba la pronunciación urbana en el poema y alteraba en la lectura la medida de los versos de un autor que ni siquiera en sus borradores más apesadumbrados transgredía la melodía de la métrica: todos los versos de Hernández que se leen en sus manuscritos, y también los éditos –salvo en el caso de erratas evidentes–, tienen una ineludible medida octosilábica (las coplas que le brotaban “como agua del manantial” surgían en octosílabos).²⁴

A la vez, algunos de sus amigos lo instaron a erradicar lo que consideraban los lunares del poema, y en 1875, el año de su definitivo regreso a Buenos Aires, Hernández reformuló en más de un centenar de reescrituras la prosodia del sociolecto de *El gaucho Martín Fierro* cuando publicó la 9ª edición (“Que nunca péleo ni mato” –I, 105– se transformó en “Que no peleo ni mato”, “Aunque lo veán tiritando” en “Aunque se hallen tiritando” –I, 1084–, etc.).²⁵ Pero al año siguiente cambió de

²² Los destacados son míos.

²³ Estas consideraciones y otras análogas de Bartolomé Mitre y Miguel Cané pueden leerse en la recopilación de reseñas y juicios críticos que Hernández amplió considerablemente en la 12ª edición de *El gaucho Martín Fierro*. Con un agudo sentido del efecto propagandístico, Hernández reunió tanto los encomios (mayoritarios en la publicación) como las objeciones que su poema despertó.

²⁴ Los eneasílabos reiterados en II, 3036 y 3042 (“Artículos de Santa Fe”, en lugar de “Artículos de la Fe”), disuenan a sabiendas para destacar la confusión de Picardía atraído por una bella mulata santafesina.

²⁵ Sugestivamente, durante 1875 reformula su biografía del Chacho de 1863, también con una marcada intención de atenuar rasgos pertenecientes al campo referencial de la “Barbarie”. Ver ORTALE, M., *Biografías del Chacho. Génesis de una interacción polémica entre José Hernández y Domingo Faustino Sarmiento* (tesis doctoral), FAHCE-UNLP, 30-10-2012.

opinión y la 10ª edición restituyó una conexión con los sectores populares de la que el autor no quiso abdicar. Las palabras preliminares que hizo que sus editores publicaran en esa edición de 1876 esgrimen sus razones; Hernández es consciente de que, en el código comunicativo que eligió, está el resorte que activó la repercusión popular (y el rasgo analizado es sólo un componente insignificante):

Su autor, el señor Hernández, no ha querido hacer las mejoras que en su concepto reclama el plan orgánico de su producción. Él ha caído en cuenta que se expondría a desvirtuar una de sus principales condiciones de popularidad: la sencillez, la incorrección misma con que se aproxima muchas veces al sentimiento estético del gaucho. Él, como muchos amigos y críticos, opina que cuanto más se acerque literariamente su poema a las artesonadas academias tanto más se desviará de la senda que conduce al rancho; y sin hacer desaire a los lectores ilustrados, el Martín Fierro tiene su liceo en la Pampa.²⁶

La veloz repercusión popular que ha tenido el poema determina que Hernández tome conciencia de que la modulación sociolectal de su poema le ha procurado receptores no previstos en 1872 (para ellos, ya había empezado a diseñar en el prólogo de la 8ª edición de *El gaucho Martín Fierro* un “proyecto pedagógico” que estallará en el universo del discurso de la *Vuelta*).²⁷ El lenguaje es un escenario privilegiado para la inscripción de conflictos sociales e ideológicos y un espacio constitutivo de identidades, ya que los discursos están fuertemente condicionados por los modos en que los distintos grupos acentúan sus enunciados para que expresen sus experiencias y sus aspiraciones. La hegemonía lingüística que impone una cultura dominante nunca es absoluta, tiene resquicios por los que penetran –a través del mismo lenguaje– concepciones del mundo que entrañan ideas disímiles y contradictorias. Así, dialectos sociales, temas, acentos y géneros discursivos heterogéneos –en este caso, el híbrido de la literatura gauchesca pero transgrediendo las normas más allá de lo que impone el

²⁶ “Advertencia” firmada por “Los editores de la 10ª edición” (José Hernández, *El gaucho Martín Fierro*, Buenos Aires, Editor Ángel da Ponte, 1876).

²⁷ Ya en la “Carta del Sr. Hernández a los editores de la 8ª edición” de *El gaucho Martín Fierro* (1874) se leía: “¡Ojalá que Martín Fierro haga sentir a los que escuchen al calor del hogar la relación de sus padecimientos, el deseo de poderlo leer. A muchos les haría caer entonces la baraja de las manos”.

género– constituyen un soporte apropiado para la construcción de un discurso contrahegemónico.

Es tan desproporcionada la reacción urbana frente a un rasgo marginal de la prosodia hernandiana y resulta tan sorprendente que el autor haya consumido tanto esfuerzo en intensificarlo (1ª edición), matizarlo (8ª), erradicarlo (9ª) y finalmente reponerlo, que sólo la presencia de un auténtico *schibboleth* puede explicar esas actitudes. Jacques Derrida, en el ensayo que dedicó a Paul Celan, toma de un episodio bíblico el vocablo *schibboleth*: después de una batalla en la que los vencidos de un pueblo vecino intentaban huir atravesando la frontera, la obligación de pronunciar la palabra *schibboleth* permitía individualizar su origen y capturarlos.²⁸ Derrida denomina así a “toda marca insignificante y arbitraria que se traduce en una discriminación decisiva y lacerante”. Su origen está vinculado a la pertenencia a una comunidad cultural y lingüística, es la marca de una alianza y puede funcionar como un salvoconducto para atravesar fronteras.

Con la folklorización del poema culmina una repercusión popular inusitada; estudiosos de la poesía oral han grabado a mediados del siglo XX estrofas entonadas por cantores ágrafos o semialfabetizados de zonas alejadas del Río de la Plata cuyos ejecutantes desconocían tanto a Hernández como a Fierro, incluso se las ha recopilado con ritmo de baguala. Y es la presencia de una matriz retórica que desencadena una operatoria comparable a la de los procesos creativos destinados a circular valiéndose del soporte de la memoria y de la transmisión verbal el artificio que funcionó como un pasaporte para que el *Martín Fierro* atravesase fronteras culturales. El lenguaje del poema cruzó fronteras entre la oralidad y la escritura, entre la cultura popular y la cultura letrada, y su autor, apropiándose de la voz del gaucho pero tomando distancia al mismo tiempo, caminó por los bordes de un campo de tensiones.²⁹

²⁸ DERRIDA, JACQUES, *Schibboleth, pour Paul Celan*, París, Galilée, 1986. Ver Sztrum, Marcelo, *Langue et nation comme problèmes: le cas argentin*, París, Maison de l'Amérique Latine, 1993.

²⁹ En el último hito crítico sobre la poesía gauchesca, Julio Schwartzman analiza la tensión oralidad-escritura del género junto con la presunta oposición ideológica tajante que instala, abriéndola y complejizándola en un abanico de matices que, a partir de la detección de una cicatriz de origen, van surgiendo de la vivisección de los documentos mismos (SCHWARTZMAN, J., *Letras gauchas*, Buenos Aires, Eterna cadencia, 2013).

Según Chakravorti Spivak, el sujeto subalterno (el que no tiene acceso a ninguna resistencia viable) tampoco puede hablar,³⁰ pero la recepción popular del *Martín Fierro* demostró que sí puede aceptar tanto a quienes considera sus representantes como a las representaciones que éstos pergeñan. El pueblo gaucho había elegido un apoderado-poeta y siguió entregándose a él, y así como se emocionó con las desgracias de Fierro y se encrespó con sus desplantes, rechazó el primitivismo del Desierto, celebró las trapacerías de Vizcacha y Picardía, escuchó los donaires de los payadores y sintió respeto por los consejos paternos: los procesos de folklorización que reelaboraron pasajes de los dos libros lo evidencian.³¹ Pero esas mismas folklorizaciones no tardaron en entrecruzar, recontextualizar y asignar nuevos sentidos a las idas y vueltas de Hernández.³²

Las recontextualizaciones

La naturaleza conflictiva que se advierte en el proceso de producción de sentido del poema se proyectó también en su recepción, y al igual que en las idas y vueltas de su itinerario textual, la prolongación de un “debate sobre *Martín Fierro*” ya bien entrado el siglo XX se articuló sobre el eje “atracción versus rechazo” (tal como había ocurrido, aunque por otras razones, en el momento histórico de su aparición).

Por más que las denuncias políticas del poema se relacionen con circunstancias “coyunturales”, es innegable que la intensidad contestataria y reivindicativa de la que está dotado su lenguaje ha determinado que continuara siendo objeto de “recontextualización” en otros momentos político-culturales de la historia argentina. De allí que se lo haya recreado una y otra vez, ya como referencia testimonial (en obras teatrales, folletines, filmografía o en continuaciones ficcionales), ya como título de revista o diarios (en 1904, Alberto Ghirardo denominó *Martín Fierro* al combativo periódico anarquista que dirigía), ya

³⁰ CHAKRAVORTI SPIVAK, G., “Can the subaltern speak?,” en C. Nelson / L. Grossberg, *Marxism and the Interpretation of Culture*, Basinstoke, Macmillan Education, 1988.

³¹ CARRIZO, J., *Cancionero popular de Salta*, Buenos Aires, Impr. Baiocco, 1936 (coplas núm. 1044, 2693, 2812, 2857, 2911, 3017, 3027, 3059, 3064).

³² Ver LUDMER, J., “Quién educa”, en *Filología* núm. 20, Buenos Aires, 1985.

como símbolo (tal como ocurre en el film de Fernando Solanas *Los hijos de Fierro*, de 1975).³³

En las últimas décadas del siglo XX, se fueron incrementando cuestionamientos debido a sus componentes de violencia intolerante y racista, y diversas encuestas realizadas entre docentes de todo el país revelaron un marcado retroceso del tratamiento del poema en el ámbito escolar (sobre todo, por voluntad de los maestros y los profesores más jóvenes). Sin embargo, hace catorce años pudimos presenciar cómo, en una etapa de crisis como la que atravesó el país a partir de 2001 (una etapa que al mismo tiempo que incentivó la autocrítica promovió modelos de resistencia), se registró un ejemplo de reactualización del libro-arma, tanto en la cita sentenciosa como en el gesto simbólico, con la maratón recitativa organizada el 24 de abril de 2002 en la Feria del Libro de Buenos Aires: un grupo de artistas, escritores y periodistas leyeron el poema durante una tarde entera ante un público enfervorizado que ovacionó los pasajes de denuncia y protesta.

Así, una obra literaria que iba a estar destinada a inscribir un mito de identidad nacional, al mismo tiempo que contrabandea una poderosa carga de amortiguación social, genera derivas, gérmenes y disparadores de nuevos procesos de significación: es decir, sigue incitando a cruzar fronteras.

³³ Uno de los últimos eslabones de ese itinerario de recontextualizaciones del *Martín Fierro* es el poema narrativo de Oscar Fariña *El guacho Martín Fierro* (Buenos Aires, Factotum, 2011), que traslada al personaje desde la pampa decimonónica a la marginalidad urbana actual.



El Moreno de la payada: una épica de la derrota

*el negro no contaba.
Borges. "El fin"*

Julio Schwartzman

La Vuelta de Martín Fierro quiere ir cerrando, una a una, las líneas narrativas abiertas por la *Ida* y por el hueco de los siete años transcurridos entre una y otra. Es que el lapso entre ambas publicaciones se integra, en una clara apuesta representativa, a la cronología interna del relato.

La notable conciencia autoral de Hernández se manifiesta tanto en el cuidado de las sucesivas ediciones y en la vigilancia de sus derechos legales sobre las dos partes, como en las huellas de su presencia en el texto y en un rico entramado de epígrafes, cartas y prólogos que van promoviendo y orientando la lectura.

Nunca se insistirá lo suficiente en un punto: esa misma conciencia autoral, que se preocupó por suturar los hiatos narrativos entre el folleto de 1872 y el de 1879, es la que los mantuvo cuidadosamente separados en la historia de las ediciones en vida de Hernández. Nunca hubo, para él, un *Martín Fierro* único, como aquel al que dio lugar el sistema de ajustes, reducciones y olvidos de los que derivó la consagración y

canonización de la obra como libro nacional en la segunda década del siglo XX.¹

Sin embargo, cuando, después de la domesticación y pacificación del matrero y del reencuentro con sus hijos y el de Cruz, pareciera que ya nada puede suceder, suceden dos hechos de la mayor importancia: la payada con el Moreno en el canto 30 y los consejos en el 32, seguidos de la dispersión a los cuatro vientos –el 31 es una tira romanceada de transición, forma en la que Hernández no era muy ducho o, en todo caso, en la que no invertía demasiada energía poética; y el 33 es un decisivo cierre narrativo/autoral que al adoptar la función de marco de la *Vuelta* se halla en un plano metatextual diferente de la secuencia de acciones–.

Consejos y molduras

Payada y consejos: los últimos grandes acontecimientos del poema de 1879 son discursivos, de acentuado anclaje pragmático. Aconsejar implica transferir una experiencia de vida encapsulada en fórmulas que podrán obrar como ayuda/carga sobre la vida de otros; pagar de contrapunto, participar de un ritual confrontativo de previsiones y espontaneidades que incluye desafíos y pruebas cuya culminación puede ser banal o dramática.

“Consejos de Martín Fierro a sus hijos”. Las comillas hablan de un recorte, una antologización de esta parte del texto, que circuló por los libros de lectura y que retornó a la oralidad en un refranero extendido: Hernández devino folclore. Y esta original vía de transmisión de una lectura hizo su propio camino, mezclando de modo indiscernible en los usos sociales –como se ha observado a menudo– los consejos edificantes del matrero arrepentido con los del astuto y acomodaticio Vizcacha. Si eso ha podido ocurrir es porque, por un lado, existe una soberanía en la historia de toda lectura, y por otro, porque tal vez en la *Vuelta* haya habido una propuesta textual que propiciaba la contaminación. Así, el revoltijo de consejos “buenos” y “malos” (entre otros, de consejos buenos que funcionan mal y de consejos malos que funcio-

¹ Sentado esto, hablaremos cada tanto, en este trabajo, de *la obra o el poema*, porque su unidad es también, a esta altura, producto de la historia de sus lecturas no necesariamente canonizantes, y porque los desencuentros observados entre la *Ida* y la *Vuelta* no solo no se anulan sino que se potencian si las pensamos también en su unidad.

nan bien) pudo haber sido el efecto de una memoria crítica (aunque no programática) del poema. En la historia política y jurídica reciente, por ejemplo, el adjetivo participio *arrepentido* ha tendido a emblematizar casos en los que la noción resulta por completo ajena a la reflexión y a la autocrítica, para asimilarse a un *farmakon* que superpone los sentidos de corrección, conversión, colaboración, impunidad, delación y oportunismo: Fierro permeado por Vizcacha, un sospechoso juez de paz, Picardía y algún mañoso pulpero.

La mejor tradición cultural argentina (arriesgo) desconfía de toda literatura sapiencial. Y quizá la expresión más acabada de este escepticismo sean los consejos de la abuela de *Espantapájaros* (poema 14) de Oliverio Girondo, que contienen su propio antídoto:

Confeccionate una nueva virginidad cada cinco minutos y escucha estos consejos como si te los diera una moldura, pues aunque la experiencia sea una enfermedad que ofrece tan poco peligro de contagio, no debes exponerte a que te inflencie ni tan siquiera tu propia sombra.²

Por eso, Leopoldo Lugones, aunque propuso la ejemplaridad épica y nacional del *Martín Fierro* en las conferencias de 1913 que dieron lugar a *El payador* (1916), obedeció más a sus pulsiones de escritor cuando, en vez de aprovechar la tesitura de los consejos para fundar una normativa estatal, los condenó en tanto “La moraleja es la debilidad de la fábula”.³ Borges habrá contrariado mucho el voluntarismo de epopeya del autor de *La patria fuerte*, pero al menos en este punto no hizo más que prolongar su rechazo, y fustigó los “mecánicos dicharachos hereditarios que estorban [el] decurso” del poema, “las moralidades foráneas que lo epilogan”;⁴ foráneas, porque no parecen provenir de la interioridad de la obra, sino de algo que se le impone desde un mandato exógeno de corrección.

² *Espantapájaros (Al alcance de todos)*, 14, GIRONDO, O., *Obra completa*, Edición crítica, Raúl Antelo, (comp.), Madrid, ALLCA XX, Colección Archivos, 1999, pág. 95.

³ “La vuelta de Martín Fierro”, *El Payador*, LUGONES, L., *El payador y antología de poesía y prosa*, Prólogo Jorge Luis Borges, Selección, notas y cronología Guillermo Ara, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1979, pág. 186.

⁴ “La poesía gauchesca”, ensayo incluido en la segunda edición (1957) de *Discusión*. Su origen fue la conferencia “Aspectos de la literatura gauchesca”, dictada en Montevideo en 1945 y publicada en esa ciudad por Número en 1950. *Obras completas*, Tomo 1, 1923-1949, Buenos Aires, Emecé, 2005, pág. 206.

Parte desmontable

La payada del canto 30 es otra cosa: un núcleo duro, que enriquece idas y vueltas y sigue retando al porvenir, revelando siempre nuevas complejidades. Lo que acontece es el canto mismo, es decir, su trasunto en la escritura. Es cierto que toda la *Ida* –hasta que Fierro rompe la guitarra– y buena parte de la *Vuelta* –al menos hasta el instante revelador en que el texto se asume libro y solicita su lectura– se presentan como canto, pero solo la payada cifra en el canto la acción del poema: su materia, su forma, su peripecia.

No es lo mismo enunciar “Mas si me pongo a cantar / No tengo cuándo acabar / Y me envejezco cantando; / Las coplas me van brotando / Como agua de manantial” (comienzo de la *Ida*) que invitar al rival y aludir al entorno, en fuerte compromiso situacional: “Tiemple y cantaremos juntos, / Trasnochadas no acobardan– / Los concurrentes aguardan, / Y porque el tiempo no pierdan, / Haremos gemir las cuerdas / Hasta que las velas no ardan”. (*Vuelta*, canto 30).⁵ Con alguna sorna, podríamos sugerir que lo primero es un alarde, una declaración jurada de productividad poética cuya ejecución no nos consta: aunque todo ese primer canto sea de un enorme virtuosismo, no vemos el ejercicio repentista producirse *in nuce*, ni habría manera de que lo viéramos. Desde ya que lo de hacer gemir las cuerdas hasta el amanecer no deja de ser una promesa, pero ya es el preludio de lo que se ha de desplegar de inmediato.

Un abismo separa a la literatura del universo de la cultura oral, y a la improvisación oral de la composición literaria. Y a la vez, múltiples canales las comunican, contra todo planteo de clausuras y polaridades esencialistas. Los poetas gauchescos conocían por vías directas e indirectas el habla gaucha y con eso crearon una lengua literaria; los payadores llegaron a nutrirse, en una etapa tardía pero perdurable, de la literatura gauchesca. Borges es muy didáctico al explicar la diferencia entre la poesía que va de Hidalgo y Ascasubi a Hernández –que quiere ser leída como si fuera dicha por gauchos– y la poesía popular –que “rehúye instintivamente las voces populares”–, pero enseguida concede: “Es probable que ahora la poesía gauchesca haya influido en los

⁵ Todas las citas de *El gaucha Martín Fierro* y *La vuelta de Martín Fierro* han sido tomadas de HERNÁNDEZ, J., *Martín Fierro*, Edición crítica de Élica Lois y Ángel Núñez (coordinadores), Madrid, ALLCA XX, Colección Archivos, 2001.

payadores y éstos abunden también en criollismos”.⁶ Podríamos postular que esa evitación, sea o no instintiva, no es tan sistemática, y a la vez despegar la inteligente salvedad del presente de la enunciación de Borges para entenderla como interacción permanente entre géneros, registros y niveles.

Dos de los más tenaces lectores que tuvo la gauchesca en el siglo XX fueron grandes escritores: Borges y Ezequiel Martínez Estrada. Ambos intervinieron, en algún sentido, en la textualidad del *Martín Fierro*; ambos dieron suma relevancia a la payada del canto 30 como clave interpretativa de la obra y del género: Borges, como prueba de la distancia entre habla gaucha y literatura gauchesca;⁷ Martínez Estrada, “como realización culminante del Poema en la plenitud de la personalidad del Protagonista”,⁸ afirmando, por otra parte, el carácter autónomo del “episodio”, de “arquitectura independiente, con exordios y final propios”, “pieza entera, cerrada”, “pieza de montaje”, “escena intercalada”, “urdida con distintos trozos, de distinta factura y sabiamente acoplados, perceptibles en un examen somero” (*ibíd.*, págs. 779-780); este examen nunca se realiza, salvo en lo que respecta a la versificación, con lo que resulta autoconfirmatorio de sus fascinantes (y temerarias) hipótesis sobre la génesis y la composición de la *Ida* y la *Vuelta* (*ibíd.* págs. 153-168 y otras). Dictaminar que una parte autónoma, montada (y por tanto desmontable) constituye la realización culminante del

⁶ BORGES, J., “El escritor argentino y la tradición”, conferencia dictada en el Colegio Libre de Estudios Superiores, en 1951, a partir de ideas e intuiciones que venía adelantando en distintos ensayos desde los años veinte. Su texto integrará la segunda edición (1957) de *Discusión*, ya ordenada como parte de la colección de sus *Obras completas*, publicada primero en volúmenes sueltos, en Buenos Aires, por Emecé. *Obras completas, ibíd.*, pág. 284.

⁷ Inmediatamente después de lo que acabamos de citar, continúa Borges: “El *Martín Fierro* está redactado en un español de entonación gauchesca y no nos deja olvidar durante mucho tiempo que es un gaucho el que canta; abunda en comparaciones tomadas de la vida pastoril; sin embargo, hay un pasaje famoso en que el autor olvida esta preocupación de color local y escribe en un español general, y no habla de temas vernáculos, sino de grandes temas abstractos, del tiempo, del espacio, del mar, de la noche. Me refiero a la payada entre Martín Fierro y el Moreno, que ocupa el fin de la segunda parte. Es como si el mismo Hernández hubiera querido indicar la diferencia entre su poesía gauchesca y la genuina poesía de los gauchos. Cuando esos dos gauchos, Fierro y el Moreno, se ponen a cantar, olvidan toda afectación gauchesca y abordan temas filosóficos. He podido comprobar lo mismo oyendo a payadores de las orillas [...]” (*ibíd.*).

⁸ MARTÍNEZ ESTRADA, E., *Muerte y transfiguración de Martín Fierro. Ensayo de interpretación de la vida argentina*, Buenos Aires, Beatriz Viterbo, 2005, pág. 64. Las mayúsculas corresponden al sistema de ortografía hermenéutica del autor.

Poema, así sea asociada solo a la plenitud de la personalidad del Protagonista, indicia, junto con el festival de aliteración en *p* de la frase, la índole poética de la lectura de Martínez Estrada.⁹

Intervenciones

Puede conjeturarse que la interpretación de Martínez Estrada y la de Borges se corresponden con las respectivas maneras de intervenir, uno y otro, el texto de Hernández.

Borges, que pensó muy bien la dinámica de los intercambios entre gauchesca y tradición oral, intervino entramando su propio mundo imaginario con el del poema de Hernández: suplementó la *Ida* inventando una prehistoria del sargento Cruz –“Biografía de Tadeo Isidoro Cruz (1829-1874)”, *El Aleph*, 1949– y la *Vuelta* con un desenlace posterior a la dispersión del canto 33 (“El fin”, publicado por *La Nación* en 1953 e incorporado a la segunda edición de *Ficciones*, 1956). Así, Fierro llegará a ser el otro de Cruz, y el Moreno el otro de Fierro: un juego de postas y equivalencias identitarias donde se funden, como en “Los teólogos” (de *El Aleph*) destinos en apariencia distintos o contrapuestos. Por eso, el Moreno, en Borges, como doble de Fierro, al matar en duelo al matrero retirado y limpiar su facón en los pastos, ya “era el

⁹ En un trabajo sobre *Radiografía de la pampa*, Liliana Weinberg sostiene que en la obra “La paradoja es al mismo tiempo recurso estilístico, recurso estructurador del ensayo mismo y recurso metodológico”. Así, pasaría de marca de escritura a un sistema metafórico y metonímico que remitiría al mundo de valores y a “un sistema de oposiciones, relaciones inversas, condensaciones e hipérboles, que apunta a reproducir en el lector la posibilidad de ver el otro lado de las cosas, el envés de la trama”. De ahí se llega a la construcción de un “modelo alternativo de la historia argentina, modelo capaz de dar cuenta de recurrencias, marchas hacia atrás, inversiones y ‘atavismos telúricos’ (todo aquello que bajo el ángulo de la historiografía oficial parece sinsentido)”. WEINBERG DE MAGIS, L., “Radiografía de la pampa en clave paradójica”; en MARTÍNEZ ESTRADA, E., *Radiografía de la pampa*, Edición crítica, Leo Pollmann, coordinador, Madrid, ALLCA, Colección Archivos, 1991, págs. 471-490. En otro agudo estudio sobre la lectura del *Martín Fierro* por el mismo autor, y tras citar sus afirmaciones en el sentido de que la gauchesca es “una literatura fuera de la literatura”, “una poesía sin poesía”, apunta: “Todas estas antítesis [...], lejos de resolverse, permanecen en tensión a lo largo del ensayo y dan a su vez lugar a un sistema paradójico”, del que derivaría la visión de “un escritor contra sí mismo” y “de un autor contra su obra”. WEINBERG DE MAGIS, L., “El *Martín Fierro* y la gauchesca en la interpretación de Ezequiel Martínez Estrada”, en HERNÁNDEZ, J., *Martín Fierro*; edición crítica... *op. cit.*, págs. 602-634. Christian Ferrer ha procurado pensar la copiosa producción de Martínez Estrada en su conjunto: *La amargura metódica. Vida y obra de Ezequiel Martínez Estrada*, Buenos Aires, Sudamericana, 2004.

otro”; en tanto que el Cruz de Borges, al concluir el cuento que reconstruye su vida anterior, comprende “que el otro era él”.

La intervención de Martínez Estrada no se deslizó hacia la ficción: conformó un ejercicio ficcional en sí mismo sobre la trama hermenéutica. Hizo cosas con el texto hernandiano, o hizo como si las hubiera hecho; experimentó con él: ese fue su trabajo de poeta crítico y los resultados hipotéticos de sus experimentaciones se confundieron con los de su línea de investigación. Veamos. Con mucha frecuencia subrayó en la obra una factura de unidades discretas aptas para montajes y compaginaciones. Si concibió los seiscientos seis versos de la payada como una parte independiente y separable, también leyó la sextina, a la que dedicó lúcidas observaciones, como “pieza autónoma”; “La estrofa es un poema” y por lo tanto (aserción arriesgada) su separación no afectaría “la economía del texto”. Entonces, la tarea de taller: “Puede hacerse la prueba tomando al azar cualquiera de ellas”. La verificación se completa entrando en la cocina de Hernández. Al cotejar la primera edición impresa de *La vuelta* con los cuadernos manuscritos, a partir de la edición de 1947 de Carlos Alberto Leumann –que había tenido acceso a ellos–, comprueba que la ubicación de muchas estrofas ha variado, a partir de lo cual infiere “que el montaje podía hacerse con relativa facilidad” (*ibíd.*, pág. 110). En cuanto al verso, “difícilmente se puede suprimir alguno [...] sin que se resienta la economía de la estrofa”; aquí hay un déficit en la consideración del objeto, puesto que la unidad estrofa tiene integridad en sí misma, en tanto que la unidad verso, por fuerte que sea, es parte estructural de la otra y toda supresión desbarataría la sextina (o la copla, o la décima, o la seguidilla, o aun la tira romanceada), en el *Martín Fierro* y en cualquier otra obra compuesta de estrofas regulares. No obstante, la experimentación continúa: “De esta prueba (que debe intentarse) resulta que no solamente el Poema no puede ser imitado...” (*ibíd.*, pág. 111). Es como si operara a partir de un dispositivo de edición textual equivalente a la moviola. La palabra no está en *Muerte y transfiguración* (o no recuerdo que esté en sus ochocientas páginas, y no dispongo de un archivo digital para un control rápido); sí, en cambio, otra vinculada con aquel dispositivo: “Como la película está hecha de fotogramas independientes que la visión funde en un todo orgánico y ondulante, melódico y plástico, así el Poema en otros órganos no menos finos que el ojo. Pero cada estrofa es un fotograma”. La homología es voluntariosa pero fallida: el especta-

dor de cine no entra en contacto con los fotogramas sino con la ilusión óptica que produce la velocidad de su paso; la relación del lector con la estrofa, en cambio, es directa y poderosa. El fotograma es un artificio fundamental, pero invisible en su unidad; la visibilidad de la estrofa es su condición de ser: tanto en la medida en que remite a una oralización –que puede limitarse a su imagen mental– como por la evidencia de su entidad gráfica en la arquitectura de la página.

Performance e improvisación

Quisiera volver a una cuestión nodal, ya sugerida. La payada de contrapunto forma parte de un vasto campo de fenómenos de creatividad oral en presencia, en diálogo más o menos ritualizado, en tradiciones de distintas culturas y lenguas, que tienen el común denominador de la improvisación. Esta excede el ámbito de lo verbal y se extiende a una diversidad de prácticas: la música, la danza, el teatro, la plástica, en las que ya no hay fronteras entre la concepción, la elaboración y la ejecución. Todo es performance, y todo se produce al mismo tiempo, y en el instante. Como toda improvisación en la que se juega, de algún modo, un duelo con otro que –desde su propia intervención del mismo carácter– la condiciona, la estimula y la pone en riesgo, la payada de contrapunto es una aventura, que se atenúa, sin disolverse, cuando a partir de los procesos de modernización se convierte en espectáculo, redefiniendo la propia figura del payador, en vías de profesionalización.¹⁰

¹⁰ Remito a tres investigaciones que ilustran, a partir de inquietudes diferentes, los impactos del proceso modernizador y la profesionalización sobre el género. Sylvia Saítta verifica cómo la prensa no solo da cuenta de las actuaciones de los payadores sino que interviene en el campo, adaptándolo a las condiciones del periodismo y fomentando concursos y premios (*Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998). Ercilia Moreno-Chá sigue, hasta nuestros días, la interacción entre las técnicas orales y la lectura de obras literarias, los vínculos entre los practicantes del género, su organización y el surgimiento de instancias de aprendizaje tipo taller (*“Aquí me pongo a cantar...” El arte payadoresco de Argentina y Uruguay*, Buenos Aires, Dunken, 2017). Pablo Rocca estudia las tensiones y los deslizamientos entre el canto oral del payador iletrado y la producción escrita del poeta gauchesco, analizando la incorporación del primero al sistema de la escritura, lo que desestabilizaría la autosuficiencia de campos aislados; halla así un “Canto de contra punto que tuvo el cantor Oriental con el Italiano Yacumin Ravanetti...” (*Colección de canciones...*, 1885), donde Juan de Nava ofrece, en la ficción de una payada, una nueva versión del desafío entre cantores, suscitado por la reproducción técnica de la imagen: el italiano reconoce al uruguayo porque ha visto su

Recrear, en la ficción y la escritura, esa situación de riesgo, es también un desafío, claro que en otro plano en el que se hacen valer destrezas autorales y desaparecen las connotaciones de la apuesta performativa, salvo que se plantee una concepción performativa de toda actividad creadora, aun aquella en que los acicates y las acechanzas de lo inmediato se diferencian en maduraciones lentas y la competencia (en todo sentido) se manifiesta y se resuelve en otro plano. Tal vez en el gabinete y la clausura del compositor o el escritor haya un otro que no será el cantor desafiante de carne y hueso, a dos metros de distancia, en la pulpería o el escenario, pero que igualmente lo interpela: un otro de sí. Y el desafío, en la intimidad, no es que no exista: es de otra índole.

Quizá sean los músicos y los musicólogos quienes más han reflexionado sobre el carácter de la improvisación y su relación con la composición. En un pasaje muy citado de un estudio sobre Johannes Brahms, Arnold Schönberg recuerda que el autor del *Réquiem alemán* creía en la elaboración de ideas u ocurrencias que entendía como “dones de gracia”, una forma de concebir lo que también se nombra como inspiración súbita. Aquí confluyen dos calidades y dos temporalidades distintas: la intuición, en la emergencia de una idea creativa, como algo instantáneo o aparentemente instantáneo; y el curso más o menos largo y laborioso de su maduración. Schönberg ve algo extraordinario en las habilidades que exige el cálculo matemático y en la forma en que un jugador de ajedrez adelanta virtualmente las jugadas futuras, y eso –estima– no le puede estar vedado a la mente de un músico: “Después de todo –sigue–, el que improvisa debe anticiparse a su propia acción, y la composición es una improvisación ralentada”¹¹.

Si, entonces, la improvisación puede entenderse como una composición *al toque* (nunca más oportuna la expresión coloquial), y la composición como una improvisación desplegada lentamente, tenemos la posibilidad de pensar ambas modalidades no en su visible di-

retrato en la portada de un folleto del año anterior. Las ediciones populares remodelan las antiguas tradiciones orales (“Los poetas-payadores de la modernización. Un desafío para la historia de la lírica rioplatense”, en *Miscelánea*, Assis, 14, págs. 9-30).

¹¹ El texto data de una conferencia de 1933, titulada “Brahms, der Fortschrittliche”, revisada por Schönberg y modificada en 1947, incluida como “Brahms the progressive” en la recopilación en inglés *Style and Idea* (1950). Cito traduciendo la versión inglesa de Leo Black en la edición (muy ampliada) de 1975 de Faber and Faber. Hay versión española: SCHOENBERG, A., *El estilo y la idea*, Trad. de Juan J. Esteve a partir del inglés, Madrid, Taurus, 1963.

ferencia sino en su elemental unidad. Con una salvedad importante: la magnitud temporal que va de una a otra no se manifiesta como variación meramente cuantitativa, sino como diferencia primordial. Si estamos hablando de una *jam session*, o en Cuba de una descarga, o en la Argentina de una zapada, estamos excluyendo tanto el ensayo previo como la partitura, que requieren (aparte de varias otras cosas) de la dilación; y haríamos bien en vincularlas, en lo performativo, con las nociones de *happening* y de instalación, que a su vez producen un intercambio intenso con el público y/o el ambiente.

Logaritmos y metempsicosis

Por su propia condición, la payada no admite la interrupción para rumiar o perfeccionar una respuesta, ni menos la consulta de fuentes. La cuestión puede ser tematizada durante su transcurso, tal como ocurrió en un encuentro histórico de gran repercusión: el de Gabino Ezeiza y Pablo Vázquez en el teatro Florida de Pergamino, las noches de 13 y 14 de octubre de 1894. Estamos ya en una etapa de profesionalización del oficio, con anuncios publicitarios, contrato de sala, cobro de entradas, presencia de jurados y reglamentos, campanadas para indicar inicio y fin de intervenciones y sesiones, asistencia de un público experto, registro caligráfico o taquigráfico y reproducción integral o parcial en periódicos, incluyendo la cobertura de corresponsales y las sucesivas ediciones masivas en las colecciones de folletos del editor Alfonso Longo, de Rosario, y otros; todos, indicios de la repercusión de este tipo de acontecimiento cultural. Bien: más allá de las temáticas convencionales abordadas en la ocasión, bastante afines con las de las composiciones escolares, la confrontación, en la que abundaron los *argumenta ad personam*, recayó muchas veces, autorreferencialmente, en las formas y estrategias del contrapunto, en intentos constantes de desautorizar al otro: ¿realmente improvisa o viene con versos preparados?, ¿las cuartetos están bien armadas o son defectuosas?, ¿hay originalidad o cliché? Casi al concluir la segunda noche, Gabino imputa a Vázquez: “La desigualdad existe / Bien se puede calcular / Que yo improviso ligero / Y Vd. se pone a pensar”.¹²

¹² *Contrapunto entre los payadores Gabino Ezeiza y Pablo Vázquez*. Tomado taquigráficamente por un testigo presencial. Rosario, Alfonso Longo, s/f., pág. 124. En la página 128

En el número 234 de *Caras y Caretas*, del 20 de octubre de 1916, a una semana de la muerte de Gabino y como parte de la evocación necrológica, se publicaba una nota del caricaturista e ilustrador José María Cao; recordaba allí una noche en Tres Arroyos, “hace veinte años, lo menos”, en la que se había encontrado con dos amigos para jugar al truco en un bar. Comprobaron que se había congregado una gran cantidad de gente, porque en la tarima estaba Ezeiza. Después de interpretar algunas canciones, el payador instó a los presentes a sugerir temas para improvisar. Cao enumera con algún tedio los asuntos habituales en esos casos: “la patria, la bandera, el Parque [por la Revolución de 1890, que era pasado reciente], la ciencia, el progreso...” Quizá percibiendo un gesto sobrador, Gabino se dirigió a Cao en particular, invitándolo a proponer un tema cualquiera y extendiéndole una cartulina. Sigue el testigo, participante y cronista:

¡Ahora te voy a arreglar! Saqué un lápiz y le puse: “Cante usted a los logaritmos”.

Gabino tomó la misiva, leyó, acabó el refresco, y abandonó el puesto diciendo que venía en seguida. ¿A dónde iría? Pues a ver a un médico que vivía enfrente. Pasó un cuarto de hora.

–Este no vuelve –dije a los amigos.

–Ahí lo tiene.

Efectivamente, Gabino ocupaba su puesto de honor. Pulsó la guitarra, y con su voz mejor timbrada y el más cariñoso estilo empezó a cantar así:

–“Señores, voy a explicar la ciencia del logaritmo...”

Siguieron unos compases de robusto bordoneo. Yo me puse a temblar pensando en el consonante.

“Señores, voy a explicar la ciencia del logaritmo, si acierto a cantar al ritmo de mi modesto pagar. Pongamos, para empezar, dos progresiones enfrente, por diferencia y cociente correspondiendo entre sí, y ¡ayjuna! saldrá de aquí un sistema sorprendente.”

Volvió al ritornello de la intercadencia consabida, y continuó:

el folleto reproduce el diploma de honor, fechado el 28 de noviembre de 1894, por el cual la mayoría del jurado declara vencedor a Ezeiza. El encuentro tuvo algún momento de brillo, pero el rendimiento general resultó mediocre, y el fallo, controvertido. Di Santo duda del origen taquigráfico de la versión. Al promediar la segunda noche, Vázquez anuncia, por indicación de su padrino, que bajarán el telón “Porque quieren descansar / Un poco los escribientes” (*ibíd.*, pág. 89). DI SANTO, V., *Gabino Ezeiza, precursor del arte payadoril rioplatense* [2005], Buenos Aires, Quevedo, 2016, pág. 194.

“Si digo cero, uno, dos, y tres, cuatro, cinco, seis, esta progresión veréis cómo concuerda con los términos de otra, uno, dos, cuatro, ocho y dieciséis... Analogías tendréis, según Juan Neper dedujo, explicándonos por lujo lo que ahora observaréis.”

Tuvo tela durante media hora larga, refiriéndose a la base del sistema, y le sobraron alientos para entrar en los teoremas consiguientes, y salir de ellos con toda la bizarría de un iluminado.¹³

El talento de Gabino era extraordinario: si damos por buena la información del relato de Cao (que habría intervenido dispuesto a descolocar y a vulnerar su prestigio), en un lapso de quince minutos se proveyó de la información faltante, que no era precisamente de las fáciles de asimilar, y entendida la cuestión pudo organizar su larga exposición en décimas. Cao reproduce en líneas sin cortes los versos de las dos primeras, lo que impide ver, en el diseño de página, las unidades octosilábicas y apreciar mejor la soltura con que se da, por ejemplo, el encabalgamiento en “cómo concuerda con los / términos de otra, uno dos”, versos cuarto y quinto de la estrofa, que riman con el primero (“Si digo cero, uno, dos”). Casi pasa desapercibido un *guille* mal visto en el género: que una palabra rime consigo misma, bien que separada por otra palabra distinta con la misma rima: “dos” en el primero y quinto versos, que riman con “los” del cuarto, sílaba átona hecha tónica por fuerza de la posición.¹⁴ La anécdota, repetida desde entonces

¹³ Reproducción facsimilar del artículo de Cao, tomada del ejemplar de la colección Lehman-Nitsche, en Víctor Di Santo, *ibidem*, págs. 180-181.

¹⁴ Se trata de una forma de epífora, que algunos llaman rima tautológica. En el siglo XVII Caramuel la considera unisonante (misma voz, mismo significado) o equisonante (misma voz, distinto significado) (DIEZ-ECHARRI, E., *Teorías métricas del Siglo de Oro. Apuntes para la historia del verso español*. Madrid, RFE, Anejo XLVII, 1949, págs. 122-123). Para Navarro Tomás, violaría lo que considera la primera regla de la rima, por la que “Una palabra no debe ser consonante de sí misma” (TOMÁS NAVARRO, T., *Métrica española*, Madrid, Guadarrama, 1974, pág. 41, n.). Regla discutible: muchos poetas la han infringido con éxito, desde Gonzalo de Berceo hasta la vanguardia, y después. En *La estructura del texto artístico*, Iuri Lotman ha abordado la cuestión desde un ángulo muy distinto y más interesante, considerando sus aspectos morfológicos, fonológicos y semánticos (Madrid, Istmo, 1982, págs. 157-161), algo que ya insinuaba Caramuel. Desde sus hallazgos, y los del Borges de “La biblioteca de Babel”, podemos postular que el *dos* del verso “Si digo cero, uno, dos” (seguido de “y tres, cuatro, cinco, seis”) no es la misma palabra que el *dos* de “términos de otra, uno, dos” (seguido de “cuatro, ocho y dieciséis...”); difieren sus contextos: “cero, uno, dos / y tres, cuatro...” es una progresión aritmética de diferencia 1, mientras que “uno, dos, / cuatro, ocho” es una progresión geométrica de razón 2. Así, el primer *dos* surge de sumar 1 al primer 1, en tanto que el segundo es producto de la multiplicación de 1 por 2. En la poesía en lengua inglesa

en innumerables ocasiones,¹⁵ no es de las que honran el genio repentista del cantor, porque de lo que se trata, en la pugna entre pares o en las propuestas escritas del público, es justamente de responder con lo que se tiene pero sobre todo con lo que no se tiene. El “¡Ahora te voy a arreglar!” de Cao es representativo de la actitud de quienes, en la ceremonia, disparaban con munición gruesa en el intento de dificultar y hasta paralizar toda respuesta. Y bien: el payador debía arreglárselas y en eso residía todo el interés de la sesión. En el presente simple de las leyes del género: el payador no cruza la calle en busca del amigo que sabe, porque el saber que se le pide es de otro orden que el de la enciclopedia: es el saber decir en verso aquello que la pregunta le suscita, incluso o sobre todo, si es preciso, cuestionándola y torciéndola. Y cuestionar la pregunta es, etimológica y críticamente, repreguntarla: no radicarse en ella.

Eso es lo que ilustra otra anécdota, que muestra el mejor perfil de Gabino y cuyas fuentes, en distintas versiones no siempre compatibles, son el periodista Jorge Nicora y el diario *La Unión*, de Lomas de Zamora, en su edición del 17 de mayo de 1897, tal como lo cita Víctor Di Santo. En su tercera confrontación con Vázquez, el 15 de mayo, Vázquez debió abandonar por razones de salud. En esas circunstancias, recuerda Nicora, “Gabino dueño del redondel empezó a pedir tema”:

Un poco por antipatía hacia el forastero [Ezeiza] y otro para castigar su audacia, convinimos con Francisco C. Linch [sic], José Ignacio Marraspi y otros amigos, en mandarle un papelito pidiéndole que cantara sobre la “Metempsicosis”. El ingenioso negro, que por cierto no entendía mucho de la famosa transmigración de las almas, bordoneó mucho antes de dar la respuesta y al fin nos largó esta cuarteta:

“Al que me mete en sicosis
le digo en estilo vario,
porqué al traer la pregunta
no me mandó el diccionario.”

hay un debate semejante sobre las llamadas *identical rhymes* y más controversialmente *autorhymes*.

¹⁵ Entre ellas, el artículo de Rodolfo Senet en *La Prensa* del 24 de junio de 1928, titulado “Cómo improvisaba Gabino” y el *Diccionario de payadores* de Amalia Sánchez Sívori, Buenos Aires, Plus Ultra, 1979, que cita como fuente no a Cao sino a Senet.

Confieso que aquel modo de salir del mal paso, me llenó de asombro y me arrancó un aplauso.¹⁶

Es curioso que la misma circunstancia haya podido ser evocada con matices tan diferentes (incluyendo la omisión del nombre del payador, el más célebre de su tiempo) por el propio Nicora, décadas después del acontecimiento, en diálogo con Félix Lima en el café Los Inmortales, que ambos frecuentaban tras su jornada en la redacción del diario *La Razón*. Compartían ambas camaraderías (como parroquianos y como periodistas) con Vicente Martínez Cuitiño, cuyo testimonio copio parcialmente, no por un prurito de exhaustividad, sino porque agrega información útil respecto de las expectativas, resquemores y prejuicios que despertaba el repentismo de los payadores en tiempos de su profesionalización. En realidad, las diferencias podrían atribuirse a la evocación de Martínez Cuitiño. Dice Nicora (y luego sigue la conversación):

–Fui a oír a un negro payador en un café de Lomas.

–¿Y payaba? Por lo general los payadores vienen preparados; solo recuerdan.

–No, yo creo que el negro payaba, porque pedía temas y contestaba muy bien, acompañándose con la guitarra.

–Conocería de antemano el asunto; todos son iguales: el amor, la patria, el héroe, amanecer, el dolor, el mundo, el desengaño...

–No, el negro payó.

–¿Pero en qué te basas?

–Estaba yo con un amigo y se me ocurrió mandarle con el mozo un papelito para ponerlo en aprietos.

–¿Y sobre qué le pedías la payada?

–Metempsicosis.

–¡Pero qué bárbaro! ¡Lo reventaste al pobre!

–El negro leyó el papel, lo dobló, se lo metió al bolsillo y continuó durante más de una hora con otras payadas.

Ya lo daba por ultimado Nicora cuando de pronto el negro, con una voz estentórea y en modulación de cifra, entonó: “Al que me mete en psicosis (un acorde), al que me mete en psicosis (otro acorde), al que me mete en psicosis le digo en estilo vario (dos o tres acordes), le digo en estilo vario, le digo en estilo vario (dos acordes); y al que

¹⁶ Di Santo, *ibidem*, pág. 262.

me mete en psicosis le digo en estilo vario, por qué al mandar la pregunta no me mandó el diccionario”.¹⁷

Ante la desconfianza de Lima, Nicora funda su certeza en su propia experiencia: en el insidioso papelito que él mismo dice haber enviado, ahora sin intervención de sus amigos, al artista, práctica típica, a esa altura, de la relación del público con los cantores repentistas criollos. La omisión del nombre del payador contrasta con el registro del integrante del público, componente inexcusable pero habitualmente anónimo de este tipo de anecdotario, y que aquí se explica porque el del papelito es el informante de Martínez Cuitiño.¹⁸ Como la de Cao, la transcripción no separa el bloque en versos (habrían dado, en total, diez) pero tiene la virtud de anotar las repeticiones y hacer constar los acordes, modalidad que permite exhibir algunos recursos típicos del género para alargar la performance, ampliando el tiempo de cada intervención,¹⁹ y permitiendo en el ínterin tanto la generación de salidas recurrentes como la estructuración de los versos y las rimas.

¹⁷ MARTÍNEZ CUITIÑO, V., “El negro y la metempsicosis”, *Café de Los Inmortales*, Buenos Aires, Kraft, 1949, págs. 391-392.

¹⁸ Álvaro Yunque, que relata el mismo acontecimiento sin declarar fuentes, borra las huellas e invierte la relación onimato/anonimato (como gustaría enunciar Gerard Genette). Empieza así, después de transcribir las dos décimas de Gabino sobre logaritmos: “A otro payador, el mulato Silvino, se le solicitó que hablara sobre la metempsicosis...” Ahora ignoramos quién hizo la pregunta, pero sabemos (o creemos saber) que el héroe repentista es Silvino, sin apellido y con ese epíteto que lo liga a la fecundísima vertiente afro que nutrió la práctica payadoril rioplatense: Pancho Luna, Felipe Suárez, Agapito, Ramón Barrera, Higinio Cazón, el propio Gabino y unos cuantos más, que la gauchesca había proyectado en varios caracteres hasta llegar a la figura enorme del Moreno de Hernández. Álvaro Yunque. *La poesía dialectal porteña. Versos rantes*. Buenos Aires, Peña Lillo, 1961, págs. 22-23. El autor alinea los versos en décima y donde irían los acordes recurre a la onomatopeya “(¡rum!)” y “(¡rum, rum!)”. Di Santo alude a la “infinidad de refritos” del episodio, “algunas veces mal intencionados” y da como ejemplo, en nota, la versión de Yunque.

¹⁹ En la primera versión de Nicora citada por Di Santo, el cantor “bordoneó mucho” antes de contestar; en la segunda, relatada por Martínez Cuitiño, postergó más de una hora la respuesta al tema del papel, seguramente privilegiando otros más fáciles y aprovechando el cambio de orden para planear una estrategia. Apunta Stephen Nachmanovitch, violinista y docente de improvisación en la Juilliard School y en otros conservatorios y universidades, formado con Gregory Bateson: “En la improvisación solo hay un tiempo: el que la gente de computación llama tiempo real. El tiempo de la inspiración, el tiempo de estructurar técnicamente y realizar la música, el tiempo de ejecutarla, y el tiempo de comunicarse con el público, así como el tiempo común del reloj, son todos uno solo. La memoria y la intención (que postulan el pasado y el futuro) y la intuición (que indica el eterno presente) se funden. La plancha siempre está caliente.” *Free Play. La improvisación en la vida y en el arte*, Trad. de Alicia Steimberg, Buenos Aires, Paidós, 2013, La obra original

Dicho de otro modo: el esquema de la cifra (como después el de la milonga, que desde mediados del siglo XIX comenzó a reemplazarla como fondo del recitado²⁰) permite estirar una cuarteta hasta llevarla, de ser necesario, a una décima, y entre los automatismos de repeticiones y acordes poner a funcionar en paralelo la máquina asociativa del payador.

Tratemos de reconstruir el proceso compositivo *al toque*, el *impromptu* de Gabino en acción. La imaginable desesperación a que habría inducido una palabra desconocida –pero esta es precisamente la adrenalina que produce la interacción con el otro, cantor o público– se conjura (virtud del oficio) buscando en velocísima sinapsis, y en fogonazos de microsegundos, mientras difiere con repeticiones y acordes la estocada última de la respuesta, todo aprovechable rasgo morfológico que acuda en auxilio del desconcierto, y *metempsicosis* lo brinda, ante todo, con una unidad verbal del campo clínico –*psicosis*– que podrá tener un rango de extensión no muy alto, pero que ya es mucho más conocida que la versión órfico-pitagórica de la transmigración de las almas. Todo podría quedar ahí (como estímulo para seguir por ese lado, se entiende), pero si la provocación sigue actuando, ya transformada, en el borde del goce, en autoexigencia, puede recuperar los restos del desmembramiento morfológico; y entonces entra a hacer señales el residual *metem*: *mete-en*, y de ahí *mete en psicosis*. Eso, para empezar. Luego, sin desesperarse, pero sin negar un pánico cuyo control sería fuente de iniciativa y de réplica, entre acorde y repetición se vislumbra una noción que, en otras circunstancias, salvo en la payada misma, podría ser salvadora: el diccionario. ¿Por qué no transformar la veda en mención positiva del deseo del objeto vedado? La falta léxica evoca, sostiene, demanda su hipotética e imposible satisfacción, ahora hecha posible solo (pero nada menos que) como enunciado de la falta. No puedo apelar al diccionario, pero puedo nombrar su ausencia.

se publicó en 1990. “Improvisación es presencia”, insiste Nachmanovitch, subrayando todos los factores situacionales que la estimulan y la motivan en los diversos géneros en que se practica, incluyendo la conversación, en una entrevista de (y filmada por) Phil Daquila en 2009. Disponible parcialmente en <https://www.youtube.com/watch?v=Wpc-mRZKbMrs> y, en otro tramo, en <https://www.youtube.com/watch?v=gWJCAilAxXw> (consultados en noviembre de 2016).

²⁰ PÉREZ BUGALLO, R., “Payada”, en CASARES RODICIO, E., (director y coordinador general), *Diccionario de la música española e hispanoamericana*, vol. 8, pág. 528, Madrid, Sociedad General de Autores y Editores, 2002.

Quien cultiva la rima sabe que primero debe arrojar la piedra de su objetivo (aquí, la palabra que nombra la obra que colmaría la falta, definiendo la maldita metempsicosis) y para ir a recogerla debe transitar un camino en el que el rastreo mental en paradigma recorre distintas alternativas en *-ario* para elegir rápidamente, en el caso del ágil performer del café de Lomas, una opción flexible y aplicable con facilidad y bajo compromiso semántico: la vaguedad de *vario*. El resto pertenece al arte del octosílabo que, aunque no le está dado a todo el mundo, no deja de ser, en las distintas variantes del español, de fluencia relativamente natural y sencilla, como reconoció Leopoldo Lugones en *El payador*: “El octosílabo es el idioma mismo, estéticamente hablando” (*ibídem*, pág. 71).

En el intrínquilis del logaritmo que debió afrontar Gabino, el amigo de enfrente cumplió la función –descartada por las leyes explícitas e implícitas del género– del diccionario, con el agravante de que el diferimiento no tuvo la dimensión mínima tolerable en la improvisación sino que la interrumpió, dándole fin en los hechos, cuando la clave estaba, tal vez, en escuchar ese *ritmo* que le tendía una mano silenciosa pero salvadora. No por nada en la primera décima, en busca de rima para estructurar la respuesta, armó los versos tercero y cuarto de esta manera: “si acierto a cantar al ritmo / de mi modesto pagar”.

Preparados para improvisar

En todas las artes en las que la improvisación desempeña una función prominente, solo puede darse en relación con una base sólida ya consolidada y con la presencia de módulos reutilizables. En la comedia del arte, la actuación *all'improvviso* se realiza sobre la estabilidad de caracteres cuyo temperamento está fijado de antemano, e implica instancias de escritura o notación, en particular el cañamazo o *canovaccio* como esquema de situaciones.²¹ En jazz, se improvisa a partir de la base relativamente fija del tema (*head*), ejecutada sobre todo al principio y al final de cada pieza, y teniendo en cuenta su esquema armónico, la secuencia de acordes, que es como la contraseña con que músicos que incluso ignoran el tema sobre el que se improvisa pueden acom-

²¹ C. Miłacewsky citado por Ricard Salvat. *El teatro como texto, como espectáculo*. Barcelona, Montesinos, 1983, págs. 36-38.

pañarlo y variarlo: “tener” la secuencia de acordes del tema conocido B, que es básicamente la misma que la del A, permite engancharse en la ejecución de A, para después seguir explorando.²² En el rap y prácticas asociadas de la cultura hip-hop, la composición se combina con respuestas improvisadas en las llamadas *rap battles*,²³ en las que la rima tiene una función más estructurante que la métrica –no que el ritmo–.

No se puede improvisar sin fórmulas previas. Pero no se puede improvisar solo con fórmulas previas. Negar el estatuto repentista porque haya un repertorio almacenado de giros, expresiones y estructuras impide entender el fenómeno. Félix Lima, escéptico, descrea que se haya payado realmente porque sospecha preparación previa. Pero una cosa es saber de antemano los temas y memorizar las respuestas, y otra es tener, además de un conveniente acopio de fórmulas, un estado de apertura y disponibilidad que posibilite detectar, en cada instante, la ocasión de vencer las trabas y avanzar o huir hacia adelante. En eso consiste, en rigor, estar preparado.

Por eso, cuando Macedonio Fernández comienza algunos de los “Brindis de Recienvenido” con frases como “No siempre venimos preparados para improvisar” (“Brindis a Norah Lange”), no incurre solo en un chiste basado en un divertido juego conceptista. Insiste: “No estaba preparado para este benévolo pedido. Pero felizmente mi improvisación la tiene Scalabrini Ortiz; yo solo retengo tres borradores completos de ella”; “Considero casi irrespetuosas las improvisaciones no

²² Por eso, un libro muy valioso de Robert Faulkner y Howard Becker, músicos de vasta experiencia y sociólogos con inserción académica, que indaga estas cuestiones, se titula, rescatando una pregunta urgente previa a aquella contraseña, *Do You Know...? The Jazz Repertoire in Action*. Versión española, *El jazz en acción. La dinámica de los músicos sobre el escenario*, Trad. de Stella Mastrangelo, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2011. Lo que posibilitaba esos intercambios era sobre todo la vasta red de difusión radial de música popular, pero también la discografía, la circulación de partituras y tablaturas más o menos legales, más o menos piratas, en fin, el desarrollo de la industria del entretenimiento. Nos alejamos y nos acercamos a nuestro objeto: la historia de la payada debe estudiarse en relación con la del mundo de las pulperías y sus habitantes, con la del circo criollo, el teatro y las peñas, la emergencia de los cantores criollos, la discografía, la radiodifusión, el cinematógrafo... Y así se ha hecho en parte, en un espectro de obras que va de las de Marcelino Román y Beatriz Seibel hasta Víctor Di Santo y Ercilia Moreno-Chá.

²³ Una exposición de Ana Sabrina Mora articula un trabajo de campo etnográfico entre grupos de rap de la zona de La Plata, provincia de Buenos Aires, con características generales de la cultura hip-hop: “El rapero como escritor: la casa, la calle y la web en las prácticas de composición de letras de rap”. Jornadas de Sociología de la UNLP. 2016. Disponible en http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.9185/ev.9185.pdf (consultado en diciembre de 2017).

maduradas” (“Brindis a Gerardo Diego”); más aun: “Solicito se me permita tomar la palabra sin anular mi condición de inasistente” (“Modelo de disculpas para inasistentes a un banquete”).²⁴ La eficaz operación de desenmascarar la solemnidad de las convenciones para poner en evidencia lo que esconden penetra, por el empleo productivo de la paradoja, en la complejidad de las prácticas socioculturales, y revela cuán preparado hay que estar para asumir el compromiso de improvisar y, en el instante de declarar la falta, suplirla o superarla improvisando y exhibiendo, en hipérbole contrafáctica, que la improvisación obra en poder de otro, puesto que el del brindis “solo” ha retenido los borradores, es decir, aquello que los presupuestos de la improvisación excluirían.

Entre los intentos de concertar una desustentada con Vázquez, Gabino enumera en carta a *La Nación* de Montevideo los requisitos, y uno de ellos es: “Los payadores no conocerán los temas sino en el momento en que haya que cantarlos para evitar de este modo la preparación”.²⁵ Solo quien esté adecuadamente preparado podrá sortear con éxito la falta de preparación.

Los fragmentos de las performances históricas que hemos citado son un débil y somero trasunto de lo que pudieron haber sido. Para su consideración a partir de los restos de que disponemos es preciso atenderse a la advertencia que formula Víctor Di Santo, estudioso del género y payador él mismo:

[...] los versos improvisados de un payador, ya sea en contrapunto o en forma individual, deben ser escuchados por quien pretenda hacer un juicio crítico de sus aptitudes repentistas, pues la espontaneidad, prontitud, intuición, picardía, vacilación, intranquilidad y un sinfín de circunstancias que se manifiestan en el individuo, en el momento creativo y que hacen a la calidad de la improvisación, no pueden evaluarse a través de la lectura.²⁶

²⁴ FERNÁNDEZ, M., *Papeles de reciénvenido y Continuación de la Nada*, tomo 4 de sus *Obras completas*, Ordenación y notas, Adolfo de Obieta, Buenos Aires, Corregidor, 1989, págs. 56-65.

²⁵ *La Nación*. Montevideo, 2 de agosto de 1892. Citado en Di Santo, *ibidem*, pág. 168.

²⁶ DI SANTO, *ibidem*, pág. 215. La observación, desde ya, no vale para payadas ficticiales como la del canto 30, concebida, desde la escritura, para ser leída, por más que esa lectura pueda devolver el texto a una oralidad recitada, de segundo grado: mediada por la literatura.

Deuda de sangre

Este largo excursus nos permite retornar a la gran payada hernandiana y al problema de cómo representar, en la composición, la improvisación; en la preparación, el apremio; en la unidad de concepción, la confrontación de técnicas, estilos y puntos de vista de los dos participantes. Hablamos, más arriba, de recrear en la ficción la situación de riesgo. Martínez Estrada viene, de nuevo, a proponer un deslizamiento entre campos ontológicamente heterogéneos:

El compromiso del Autor, considerada la realización artística de esa pieza [la payada], es no menos grande que el de Martín Fierro, pues ha de quedar demostrado no solo que la fama del cantor es legítima, sino que el Poeta podía cumplir a su vez la prueba con holgura. Las inmensas dificultades que supera Hernández debieron de exigirle un esfuerzo supremo [...]. (ibídem, pág. 780).

De ese esfuerzo ha surgido uno de los pasajes más virtuosos de la *Vuelta*. La payada cobra un gran interés en sí misma, como duelo pleno de acción verbal en el que dos cantores se miden con preguntas de intención filosófico-poética, pero también en una serie de cumplidos, reticencias y alusiones que van enrareciendo la atmósfera de la velada. Vuelvo a Borges y a su tesis de que en el canto 30, para indiciar el habla paisana, Hernández olvida toda afectación gauchesca, todo color local, y hace que Fierro y el Moreno aborden cuestiones abstractas, como los payadores de las orillas, que eluden “el versificar en orillero o lunfardo”. Otra forma de decirlo, siempre desde el punto de vista del autor de “Hombre de la esquina rosada” (donde practicó, a partir del estilo directo, cierta afectación compadre): el pueblo no sería populista.

La tesis, por lo demás sagaz e interesante, se desentiende de algunos aspectos insoslayables. Es muy cierto que en el desarrollo del duelo verbal varias estrofas podrían integrar una colección de poesía lírica sin llamar la atención sobre matices o giros regionales: en ellas, el texto está concebido desde la lengua estándar. Pero en el curso del canto 30 comprobamos cómo Fierro y el Moreno utilizan una lengua que en léxico, sintaxis, morfología y tono en nada se aparta de la del resto de la *Vuelta* y la *Ida*. Unos pocos ejemplos: “No galope que hay agujeros” (M), “Y sos estruido de yapa” (F), “Me gusta negro ladino / Lo que acabás de esplicar- / Ya te empiezo a respetar / Aunque al principio me rei- / Y te quiero preguntar / Lo que entendés por la ley” (F); “La ley

es tela de araña- / En mi inorancia lo esplico, / No la tema el hombre rico- / Nunca la tema el que mande- / Pues la ruempe el bicho grande / Y sólo enrieda a los chicos” (M). Las estrofas sin peculiaridades locales o dialectales no pasan de veinte, de las cuales la mitad tiene lugar en el interior del esquema pregunta-respuesta. La insistencia en el modo agauchado llega a un grado radical, según lo caracterizó definitivamente Élidea Lois en el estudio preliminar de la edición Archivos del *Martín Fierro*, donde puso de manifiesto cómo el empleo de la sinéresis divide el universo de lectores del poema, obrando como una suerte de santo y seña –un *shibboleth*, en términos de Derrida-. Quienes reprochaban a Hernández sus versos “mal medidos” habían quedado afuera del pacto. La importancia de esta opción se evidencia, como observa agudamente Lois, en que, conforme el temperamento que adoptaba en las nuevas ediciones y en relación con distintas coyunturas políticas, Hernández fue eliminando, sustituyendo o reponiendo la variante con sinéresis. Al hacer rimar *reí* (diptongando en una sola sílaba la inflexión de primera persona del singular del pretérito perfecto simple del indicativo de *reír*) con *ley*, la lengua del poema se extrema en la diferencia: el lector corrector o domesticador lee *reí*, con lo que el verso pierde su andadura octosilábica y además malogra el esquema de rima de la estrofa.

Martínez Estrada vio clarísimos los “dos motivos de contienda”: “competir en el canto por el saber en cuestiones abstrusas, y [...] dirimir una antigua deuda de sangre”. Y más adelante:

Las razones por las cuales Fierro evita la pelea, quedando victorioso, son sumamente adecuadas para resolver un conflicto en un *pathos* diminutivo en que toda tensión se relaja suavemente. La Payada queda, por ese estupendo procedimiento, envuelta en una atmósfera de sueño, y deja la impresión, más que de una escena de ventriloquia en el parecer de Costa Álvarez, de una cuasi pesadilla en que una historia olvidada retorna y se desvanece en la conciencia. El Moreno es un espectro del hermano, y cuanto ocurrió en la realidad pudo haber sido una alucinación de Martín Fierro. [...] El Moreno es un ‘aparecido’ y la escena cobra un alucinante primer plano de diálogo de ultratumba. Todo es alusivo, esquivo, de tanteo en las tinieblas. Los temas vagos y abstractos de la payada no tienen más puntos de tangencia con la realidad que un suceso acaecido hace muchos años

y que recobra inexplicable actualidad. Lo que sigue todo se mueve en las sombras, campo afuera... (*ibidem*, pág. 785)

Y Juan Carlos Ghiano: “Las tensiones latentes en el canto van apuntando a motivos ocultos en la provocación; las alusiones permanentes mantienen la suspensión argumental propuesta por el desarrollo del contrapunto”.²⁷

Floreo, elocuencia, charlatanería

El elegante sobrevuelo sobre el parecer de Arturo Costa Álvarez solicita por lo menos una breve ampliación. Periodista, traductor y polémico filólogo vocacional, Costa Álvarez fue un enconado enemigo de lo que llamaba “gauchismo”. Asumiendo unas cáusticas objeciones de Calixto Oyuela a Hernández y de Paul Groussac a Martiniano Leguizamón, dictaminó: “En este episodio de la payada es donde más evidente se hace que todo el seudo épico poema nacional es una simple escena de ventriloquia”.²⁸ Como se puede ver, los detractores del poema y de la gauchesca pueden a veces alertar sobre aspectos clave del género y provocar debates del mayor interés. Solo que ventriloquia, prosopopeya, usos de la voz son problemas que atraviesan toda escritura, no un género en particular.

Martínez Estrada desecha la imputación de ventriloquia desplazándola por otra que no integra el mismo campo: el retorno y el desvanecimiento de una vieja historia inquietante. Es que está convencido de que Hernández ha podido lograr, a través de las realizaciones verbales de sus personajes, la conformación de dos estilos diferentes de pagar, que remitirían a personalidades y tesituras diferenciadas: no dos muñecos movidos por el mismo titiritero, sino dos entidades autónomas.

[...] el Moreno y Martín Fierro lucen dos técnicas inconfundibles de pagar, siendo la de éste de calidad mejor. Lo es porque el Moreno usa de introitos y circunloquios que indican el tiempo que se toma para preparar la respuesta, además de un gusto retórico por la frase ampulosa. Martín Fierro responde en seguida, luego de alguna finta

²⁷ GHIANO, J., “El contrapunto de Fierro y el Moreno”, En *Revista Iberoamericana*, Universidad de Pittsburgh, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 50, 87-88, abril-septiembre, págs. 336-351.

²⁸ COSTA ÁLVAREZ, A., *Nuestro preceptismo literario*, Buenos Aires, Coni, 1924, pág. 37.

humillante. Se percibe que la respuesta es instantánea y siempre es más sobrio, más concreto y más profundo. El rebuscamiento de la frase en el Moreno, la elocución florida señala además un matiz característico de su raza. (*ibidem*, pág. 784)

Hace su aparición una tipicidad del estilo del Moreno que no sobreviene solo a partir de un análisis de su performance ficcional, sino también de la puesta en acción de los prejuicios del crítico. Aparte: atribuir (con alguna sensatez de representación realista) los que llama circunloquios del Moreno a la necesidad de hacer tiempo para preparar la respuesta es pasar por alto que, con frecuencia, sus digresiones tienen más brillo que la propia respuesta, y que, siempre desde el crédito a la representación, esas chicanas muy elaboradas demandarían tanto o más trabajo/tiempo que el que requiere la respuesta posterior. Pero Martínez Estrada es coherente con su idea de cierta naturaleza criolla vinculada con la parquedad, tal como la podrían formular Leopoldo Lugones y tantos otros. Así, cuando condena los fragmentos de Ascasubi, Del Campo y Lussich “en que se florea la frase y el locutor se entretiene en descripciones y figuras de tipo literario o amatorio”, los considera “convencionales: para el lector de la ciudad”, y amplía:

Nada más ridículo para el gaucho que el orador. Y, en la disyuntiva, prefiere –*Disculpenmé tanta charla; Aunque pa chorizo es largo*– pasar por charlatán antes que por elocuente. Por lo menos no elocuente en su acepción cabal; porque gusta también de una clase de elocuencia que, ya se ha indicado, consiste en la relación que hay entre lo que dice y lo que quiere significar, entre el objeto o el hecho y su representación metafórica o el simulacro que deja en su lugar el sustraer la idea y la frase verdaderas (*ibidem*, pág. 248).

Aquí el taxonomista se va enredando en su propia clasificación. Quiere ir en cierta dirección, pero su conocimiento del texto y su temor de que en algún momento el texto lo desmienta lo lleva a diferenciar elocuencia de charlatanería, solo porque la palabra de Picardía comienza con la captación de benevolencia de “Voy a contarles mi historia / Perdonenmé tanta charla-”.²⁹ De pronto una elección léxica

²⁹ Una observación que se relaciona con cómo la memoria de la poesía induce a veces, a quien evoca, a un tipo de cita aproximada, no del todo literal, que proviene del ejercicio, así sea mental, de la oralidad. Martínez Estrada parece estar citando de memoria. Picardía dice “Perdonenmé”; el crítico pone “Disculpenmé”. Es un traspie frecuente en

de Hernández, que bien pudo ser ocasional y no comprometer la concepción de las sensibilidades gauchas en el poema, lleva a Martínez Estrada a estereotipar un gaucho que prefiere “pasar por charlatán antes que por elocuente”, y luego a desglosar acepciones para diferenciar la cabal de “una clase de elocuencia diferente”... De hecho, el poema manifiesta siempre desconfianza hacia los discursos de letrados o de jefes que percibe embaucadores, desde el que anuncia la llegada del “ministro” (“don Ganza”), hasta los jueces “Pilatos”. Toda elocuencia sería sospechosa. Podríamos imaginar las resonancias y derivaciones que produciría percibir la inagotable facilidad de palabra del interlocutor en los gauchos del poema y de la gauchesca, en los que habría conocido Hernández; e incluso, en sentido contrario, en el propio Hernández, a quien, desde los tiempos en que se había instalado en Paraná, adhiriendo a la Confederación de Urquiza, sus conocidos llamaban “Matraca”, por el carácter invasivo de su vozarrón y de su labia. Para encomiar el temple de su amigo, el estanciero de Tapalqué Martín Colman, Hernández lo llamaba, con probable énfasis retórico cachador, “Martín Fierro”, ante lo cual, quizás harto de la verbosidad de su admirador, Colman le devolvía el cumplido nombrándolo “Pepe Lata”. Lucio V. Mansilla, gran *causeur*, conocía perfectamente el hilo fino que separa el encanto del gran conversador del fastidio que puede llegar a generar en sus oyentes.³⁰ Lo notaba sagazmente en los otros y es posible que temiera que en su propia parla se desdibujara, para el prójimo, ese tenue límite.

Inorancia y letra

Repasemos brevemente la secuencia temática de la payada para poder pasar a lo que nos interesa más. Ante todo, cada payador se presenta. Fierro recuerda “Cuando mozo fui cantor”, y cultivando el tono del lamento³¹ asegura que “De ese tiempo en adelante / Canté mis pro-

los lectores de poesía, sobre todo cuando está resuelta en esquemas regulares: mantienen el ritmo, mantienen la medida, modifican eventualmente alguna palabra o hasta un verso. Una verdadera lección sobre las formas.

³⁰ ZORRAQUÍN BECÚ, H., *Tiempo y vida de José Hernández 1834-1886*, Buenos Aires, Emecé, 1972, págs. 62 y 204, MANSILLA, L., “Nuestros grandes conversadores”, *Entre-nos. Cause-ries del jueves*, Buenos Aires, Hachette, 1963, págs. 271-276.

³¹ En distintos ensayos, Borges prestó atención a los dos tonos contrastantes que coexisten en el género; Josefina Ludmer sistematizó la lectura de los tonos, el desafío y el lamento,

pías desdichas”; y aunque los años transcurridos y el regreso sin gloria lo han llevado a un discurso conciliador, no pierde las mañas del desplante: “Yo no he de quedarme atrás / Sin defender la parada”. El Moreno arranca con modestia, como achicándose, pero es parte de una retórica muy similar a la del protagonista, en la que a veces el ademán es un amague que prelude el avance soberbio: así, pasa del “Yo no soy señores míos / Sinó un pobre guitarrero” a “Yo tiro cuando me tiran, / Cuando me aflojan, aflojo”, que puede leerse como variante de lo que había enunciado su rival al comienzo de la *Ida*: “Con los blandos yo soy blando / Y soy duro con los duros”. El desafiante culmina su presentación mostrando un flanco débil, algo que no debería hacer (pero así lo necesitaba Hernández, como prolepsis del desenlace) frente a quien, previsiblemente, debe estudiar, como buen jugador, sus vulnerabilidades; pero como se verá, ese error táctico es a la vez algo que, tra(u)ma mediante, no puede evitar:

Estoy pues a su mandao,
Empiece a echarme la sonda
Si gusta que le responda,
Aunque con lenguaje tosko–
En leturas no conozco
La jota por ser redonda.

En este lapsus Hernández parece divertirse a costa de su personaje; al confundir, cruzándolas, dos paremias que trabajan sobre la letra (no entender ni jota; no conocer ni la o por redonda), el Moreno actúa lo que confiesa: su decir convalida lo dicho, extremándolo.

Enseguida, las seis preguntas de Fierro procuran definición de cantos naturales: del cielo, la tierra, el mar y la noche; del origen del amor y del concepto de ley. Es decir, solicita un abordaje poético, universal y abstracto. El Moreno entiende, bien, que se abre el campo de la metáfora, y allí va por un terreno que domina. Pero guiado por aquello por lo que ha venido, va sembrando, aquí y allá, pistas amargas: no hablará

en *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988, y reediciones en Perfil (2000) y Eterna Cadencia (2012). Fierro pasa rápidamente de uno a otro, a veces en una misma situación, por lo que Leónidas Lamborghini lo llamó, con graciosa irreverencia, “bufón ciclotímico” (“El gauchesco como arte bufo”, en *Tiempo Argentino*, 23 de junio de 1985, recuperado en el volumen *La guerra de los lenguajes*, segundo de la *Historia crítica de la literatura argentina* dirigida por Noé Jitrik, Buenos Aires, Emecé, 2003).

solo del canto del cielo, sino de su llanto; en el canto de la tierra oye dolor, gemido, llanto otra vez; el del mar aterra y el de la noche convoca secretos misterios, tiniebla, lamento infinito, rumores inciertos, para concluir interpretando: “Son almas de los que han muerto / Que nos piden oraciones”. Como si intuyera a propósito de qué emergen esos fantasmas, Fierro conjura: “te alvierto / Que hemos de cantar los dos- / Dejando en la paz de Dios / Las almas de los que han muerto”. Solo ante el amor decrece la tensión. Y ante la ley, cuyas puertas no se le abrirán, el Moreno trae a la *Vuelta* las posiciones crudas del matrero de la *Ida*: es su forma de ser el otro.

Entretanto, ya es su turno de interrogar. Nunca sabremos por qué ha debido responder seis preguntas y ahora formula solo cuatro, pero podría tratarse de un problema de factura del canto antes que de la representación de una payada ideal. Sea como fuere, el Moreno adelanta, desde la segunda estrofa, que las suyas versarán “Sobre el tiempo y la medida, / El peso y la cantidad”. Luego las irá desglosando en otro orden (el del anuncio está regido por necesidades de versificación). Y si bien en el caso del peso quiere el significado, en los tres restantes implica además al “Eterno”, al “ser que ha criado la vida”, a Dios, e indaga por la finalidad (al crear la cantidad), el motivo (la medida) y el cuándo (el tiempo). Fierro desplaza, en general, el planteo: no son cosas de Dios, sino de los hombres. La cuarta y última cuestión tiene una formulación en oxímoron que recuerda el irónico título de Borges, “Historia de la eternidad”: “Cuándo formó Dios el tiempo / Y por qué lo dividió”. ¿Según qué calendario podría fecharse el origen del tiempo?

Antonio Camarero ha observado que los objetos del cuestionario del Moreno son categorías a priori: los trascendentales de Kant.³² Podemos agregar que la cantidad, la medida, el peso y la división del tiempo integran las primeras lecciones del silabario de José Antonio Wilde y otros manuales escolares de entonces.³³ Y aunque pudiera ser mera fórmula o argucia retórica, ya que lo que hace es poner a prueba al contrincante, el Moreno recalca, al preguntar: “lo inoro”: otra vez, exhibe la escolaridad como falta.

³² CAMARERO, A., “El final del «Martín Fierro» y su tema de la dignidad humana”, en *Anales de Literatura Hispanoamericana*, Madrid, Universidad Complutense, 4, 1975, págs. 39-59.

³³ WILDE, J., *El silabario argentino*. Buenos Aires, 1845 y numerosas reediciones a lo largo de cuatro decenios. Ver, por ejemplo, el *Libro 2º*, undécima edición, Buenos Aires, Peuser, 1877, pág. 5 y siguientes.

Se diría que los momentos más débiles son aquellos en que ambos cantores abordan cuestiones étnicas –biológicas y culturales–, muy ideologizadas, a partir de la antinomia blanco/negro. Aunque Hernández usa el discurso del Moreno para relativizar esa polarización desde un multiculturalismo *avant la lettre*, el poema pone de manifiesto arraigados prejuicios y lugares comunes. Fierro: “Mas también [Dios] hizo la luz / Pa distinguir los colores”; “Que sos por juera tinieblas / Y por dentro claridá”. El Moreno (que se queja de que los blancos no lo llamen por su nombre, pero nunca lo dice y habla de sí como de “un pobre negro de Estancia”): “Yo también tengo algo blanco, / Pues tengo blancos los dientes”; “También es negra la noche / Y tiene estrellas que brillan”. Penoso.

En cambio, hay mucha inteligencia puesta en el fulgor del duelo, tanto en el giro denegatorio que toman algunas respuestas (cuando Fierro contesta cuestionando la pregunta y desviando la agencia de las categorías, de Dios al hombre) como en los preludios con que el desafiante aborda sus contestaciones y en su reluctancia a aceptar hasta los elogios del desafiado. Así, cuando Fierro celebra:

Moreno, alvierto que trais
Bien dispuesta la garganta
Sos varón, y no me espanta
Verte hacer esos primores–
En los pájaros cantores
Sólo el macho es el que canta.

el Moreno retruca poniendo en tela de juicio un don que, si aceptara, haría sistema con otro, más ambiguo, que su rival acababa de proclamar, con eso de “Dios hizo al blanco y al negro”, “Y a naidés le quita fama / Lo que recibió al nacer”:

A los pájaros cantores
Ninguno imitar pretiende–
De un don que de otro depende
Naidés se debe alabar–
Pues la urraca apriende a hablar
Pero sólo la hembra apriende.

En un solo gesto, anexa, a la impugnación del naturalismo racista del rival, la contraevidencia de su naturalización del sexismo.

Antes de encarar la cuestión del origen del amor, su modestia se pone sospechosamente socrática:

A pregunta tan oscura
Trataré de responder–
Aunque es mucho pretender
De un pobre negro de Estancia–
Mas conocer su inorancia
Es principio del saber

Y como antesala a su sarcástica definición de la ley, radicaliza el estatuto de su sabia ignorancia como resultado de un aprendizaje: “Desde que aprendí a inorar / De ningún saber me asombro–”.

Por eso llama la atención el abrupto término de la payada. Con excesiva prisa, y antes de formular la pregunta sobre el tiempo, el Moreno promete: “Suya será la vitoria / Si es que sabe contestar”. Y el otro contesta, y muy bien. Pero al concluir, Fierro no acepta esa *vitoria* concedida, y contrapone, no sin ironía: “Si tenés otra pregunta / O de algo te has olvidao / Siempre estoy a tu mandao / Para sacarte de dudas”. Es entonces cuando vira por completo el sesgo del contrapunto, y propone “cantar / sobre cosas de la Estancia”, solo que a través de una clave muy particular:

Ansí prepará moreno
Cuanto tu saber encierre–
Y sin que tu lengua yerre,
Me has de decir lo que empriende
El que del tiempo depende,
En los meses que train erre.

La formulación enrevesada quizás exija prosificación y, encima, glosa, puesto que el tiempo cíclico involucrado (la temporada cálida) no se enuncia como tal sino a través del código alfabético; una vez decodificado, el Moreno deberá decir qué tareas realiza el hombre de campo entre septiembre y abril, es decir entre la primavera y el comienzo del otoño (se entiende que en el hemisferio sur), pero simplemente no lo sabe. Es decir, no que no sepa (como entendieron unos cuantos críticos) cuáles son esas faenas: no sabe cuáles son los meses con erre porque ignora el código; lo había confesado: “En leturas no conozco / La jota por ser redonda”.

Estrofa problemática

Santiago Lugones, un anotador sobrio y preciso del *Martín Fierro*, se enoja con esta sextina: “La cláusula entera es de pésima construcción (como de gaucho) y muy confusa”.³⁴ Desde el punto de vista sintáctico, la cláusula es perfecta. Son dos proposiciones coordinadas por la conjunción y del tercer verso, en las que el nombre del Moreno se usa como vocativo. Ambas son imperativas en segunda persona: aunque el sujeto está implícito en la desinencia del verbo, en la primera es *vos* (*prepara*) y en la segunda *tú* (*has de decir*).³⁵ Como se ve, el imperativo de la primera es el del paradigma verbal; en la segunda, llega tamizado, más cordial, por una perifrástica de futuro. La primera no ofrece complicaciones. El esquema de rima de los versos segundo y tercero ya había sido usado, como si dijéramos, con economía de medios de payador (con variación morfológica de modo y en orden inverso), en la estrofa de la pregunta sobre el canto de la tierra: “Y así me gusta un cantor / Que no se turba ni yerra– / Y si en tu saber se encierra / [...]”. Ahora es: “[...] / Cuanto tu saber encierre– / Y sin que tu lengua yerre, / [...]”. La que hace un poco de ruido es la segunda proposición, que, si se me perdona el zafarrancho, ordenaré, prosificaré y neutralizaré en lengua estándar (breve: estropearé) como sigue: “Me has de decir los trabajos que emprende el hombre de campo en los meses que se escriben con erre”. Tal vez deba aclarar que “hombre de campo” es la variante más indefinida (para respetar su generalidad) de la antonomasia “el que del tiempo depende”, porque Hernández suele pensar ese agente de manera diversa, como puede verse en su *Instrucción del estanciero*, en sus artículos periodísticos y en sus intervenciones parlamentarias: se trata de una escala jerárquica regida por el sujeto propietario, consciente de todo el proceso, de su dirección y control (el estanciero o hacendado),

³⁴ HERNÁNDEZ, J., *El gaucho Martín Fierro y La vuelta de Martín Fierro*, Ed. y notas de Santiago M. Lugones, Ilustraciones de Osvaldo Svanascini, Buenos Aires, Centurión, 1948, pág. 310.

³⁵ Cinco veces usa Fierro el vocativo “Moreno”, en el que esa condición deviene nombre, tal como denuncia, sin hacer nada para revertirlo, el payador desafiante. El Moreno nunca se dirige a Fierro nombrándolo; ateniéndonos a las inflexiones verbales, siempre lo trata de *usted* (habría que suponer *usté*), aunque sin usar el pronombre. Fierro alterna el *tú* y el *vos*. En las preguntas de Fierro predomina el imperativo, atenuado dos veces con otros giros (“Y aura quiero que me digas”, “Y te quiero preguntar”); en las del Moreno, variantes más amables (del tipo “Quiero saber y lo inoro”), con una excepción (“Y respóndame al momento”). Las jerarquías quedan claras.

para seguir con otros en que va decreciendo gradualmente el mando e intensificándose el trabajo manual: mayordomo, encargado, capataz, peón.

El problema no está, entonces, como censura un impaciente Santiago Lugones, en que la cláusula esté pésimamente construida, sino en su carácter artificioso y trabado, que hace de esta la sextina menos fluida de todo el poema, lo que es mucho decir y podría trasuntar las dificultades con que Hernández afrontó, sin superar del todo, la desafortunada pregunta de Fierro, el maltrato del otro a partir de la letra, el juego desleal de quien se había definido desde el vamos “Yo no soy cantor letrao”.

Ahora quiero concentrarme en el giro de “los meses que train erre”, porque ese *train* condensa, ¡aun en el interior de la claudicación grafo-céntrica de la pregunta del gaucho no letrado!, uno de los aspectos más revulsivos de su lengua, al decir de Lois. Quizás de esta sinéresis pueda decirse que es “como de gaucho”, en el mejor sentido, o sea, no con la carga despectiva con que Lugones liquida la “pésima construcción” de la estrofa de los meses con erre. Y es extraña esa atribución, ya que los obstáculos que presenta la sextina para su captación inmediata derivan de complejidades propias de su hipotaxis (cuatro subordinadas en seis versos de ocho sílabas), característica del universo de la escritura, no de un comportamiento oral cuyas modalidades el género gauchesco ha sabido recrear, en general, con tanto éxito.³⁶

Estoy suficientemente alejado del maniqueísmo fonocéntrico (si bien de un fonocentrismo meramente declarativo, solo expresado en la escritura de un libro, es decir, refutado en su propia enunciación de imprenta) del Ángel Rama de *La ciudad letrada*, como para señalar, sin temor de incurrir en prejuicios grafofóbicos, que la letra de Fierro es violenta, y la propia *Vuelta* venía de refutarla, preventivamente, en las palabras del hijo segundo, cuando insolentemente corregido por un forastero, le replica: “Que no creia haber venido / A hablar entre liberatos”, nuevo ejercicio de la sinéresis monosilábica de *créia* como

³⁶ “Como de gaucho” son, más bien, los tributos al estilo directo que el poema (concebido casi todo como estilo directo del canto de Fierro y de sus interlocutores) rinde cuando cita decires del protagonista o de otros; así, en el diálogo impecable entre soldado y mayor del canto IV de la *Ida*: “Yo... / No he recibido ni un rial”, “-Y qué querés recibir / Si no has dentrao en la lista?-”, seguido de este comentario “para mis adentros”: «Dentro en todos los barullos / Pero en las listas no dentro». De alto impacto oral y muy como de gaucho es el dicho, casi suspiro, de Calíbar, el rastreador, dirigido imaginariamente a su presa humana, en el capítulo 2 del *Facundo*, cuando Sarmiento, en su condición ocasional de escritor gauchesco, lo escribe así: “¡dónde te mias d'ir!”.

diferencia altanera y del lapsus productivo *liberatos* en tanto amalgama chúcara de *liberales* y *literatos*, como crítica, a partir de la lengua, de la ideología de su objetor.

Anonadado

La pregunta anonada al Moreno. Sin voluntad –más que sin recursos– para afrontar una contestación, pero a la vez con inocultable cólera, parece que se entrega:

De la inorancia de naides
Ninguno debe abusar–
Y aunque me puede doblar
Todo el que tenga más arte,
No voy a ninguna parte
A dejarme machetiar–

He reclarao que en leturas
Soy redondo como jota–
No avergüence mi redota
Pues con claridá le digo–
No me gusta que conmigo
Naides juegue a la pelota–

Aun en la renuncia, el Moreno no pierde su inspiración. Hay algo frustrante en su rendición, y a la vez algo digno. Del mismo modo, había algo astuto en la pregunta de Fierro, y algo abyecto. Aunque el vencido ensaya la autoconmiseración (“Ansí le suele pasar / A un pobre cantor vencido), Hernández logra, en la asunción, por el desafiante, de su fracaso, una de las estrofas más bellas y conmovedoras del poema:

También los árboles crujen
Si el ventarrón los azota–
Y si aquí mi queja brota
Con amargura, consiste–
En que es muy larga y muy triste
La noche de la redota.

En su concepción de la *Vuelta*, Hernández necesita que el Moreno pierda, pero su perspectiva autoral no se resigna a deponer la grandeza

del payador íntegro que ha creado, con lo que el texto del poema crece extraordinariamente por sobre su anécdota. Hay algo extraño en esta *redota*,³⁷ que pide ser enunciada en agauchada metátesis (¡muy a lo gaucho!), y que no hace más que rematar las señales funestas diseminadas durante el contrapunto.³⁸ El poema *dota* al Moreno no solo de genio poético, sino también de la sorda determinación que lo lleva a ese fin. *Derrota* es, también, camino, derrotero. Fierro se ha mostrado altanero y seguro de sí, aun si modaliza dubitativamente sus aserciones: “Veremos si te contesto / Y si te das por vencido”; el Moreno está siempre anticipando el triunfo del otro: antes de la pregunta por la cantidad, “Suya será la vitoria / Si es que sabe contestar-”; de la del peso, “Si no falla su saber / Por vencedor lo confieso-”; de la del tiempo, “Si responde a esta pregunta / Tengasé por vencedor-”.

Pero el derrotero que ha emprendido no se limita al duelo verbal, y así concluye la elegía aclarando “Que al decidirme a venir / No sólo jue por cantar, / Sinó porque tengo a más / Otro deber que cumplir”. Entonces se produce el último reconocimiento (la anagnórisis aristotélica) de la *Vuelta*, después del de los hijos primero y segundo y del de Picardía. Las alusiones siniestras que habían jalonado el contrapunto

³⁷ Me comenta Pablo Rocca, primer lector de estas líneas: “Lo que Juan Zorrilla de San Martín (*La epopeya de Artigas*, 1910) denominó, con metáfora bíblica, ‘éxodo del pueblo oriental’, los criollos lo habían llamado, ya contemporáneamente, ‘la redota’. Hablo de la inmensa movilización que llevó a la gente a recorrer más de quinientos kilómetros, detrás de Artigas, hasta el campamento del Ayuí, en el litoral norte. Zorrilla tomó, lo del éxodo, de Clemente Fregeiro, un historiador colorado de segunda línea, que lo había largado en 1883. ¿Quién no te dice que la fuerza de aquella palabra, aun no mancillada por la grandilocuencia de *éxodo*, no estuviera presente en José Hernández cuando compuso esta sextina notable que citás y comentás?” (correo electrónico del 3 de marzo de 2018). El campamento, a orillas del arroyo Ayuí Grande, estaba en Salto Chico, hoy Concordia, Entre Ríos. En 2011 fueron inaugurados en el Parque San Carlos, de Concordia, en el segundo centenario de la emigración, el monumento al Éxodo Oriental y el Paseo de la Redota, convivencia ecléctica de ambas denominaciones.

³⁸ Habría que ver cuántas de estas metátesis ya lexicalizadas en la lengua, y originadas en preferencias intuitivas por el cambio de los puntos de articulación de la emisión sonora en fenómenos de asimilación y disimilación, adquieren un nuevo valor al ser recuperadas poéticamente –esto, sin negar el aspecto intrínseca y socialmente poético de su emergencia–. Pienso en el caso de *vedera* por *vereda*, que Homero Manzi utiliza en la “Milonga del novecientos”, donde la voz cantante se presenta desde el vamos, adoptando una tesitura que la coloca en un tránsito del gaucho al orillero: “Me gusta lo despajeo / y no voy por la vedera” (1933, con música de Sebastián Piana. MANZI, H., *Sur, Barrio de tango*, Selección, presentación y notas Acho Manzi, Buenos Aires, Corregidor, págs. 95-96).

tienen ahora su explicación de sangre en la *Ida*: el hermano mayor del Moreno “Murió por injustos modos / A manos de un pendenciero”.

Y queden en paz los güesos
De aquel hermano querido–
A moverlos no he venido,
Mas si el caso se presenta–
Espero en Dios que esta cuenta
Se arregle como es debido.

Y si otra ocasión payamos
Para que esto se complete,
Por mucho que lo respete
Cantaremos si le gusta–
Sobre las muertes injustas
Que algunos hombres cometen.

A este punto había que llegar. Por amansado que se encuentre el protagonista, no puede declinar el nuevo reto, solo que –advertimos– lo hace con un plus de desplante:

Al fin cerrastes el pico
Después de tanto charlar,
Ya empezaba a maliciar
Al verte tan entonao,
Que traías un embuchao
Y no lo querías largar.

Su referencia inmediata a la ley del destino que cada uno debería cumplir impregna de sentimiento trágico este final, pero no se compadece con la fatiga de Fierro, su arrepentimiento y los consejos que pronto dará a sus hijos y al de Cruz. Sigue habiendo desdén y sorna hacia quien percibe como otro inferior (como antes al indio), tributo que paga por su sometimiento al nuevo orden social que converge en 1880. Desdén, sorna y, sin embargo, humor amargo en el balance de vida, junto con provocación y amenaza:

Primero fue la frontera
Por persecución de un juez–
Los indios fueron después,
Y para nuevos estrenos–

Ahora son estos morenos
Pa alivio de mi vejez.

[...]

Yo he conocido a toditos
Los negros más peliadores–
Había algunos superiores
De cuerpo y de vista... ahijuna–
Si vivo, les daré una....
Historia de las mejores.

En la transición narrativa en romance del canto 31, se nos dice que los presentes “Se pusieron de por medio / Y la cosa quedó quieta–”. Insatisfecho con este desenlace y más afecto al espíritu de la *Ida*, Borges condenó la sentencia de los consejos del canto 32 “La sangre que se redama / no se olvida hasta la muerte”. Contrapuso:

La verdadera ética del criollo está en el relato: la que presume que la sangre vertida no es demasiado memorable, y que a los hombres les ocurre matar. (El inglés conoce la locución *kill his man*, cuya directa versión es *matar a su hombre*, descífrase *matar al hombre que tiene que matar todo hombre*).³⁹

Esta preocupación motivará el apéndice ficcional con el que Borges, como recordamos al comienzo, torció el desenlace del poema en el cuento “El fin”, publicado en la prensa en 1953 y en libro en 1956. Más allá de lo que se considere sobre esta operación y sobre el discurso excesivamente sentencioso de los personajes del cuento, hay allí una observación lúcida que explica el final de la payada en la *Vuelta*. Cuando todavía los lectores no se han impuesto de la identidad de los hombres que pronto se trenzarán en duelo –aunque algunos ya los han venido reconociendo–, en “una hora de la tarde en que la llanura está por decir algo” se encuentran con este diálogo:

–Dejá en paz la guitarra, que hoy te espera otra clase de contrapunto.
Los dos se encaminaron a la puerta. El negro, al salir, murmuró:
–Tal vez en este me vaya tan mal como en el primero.
El otro contestó con seriedad:

³⁹ “La poesía gauchesca”, *ibídem*, pág. 207.

–En el primero no te fue mal. Lo que pasó es que andabas ganoso de llegar al segundo.

Esas ganas de llegar al contrapunto de los cuchillos vendrían a explicar, en la lectura de Borges, que la calidad de la performance del Moreno no se haya expresado en su victoria.

Sugiero ahora otro abordaje del cierre de la payada, con el que discuto otras lecturas y la mía propia, en trabajos anteriores. El golpe mortal que lo define es, sin dudas, y pese a que tantos críticos del poema no lo han llegado a ver, la apelación de Fierro al alfabeto. Por eso puede decirse que la suya es una victoria a lo Pirro. Ha debido asumir la posición de aquellos respecto de los cuales había definido, por contraposición, su identidad en la *Ida*: los cantores letrados. Y los letrados no cantores que han aparecido en el poema dejan mucho que desear: el juez de paz que ordena la “arriada en montón” en la pulpería de la *Ida* y hace promesas que nunca se cumplirán; el coronel que manda a los soldados a trabajar en sus chacras; el *Comendante* que le roba el caballo moro; el pulpero amigo del jefe del cantón, que “Nos tenía apun- taos a todos / Con más cuentas que un rosario”; el mayor que le niega la paga porque no figura en la lista; el juez del que habla Cruz, que planea enriquecerse con campos en la frontera; el del hijo segundo, ya en la *Vuelta*, que le nombra como tutor de sus bienes al viejo Vizcacha; el presumido *liberato* que lo corrige lleno de desprecio; el juez de Picardía... No ha elegido, Fierro, para segregar y vencer al Moreno, las mejores compañías. Todavía le queda el ritual de la ignorancia, pero ya celebrado como una suerte de falsa modestia, como cuando a punto de contestar la pregunta por la cantidad esboza: “Escuchá con atención / Lo que en mi inorancia arguyo”.

Pero los resultados de toda batalla no tienen causaciones unilate- rales. Sabemos cuál fue la estrategia de Fierro, pero no terminamos de descubrir, con la misma nitidez, las razones de la *redota* del Moreno. Porque sus declaradas carencias (lo que sabe se lo enseñó un *flaire*; no ha ido a la escuela; no sabe leer) no explican que no pudiera salir del paso con soltura. Él mismo había alardeado en su presentación:

Yo sé lo que hay en la tierra
En llegando al mismo centro–
En dónde se encuentra el oro,
En dónde se encuentra el fierro.

El enunciado de estos saberes geológicos y minerales contiene, en la polisemia de su decir, una inequívoca referencia a su rival. Pero hay más:

Y sé como cualquier otro
El por qué retumba el trueno–
Por qué son las estaciones
Del verano y del invierno–
Sé también de dónde salen
Las aguas que cain del Cielo.

¡Las estaciones del verano y del invierno! No necesitaba más, un payador experimentado, con o sin formación letrada, para afrontar la cuestión de las labores del campo en los meses que fueren, aun cuando no pudiera identificar los marcados con la presencia de la erre en su nombre. ¿Entonces?

Invicto

Nadie supone que un payador deba saberlo todo. Su arte no se basa ni en la acumulación de conocimientos ni en su memorización, sino en el talento y la agilidad de reflejos como para articular, con lo que se sabe y se memoriza, pero también con lo que se ignora y no obstante puede correlacionarse con lo que se sabe, una intervención acorde con la circunstancia y el ambiente, en versos bien medidos y estrofas correctas. El saber del payador es, sobre todo, un saber decir/cantar. En eso consiste lo que se denomina *repentismo*, y corresponde incluso a prácticas letradas y eruditas como las *disputationes de quodlibet* en las universidades de la Baja Edad Media, en las que los profesores, cada tanto, se veían expuestos a la peligrosa gimnasia de responder, en el momento, sobre cuestiones que les planteaban alumnos o colegas, a veces con intención malévola.⁴⁰

Es el caso de Gabino y la metempsicosis.

⁴⁰ P[alémon] Glorieux. *La littérature quodlibétique de 1260 à 1320*. Le Saulchoir, Kain (Belgique), Bibliothèque Thomiste, vol. 5. 1925. En particular, desde el interés de estos cruces, págs. 16-31.

El Moreno, repito, tiene todas las condiciones, tal como lo ha construido Hernández, para salir del paso y vencer, o al menos, para tener un rendimiento parejo al de Fierro. La intervención de Leónidas Lamborghini sobre el texto de la payada es, en este sentido, magistral. A diferencia de Borges, que suplementa la *Ida* con los hechos conjeturales de la biografía de Cruz anterior a su encuentro con Fierro⁴¹, y la *Vuelta* con otro final después del final del poema, el movimiento de Lamborghini en “Los dos sabios” es quitar lo que –considera– sobra, en lugar de agregar lo que presuntamente faltaría desde otra perspectiva; si hay un sentido, no está en el final. Apoyándose en la respuesta de Fierro a la pregunta sobre el tiempo (“No tuvo nunca principio / Ni jamás acabará– / Porque el tiempo es una rueda, / Y rueda es eternidad”), Lamborghini la lleva a sus últimas consecuencias: no permite que la confrontación llegue a su desenlace, que haya un vencedor y un derrotado; que de eso se derive una jerarquía previa que separa –tal como colige mal, en su dolor, el Moreno– cantores de media talla de cantores de talla entera así definidos desde el vamos y antes de cantar, y deja a los dos sabios felizmente ignorantes payando eternamente, en la rueda del canto y de la fiesta compartida de las palabras.⁴²

⁴¹ Por caso: “En 1849, fue a Buenos Aires con una tropa del establecimiento de Francisco Xavier Acevedo; los troperos entraron en la ciudad para vaciar el cinto; Cruz, receloso, no salió de una fonda en el vecindario de los corrales. Pasó ahí muchos días, taciturno, durmiendo en la tierra, mateando, levantándose al alba y recogiendo a la oración. Comprendió (más allá de las palabras y aun del entendimiento) que nada tenía que ver con él la ciudad. Uno de los peones, borracho, se burló de él. Cruz no le replicó, pero en las noches del regreso, junto al fogón, el otro menudeaba las burlas, y entonces Cruz (que antes no había demostrado rencor, ni siquiera disgusto) lo tendió de una puñalada.” Estamos ante un doble biografema (unidad crítica que Barthes, biógrafo asistemático, hace funcionar en *Sade, Fourier, Loyola*): en la ampliada vida ficcional de Cruz, la incidencia de una actitud que emblematiza el complejo fascinación/temor de un bárbaro o simplemente de un otro frente a la ciudad, tal como Borges pudo concebirlo en “Historia de jinetes” (*Evaristo Carriego*) y en “La otra muerte” e “Historia del guerrero y de la cautiva” (*El Aleph*); en la biografía imaginaria de Borges, la encrucijada que podría ligar genealógicamente al escritor, por el hipotético antepasado suyo vía materna, apellidado Acevedo, con una hechura de Hernández. Fatalmente, la imaginación incurre en clasismo: Tadeo Isidoro Cruz es tropero; el antepasado ficticio de Borges, dueño del establecimiento rural. Roland Barthes. *Sade, Fourier, Loyola*. París, du Seuil, 1971. También Fierro, en el poema-dedicatoria de un ejemplar de *El gaucho Martín Fierro*, fechado el 22 de diciembre de 1873, menciona dos veces a Hernández como “mi patrón.” “A Ana, remitiéndole un libro”, en este mismo volumen de las *Obras completas*, págs. 502-506.

⁴² “–la rueda, el tiempo, lo que está por, / voy a decir: el tiempo es rueda que rueda y la rueda / es tardanza de lo que está por no / venir, lo que no viene en el tiempo: la eternidad, lo que / nunca, lo que viene es / la rueda, lo que en la tardanza de la rueda / no viene, voy a decir: lo que nunca, lo que no viene y está por / no venir en la rueda: eternidad”.

De manera que si el Moreno de Hernández pierde no es por la falta de las letras (ni por la falta de letra), sino porque olvidó, en el instante crucial, todo aquello que (según había dicho/cantado) no lo asombraba desde que aprendió a *inorar*, y entonces su asombro se hace pasmo, enmudeciéndolo ante la pregunta por los meses con erre. Y ese olvido se lo ha infligido, desde afuera, Hernández. Si se acopia el capital léxico y frástico del Moreno y se sistematiza su idiolecto a partir de los datos que proporciona el canto 30; si se infieren los saberes que sobre las tareas rurales, con base ganadera, debía tener todo peón de estancia (como el personaje declara ser); si se revisan esos conocimientos tales como los organiza Hernández en su *Instrucción del estanciero* y se recuerda que hay un flujo de información empírica y técnica que va del autor a la obra y a los personajes,⁴³ de todo ello se concluye que el Moreno dispone de la caja de herramientas necesaria para articular la mejor respuesta, que a la vez devuelva la pregunta, cuestionada, al cantor taimado que la formuló. Si apareciera, algún día, un cuaderno manuscrito que complementara los seis conservados (sobre cuya base Carlos A. Leumann realizó la edición crítica de la *Vuelta* en 1945, y en los que no hay nada anotado después del canto 28), ¿podríamos leer un borrador de la digna respuesta del Moreno a la trampa de los meses con erre, y sobre ese borrador las tachaduras de Hernández, que habría optado finalmente por la rendición del desafiante? Lo dudo mucho, porque la suerte del Moreno ya estaba echada en el plan autoral. Pero quién sabe: siguiendo la práctica experimental de Martínez Estrada, su forma de intervenir en el texto como ejercicio del método crítico, puedo decir que “De esta prueba (que debe intentarse)” –y por cierto que la he intentado–, resulta que el Moreno sale invicto de la trampa letrada.

LAMBORGHINI, L., “Los dos sabios”, xxxiii, *Las reescrituras*, Buenos Aires, del Dock, 1996. Publicado primeramente como “el Sabio Blanco y el Sabio Negro / el Sabio Negro y el Sabio Blanco”, *El riseñor*, Buenos Aires, Marano-Barramendi, 1975.

⁴³ Por momentos, el lector de la *Instrucción* (1884) siente como si algunas recomendaciones prosificaran versos del *Martín Fierro* (1872-1879). O, al revés, como si algunos fragmentos del *Martín Fierro* se hubieran construido a partir de decires habituales sobre las tareas del campo, recogidos también en la *Instrucción*. Así, en la cuarta parte de esta obra, subtítulo “Modo de separar al corte”, se lee: “No debe olvidarse que cuando la hacienda cambia de querencia la parición se retarda siempre un poco” (pág. 157 de la ed. facsimilar; vol. 7 de estas *Obras completas*); ¿cómo no recordar el consejo oportunista y conservador de Vizcacha al hijo segundo: “Vaca que cambia querencia, / Se atrasa en la parición”? El octosílabo necesitaba obviar el *siempre*, por otra parte supuesto en la síntesis del presente absoluto del refrán; por lo mismo, la precisión sobre que el parto se retrase “un poco” o mucho no corresponde a la concisión propia de lo sentencioso.

Cuestionando la pregunta y respondiéndola con lo que sabe y con lo que ignora, el Moreno no necesitaría, como en el suplemento de Borges en “El Sur”, matar al hombre que debe matar (*kill his man*) para cumplir su destino y ser el otro. Podría serlo a la manera del sabio ignorante que ha aprendido arduamente a *inorar*, que no se asombra de ningún saber, que transforma su carencia en estímulo e imaginación, su imaginación en respuesta altanera, su respuesta en diálogo fecundo en la rueda eterna del contrapunto. Invicto, decíamos: no solo frente a quien lo fustiga por su diferencia, por el color de su piel, por su presunta minoridad; también libre de los usos y apropiaciones estatales, en la historia de las lecturas del poema;⁴⁴ y, lo que no es poca cosa, libre también de su autoconmiseración.

Al exhibir la letra como carta de triunfo, Fierro vuelve con una nueva versión de la ley diferencial que lo había privado de justicia, arrancándolo del hogar y los suyos, quitándole lo poco que tenía, condenándolo a defender, por nada, un orden injusto; obligándolo a desertar, desgraciarse y delinquir –aunque haya habido, en su forma de delinquir, una reproducción de las condiciones sociales y de la ley diferencial contra otros que juzgaba inferiores–. Ahora, la diferencia lo pone a él arriba y abajo al Moreno, a quien expulsa del nuevo orden social. Nadie le retribuirá los servicios que está dispuesto a brindar a ese sistema al que quiere integrarse. Leída desde la *Ida*, la *redota* del Moreno es la de Fierro mismo.

Retomando la pedagogía y la filosofía de Joseph Jacotot, hijo de la Revolución Francesa, Rancière formula esta síntesis:

La sinrazón social encuentra su máxima expresión concentrada en lo que podríamos llamar la paradoja de los *inferiores superiores*: todos están sometidos a quien se representa como inferior, sometidos a la ley de la masa por la pretensión misma de distinguirse de ella.⁴⁵

⁴⁴ Apropiaciones que han obrado sobre la historia literaria y la cultura popular y que se han mantenido siempre alertas. El corresponsal de *La Prensa* de Buenos Aires en Pergamino, que cubrió la payada Ezeiza-Vázquez de 1884 (no firmaba sus notas pero se supone que era Joaquín V. González) escribió: “Dadas la atención y el interés extraordinarios que el pueblo presta a los payadores, podrían realizar una misión importantísima en el sentido de la educación popular, y un gobierno perspicaz y prudente podría utilizarlos haciéndoles cantar romances históricos, leyendas patrióticas [...]”. *La Prensa*. Buenos Aires, 17 de octubre de 1894, cit. en Di Santo, *ibídem*, pág. 218. La itálica es mía.

⁴⁵ RANCIÈRE, J., *El maestro ignorante. Cinco lecciones sobre la emancipación intelectual*. Traducción de Claudia E. Fagaburu. Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2007, pág. 113.

Propongo al Moreno como héroe antiheroico de la payada y del poema: el que toma la posta del gaucho matrero de la *Ida* y la lleva adelante sin entregarse, sin permitir que, con él, “Naidés juegue a la pelota”. En esa parte independiente y separable de la obra (como quería el autor de *Muerte y transfiguración*) estaría su centro móvil y siempre descentrable. Y su gran protagonista.



Características de la edición de *El Gaucho Martín Fierro* y *La Vuelta de Martín Fierro*

Se tomó como base el texto establecido en la edición crítico-genética de Élide Lois (*Martín Fierro*, Élide Lois y Ángel Núñez –coordinadores–, París-Madrid, Colección Archivos, UNESCO-CNRS, 2001) que partió de la 12ª edición –última revisada por el autor– para *El gaucho Martín Fierro* (San Martín, Provincia de Buenos Aires, Escuela de Artes y Oficios, 1883), y de la 1ª edición para *La vuelta de Martín Fierro* (Buenos Aires, Depósito Central; Librería del Plata, Imprenta de Pablo E. Coni, 1879) porque en las reediciones que supervisó Hernández no se registran variantes.¹

La 12ª de *El gaucho* incluyó un peritexto demasiado amplio, del cual hemos seleccionado solo los dos primeros apartados para prologar esta edición: la “Carta a Don José Zoilo Miguens” y la “Advertencia Editorial”. El resto del material se publica al final del volumen. La 1ª edición de *La vuelta* se inicia con un prólogo de Hernández titulado “Cuatro palabras de conversación con los lectores” que se reproduce completo.

Al igual que la edición de Lois respetamos las mayúsculas iniciales, y modernizamos las normas de tildación y las grafías desprovistas de connotaciones. Sin embargo, no reproducimos exactamente ese establecimiento textual porque modernizamos la puntuación (fundamentalmente las comas que “reñidas con la ortodoxia normativa”² dificultan la comprensión del poema), normalizamos los modos de marcar el discurso referido (usamos simplemente comillas de apertura y de cierre –“...”–), completamos la ausencia de signos de interrogación y de expresión enfática (en general intercalando los de apertura, que Hernández usa de manera irregular), en tanto que los puntos suspensivos son reducidos a tres en todos los casos y los guiones de final de verso son suprimidos.

¹ Se recomienda la lectura del “Estudio filológico preliminar” de Élide Lois (*Martín Fierro*, Élide Lois y Ángel Núñez –coordinadores–, París-Madrid, Colección Archivos, UNESCO-CNRS, 2001, págs. xxxiii–cvi).

² Ver p. cii del “Estudio filológico preliminar” citado.

Como en la edición de Archivos, “la tildación respeta rigurosamente la fonética del sociolecto”,³ se corrigen dos erratas advertidas por Lois (GMF v. 2123 “Y blanqueando solamente” > “Y blanquiando solamente”; GMF v. 1795 “Me hacía dir a gran distancia” > “Me hacia dir a gran distancia”) y se repara un caso en el que faltó marcar el acento (GMF v. 1808 “Le cacaree a mi gallina” > “Le cacáree a mi gallina”).

También se propone, por sugerencia de la misma investigadora, un cambio en el establecimiento del cierre del texto (GMF v. 2313 “Y que me despido yo” > “Y aquí me despido yo”) por tratarse, muy probablemente, de una errata tipográfica.

En la 1ª edición de *El gaucho*, Hernández incluyó un ensayo titulado “El camino trasandino” que no volvió a reaparecer jamás, y en la 12ª ed. incorporó un extenso peritexto que reúne muchos de los juicios críticos que recibió su poema y las notas de sus editores. Todo este material puede encontrarse en el apartado “Miscelánea” de este volumen.

³ *Ibidem*, pág. ciii.

LA IDA



Carta a don José Zoilo Miguens

Sr. D. José Zoilo Miguens.

Querido amigo:

Al fin me he decidido a que mi pobre *Martín Fierro*, que me ha ayudado algunos momentos a alejar al fastidio de la vida del hotel, salga a conocer el mundo, y allá va acogido al amparo de su nombre.

No le niegue su protección, Usted que conoce bien todos los abusos y todas las desgracias de que es víctima esa clase desheredada de nuestro país. Es un pobre gaucho, con todas las imperfecciones de forma que el arte tiene todavía entre ellos, y con toda la falta de enlace en sus ideas, en las que no existe siempre una sucesión lógica, descubriéndose frecuentemente entre ellas apenas una relación oculta y remota. Me he esforzado, sin presumir haberlo conseguido, en presentar un tipo que personificara el carácter de nuestros gauchos, concentrando el modo de ser, de sentir, de pensar y de expresarse, que les es peculiar, dotándolo con todos los juegos de su imaginación llena de imágenes y de colorido, con todos los arranques de su altivez, inmoderados hasta el crimen, y con todos los impulsos y arrebatos, hijos de una naturaleza que la educación no ha pulido y suavizado.

Cuantos conozcan con propiedad el original podrán juzgar si hay o no semejanza en la copia.

Quizá la empresa habría sido para mí más fácil, y de mejor éxito, si sólo me hubiera propuesto hacer reír a costa de su ignorancia, como se halla autorizado por el uso en este género de composiciones; pero mi objeto ha sido dibujar a grandes rasgos, aunque fielmente, sus costumbres, sus trabajos, sus hábitos de vida, su índole, sus vicios y sus virtudes; ese conjunto que constituye el cuadro de su fisonomía moral, y los accidentes de su existencia llena de peligros, de inquietudes, de inseguridad, de aventuras y de agitaciones constantes.

Y he deseado todo esto, empeñándome en imitar ese estilo abundante en metáforas, que el gaucho usa sin conocer y sin valorar, y su empleo constante de comparaciones tan extrañas como frecuentes; en copiar sus reflexiones con el sello de la originalidad que las distingue y el tinte sombrío de que jamás carecen, revelándose en ellas esa especie

de filosofía propia que, sin estudiar, aprende en la misma naturaleza, en respetar la superstición y sus preocupaciones, nacidas y fomentadas por su misma ignorancia; en dibujar el orden de sus impresiones y de sus afectos, que él encubre y disimula estudiosamente, sus desencantos, producidos por su misma condición social, y esa indolencia que le es habitual, hasta llegar a constituir una de las condiciones de su espíritu; en retratar, en fin, lo más fielmente que me fuera posible, con todas sus especialidades propias, ese tipo original de nuestras pampas, tan poco conocido por lo mismo que es difícil estudiarlo, tan erróneamente juzgado muchas veces, y que, al paso que avanzan las conquistas de la civilización, va perdiéndose casi por completo.

Sin duda que todo esto ha sido demasiado desear para tan pocas páginas, pero no se me puede hacer un cargo por el deseo sino por no haberlo conseguido.

Una palabra más, destinada a disculpar sus defectos. Páseles Usted por alto, porque quizá no lo sean todos los que, a primera vista, puedan parecerlo, pues no pocos se encuentran allí como copia o imitación de los que lo son realmente. Por lo demás, espero, mi amigo, que Usted lo juzgará con benignidad, siquiera sea porque *Martín Fierro* no va de la ciudad a referir a sus compañeros lo que ha visto y admirado en un 25 de Mayo u otra función semejante, referencias algunas de las cuales, como en *Fausto* y varias otras, son de mucho mérito ciertamente, sino que cuenta sus trabajos, sus desgracias, los azares de su vida de gaucho, y Usted no desconoce que el asunto es más difícil de lo que muchos se lo imaginarán.

Y con lo dicho basta para preámbulo, pues ni *Martín Fierro* exige más, ni Usted gusta mucho de ellos, ni son de la predilección del público, ni se avienen con el carácter de

Su verdadero amigo-

JOSÉ HERNÁNDEZ
Buenos Aires, diciembre de 1872



Advertencia editorial

Al ofrecer al público, esta vez, la duodécima edición de la «Ida y Vuelta de *Martín Fierro*», creemos de estricta justicia consagrar algunas palabras al más extraordinario triunfo de publicidad que registran nuestros anales bibliográficos.

La presente edición de *diez mil* ejemplares, viene a integrar la asombrosa cifra de CINCUENTA Y OCHO MIL: hecho sin precedente en estos países americanos, y muy raro también en los Estados Europeos de origen latino.

Aquí, en Buenos Aires, la ciudad de más movimiento intelectual del Nuevo Mundo, no conocemos resultado semejante, ni aun tratándose de aquellas obras políticas, literarias o económicas, que lograron alcanzar gran boga.

La vasta circulación de *Martín Fierro*, ha sido un verdadero acontecimiento para el comerciante de libros, para el crítico moralista y sobre todo para esa clase social más directamente interesada en la obra de nuestro popular poeta.

Millares tras millares ha colocado sin dificultad el Editor de cada Edición, en medio de la sorpresa que experimentaba, al recibir, hasta por telégrafo, pedidos que le hacían de diversos puntos de la campaña.

La crítica nacional y extranjera se ha ocupado extensamente del análisis de esta producción rigurosamente americana, apreciándola en altos conceptos como uno de los trabajos que más honor hacen a la literatura de este Continente.

Pero, en la campaña del Río de la Plata, es donde ha hallado *Martín Fierro* su más entusiasta acogida.

Desde el más humilde, hasta el más encumbrado de sus habitantes, lo saludaron y recibieron como al redentor que asoma después de largo tiempo de sufrimientos.

En efecto, cualquier observador dotado siquiera de sentido común advierte que el Sr. Hernández, sirviéndose de una forma literaria, al parecer trivial, hace, en *Martín Fierro*, la historia de los infortunios de nuestro gaucho, penetrando con pensamiento de filósofo hasta en lo más íntimo de la azarosa vida de una clase que, bajo la dominación

colonial, como bajo la dominación republicana, solo ha vivido víctima obligada de todo género de abominaciones.

De ahí la inmensa popularidad de que goza en las comarcas rurales el libro del señor Hernández, porque no es como las obras de Ascasubi o de Del Campo, simples obras de entretenimiento, sino el estudio social más completo, más exacto y más bien intencionado que se ha llevado a cabo entre nosotros.

Hasta qué punto habrá influido la aparición de *Martín Fierro* en el mejoramiento de aquella clase, sería interesante saberlo.

Desde el centro semi-civilizado de la población rural, pasando por el rancho, hasta los confines pampeanos donde se encuentra el fortín, en todos los medios en que se encuentra nuestro asendereado *gaucho*, se ha de sentir, estamos seguros, la más o menos influencia de esa aplaudida producción.

Y esto se comprende sin esfuerzo.

Cuarenta mil ejemplares desparramados por todos los ámbitos de la campaña, han constituido la lectura favorita del hogar, de la pulpería, del soldado y de todos los que tenían a la mano un ejemplar de *Martín Fierro*.

Más aún: en algunos lugares de reunión se creó el tipo del *lector*, en torno del cual se congregaban gentes de ambos sexos, para escuchar con oído atento esa genuina relación de la vida gauchesca.

Por todo esto, creemos, pues, en el éxito constante y fecundo de las sucesivas ediciones de *Martín Fierro*, porque apartándose completamente de la tradición literaria que dejaron Ascasubi y Del Campo, siguió solo nociones propias, vías más rectas e inspiraciones que tenían su base en el sentimiento popular. La musa de *Martín Fierro* no ha sido vengadora, ni se ha preocupado solamente del prestigio urbano, a costa de la simplicidad de nuestros compatriotas de chiripá y bola de potro.

* * *

Careciendo de espacio suficiente para recapitular hoy cuanto se ha dicho acerca de la presente obra y del autor, debemos limitarnos a hacer una breve mención de los juicios emitidos últimamente, felicitándonos, en nuestra condición de Editores, de poder inscribir en estas

páginas preliminares nombres que son un timbre de la inteligencia argentina.

El señor don José Manuel Estrada, en un brillante estudio que hace del pueblo argentino, bajo el título de “Defectos de la vida social” en las páginas de la *Revista Argentina*, dedica al Sr. Hernández las líneas que vamos a copiar; sin embargo de que diferimos respecto al cargo, comparativamente de incorrecto, que formula contra nuestro poeta.

Dice así aquel distinguido escritor:

“No es de maravillarse. Ni el Hidalgo, ni Ascasubi, ni mucho menos Del Campo, han llegado, entre nuestros poetas populares y gauchescos, a la altura filosófica en que toca el versificador más incorrecto de todos, D. José Hernández. *Martín Fierro* es el tipo culminante del gaucho, es decir, el producto más completo de una sociabilidad injusta, operando sobre una naturaleza ingénitamente poderosa y activa. Pero precisamente por ser extraordinario como la poesía lo requiere, no puede guiarnos en los estudios sociales sino subjetiva y elementalmente”.

Sin pretender iniciar disputa alguna sobre las razones que tenga el Sr. Estrada para encontrar solo gran *altura filosófica* y poca *corrección* (literariamente hablando) en la obra de que nos venimos ocupando, séanos permitido recordarle que la obra del Sr. Hernández es la pintura al natural de cierta comunión social, no bien estudiada todavía, que vive, siente y se expresa en un lenguaje peculiar, en el cual no deben prevalecer ciertamente las reglas gramaticales, sino el pensamiento que la anima. En nuestra humilde opinión, mucho perdería en este caso la personalidad del *gaucho*, si las filosóficas inspiraciones del autor de *Martín Fierro* hubieran tenido que ajustarse a los preceptos de Bello, Salvá y de la Academia. No; el estilo original que campea en esa obra es el que se ha debido emplear, para que así pueda revelarse toda entera, *intus et in ente*, la gráfica figura del gaucho cisplatino.

El Dr. D. Nicolás Avellaneda, acreditando siempre sus inclinaciones y sus altas dotes literarias, encontró también oportunidad de manifestar las impresiones que dejara en su espíritu *Martín Fierro*, y en una carta literaria que vio la luz pública, dice así a su interlocutor:

“Siga escribiendo, soltando con espontaneidad su vena, matizando la observación propia, ingenuamente reproducida con *recuerdos* comunes a todos, y no tendrá pronto en cuanto a la difusión de su palabra escrita, sino un rival, tal vez invencible: *Martín Fierro*.”

En lo que toca a este, es casi imposible alcanzarle. Uno de mis clientes, almacenero por mayor, me mostraba ayer en sus libros los encargos de los pulperos de la campaña: “-12 gruesas de fósforos – Una barrica de cerveza – 12 *Vueltas de Martín Fierro* – 100 cajas de sardinas”.

Pero nada se hace sin trabajo, y se lo digo por vía de ejemplo, *aunque* se trate de los escritos más espontáneos y populares.

La *difícil facilidad* de que todos hablan debe encerrar una verdad constante y general, cuando tanto se ha vulgarizado, a pesar de ser esta frase extraída de un arte poético y de pertenecer a Boileau. Más de un renombre de cabildo quedaría sorprendido si se dijera que hay a veces mayor estudio en una página de *Martín Fierro*, que en uno de sus alegatos forenses.

¿Qué ha estudiado Martín Fierro? Antes de conocer sus hábitos literarios y de revisar su biblioteca, ya lo sospechaba, y lo he confirmado después por su propia confesión y por la inspección de sus libros. Ha estudiado, como Cervantes, los *proverbios* de todos los pueblos y de todos los idiomas, de todas las civilizaciones, es decir, la voz misma de la sabiduría, como los llamaba Salomón. Ha recogido la médula del cerebro humano.

¿Cómo dejarían de ser populares, cómo dejarían de circular como la luz y el aire, las sentencias o los *dichos* que no son sino gauchescos en sus formas, pero que pertenecen al habla de todos los hombres, después de miles de años?

He ahí explicado el secreto de la popularidad de *Martín Fierro*; he ahí por qué hoy sus dos libros han recorrido por la América que habla nuestro idioma, de tal manera, que lo habrían enriquecido si hubiera podido preverse este caso único, estipulando la reciprocidad de la propiedad literaria que hoy no existe.

No puedo ponerme al *habla* con mi amigo el doctor Larsen, que se ha ausentado a otras regiones, estudiando el árabe; pero apenas sea posible comunicar con él, he de pedirle que estudie los diálogos de Martín Fierro y que, despojando los *dichos* de sus expresiones locales, los restituya a sus verdaderos autores, es decir, al Corán, al antiguo Testamento, al Evangelio, a Confucius o a Epicteto. Estos dos últimos son, sobre todo, los autores predilectos de Martín Fierro, y sus *dicharachos* gauchos no vienen a ser en el fondo, sino *proverbios* chinos o griegos.

Así, se ha descubierto últimamente, por la comprobación de los estudios filológicos, que la fábula de La Fontaine no es de Fedro o de Esopo,

es decir, ni latina o griega, sino que fue contada, ahora miles y miles de años, a las primeras generaciones índicas que crecían al pie del Himalaya.

Tiene Vd., como nuestro amigo Hernández, este don supremo de recoger lo que es popular, depurándolo y trasmitiéndolo bajo nuevas formas, para que lo sea aún más. Sabe Vd., como él, sermones, cuentos, máximas, proverbios y solo le falta entregarse naturalmente a la corriente, para sobrenadar sobre la onda”.

Muchas y muchas otras transcripciones, altamente favorables, podríamos seguir haciendo; pero basta a nuestro propósito las anteriores, agradeciendo en la parte que nos corresponde, el aliento que nos comunican los que juzgan digna de todos los afanes esta obra que entregamos hoy al público, y que esperamos ha de continuar recorriendo el itinerario que comienza en nuestra bulliciosa Metrópoli y termina allá en el espacio de las gramíneas, de los arroyos, del caballo y del *gaucho*, señor de la región.

LOS EDITORES



EL GAUCHO MARTÍN FIERRO

I

1 Aquí me pongo a cantar
 Al compás de la vigüela,
 Que el hombre que lo desvela
 Una pena extraordinaria,
5 Como la ave solitaria
 Con el cantar se consuela.

 Pido a los Santos del Cielo
 Que ayuden mi pensamiento,
 Les pido en este momento
10 Que voy a cantar mi historia
 Me refresquen la memoria,
 Y aclaren mi entendimiento.

 Vengan Santos milagrosos,
 Vengan todos en mi ayuda,
15 Que la lengua se me añuda
 Y se me turba la vista;
 Pido a mi Dios que me asista
 En una ocasión tan ruda.

 Yo he visto muchos cantores,
20 Con famas bien otenidas,
 Y que después de alquiridas
 No las quieren sustentar:
 Parece que sin largar
 Se cansaron en partidas.

25 Mas ande otro criollo pasa
 Martín Fierro ha de pasar,

Nada lo hace recular
Ni las fantasmas lo espantan;
Y dende que todos cantan
30 Yo también quiero cantar.

Cantando me he de morir,
Cantando me han de enterrar,
Y cantando he de llegar
Al pie del Eterno Padre
35 Dende el vientre de mi madre
Vine a este mundo a cantar.

Que no se trabe mi lengua
Ni me falte la palabra
El cantar mi gloria labra
40 Y poniéndome a cantar,
Cantando me han de encontrar
Aunque la tierra se abra.

Me siento en el plan de un bajo
A cantar un argumento
45 Como si soplara el viento
Hago tiritar los pastos
Con oros, copas, y bastos
Juega allí mi pensamiento.

Yo no soy cantor letrao,
50 Mas si me pongo a cantar
No tengo cuándo acabar
Y me envejezco cantando;
Las coplas me van brotando
Como agua de manantial

55 Con la guitarra en la mano
Ni las moscas se me arriman,
Naides me pone el pie encima,

Y cuando el pecho se entona,
Hago gemir a la prima
60 Y llorar a la bordona.

Yo soy toro en mi rodeo
Y torazo en ródeo ajeno,
Siempre me tuve por güeno
Y si me quieren probar
65 Salgan otros a cantar
Y veremos quién es menos.

No me hago al lao de la güella
Aunque vengan degollando,
Con los blandos yo soy blando
70 Y soy duro con los duros
Y ninguno, en un apuro
Me ha visto andar titubiando.

En el peligro ¡qué Cristos!
El corazón se me enancha
75 Pues toda la tierra es cancha,
Y de esto naides se asombre
El que se tiene por hombre
Ande quiera hace pata ancha.

Soy gaucho, y entiendaló
80 Como mi lengua lo esplica,
Para mí la tierra es chica
Y pudiera ser mayor,
Ni la víbora me pica
Ni quema mi frente el Sol.

85 Nací como nace el peje
En el fondo de la mar,
Naides me puede quitar
Aquello que Dios me dio
Lo que al mundo truje yo
90 Del mundo lo he de llevar.

Mi gloria es vivir tan libre
Como el pájaro del Cielo,
No hago nido en este suelo
Ande hay tanto que sufrir;
95 Y naides me ha de seguir
Cuando yo remonto el vuelo.

Yo no tengo en el amor
Quien me venga con querellas
Como esas aves tan bellas
100 Que saltan de rama en rama
Yo hago en el trébol mi cama,
Y me cubren las estrellas.

Y sepan cuantos escuchan
De mis penas el relato
105 Que nunca péleo ni mato
Sino por necesidá;
Y que a tanta alversidá
Solo me arrojó el mal trato.

Y atiendan la relación
110 Que hace un gaucho perseguido
Que fue buen padre y marido
Empeñoso y diligente,
Y sin embargo la gente
Lo tiene por un bandido.

II

115 Ninguno me hable de penas
Porque yo penando vivo
Y naides se muestre altivo
Aunque en el estribo esté,
Que suele quedarse a pie
120 El gaucho más alvertido.

Junta esperencia en la vida
Hasta pa dar y prestar
Quien la tiene que pasar
Entre sufrimiento y llanto;
125 Porque nada enseña tanto
Como el sufrir y el llorar.

Viene el hombre ciego al mundo
Cuartiándolo la esperanza,
Y a poco andar ya lo alcanzan
130 Las desgracias a empujones;
¡Jue pucha! ¡que trae liciones
El tiempo con sus mudanzas!

Yo he conocido esta tierra
En que el paisano vivía,
135 Y su ranchito tenía
Y sus hijos y mujer...
Era una delicia el ver
Cómo pasaba los días.

Entonces... cuando el lucero
140 Brillaba en el cielo santo
Y los gallos con su canto
La madrugada anunciaban,
A la cocina rumbiaba
El gaucho... que era un encanto.

145 Y sentao junto a jogón
A esperar que venga el día,
Al cimarrón le prendía
Hasta ponerse rechoncho,
Mientras su china dormía
150 Tapadita con su poncho.

Y apenas el horizonte
Empezaba a coloriar,
Los pájaros a cantar,

Y las gallinas a apiarse,
155 Era cosa de largarse
Cada cual a trabajar.

Este se ata las espuelas,
Se sale el otro cantando,
Uno busca un pellón blando,
160 Este un lazo, otro un rebenque,
Y los pingos relinchando
Los llaman dende el palenque.

El que era pion domador
Enderezaba al corral
165 Ande estaba el animal
Bufidos que se las pela...
Y más malo que su agüela
Se hacia astillas el bagual.

Y allí el gaucho inteligente
170 En cuanto al potro enriedó,
Los cueros le acomodó
Y se le sentó en seguida,
Que el hombre muestra en la vida
La astucia que Dios le dio

175 Y en las playas corcoviando
Pedazos se hacia el sotreta
Mientras él por las paletas
Le jugaba las lloronas,
Y al ruido de las caronas
180 ¡Salía haciéndose gambetas!

¡Ah! ¡tiempos!... era un orgullo
Ver jinetiar un paisano
Cuando era gaucho baquiano
Aunque el potro se boliase
185 No habia uno que no parase
Con el cabresto en la mano.

Y mientras domaban unos,
Otros al campo salían,
Y la hacienda recogían,
190 Las manadas repuntaban,
Y así sin sentir pasaban
Entretenidos el día.

Y verlos al cair la noche
En la cocina riunidos
195 Con el juego bien prendido
Y mil cosas que contar,
Platicar muy divertidos
Hasta después de cenar.

Y con el buche bien lleno
200 Era cosa superior
Irse en brazos del amor
A dormir como la gente,
Pa empezar el dia siguiente
Las fainas del dia anterior.

205 ¡Ricuerdo!... ¡¡qué maravilla!!
Cómo andaba la gauchada,
Siempre alegre y bien montada
Y dispuesta pa el trabajo...
Pero al presente... ¡barajo!
210 No se le ve de aporriada.

El gaucho más infeliz
Tenia tropilla de un pelo,
No le faltaba consuelo
Y andaba la gente lista...
215 Tendiendo al campo la vista,
Solo vía hacienda y cielo.

Cuando llegaban las yerras,
¡Cosa que daba calor!

Tanto gaucho pialador
220 Y tironiador sin yel
¡Ah! ¡tiempos!... pero si en él
Se ha visto tanto primor.

Aquello no era trabajo
Más bien era una junción
225 Y después de un güen tirón
En que uno se daba maña,
Pa darle un trago de caña
Solía llamarlo el patrón.

Pues vivía la mamajuana
230 Siempre bajo la carreta,
Y aquel que no era chancleta
En cuanto el gollete vía,
Sin miedo se le prendía
Como güérfano a la teta.

235 ¡Y qué jugadas se armaban
Cuando estábamos riunidos!
Siempre íbamos prevenidos
Pues en tales ocasiones
A ayudarles a los piones
240 Caiban muchos comedidos.

Eran los dias del apuro
Y alboroto pa el hembraje,
Pa preparar los potajes
Y osequiar bien a la gente,
245 Y así, pues, muy grandemente,
Pasaba siempre el gauchaje.

Venia la carne con cuero,
La sabrosa carbonada,
Mazamorra bien pisada
250 Los pasteles y el güen vino...

Pero ha querido el destino
Que todo aquello acabara.

Estaba el gaucho en su pago
Con toda seguridad;
255 Pero aura... ¡barbaridá!
La cosa anda tan fruncida
Que gasta el pobre la vida
En juir de la autoridá.

Pues si usted pisa en su rancho
260 Y si el alcalde lo sabe
Lo caza lo mesmo que ave
Aunque su mujer aborte...
No hay tiempo que no se acabe
¡Ni tiento que no se corte!

265 Y al punto dese por muerto
Si el alcalde lo bolea,
Pues ahi nomás se le apea
Con una felpa de palos,
Y después dicen que es malo
270 El gaucho si los pelea.

Y el lomo le hinchan a golpes,
Y le rompen la cabeza,
Y luego con ligereza
Ansí lastimao y todo,
275 Lo amarran codo con codo
Y pa el cepo lo enderiezan.

Ahi comienzan sus desgracias,
Ahi principia el pericón;
Porque ya no hay salvación,
280 Y que usted quiera o no quiera,
Lo mandan a la frontera
O lo echan a un batallón.

Ansí empezaron mis males
Lo mesmo que los de tantos,
285 Si gustan... en otros cantos
Les diré lo que he sufrido
Después que uno está... perdido
No lo salvan ni los santos.

III

290 Tuve en mi pago en un tiempo
Hijos, hacienda y mujer,
Pero empecé a padecer,
Me echaron a la frontera,
¡Y qué iba a hallar al volver!
Tan solo hallé la tapera.

295 Sosegao vivia en mi rancho
Como el pájaro en su nido,
Allí mis hijos queridos
Iban creciendo a mi lao...
Solo queda al desgraciao
300 Lamentar el bien perdido.

Mi gala en las pulperías
Era en habiendo más gente
Ponerme medio caliente
Pues cuando puntiao me encuentro
305 Me salen coplas de adentro
Como agua de la virtiente.

Cantando estaba una vez
En una gran diversión,
Y aprovechó la ocasión
310 Como quiso el Juez de Paz...
Se presentó y ahí nomás
Hizo una arriada en montón.

- Juyeron los más matreros
Y lograron escapar:
- 315 Yo no quise disparar,
Soy manso y no habia porqué,
Muy tranquilo me quedé
Y así me dejé agarrar.
- Allí un gringo con un órgano
320 Y una mona que bailaba,
Haciéndonos rair estaba
Cuanto le tocó el arreo,
¡Tan grande el gringo y tan feo!
Lo viera cómo lloraba.
- 325 Hasta un inglés zanjador
Que decia en la última guerra
Que él era de Inca-la-perra
Y que no queria servir,
También tuvo que juir
330 Y guarecerse en la Sierra.
- Ni los mirones salvaron
De esa arriada de mi flor
Fue acollarao el cantor
Con el gringo de la mona
335 A uno solo, por favor,
Logró salvar la patrona.
- Formaron un contingente
Con los que del baile arriaron
Con otros nos mesturaron,
340 Que habian agarrao también
Las cosas que aquí se ven
Ni los diablos las pensaron.
- A mí el Juez me tomó entre ojos
En la última votación
345 Me le habia hecho el remolón

Y no me arrimé ese día,
Y él dijo que yo servía
A los de la esposición.

Y así sufrí ese castigo
350 Tal vez por culpas ajenas
Que seán malas o seán güeñas
Las listas, siempre me escondo
Yo soy un gaucho redondo
Y esas cosas no me enllenan.

355 Al mandarnos nos hicieron
Más promesas que a un altar
El Juez nos jue a plocamar
Y nos dijo muchas veces:
“Muchachos, a los seis meses
360 Los van a ir a revelar”.

Yo llevé un moro de número
¡Sobresaliente el matucho!
Con él gané en Ayacucho
Más plata que agua bendita
365 Siempre el gaucho necesita
Un pingo pa fiarle un pucho.

Y cargué sin dar más güeltas
Con las prendas que tenía,
Jergas, ponchos, cuanto había
370 En casa, tuito lo alcé
A mi china la dejé
Media desnuda ese día.

No me faltaba una guasca,
Esa ocasión eché el resto;
375 Bozal, maniador, cabresto,
Lazo, bolas y manea....
¡¡El que hoy tan pobre me vea
Tal vez no crea todo esto!!

Ansí en mi moro, escarciando,
380 Enderecé a la frontera;
Aparcero, si usted viera
Lo que se llama Cantón...
Ni envidia tengo al ratón
En aquella ratonera.

385 De los pobres que allí había
A ninguno lo largaron,
Los más viejos rezongaron,
Pero a uno que se quejó
En seguida lo estaquiaron,
390 Y la cosa se acabó.

En la lista de la tarde
El Jefe nos cantó el punto
Diciendo: “Quinientos juntos
“Llevará el que se resierte,
395 “Lo haremos pitar del juerte,
“Más bien dese por dijunto”.

A naides le dieron armas,
Pues toditas las que había
El Coronel las tenía,
400 Sigún dijo esa ocasión,
Pa repartirlas el día
En que hubiera una invasión.

Al principio nos dejaron
De haraganes criando sebo,
405 Pero después... no me atrevo
A decir lo que pasaba
Barajo... si nos trataban
Como se trata a malevos.

Porque todo era jugarle
410 Por los lomos con la espalda,
Y aunque usted no hiciera nada,

Lo mesmito que en Palermo,
Le daban cada cepiada
Que lo dejaban enfermo.

415 ¡Y qué indios, ni qué servicio!
No teníamos ni Cuartel
Nos mandaba el Coronel
A trabajar en sus chacras,
Y dejábamos las vacas
420 Que las llevara el infiel.

Yo primero sembré trigo
Y después hice un corral,
Corté adobe pa un tapial,
Hice un quincho, corté paja...
425 ¡La pucha que se trabaja
Sin que le larguen ni un rial!

Y es lo pior de aquel enriedo
Que si uno anda hinchando el lomo
Se le apean como plomo...
430 ¡Quién aguanta aquel infierno!
Si eso es servir al gobierno,
A mí no me gusta el cómo.

Más de un año nos tuvieron
En esos trabajos duros;
435 Y los indios, le asiguro
Dentraban cuando querían:
Como no los perseguían
Siempre andaban sin apuro.

A veces decia al volver
440 Del campo la descubierta
Que estuviéramos alerta,
Que andaba adentro la indiada
Porque habia una rastrillada
O estaba una yegua muerta.

445 Recién entonces salía
La orden de hacer la riunión,
Y cáibamos al cantón
En pelos y hasta enancaos,
Sin armas, cuatro pelaos
450 Que íbamos a hacer jabón.

Ahi empezaba el afán
Se entiende, de puro vicio,
De enseñarle el ejercicio
A tanto gaucho recluta,
455 Con un estrutor... ¡qué bruta!
Que nunca sabia su oficio.

Daban entonces las armas
Pa defender los cantones,
Que eran lanzas y latones
460 Con ataduras de tiento...
Las de juego no las cuento
Porque no habia municiones.

Y un sargento chamuscao
Me contó que las tenían
465 Pero que ellos las vendían
Para cazar avestruces;
Y así andaban noche y día
Dele bala a los ñanduces.

Y cuando se iban los indios
470 Con lo que habian manotiao,
Sáliamo muy apuraos
A perseguirlos de atrás;
Si no se llevaban más
Es porque no habian hallao.

475 Allí sí se ven desgracias
Y lágrimas y afliciones;
Naides le pida perdones

Al Indio pues donde dentra
Roba y mata cuanto encuentra
480 Y quema las poblaciones.

No salvan de su juror
Ni los pobres angelitos;
Viejos, mozos y chiquitos
Los mata del mismo modo
485 El indio lo arregla todo
Con la lanza y con los gritos.

Tiemblan las carnes al verlo
Volando al viento la cerda
La rienda en la mano izquierda
490 Y la lanza en la derecha
Ande enderieza abre brecha
Pues no hay lanzazo que pierda.

Hace trotiadas tremendas
Dende el fondo del desierto
495 Así llega medio muerto
De hambre, de sé y de fatiga;
Pero el indio es una hormiga
Que dia y noche está despierto.

Sabe manejar las bolas
500 Como naides las maneja,
Cuanto el contrario se aleja
Manda una bola perdida,
Y si lo alcanza, sin vida
Es siguro que lo deja.

505 Y el indio es como tortuga
De duro para espichar,
Si lo llega a destripar
Ni siquiera se le encoge;
Luego sus tripas recoge
510 Y se agacha a disparar.

Hacian el robo a su gusto
Y después se iban de arriba,
Se llevaban las cautivas,
Y nos contaban que a veces
515 Les descarnaban los pieses
A las pobrecitas vivas.

¡Ah! si partia el corazón
Ver tantos males, ¡canejo!
Los perseguíamos de lejos
520 Sin poder ni galopiar;
¡Y qué habíamos de alcanzar
En unos bichocos viejos!

Nos volvíamos al cantón
A las dos o tres jornadas,
525 Sembrando las caballadas;
Y pa que alguno la venda,
Rejuntábamos la hacienda
Que habian dejao rezagada.

Una vez entre otras muchas,
530 Tanto salir al botón,
Nos pegaron un malón
Los indios, y una lanciada,
Que la gente acobardada
Quedó dende esa ocasión.

535 Habian estao escondidos
Aguaitando atrás de un cerro...
¡Lo viera a su amigo Fierro
Aflojar como un blandito!
Salieron como maiz frito
540 En cuanto sonó un cencerro.

Al punto nos dispusimos
Aunque ellos eran bastantes,
La formamos al instante

Nuestra gente, que era poca,
545 Y golpiándose en la boca
Hicieron fila adelante.

Se vinieron en tropel
Haciendo temblar la tierra
No soy manco pa la guerra
550 Pero tuve mi jabón,
Pues iba en un redomón
Que habia boliao en la Sierra

¡Qué vocerio! ¡qué barullo!
¡Qué apurar esa carrera!
555 La Indiada todita entera
Dando alaridos cargó
¡Jue pucha!... y ya nos sacó
Como yeguada matrera.

Qué fletes traiban los bárbaros,
560 Como una luz de ligeros
Hicieron el entrevero
Y en aquella mezcolanza,
Este quiero, este no quiero,
Nos escogian con la lanza.

565 Al que le dan un chuzazo,
Difícultoso es que sane,
En fin, para no echar panes
Salimos por esas lomas,
Lo mesmo que las palomas
570 Al juir de los gavilanes.

¡¡Es de almirar la destreza
Con que la lanza manejan!!
De perseguir nunca dejan
Y nos traiban apretaos
575 Si quéramos de apuraos
¡Salirnos por las orejas!

Y pa mejor de la fiesta
En esa aflicción tan suma,
Vino un Indio echando espuma,
580 Y con la lanza en la mano
Gritando: “Acabau cristiano
Metau el lanza hasta el pluma”.

Tendido en el costillar,
Cimbrando por sobre el brazo
585 Una lanza como un lazo
Me atropelló dando gritos
Si me descuido... el maldito
Me levanta de un lanzazo.

Si me atribulo o me encojo,
590 Seguro que no me escapo:
Siempre he sido medio guapo,
Pero en aquella ocasión
Me hacia bulla el corazón
Como la garganta al sapo.

595 Dios le perdone al salvaje
Las ganas que me tenía...
Desaté las tres marías
Y lo engatusé a cabriolas...
Pucha... si no traigo bolas
600 Me achura el Indio ese día.

Era el hijo de un cacique,
Sigún yo lo avirigüé
La verdá del caso jue
Que me tuvo apuradazo
605 Hasta que al fin de un bolazo
Del caballo lo bajé.

Ahi nomás me tiré al suelo
Y lo pisé en las paletas
Empezó a hacer morisquetas

610 Y a mezquinar la garganta...
Pero yo hice la obra santa
De hacerlo estirar la jeta.

Allí quedó de mojón
Y en su caballo salté,
615 De la indiada disparé,
Pues si me alcanza me mata,
Y al fin me les escapé
Con el hilo de una pata.

IV

Seguiré esta relación
620 Aunque pa chorizo es largo:
El que pueda hágase cargo
Cómo andaria de matrero,
Después de salvar el cuero
De aquel trance tan amargo.

625 Del sueldo nada les cuento
Porque andaba disparando,
nosotros de cuando en cuando
Solíamos ladrar de pobres
Nunca llegaban los cobres
630 Que se estaban aguardando.

Y andábamos de mugrientos
Que el mirarnos daba horror;
Les juro que era un dolor
Ver esos hombres, ¡por Cristo!
635 En mi perra vida he visto
Una miseria mayor.

Yo no tenía ni camisa
Ni cosa que se parezca;
Mis trapos solo pa yesca

- 640 Me podian servir al fin...
No hay plaga como un fortín
Para que el hombre padezca.
- Ponchos, jergas, el apero,
Las prenditas, los botones,
645 Todo, amigo, en los cantones
Jue quedando poco a poco,
Ya nos tenian medio loco
La pobreza y los ratones.
- Solo una manta peluda
650 Era cuanto me quedaba-
La habia agenciao a la taba
Y ella me tapaba el bulto
Yaguané que allí ganaba
No salia... ni con indulto.
- 655 Y pa mejor hasta el moro
Se me jue de entre las manos
No soy lerdo... pero hermano,
Vino el Comendante un día
Diciendo que lo quería
660 “Pa enseñarle a comer grano”.
- Afigúrese cualquiera
La suerte de este su amigo,
A pie y mostrando el umbligo,
Estropiao, pobre y desnudo;
665 Ni por castigo se pudo
Hacerse más mal connmigo.
- Así pasaron los meses
Y vino el año siguiente.
Y las cosas igualmente
670 Siguieron del mesmo modo
Adrede parece todo
Pa atormentar a la gente.

No teníamos más permiso
Ni otro alivio la gauchada
675 Que salir de madrugada
Cuando no había indio ninguno
Campo ajuera a hacer boliadas
Deszocando los reyunos.

Y cáibamos al cantón
680 Con los fletes aplastaos
Pero a veces medio aviaos
Con plumas y algunos cueros
Que pronto con el pulpero
Los téniamos negociaos.

685 Era un amigo del Jefe
Que con un boliche estaba,
Yerba y tabaco nos daba
Por la pluma de avestruz,
Y hasta le hacía ver la luz
690 Al que un cuero le llevaba.

Solo tenía cuatro frascos
Y unas barricas vacías,
Y a la gente le vendía
Todo cuanto precisaba...
695 Algunos creiban que estaba
Allí la proveduría.

¡Ah!, pulpero habilidoso,
Nada le solía faltar
Ahijuna- y para tragar
700 Tenía un buche de ñandú,
La gente le dio en llamar
“El boliche de virtud”.

Aunque es justo que quien vende
Algún poquitito muerda,
705 Tiraba tanto la cuerda

Que, con sus cuatro limetas,
Él cargaba las carretas
De plumas, cueros y cerda.

710 Nos tenia apuntaos a todos
Con más cuentas que un rosario
Cuando se anunció un salario
Que iban a dar, o un socorro
Pero sabe Dios qué zorro
Se lo comió al Comisario.

715 Pues nunca lo vi llegar
Y al cabo de muchos días-
En la misma pulpería
Dieron una *buena cuenta*
Que la gente muy contenta
720 De tan pobre recibía.

Sacaron unos sus prendas
Que las tenían empeñadas
Por sus diudas atrasadas
Dieron otros el dinero,
725 Al fin de fiesta el pulpero
Se quedó con la mascada.

Yo me arrecosté a un horcón
Dando tiempo a que pagaran,
Y poniendo güena cara
730 Estuve haciéndome el pollo
A esperar que me llamaran
Para recibir mi bollo.

Pero ahí me pude quedar
Pegao pa siempre al horcón
735 Ya era casi la oración
Y ninguno me llamaba
La cosa se me ñublaba
Y me dentró comezón.

Pa sacarme el entripao
740 Vi al Mayor, y lo fi a hablar
Yo me le empecé a atracar,
Y como con poca gana
Le dije: “Tal vez mañana
Acabarán de pagar”.

745 “Qué mañana ni otro día”
Al punto me contestó,
“La paga ya se acabó,
Siempre has de ser animal”
Me rai y le dije: “Yo...
750 No he recibido ni un rial”.

Se le pusieron los ojos
Que se le querian salir,
Y ahi nomás volvió a decir
Comiéndome con la vista:
755 “-¿Y qué querés recibir
Si no has dentrao en la lista?”

“-Esto sí que es amolar”
Dije yo pa mis adentros,
“Van dos años que me encuentro
760 Y hasta aura he visto ni un grullo,
Dentro en todos los barullos
Pero en las listas no dentro”.

Vide el plaito mal parao
Y no quise aguardar más...
765 Es güeno vivir en paz
Con quien nos ha de mandar
Y reculando pa atrás
Me le empecé a retirar.

Supo todo el Comendante
770 Y me llamó al otro día,
Diciéndome que quería

Aviriguar bien las cosas
Que no era el tiempo de Rosas,
Que aura a naides se debía.

775 Llamó al cabo y al sargento
Y empezó la indagación,
Si había venido al cantón
En tal tiempo o en tal otro...
Y si había venido en potro,
780 En reyuno o redomón.

Y todo era alborotar
Al ñudo y hacer papel,
Conocí que era pastel
Pa engordar con mi guayaca,
785 Mas si voy al Coronel
Me hacen bramar en la estaca.

¡Ah! hijos de una... la codicia
Ojalá les ruempa el saco;
Ni un pedazo de tabaco
790 Le dan al pobre soldao
Y lo tienen de delgao
Más ligero que un guanaco.

Pero qué iba a hacerles yo,
Charabón en el desierto;
795 Más bien me daba por muerto
Pa no verme más fundido
Y me les hacia el dormido
Aunque soy medio despierto.

V

Yo andaba desesperao,
800 Guardando una ocasión
Que los Indios un malón

Nos dieran y entre el estrago
Hacérmeles cimarrón
Y volverme pa mi pago.

805 Aquello no era servicio
Ni defender la frontera
Aquello era ratonera
En que solo gana el juerte
Era jugar a la suerte
810 Con una taba culera.

Allí tuito va al revés:
Los milicos son los piones,
Y andan en las poblaciones
Emprestaos pa trabajar
815 Los rejuntan pa peliar
Cuando entran Indios ladrones.

Yo he visto en esa milonga
Muchos Jefes con estancia,
Y piones en abundancia,
820 Y majadas y rodeos;
He visto negocios feos
A pesar de mi inorancia.

Y colijo que no quieren
La barunda componer
825 Para eso no ha de tener,
El Jefe, que esté de estable,
Más que su poncho, y su sable,
Su caballo y su deber.

Ansina, pues, conociendo
830 Que aquel mal no tiene cura,
Que tal vez mi sepultura
Si me quedo iba a encontrar,
Pensé en mandarme mudar
Como cosa más sigura.

835 Y pa mejor, una noche
Qué estaquiada me pegaron,
Casi me descoyuntaron
Por motivo de una gresca
Ahijuna, si me estiraron
840 Lo mismo que guasca fresca.

Jamás me puedo olvidar
Lo que esa vez me pasó:
Dentrando una noche yo
Al fortín, un enganchao
845 Que estaba medio mamao
Allí me desconoció.

Era un gringo tan bozal
Que nada se le entendía
¡Quién sabe de ande sería!
850 Tal vez no juera cristiano,
Pues lo único que decía
Es que era *pa-po-litano*.

Estaba de centinela
Y por causa del peludo
855 Verme más claro no pudo
Y esa fue la culpa toda
El bruto se asustó al ñudo
Y fi el pavo de la boda.

Cuando me vido acercar:
860 “*Quién vívore...* preguntó
“*Qué víboras*” –dije yo-
“*Ha garto*” –me pegó el grito:
Y yo dije despacito
“*Más lagarto serás vos*”.

865 Ahi nomás– ¡Cristo me valga!
Rastrillar el jusil siento
Me agaché, y en el momento

El bruto me largó un chumbo
Mamao, me tiró sin rumbo
870 Que sinó, no cuento el cuento.

Por de conta, con el tiro
Se alborotó el avispero
Los Oficiales salieron
Y se empezó la junción
875 Quedó en su puesto el nación
Y yo fi al estaquiadero.

Entre cuatro bayonetas
Me tendieron en el suelo
Vino el Mayor medio en pedo
880 Y allí se puso a gritar
“Pícaro te he de enseñar
A andar declamando sueldos”.

De las manos y las patas
Me ataron cuatro cinchones
885 Les aguanté los tirones
Sin que ni un ¡ay! se me oyera,
Y al gringo la noche entera
Lo harté con mis maldiciones.

Yo no sé por qué el Gobierno
890 Nos manda aquí a la frontera,
Gringada que ni siquiera
Se sabe atracar a un pingo
¡Si creerá al mandar un gringo
Que nos manda alguna fiera!

895 No hacen más que dar trabajo
Pues no saben ni ensillar,
No sirven ni pa carniar,
Y yo he visto muchas veces

- 900 Que ni voltiadas las reses
Se les querian arrimar.
- Y lo pasan sus mercedes
Lengüetiando pico a pico
Hasta que viene un milico
A servirles el asao
- 905 Y eso sí, en lo delicaos,
Parecen hijos de rico.
- Si hay calor, ya no son gente,
Si yela, todos tiritan
Si usted no les da, no pitan
- 910 Por no gastar en tabaco,
Y cuando pescan un naco
Uno al otro se lo quitan.
- Cuando llueve se acoquinan
Como perro que oye truenos
- 915 ¡Qué diablos! solo son güenos
Pa vivir entre maricas
Y nunca se andan con chicas
Para alzar ponchos ajenos.
- Pa vichar son como ciegos,
920 No hay ejemplo de que entiendan,
No hay uno solo que aprienda
Al ver un bulto que cruza,
A saber si es avestruza,
O si es jinete, o hacienda.
- 925 Si salen a perseguir
Después de mucho aparto,
Tuitos se pelan al rato
Y va quedando el tendal
Esto es como un nidal
- 930 Echarle güevos a un gato.

VI

- Vamos dentrando recién
A la parte más sentida,
Aunque es todita mi vida
De males una cadena
935 A cada alma dolorida
Le gusta cantar sus penas.
- Se empezó en aquel entonces
A rejuntar caballada,
A riunir la milicada
940 Teniéndola en el Cantón
Para una despedición
A sorprender a la Indiada.
- Nos anunciaban que iríamos
Sin carretas ni bagajes,
945 A golpiar a los salvajes
En sus mismas tolderías
Que a la güelta pagarían
Licenciándolo al gauchaje.
- Que en esta despedición
950 Tuviéramos la esperanza,
Que iba a venir sin tardanza
Sigún el Jefe contó,
Un ministro o qué sé yo
Que le llamaban don Ganza.
- 955 Que iba a riunir el Ejército
Y tuitos los batallones
Y que traiba unos cañones
Con más rayas que un cotín
Pucha... las conversaciones
960 Por allá no tenían fin.

Pero esas trampas no enriedan
A los zorros de mi laya,
Que esa Ganza venga o vaya
Poco le importa a un matrero
965 Yo también dejé las rayas...
En los libros del pulpero.

Nunca jui gaucho dormido,
Siempre pronto, siempre listo
Yo soy un hombre, ¡qué Cristo!
970 Que nada me ha acobardao,
Y siempre salí parao
En los trances que me he visto.

Dende chiquito gané
La vida con mi trabajo,
975 Y aunque siempre estuve abajo
Y no sé lo que es subir
También el mucho sufrir
Suele cansarnos- ¡barajo!

En medio de mi inorancia
980 Conozco que nada valgo
Soy la liebre o soy el galgo
Asigún los tiempos andan,
Pero también los que mandan
Debieran cuidarnos algo.

985 Una noche que riunidos
Estaban en la carpeta
Empinando una limeta
El Jefe y el Juez de Paz
Yo no quise aguardar más
990 Y me hice humo en un sotreta.

Me parece el campo orégano
Dende que libre me veo
Donde me lleva el deseo

Allí mis pasos dirijo
995 Y hasta en las sombras, de fijo
Que donde quiera rumbeo.

Entro y salgo del peligro
Sin que me espante el estrago,
No aflojo al primer amago
1000 Ni jamás fi gaucho lerdo:
Soy pa rumbiar como el cerdo
Y pronto cai a mi pago.

Volvia al cabo de tres años
De tanto sufrir al ñudo,
1005 Resertor, pobre y desnudo
A procurar suerte nueva
Y lo mesmo que el peludo
Enderecé pa mi cueva.

No hallé ni rastro del rancho,
1010 ¡Solo estaba la tapera!
Por Cristo, si aquello era
Pa enlutar el corazón
Yo juré en esa ocasión
Ser más malo que una fiera.

1015 ¡Quién no sentirá lo mesmo
Cuando así padece tanto!
Puedo asegurar que el llanto
Como una mujer largué
¡Ay, mi Dios- si me quedé
1020 más triste que Jueves Santo!

Solo se oiban los aullidos
De un gato que se salvó;
El pobre se guareció
Cerca, en una vizcachera
1025 Venia como si supiera
Que estaba de güelta yo.

Al dirme dejé la hacienda
Que era todito mi haber
Pronto debíamos volver
1030 Sigún el Juez prometía,
Y hasta entonces cuidaría
De los bienes la mujer.

Después me contó un vecino
Que el campo se lo pidieron
1035 La hacienda se la vendieron
En pago de arrendamientos,
Y qué sé yo cuántos cuentos,
Pero todo lo fundieron.

Los pobrecitos muchachos
1040 Entre tantas afliciones,
Se conchabaron de piones,
¡Mas qué iban a trabajar
Si eran como los pichones
Sin acabar de emplumar!

1045 Por ahí andarán sufriendo
De nuestra suerte el rigor;
Me han contao que el mayor
Nunca dejaba a su hermano-
Puede ser que algún cristiano
1050 Los recoja por favor.

Y la pobre mi mujer,
¡Dios sabe cuánto sufrió!
Me dicen que se voló
Con no sé qué gavilán
1055 Sin duda a buscar el pan
Que no podía darle yo.

No es raro que a uno le falte
Lo que a algún otro le sobre
Si no le quedó ni un cobre,

1060 Sinó de hijos un enjambre,
¡Qué más iba a hacer la pobre
Para no morirse de hambre!

¡Tal vez no te vuelva a ver
Prenda de mi corazón!

1065 Dios te dé su protección
Ya que no me la dio a mí
Y a mis hijos dende aquí
Les echo mi bendición.

Como hijitos de la cuna
1070 Andarán por ahí sin madre
Ya se quedaron sin padre
Y así la suerte los deja,
Sin naides que los proteja
Y sin perro que los ladre.

1075 Los pobrecitos tal vez
No tengan ande abrigarse,
Ni ramada ande ganarse,
Ni rincón ande meterse,
Ni camisa que ponerse,
1080 Ni poncho con que taparse.

Tal vez los verán sufrir
Sin tenerles compasión
Puede que alguna ocasión
Aunque los veán tiritando,
1085 Los echen de algún jogón
Pa que no estén estorbando.

Y al verse ansina espantaos
Como se espanta a los perros,
Irán los hijos de Fierro
1090 Con la cola entre las piernas,

A buscar almas más tiernas
O esconderse en algún cerro

Mas también en este juego
Voy a pedir mi bolada
1095 A naides le debo nada,
Ni pido cuartel ni doy
Y ninguno dende hoy
Ha de llevarme en la armada.

Yo he sido manso primero,
1100 Y seré gaucho matrero
En mi triste circunstancia
Aunque es mi mal tan projundo,
Nací, y me he criado en estancia,
Pero ya conozco el mundo.

1105 Ya les conozco sus mañas,
Le conozco sus cucañas,
Sé cómo hacen la partida,
La enriedan y la manejan
Deshaceré la madeja

1110 Aunque me cueste la vida.

Y aguante el que no se anime
A meterse en tanto engorro,
O si no aprétese el gorro
O para otra tierra emigre
1115 Pero yo ando como el tigre
Que le roban los cachorros.

Aunque muchos cren que el gaucho
Tiene un alma de reyuno
No se encontrará ninguno
1120 Que no lo dueblen las penas
Mas no debe aflojar uno
Mientras hay sangre en las venas.

VII

De carta de más me vía
Sin saber adónde dirme,
1125 Mas dijeron que era vago
Y entraron a perseguirme.

Nunca se achican los males
Van poco a poco creciendo
Y ansina me vide pronto
1130 Obligao a andar juyendo.

No tenia mujer ni rancho
Y a más era resertor;
No tenia una prenda güena
Ni un peso en el tirador.

1135 A mis hijos infelices
Pensé volverlos a hallar
Y andaba de un lao al otro
Sin tener ni qué pitar.

Supé una vez por desgracia
1140 Que habia un baile por allí
Y medio desesperao
A ver la milonga fui.

Riunidos al pericón
Tantos amigos hallé
1145 Que alegre de verme entre ellos
Esa noche me apedé.

Como nunca, en la ocasión
Por peliar me dio la tranca
Y la emprendí con un negro
1150 Que trujo una negra en ancas.

Al ver llegar la morena
Que no hacia caso de naides,
Le dije con la mamúa:
-“Va... ca... yendo gente al baile”.

1155 La negra entendió la cosa
Y no tardó en contestarme
Mirándome como a perro:
-“Más vaca será su madre”.

Y dentro al baile muy tiesa,
1160 Con más cola que una zorra,
Haciendo blanquiar los dientes
Lo mesmo que mazamorra.

-“Negra linda... dije yo,
Me gusta... pa la carona!”
1165 Y me puse a champurriar
Esta coplita fregona:

“A los blancos hizo Dios,
A los mulatos San Pedro,
A los negros hizo el diablo
1170 Para tizón del infierno”.

Habia estao juntando rabia
El moreno dende ajuera
En lo oscuro le brillaban
Los ojos como linterna.

1175 Lo conocí retobao,
Me acerqué y le dije presto:
“Por... rudo que un hombre sea
Nunca se enoja por esto”.

Corcovió el de los tamangos
1180 Y creyéndose muy fijo;

-“Más *porrudo* serás vos,
Gaucho roto” me dijo.

Y ya se me vino al humo
Como a buscarme la hebra
1185 Y un golpe le acomodé
Con el porrón de ginebra.

Ahi nomás pegó el de hollín
Más gruñidos que un chanchito,
Y pelando un envenao
1190 Me atropelló dando gritos.

Pegué un brinco y abrí cancha
Diciéndoles: -“Caballeros,
Dejen venir ese toro,
Solo nací... solo muero”
1195 El negro después del golpe
Se había el poncho refalao
Y dijo: -“vas a saber
Si es solo o acompaño”.

Y mientras se arremangó
1200 Yo me saqué las espuelas
Pues malicié que aquel tío
No era de arriar con las riendas.

No hay cosa como el peligro
Pa refrescar un mamao,
1205 Hasta la vista se aclara
Por mucho que haiga chupao.

El negro me atropelló
Como a quererme comer
Me hizo dos tiros seguidos
1210 Y los dos le abarajé.

Yo tenia un facón con S
Que era de lima de acero
Le hice un tiro, lo quitó
Y vino ciego el moreno.

1215 Y en el medio de las aspas
Un planazo le asenté
Que lo largué culebriando
Lo mesmo que buscapié.

Le coloriaron las motas
1220 Con la sangre de la herida,
Y volvió a venir furioso
Como una tigra parida.

Y ya me hizo relumbrar
Por los ojos el cuchillo,
1225 Alcanzando con la punta
A cortarme en un carrillo.

Me hirvió la sangre en las venas
Y me le afirmé al moreno
Dándole de punta y hacha
1230 Pa dejar un diablo menos.

Por fin en una topada
En el cuchillo lo alcé
Y como un saco de güesos
Contra un cerco lo largué.

1235 Tiró unas cuantas patadas
Y ya cantó pa el carnero
Nunca me puedo olvidar
De la agonía de aquel negro.

En esto la negra vino
1240 Con los ojos como ají
Y empezó la pobre allí

A bramar como una loba
Yo quise darle una soba
A ver si la hacia callar
1245 Mas, pude reflexionar
Que era malo en aquel punto,
Y por respeto al dijunto
No la quise castigar.

Limpié el facón en los pastos,
1250 Desaté mi redomón,
Monté despacio, y salí
Al tranco pa el cañadón.

Después supe que al finao
Ni siquiera lo velaron
1255 Y retobao en un cuero
Sin rezarle lo enterraron.

Y dicen que dende entonces
Cuando es la noche serena,
Suele verse una luz mala
1260 Como de alma que anda en pena.

Yo tengo intención a veces
Para que no pene tanto
De sacar de allí los güesos
Y echarlos al camposanto.

VIII

1265 Otra vez en un boliche
Estaba haciendo la tarde,
Cayó un gaucho que hacia alarde
De guapo y de peliador.

A la llegada metió
1270 El pingo hasta la ramada

Y yo sin decirle nada
Me quedé en el mostrador.

Era un terne de aquel pago
Que naides lo reprendía,
1275 Que sus enriedos tenía
Con el señor Comendante:

Y como era protegido,
Andaba muy entonao,
Y a cualquiera desgraciao
1280 Lo llevaba por delante.

¡Ah! ¡Pobre! si él mismo creiba,
Que la vida le sobraba.
Ninguno diría que andaba
Aguaitándolo la muerte

1285 Pero así pasa en el mundo,
Es así la triste vida
Pa todos está escondida,
La güena o la mala suerte.

Se tiró al suelo, al dentrar
1290 Le dio un empellón a un vasco
Y me alargó un medio frasco
Diciendo -“Beba cuñao”
-“Por su hermana” contesté,
“Que por la mia no hay cuidao”.

1295 -“¡Ah! gaucho, me respondió,
¿De qué pago será criollo?
¿Lo andará buscando el hoyo?
¿Deberá tener güen cuero?
Pero ande bala este toro
1300 No bala ningún ternero”.

Y ya salimos trenzaos
Porque el hombre no era lerdo,
Mas como el tino no pierdo,
Y soy medio ligerón,
1305 Le dejé mostrando el sebo
De un revés con el facón.

Y como con la justicia
No andaba bien por allí,
Cuando pataliar lo vi,
1310 Y el pulpero pegó el grito,
Ya pa el palenque salí
Como haciéndome chiquito.

Monté y me encomendé a Dios
Rumbiando para otro pago
1315 Que el gaucho que llaman vago
No puede tener querencia,
Y ansí de estrago en estrago
Vive llorando la ausencia.

Él anda siempre juyendo,
1320 Siempre pobre y perseguido,
No tiene cueva ni nido
Como si fuera maldito
Porque el ser gaucho... barajo,
El ser gaucho es un delito.

1325 Es como el patrio de posta
Lo larga este, aquel lo toma.
Nunca se acaba la broma
Dende chico se parece
Al arbolito que crece,

1330 Desamparao en la loma.

Le echan la agua del bautismo
A aquel que nació en la selva,
“Buscá madre que te engüelva”

Le dice el flaire y lo larga,
1335 Y dentra a cruzar el mundo
Como burro con la carga.

Y se cria viviendo al viento
Como oveja sin trasquila
Mientras su padre en las filas
1340 Anda sirviendo al Gobierno
Aunque tirite en invierno
Nadie lo ampara ni asila.

Le llaman “gaucho mamao”
Si lo pillan divertido,
1345 Y que es mal entretenido
Si en un baile lo sorprenden;
Hace mal si se defiende
Y si no, se ve... fundido.

No tiene hijos, ni mujer,
1350 Ni amigos, ni protetores,
Pues todos son sus señores
Sin que ninguno lo ampare
Tiene la suerte del güey
Y dónde irá el güey que no are.

1355 Su casa es el pajonal,
Su guarida es el desierto;
Y si de hambre medio muerto
Le echa el lazo a algún mamón,
Lo persiguen como a plaito,
1360 Porque es un gaucho ladrón.

Y si de un golpe por ahi
Lo dan güelta panza arriba,
No hay una alma compasiva
Que le rece una oración
1365 Tal vez como cimarrón
En una cueva lo tiran.

Él nada gana en la paz
Y es el primero en la guerra
No le perdonan si yerra
1370 Que no saben perdonar,
Porque el gaucho en esta tierra
Solo sirve pa votar.

Para él son los calabozos,
Para él las duras prisiones
1375 En su boca no hay razones
Aunque la razón le sobre,
Que son campanas de palo
Las razones de los pobres.

Si uno aguanta es gaucho bruto
1380 Si no aguanta es gaucho malo
¡Dele azote, dele palo!
¡¡Porque es lo que él necesita!!
De todo el que nació gaucho
Esta es la suerte maldita.

1385 Vamos suerte- vamos juntos
Dende que juntos nacimos
Y ya que juntos vivimos
Sin podernos dividir...
Yo abriré con mi cuchillo
1390 El camino pa seguir.

IX

Matreriando lo pasaba
Y a las casas no venía
Solia arrimarme de día
Mas lo mesmo que el carancho,
1395 Siempre estaba sobre el rancho
Espiendo a la polecía.

Viva el gaucho que ande mal
Como zorro perseguido
Hasta que al menor descuido
1400 Se lo atarasquen los perros,
Pues nunca le falta un yerro
Al hombre más alvertido.

Y en esa hora de la tarde
En que tuito se adormece,
1405 Que el mundo dentrar parece
A vivir en pura calma
Con las tristezas de su alma
Al pajonal enderiece.

Bala el tierno corderito
1410 Al lao de la blanca oveja,
Y a la vaca que se aleja
Llama el ternero amarrao
Pero el gaucho desgraciao
No tiene a quien dar su queja

1415 Así es que al venir la noche
Iba a buscar mi guarida
Pues ande el tigre se anida
También el hombre lo pasa
Y no queria que en las casas
1420 Me rodiara la partida.

Pues aun cuando vengan ellos
Cumpliendo con sus deberes,
Yo tengo otros pareceres
Y en esa conduta vivo
1425 Que no debe un gaucho altivo
Peliar entre las mujeres.

Y al campo me iba solito,
Más matrero que el venao
Como perro abandonao

1430 A buscar una tapera,
O en alguna vizcachera
Pasar la noche tirao.

Sin punto ni rumbo fijo
En aquella inmensidá
1435 Entre tanta escuridá
Anda el gaucho como duende,
Allí jamás lo sorprende
Dormido la autoridá.

Su esperanza es el coraje,
1440 Su guarida es la precaución,
Su pingo es la salvación,
Y pasa uno en su desvelo,
Sin más amparo que el cielo
Ni otro amigo que el facón.

1445 Así me hallaba una noche
Contemplando las estrellas,
Que le parecen más bellas
Cuando uno es más desgraciao,
Y que Dios las haiga crioao
1450 Para consolarse en ellas.

Les tiene el hombre cariño
Y siempre con alegría
Ve salir las tres marías
Y si llueve, cuanto escampa,
1455 Las estrellas son la guía
Que el gaucho tiene en la Pampa.

Aquí no valen Dotores,
Solo vale su esperencia,
Aquí verian su inocencia
1460 Esos que todo lo saben;
Porque esto tiene otra llave
Y el gaucho tiene su cencia.

Es triste en medio del campo
Pasarse noche enteras
1465 Contemplando en sus carreras
Las estrellas que Dios cría,
Sin tener más compañía
Que su delito y las fieras.

Me encontraba como digo
1470 En aquella soledá
Entre tanta escuridá
Echando al viento mis quejas;
Cuando el ruido del chajá
Me hizo parar las orejas.

1475 Como lumbriz me pegué
Al suelo para escuchar,
Pronto sentí retumbar
Las pisadas de los fletes,
Y que eran muchos jinetes
1480 Conocí sin vacilar.

Quando el hombre está en peligro
No debe tener confianza,
Ansí tendido de panza
Puse toda mi atención
1485 Y ya escuché sin tardanza
Como el ruido de un latón.

Se venian tan calladitos
Que yo me puse en cuidao,
Tal vez me hubieran bombiao
1490 Y me venian a buscar,
Mas no quise disparar
Que eso es de gaucho morao.

Al punto me santigüé
Y eché de ginebra un taco,
1495 Lo mesmito que el mataco

Me arrollé con el porrón:
“Si han de darme pa tabaco”,
Dije, “esta es güena ocasión”.

Me refalé las espuelas
1500 Para no peliar con grillos,
Me arremangué el calzoncillo,
Y me ajusté bien la faja,
Y en una mata de paja
Probé el filo del cuchillo.

1505 Para tenerlo a la mano
El flete en el pasto até
La cincha le acomodé
Y en un trance como aquél,
Haciendo espaldas en él
1510 Quietito los aguardé.

Cuanto cerca los sentí
Y que ahi nomás se pararon
Los pelos se me erizaron
Y aunque nada vian mis ojos,
1515 -“No se han de morir de antojo”,
Les dije, cuando llegaron.

Yo quise hacerles saber
Que allí se hallaba un varón
Les conocí la intención
1520 Y solamente por eso
Es que les gané el tirón
Sin aguardar voz de preso.

-“Vos sos un gaucho matrero”
Dijo uno, haciéndose el güeno.
1525 “Vos matastes un moreno
Y otro en una pulpería
Y aquí está la polecía
Que viene a justar tus cuentas,

Te va alzar por las cuarenta
1530 Si te resistís hoy día”.

-“No me vengan, contesté,
Con relación de dijuntos;
Esos son otros asuntos;
Veán si me pueden llevar,
1535 Que yo no me he de entregar
Aunque vengan todos juntos”.

Pero no aguardaron más,
Y se apiaron en montón
Como a perro cimarrón
1540 Me rodiaron entre tantos,
Yo me encomendé a los Santos,
Y eché mano a mi facón

Y ya vide el fogonazo
De un tiro de garabina,
1545 Mas quiso la suerte indina
De aquel maula, que me errase,
Y ahí nomás lo levantase
Lo mesmo que una sardina.

A otro que estaba apurao
1550 Acomodando una bola,
Le hice una dentrada sola,
Y le hice sentir el fierro,
Y ya salió como el perro
Cuando le pisan la cola.

1555 Era tanta la aflicción
Y la angurria que tenían,
Que tuitos se me venían
Donde yo los esperaba,
Uno al otro se estorbaba
1560 Y con las ganas no vían.

Dos de ellos que traiban sables
Más garifos y resueltos,
En las hilachas envueltos
Enfrente se me pararon,
1565 Y a un tiempo me atropellaron
Lo mesmo que perros sueltos.

Me fui reculando en falso
Y el poncho adelante eché,
Y en cuanto le puso el pie
1570 Uno medio chapetón
De pronto le di el tirón
Y de espaldas lo largué.

Al verse sin compañero
El otro se sofrenó,
1575 Entonces le dentré yo,
Sin dejarlo resollar,
Pero ya empezó a aflojar,
Y a la pu... n... ta disparó.

Uno que en una tacuara
1580 Habia atao una tijera,
Se vino como si juera
Palenque de atar terneros,
Pero en dos tiros certeros
Salió aullando campo ajuera.

1585 Por suerte en aquel momento
Venía coloriendo el alba
Y yo dije “si me salva
La Virgen en este apuro,
En adelante le juro
1590 Ser más güeno que una malva”.

Pegué un brinco y entre todos
Sin miedo me entreveré

Hecho ovillo me quedé
Y ya me cargó una yunta,
1595 Y por el suelo la punta
De mi facón les jugué.

El más engolosinao
Se me apió con un hachazo,
Se lo quité con el brazo
1600 De no, me mata los piojos;
Y antes de que diera un paso
Le eché tierra en los dos ojos.

Y mientras se sacudía
Refregándose la vista,
1605 Yo me le fui como lista
Y ahí nomás me le afirmé
Diciéndole: “Dios te asista”
Y de un revés lo voltié.

Pero en ese punto mesmo
1610 Sentí que por las costillas
Un sable me hacia cosquillas
Y la sangre se me heló
Dende ese momento yo,
Me salí de mis casillas.

1615 Di para atrás unos pasos
Hasta que pude hacer pie,
Por delante me lo eché
De punta y tajos a un criollo,
Metió la pata en un hoyo,
1620 Y yo al hoyo lo mandé.

Tal vez en el corazón
Lo tocó un Santo Bendito
A un gaucho que pegó el grito,
Y dijo: -“¡Cruz no consiente

1625 Que se cometa el delito
De matar así un valiente!”

Y ahí nomás se me apareó
Dentrándole a la partida,
Yo les hice otra embestida
1630 Pues entre dos era robo;
Y el Cruz era como lobo
Que defiende su guarida.

Uno despachó al infierno
De dos que lo atropellaron,
1635 Los demás remoliniaron,
Pues íbamos a la fija,
Y a poco andar dispararon
Lo mesmo que sabandija.

Ahi quedaron largo a largo
1640 Los que estiraron la jeta,
Otro iba como maleta,
Y Cruz de atrás le decía:
“Que venga otra polecía
A llevarlos en carreta”.

1645 Yo junté las osamentas,
Me hiqué y les recé un bendito,
Hice una cruz de un palito
Y pedí a mi Dios clemente,
Me perdonara el delito
1650 De haber muerto tanta gente.

Dejamos amontonaos
A los pobres que murieron,
No sé si los recogieron
Porque nos fuimos a un rancho,
1655 O si tal vez los caranchos
Ahi no más se los comieron.

Lo agarramos mano a mano
Entre los dos al porrón,
En semejante ocasión
1660 Un trago a cualquiera encanta,
Y Cruz no era remolón
Ni pijotiaba garganta.

Calentamos los gargueros
Y nos largamos muy tiesos,
1665 Siguiendo siempre los besos
Al pichel, y por más señas,
Íbamos como cigüeñas
Estirando los pescuezos.

-“Yo me voy, le dije, amigo,
1670 Donde la suerte me lleve,
Y si es que alguno se atreve
A ponerse en mi camino
Yo seguiré mi destino
Que el hombre hace lo que debe”.

1675 “Soy un gaucho desgraciao
No tengo donde ampararme,
Ni un palo donde rascarme,
Ni un árbol que me cubije,
Pero ni aun esto me aflige
1680 Porque yo sé manejarme”.

“Antes de cair al servicio
Tenia familia y hacienda,
Cuando volví ni la prenda
Me la habian dejao ya,
1685 Dios sabe en lo que vendrá
A parar esta contienda”.

X

CRUZ

-Amigazo, pa sufrir
Han nacido los varones
Estas son las ocasiones
1690 De mostrarse el hombre juerte,
Hasta que venga la muerte
Y lo agarre a coscorrones.

El andar tan despilchao
Ningún mérito me quita,
1695 Sin ser un alma bendita
Me duelo del mal ajeno:
Soy un pastel con relleno
Que parece torta frita.

Tampoco me faltan males
1700 Y desgracias le prevengo,
También mis desdichas tengo,
Aunque esto poco me aflige
Yo sé hacerme el chacho rengo
Cuando la cosa lo esige.

1705 Y con algunos ardiles
Voy viviendo, aunque roto,
A veces me hago el sarnoso
Y no tengo ni un granito,
Pero al chifle voy ganoso
1710 Como el panzón al maiz frito.

A mí no me matan penas
Mientras tenga el cuero sano,
Venga el sol en el verano
Y la escarcha en el invierno
1715 Si este mundo es un infierno
¿Por qué afligirse el cristiano?

Hagámosle cara fiera
A los males, compañero,
Porque el zorro más matrero
1720 Suele cair como un chorlito;
Viene por un corderito
Y en la estaca deja el cuero.

Hoy tenemos que sufrir
Males que no tienen nombre
1725 Pero esto a naides lo asombre
Porque ansina es el pastel;
Y tiene que dar el hombre
Más güeltas que un carretel.

Yo nunca me he de entregar
1730 A los brazos de la muerte
Arrastro mi triste suerte
paso a paso y como pueda
Que donde el débil se queda
Se suele escapar el juerte.

1735 Y ricuerde cada cual
Lo que cada cual sufrió;
Que lo que es, amigo, yo
Hago así la cuenta mía:
Ya lo pasado pasó
1740 Mañana será otro día.

Yo también tuve una pilcha
Que me enllenó el corazón
Y si en aquella ocasión
Alguien me hubiera buscao
1745 Siguro que me habia hallao
Más prendido que un botón.

En la güella del querer
No hay animal que se pierda

Las mujeres no son lerdas
1750 Y todo gaucho es dotor
Si pa cantarle el amor
Tiene que templar las cuerdas.

¡Quién es de un alma tan dura
Que no quiera a una mujer!
1755 Lo alivia en su padecer;
Si no sale calavera
Es la mejor compañera
Que el hombre puede tener.

Si es güena no lo abandona
1760 Cuando lo ve desgraciao,
Lo asiste con su cuidao
Y con afán cariñoso
Y usté tal vez ni un rebozo
Ni una pollera le ha dao.

1765 Grandemente lo pasaba
Con aquella prenda mía
Viviendo con alegría
Como la mosca en la miel
¡Amigo, qué tiempo aquel!
1770 ¡La pucha- que la quería!

Era la águila que a un árbol
Dende las nubes bajó,
1775 Era más linda que el alba
Cuando va rayando el sol
Era la flor deliciosa
Que entre el trebolar creció.

Pero, amigo, el comendante
Que mandaba la milicia
Como que no desperdicia
1780 Se fue refalando a casa,

Yo le conocí en la traza
Que el hombre traiba malicia.

Él me daba voz de amigo
Pero no le tenía fe
1785 Era el jefe, y ya se ve,
No podía competir yo
En mi rancho se pegó
Lo mesmo que saguaipé.

A poco andar conocí
1790 Que ya me había desbancao.
Y él siempre muy entonao
Aunque sin darme ni un cobre,
Me tenía de lao a lao
Como encomienda de pobre.

1795 A cada rato, de chasque
Me hacía dir a gran distancia,
Ya me mandaba a una estancia,
Ya al pueblo, ya a la frontera
Pero él en la comendancia
1800 No ponía los pies siquiera.

Es triste a no poder más
El hombre en su padecer
Si no tiene una mujer
Que lo ampare y lo consuele;
1805 Mas pa que otro se la pele
Lo mejor es no tener.

No me gusta que otro gallo
Le cacáree a mi gallina
Yo andaba ya con la espina
1810 Hasta que en una ocasión
Lo pillé junto al jogón
Abrazándome a la china.

Tenia el viejito una cara
De ternero mal lamido,
1815 Y al verlo tan atrevido
Le dije: -“Que le aproveche;
Que habia sido pa el amor
Como guacho pa la leche”.

Peló la espada y se vino
1820 Como a quereme ensartar,
Pero yo sin tutubiar
Le volví al punto a decir;
-“Cuidao no te vas a pér... tigo,
Poné cuarta pa salir”.

1825 Un puntazo me largó
Pero el cuerpo le saqué,
Y en cuanto se lo quité
Para no matar un viejo,
Con cuidao, medio de lejos
1830 Un planazo le asenté.

Y como nunca al que manda
Le falta algún adulón,
Uno que en esa ocasión
Se encontraba allí presente
1835 Vino apretando los dientes
Como perrito mamón.

Me hizo un tiro de revuélver
Que el hombre creyó siguro,
Era confiao y le juro
1840 Que cerquita se arrimaba
Pero siempre en un apuro
Se desentumen mis tabas.

Él me siguió menudiando
Mas sin poderme acertar
1845 Y yo, dele culebriar,

Hasta que al fin le dentré
Y ahí nomás lo despaché
Sin dejarlo resollar.

Dentré a campiar en seguida
1850 Al viejito enamorado;
El pobre se había ganado
En un noque de lejía
¡Quién sabe cómo estaría
Del susto que había llevado!

1855 ¡Es zonzoso el cristiano macho
Cuando el amor lo domina!
Él la miraba a la indina,
Y una cosa tan jodida
Sentí yo, que ni en la fonda
1860 He visto tal jodentina.

Y le dije: -“Pa su agüela
Han de ser esas perdices”.
Yo me tapé las narices
Y me salí estornudando,
1865 Y el viejo quedó olfatiando
Como chico con lumbrices.

Quando la mula reclusa
Señal que quiere coiciar
Así se suele portar
1870 Aunque ella lo disimula
Reclusa como la mula
La mujer, para olvidar.

Alcé mi poncho, y mis prendas
Y me largué a padecer
1875 Por culpa de una mujer
Que quiso engañar a dos
Al rancho le dije *adiós*
Para nunca más volver.

Las mujeres, dende entonces,
1880 Conocí a todas en una
Ya no he de probar fortuna
Con carta tan conocida:
Mujer y perra parida,
¡No se me atraca ninguna!

XI

1885 A otros les brotan las coplas
Como agua de manantial:
Pues a mí me pasa igual
Aunque las mias nada valen,
De la boca se me salen
1890 Como ovejas del corral.

Que en puertiando la primera
Ya la siguen las demás.
Y en montones las de atrás
Contra los palos se estrellan,
1895 Y saltan y se atropellan
Sin que se corten jamás.

Y aunque yo por mi inorancia
Con gran trabajo me esplico,
Cuando llego a abrir el pico,
1900 Téngalo por cosa cierta,
Sale un verso y en la puerta
Ya asoma el otro el hocico.

Y emprésteme su atención
Me oirá relatar las penas
1905 De que traigo la alma llena
Porque en toda circunstancia
Paga el gaucho su inorancia
Con la sangre de sus venas.

Después de aquella desgracia
1910 Me refugié en los pajales,
Anduve entre los cardales
Como bicho sin guarida
Pero, amigo, es esa vida
Como vida de animales.

1915 Y son tantas las miserias
En que me he sabido ver
Que con tanto padecer
Y sufrir tanta aflicción,
Malicio que he de tener

1920 Un callo en el corazón.

Así andaba como guacho
Cuando pasa el temporal
Supe una vez por mi mal
De una milonga que había,
1925 Y ya pa la pulpería
Enderecé mi bagual.

Era la casa del baile
Un rancho de mala muerte,
Y se enllenó de tal suerte
1930 Que andábamos a empujones;
Nunca faltan encontrones
Cuando un pobre se divierte.

Yo tenía unas medias botas
Con tamaños verdugones
1935 Me pusieron los talones
Con cresta como los gallos
Si viera mis afliciones
Pensando yo que eran callos.

Con gato y con fandanguillo
1940 Había empezao el changango
Y para ver el fandango

Me colé haciéndome bola
Mas, metió el diablo la cola,
Y todo se volvió pango.

1945 Habia sido el guitarrero
Un gaucho duro de boca
Yo tengo pacencia poca
Pa aguantar cuando no debo,
A ninguno me le atrevo
1950 Pero me halla el que me toca.

A bailar un pericón
Con una moza salí,
Y cuando me vido allí
Sin duda me conoció
1955 Y estas coplitas cantó
Como pa rairse de mí:

“Las mujeres son todas
Como las mulas
Yo no digo que todas
1960 Pero hay algunas
Que a las aves que vuelan
Les sacan plumas”.

“Hay gauchos que presumen
De tener damas
1965 No digo que presumen
Pero se alaban
Y a lo mejor los dejan
Tocando tablas”.

Se secretiaron las hembras
1970 Y yo ya me encocoré-
Volié la anca y le grité
“Dejá de cantar... chicharra”
Y de un tajo a la guitarra
Tuitas las cuerdas corté.

1975 Al punto salió de adentro
Un gringo con un jusil
Pero nunca he sido vil,
Poco el peligro me espanta
Yo me refalé la manta

1980 Y la eché sobre el candil.

Gané en seguida la puerta
Gritando: -“Naides me ataje”
Y alborotao el hembraje
Lo que todo quedó oscuro,
1985 Empezó a verse en apuro
Mesturao con el gauchaje.

El primero que salió
Fue el cantor, y se me vino
Pero yo no pierdo el tino
1990 Aunque haiga tomao un trago
Y hay algunos por mi pago
Que me tienen por ladino.

No ha de haber achocao otro
Le salió cara la broma;
1995 A su amigo cuando toma
Se le despeja el sentido,
Y el pobrecito había sido
Como carne de paloma.

Para prestar un socorro
2000 Las mujeres no son lerdas
Antes que la sangre pierda
Lo arrimaron a unas pipas
Ahi lo dejé con las tripas
Como pa que hiciera cuerdas

2005 Monté y me largué a los campos
Más libre que el pensamiento,
Como las nubes al viento

A vivir sin paradero,
Que no tiene el que es matrero
2010 Nido, ni rancho, ni asiento.

No hay fuerza contra el destino
Que le ha señalao el Cielo
Y aunque no tengo consuelo
Aguante el que está en trabajo
2015 ¡Naides se rasca pa abajo!
¡Ni se lónjea contra el pelo!

Con el gaucho desgraciao
No hay uno que no se entone
La menor falta lo espone
2020 ¡A andar con los avestruces!
Faltan otros con más luces
Y siempre hay quien los perdone.

XII

Yo no sé qué tantos meses
Esta vida me duró,
2025 A veces nos obligó
La miseria a comer potro
Me habia acompañaio con otros
Tan desgraciaos como yo.

Mas ¿para qué platicar
2030 Sobre esos males, -canejo?
Nace el gaucho y se hace viejo,
Sin que mejore su suerte,
Hasta que por ahí la muerte
Sale a cobrarle el pellejo.

2035 Pero como no hay desgracia
Que no acabe alguna vez,
Me aconteció que después

- De sufrir tanto rigor,
Un amigo por favor
2040 Me compuso con el Juez.
- Le advertiré que en mi pago
Ya no va quedando un criollo
Se los ha tragao el hoyo,
O juido o muerto en la guerra
2045 Porque, amigo, en esta tierra
Nunca se acaba el embrollo.
- Colijo que jue por eso
Que me llamó el Juez un día,
Y me dijo que quería
2050 Hacerme a su lao venir
Y que dentrase a servir
De soldao de Polecía.
- Y me largó una proclama
Tratándome de valiente,
2055 Que yo era un hombre decente,
Y que dende aquel momento
Me nombraba de sargento
Pa que mandara la gente.
- Ansí estuve en la partida
2060 Pero, ¿qué habia de mandar?
Anoche al irlo a tomar
Vide güena coyontura
Y a mí no me gusta andar
Con la lata a la cintura.
- 2065 Ya conoce, pues, quién soy,
Tenga confianza conmigo,
Cruz le dio mano de amigo
Y no lo ha de abandonar
Juntos podemos buscar
2070 Pa los dos un mesmo abrigo.

Andaremos de matreros
Si es preciso pa salvar
Nunca nos ha de faltar
Ni un güen pingo pa juir,
2075 Ni un pajal donde dormir,
Ni un matambre que ensartar.

Y cuando sin trapo alguno
Nos haiga el tiempo dejao
Yo le pediré emprestao
2080 El cuero a cualquiera lobo
Y hago un poncho, si lo sobo,
Mejor que poncho engomao.

Para mí la cola es pecho
Y el espinazo cadera
2085 Hago mi nido ande quiera
Y de lo que encuentro como
Me echo tierra sobre el lomo
Y me ápeo en cualquier tranquera.

Y deajo correr la bola
2090 Que algún dia se ha de parar
Tiene el gaucho que aguantar
Hasta que lo trague el hoyo
O hasta que venga algún criollo
En esta tierra a mandar.

2095 Lo miran al pobre gaucho
Como carne de cogote:
Lo tratan al estricote
Y si así las cosas andan
Porque quieren los que mandan
2100 Aguantemos los azotes.

Pucha- si usté los oyera
Como yo en una ocasión,
Tuita la conversación

- Que con otro tuvo el juez
2105 Le asiguro que esa vez
Se me achicó el corazón.
- Hablaban de hacerse ricos
Con campos en la frontera
De sacarla más afuera
2110 Donde habia campos baldidos
Y llevar de los partidos
Gente que la defendiera.
- Todos se güelven proyotos
De colonias y carriles
2115 Y tirar la plata a miles
En los gringos enganchaos,
Mientras el pobre soldao
Le pelan la chaucha- ¡ah! viles.
- Pero si siguen las cosas
2120 Como van hasta el presente
Puede ser que de repente
Veamos el campo desierto,
Y blanqueando solamente
Los güesos de los que han muerto.
- 2125 Hace mucho que sufrimos
La suerte reclusiva
Trabaja el gaucho y no arriba,
Porque a lo mejor del caso,
Lo levantan de un sogazo
2130 Sin dejarle ni saliva.
- De los males que sufrimos
Hablan mucho los puebleros,
Pero hacen como los teros
Para esconder sus niditos:
2135 En un lao pegan los gritos
Y en otro tienen los güevos.

Y se hacen los que no aciertan
A dar con la coyuntura
Mientras el gaucho lo apura
2140 Con rigor la autoridad,
Ellos a la enfermedad,
Le están errando la cura.

XIII

MARTÍN FIERRO

Ya veó que somos los dos
Astillas del mismo palo
2145 Yo paso por gaucho malo
Y usté anda del mismo modo,
Y yo pa acabarlo todo
A los indios me refalo.

Pido perdón a mi Dios
2150 Que tantos bienes me hizo
Pero dende que es preciso
Que viva entre los infieles
Yo seré cruel con los crueles
Así mi suerte lo quiso.

2155 Dios formó lindas las flores,
Delicadas como son
Les dio toda perfección
Y cuanto él era capaz
Pero al hombre le dio más
2160 Cuando le dio el corazón.

Le dio claridá a la luz,
Juerza en su carrera al viento,
Le dio vida y movimiento
Dende el águila al gusano

- 2165 Pero más le dio al cristiano
Al darle el entendimiento.
- Y aunque a las aves les dio
Con otras cosas que inoro
Esos piquitos como oro
- 2170 Y un plumaje como tabla
Le dio al hombre más tesoro
Al darle una lengua que habla.
- Y dende que dio a las fieras
Esa juria tan inmensa,
- 2175 Que no hay poder que las venza
Ni nada que las asombre
¿Qué menos le daría al hombre
Que el valor pa su defensa?
- Pero tantos bienes juntos
- 2180 Al darle, malicio yo
Que en sus adentros pensó
Que el hombre los precisaba,
Que los bienes igualaba
Con las penas que le dio.
- 2185 Y yo empujao por las mías
Quiero salir de este infierno:
Ya no soy pichón muy tierno
Y sé manejar la lanza
Y hasta los indios no alcanza
- 2190 La facultá del Gobierno.
- Yo sé que allá los caciques
Amparan a los cristianos,
Y que los tratan de “Hermanos”
Cuando se van por su gusto
- 2195 A qué andar pasando sustos...
Alcemos el poncho y vamos.

En la cruzada hay peligros,
Pero ni aun esto me aterra
Yo ruedo sobre la tierra
2200 Arrastrao por mi destino
Y si erramos el camino...
No es el primero que lo erra.

Si hemos de salvar o no
De esto naides nos responde,
2205 Derecho ande el sol se esconde
Tierra adentro hay que tirar,
Algún dia hemos de llegar
Después sabremos adónde.

No hemos de perder el rumbo
2210 Los dos somos güena yunta
El que es gaucho ve ande apunta
Aunque inore ande se encuentra;
Pa el lao en que el sol se dentra
Dueblan los pastos la punta.

2215 De hambre no pereceremos
Pues sigún otros me han dicho
En los campos se hallan bichos
De los que uno necesita...
Gamas, maticos, mulitas,
2220 Avestruces y quirquinchos.

Cuando se anda en el desierto
Se come uno hasta las colas
Lo han cruzao mujeres solas
Llegando al fin con salú,
2225 Y ha de ser gaucho el ñandú
que se escape de mis bolas.

Tampoco a la sé le temo,
Yo la aguanto muy contento,
Busco agua olfatiando el viento

2230 Y dende que no soy manco,
Ande hay duraznillo blanco
Cavo, y la saco al momento.

Allá habrá seguridá
Ya que aquí no la tenemos,
2235 Menos males pasaremos
Y ha de haber grande alegría
El día que nos descolguemos
En alguna toldería.

Fabricaremos un toldo
2240 Como lo hacen tantos otros,
Con unos cueros de potro,
Que seá sala y seá cocina,
¡Tal vez no falte una china
Que se apiade de nosotros!

2245 Allá no hay que trabajar,
Vive uno como un señor
De cuando en cuando un malón
Y si de él sale con vida,
Lo pasa echao panza arriba
2250 Mirando dar güelta el sol.

Y ya que a juerza de golpes
La suerte nos dejó a flus,
Puede que allá veamos luz
Y se acaben nuestras penas;
2255 Todas las tierras son güenas...
Vámonos amigo Cruz.

El que maneja las bolas,
El que sabe echar un pial,
Y sentársele a un bagual
2260 Sin miedo de que lo baje
Entre los mismos salvajes
No puede pasarlo mal.

El amor como la guerra
Lo hace el criollo con canciones
2265 A más de eso en los malones
Podemos aviarnos de algo;
En fin, amigo, yo salgo
De estas pelegrinaciones.

En este punto el cantor
2270 Buscó un porrón pa consuelo,
Echó un trago como un cielo
Dando fin a su argumento;
Y de un golpe al istrumento
Lo hizo astillas contra el suelo.

2275 “Ruempo, dijo, la guitarra
Pa no volverme a tentar;
Ninguno la ha de tocar,
Por siguro tenganló;
Pues naides ha de cantar
2280 Cuando este gaucho cantó”.

Y daré fin a mis coplas
Con aire de relación,
Nunca falta un preguntón
Más curioso que mujer,
2285 Y tal vez quiera saber
Como jué la conclusión:

Cruz y Fierro de una estancia
Una tropilla se arriaron
Por delante se la echaron
2290 Como criollos entendidos,
Y pronto sin ser sentidos
Por la frontera cruzaron.

Y cuando la habian pasao,
Una madrugada clara
2295 Le dijo Cruz que mirara

Las últimas poblaciones;
Y a Fierro dos lagrimones
Le rodaron por la cara.

Y siguiendo el fiel del rumbo
2300 Se entraron en el desierto
No sé si los habrán muerto
En alguna correría,
Pero espero que algún día
Sabré de ellos algo cierto.

2305 Y ya con estas noticias
Mi relación acabé,
Por ser ciertas las conté
Todas las desgracias dichas
Es un telar de desdichas
2310 Cada gaucho que usted ve.

Pero ponga su esperanza
En el Dios que lo formó,
Y aquí me despido yo
Que he relatao a mi modo
2315 **Males que conocen todos**
Pero que naides cantó.

FIN

LA VUELTA



Cuatro palabras de conversación con los lectores

Entrego a la benevolencia pública, con el título LA VUELTA DE MARTÍN FIERRO, la segunda parte de una obra que ha tenido una acogida tan generosa, que en seis años se han repetido once ediciones con un total de cuarenta y ocho mil ejemplares.

Esto no es vanidad de autor, porque no rindo tributo a esa falsa diosa; ni bombo de Editor, porque no lo he sido nunca de mis humildes producciones.

Es un recuerdo oportuno y necesario, para explicar por qué el primer tiraje del presente libro consta de 20 mil ejemplares, divididos en cinco secciones o ediciones de 4 mil libros cada una –y agregaré, que confío en el acreditado Establecimiento Tipográfico del señor Coni, hará una impresión esmerada, como la tienen todos los libros que salen de sus talleres.

Lleva también diez ilustraciones incorporadas en el texto, y creo que en los dominios de la literatura es la primera vez que una obra sale de las prensas nacionales con esta mejora.

Así se empieza.

Las láminas han sido dibujadas y calcadas en la piedra por Don Carlos Clerice, artista compatriota que llegará a ser notable en su ramo, porque es joven, tiene escuela, sentimiento artístico, y amor al trabajo.

El grabado ha sido ejecutado por el Sr. Supot, que posee el arte, nuevo y poco generalizado todavía entre nosotros, de fijar en láminas metálicas lo que la habilidad del litógrafo ha calcado en la piedra, creando o imaginando posiciones que interpreten con claridad y sentimiento la escena descrita en el verso.

No se ha omitido, pues, ningún sacrificio a fin de hacer una publicación en las más aventajadas condiciones artísticas.

En cuanto a su parte literaria, solo diré que no se debe perder de vista al juzgar los defectos del libro, que es copia fiel de un original que los tiene, y repetiré, que muchos defectos están allí con el objeto de hacer más evidente y clara la imitación de los que lo son en realidad.

Un libro destinado a despertar la inteligencia y el amor a la lectura en una población casi primitiva, a servir de provechoso recreo, después de las fatigosas tareas, a millares de personas que jamás han leído, debe ajustarse estrictamente a los usos y costumbres de esos mismos lectores, rendir sus ideas e interpretar sus sentimientos en su mismo lenguaje, en sus frases más usuales, en su forma más general, aunque sea incorrecta; son sus imágenes de mayor relieve, y con sus giros más característicos, a fin de que el libro se identifique con ellos de una manera estrecha e íntima, que su lectura no sea sino una continuación natural de su existencia.

Solo así pasan sin violencia del trabajo al libro; y solo así, esa lectura puede serles amena, interesante y útil.

¡Ojalá hubiera un libro que gozara del dichoso privilegio de circular incensantemente de mano en mano en esa inmensa población diseminada en nuestras vastas campañas, y que bajo una forma que lo hiciera agradable, que asegurara su popularidad, sirviera de ameno pasatiempo a sus lectores!, pero:

Enseñando que el trabajo honrado es la fuente principal de toda mejora y bienestar.

Enaltecendo las virtudes morales que nacen de la ley natural y que sirven de base a todas las virtudes sociales.

Inculcando en los hombres el sentimiento de veneración hacia su Creador, inclinándolos a obrar bien.

Afeando las supersticiones ridículas y generalizadas que nacen de una deplorable ignorancia.

Tendiendo a regularizar y dulcificar las costumbres, enseñando por medios hábilmente escondidos, la moderación y el aprecio de sí mismo; el respeto a los demás; estimulando la fortaleza por el espectáculo del infortunio acerbo, aconsejando la perseverancia en el bien y la resignación en los trabajos.

Recordando a los Padres los deberes que la naturaleza les impone para con sus hijos, poniendo antes sus ojos los males que produce su olvido, induciéndolos por este medio a que mediten y calculen por sí mismos todos los beneficios de su cumplimiento.

Enseñando a los hijos cómo deben respetar y honrar a los autores de sus días.

Fomentando en el esposo el amor a su esposa, recordando a esta los santos deberes de su estado, encareciendo la felicidad del hogar, ense-

ñando a todos a tratarse con respeto recíproco, robusteciendo por todos estos medios los vínculos de la familia y de la sociabilidad.

Afirmando en los ciudadanos el amor a la libertad, sin apartarse del respeto que es debido a los superiores y magistrados.

Enseñando a hombres con escasas nociones morales, que deben ser humanos y clementes, caritativos con el huérfano y con el desvalido; fieles a la amistad; gratos a los favores recibidos; enemigos de la holgazanería y del vicio, conformes con los cambios de fortuna, amantes de la verdad, tolerantes, justos y prudentes siempre.

Un libro que todo esto, más que esto, o parte de esto enseñara sin decirlo, sin revelar su pretensión, sin dejarla conocer siquiera, sería indudablemente un buen libro, y por cierto, que levantaría el nivel moral e intelectual de sus lectores aunque dijera *nai des por nadie, resertor por desertor, mesmo por mismo*, u otros barbarismos semejantes, cuya enmienda le está reservada a la escuela, llamada a llenar un vacío que el poema debe respetar, y a corregir vicios y defectos de fraseología, que son también elementos de que se debe apoderar el arte para combatir y extirpar males morales más fundamentales y trascendentes, examinándolos bajo el punto de vista de una filosofía más elevada y pura.

El progreso de la locución no es la base del progreso social, y un libro que se propusiera tan elevados fines, debería prescindir por completo de las delicadas formas de la cultura de la frase, subordinándose a las imperiosas exigencias de sus propósitos moralizadores que serían en tal caso el éxito buscado.

Los personajes colocados en escena deberían hablar en su lenguaje peculiar y propio, con su originalidad, su gracia y sus defectos naturales, porque despojados de ese ropaje, lo serían igualmente de su carácter típico, que es lo único que los hace simpáticos, conservando la imitación y la verosimilitud en el fondo y en la forma.

Entra también en esta parte la elección del prisma a través del cual le es permitido a cada uno estudiar sus tiempos. Y aceptando esos defectos como un elemento, se idealiza también, se piensa, se inclina a los demás a que piensen igualmente, y se agrupan, se preparan y conservan pequeños monumentos de arte, para los que han de estudiar-nos mañana y levantar el grande monumento de la historia de nuestra civilización.

El gaucho no conoce siquiera los elementos de su propio idioma, y sería una impropiedad cuando menos, y una falta de verdad muy cen-

surable, que quien no ha abierto jamás un libro, siga las reglas de arte de Blair, Hermosilla o la Academia.

El gaucho no aprende a cantar. Su único maestro es la espléndida naturaleza que en variados y majestuosos panoramas se extiende delante de sus ojos.

Canta porque hay en él cierto impulso moral, algo de métrico, de rítmico que domina en su organización y que lo lleva hasta el extraordinario extremo de que, todos sus refranes, sus dichos agudos, sus proverbios comunes son expresados en dos versos octosílabos perfectamente medidos, acentuados con inflexible regularidad, llenos de armonía, de sentimiento y de profunda intención.

Eso mismo hace muy difícil, si no de todo punto imposible, distinguir y separar cuáles son los pensamientos originales del autor, y cuáles los que son recogidos de las fuentes populares.

No tengo noticia que exista ni que haya existido una raza de hombres aproximados a la naturaleza, cuya sabiduría proverbial llene todas las condiciones rítmicas de nuestros proverbios gauchos.

Qué singular es, y qué digno de observación, el oír a nuestros paisanos más incultos, expresar en dos versos claros y sencillos, máximas, pensamientos morales que las naciones más antiguas, la India, la Persia, conservaban como el tesoro inestimable de su sabiduría proverbial: que los griegos escuchaban con veneración de boca de sus sabios más profundos, de Sócrates, fundador de la moral, de Platón y de Aristóteles, que entre los latinos difundió gloriosamente el afamado Séneca, que los hombres del Norte les dieron lugar preferentemente en su robusta y enérgica literatura, que la civilización moderna repite por medio de sus moralistas más esclarecidos, y que se hallaban consagrados fundamentalmente en los códigos religiosos de todos los grandes reformadores de la humanidad.

Indudablemente que hay cierta semejanza íntima, cierta identidad misteriosa entre todas las razas del globo que solo estudian en el gran libro de la naturaleza; pues que de él deducen, y vienen deduciendo virtudes naturales, expresadas en prosa por todos los hombres del globo, y en versos por los gauchos que habitan las vastas y fértiles comarcas que se extienden a las dos márgenes del Plata.

El corazón humano y la moral son los mismos en todos los siglos.

Las civilizaciones difieren esencialmente. “Jamás se hará, dice el doctor Don V.F. López en su prólogo a LAS NEUROSIS, un profesor o

un catedrático Europeo, de un Bracma”; así debe ser: pero no ofrecería la misma dificultad el hacer de un gaucho un Bracma lleno de sabiduría; si es que los Bracmas hacen consistir toda su ciencia en sabiduría proverbial, según los pinta el sabio conservador de la Biblioteca Nacional de París, en “La sabiduría popular de todas las Naciones” que difundió en el nuevo mundo el americano Pazos Kanki.

Saturados de ese espíritu gaucho hay entre nosotros algunos poetas de formas muy cultas y correctas, y no ha de escasear el género, porque es una producción legítima y espontánea del país, y que en verdad, no se manifiesta únicamente en el terreno florido de la literatura.

¡Sea el público indulgente con él! y acepte esta humilde producción, que le dedicamos como que es nuestro mejor y más antiguo amigo.

La originalidad de un libro debe empezar en el prólogo.

Nadie se sorprenda, por lo tanto, ni de la forma ni de los objetos que este abraza; y debemos terminarlo haciendo público nuestro agradecimiento hacia los distinguidos escritores que acaban de honrarnos con su fallo, como el Señor D. José Tomás Guido, en una bellísima carta que acogieron deferentes *La Tribuna* y *La Prensa*, y que reprodujeron en sus columnas varios periódicos de la República. El Dr. D. Adolfo Saldías, en un meditado trabajo sobre el tipo histórico y social del gaucho. El Dr. D. Miguel Navarro Viola, en la última entrega de la *Biblioteca Popular*, estimulándonos, con honrosos términos, a continuar en la tarea empezada.

Diversos periódicos de la ciudad y campaña, como *El Herald*, del Azul, *La Patria*, de Dolores, *El Oeste*, de Mercedes, y otros, han adquirido también justos títulos a nuestra gratitud, que conservamos como una deuda sagrada.

Terminaremos esta breve reseña con *La Capital*, del Rosario, que ha anunciado LA VUELTA DE MARTÍN FIERRO, haciendo concebir esperanzas que Dios sabe si van a ser satisfechas.

Ciérrese este prólogo, diciendo que se llama este libro LA VUELTA DE MARTÍN FIERRO, porque este título le dio el público, antes, mucho antes de haber pensado yo en escribirlo, y allá va a correr tierras con mi bendición paternal.

JOSÉ HERNÁNDEZ



La vuelta de Martín Fierro

Martín Fierro

1

1 Atención pido al silencio
Y silencio a la atención
Que voy en esta ocasión
Si me ayuda la memoria,
5 A mostrarles que a mi historia
Le faltaba lo mejor.

Viene uno como dormido
Cuando vuelve del desierto;
Veré si a explicarme acierto
10 Entre gente tan bizarra
Y si al sentir la guitarra
De mi sueño me despierto.

Siento que mi pecho tiembla
Que se turba mi razón,
15 Y de la vigüela al son
Imploro a la alma de un sabio
Que venga a mover mi labio
Y alentar mi corazón.

Si no llevo a treinta y una
20 De fijo en treinta me planto,
Y esta confianza adelanto
Porque recibí en mí mismo
Con el agua del bautismo
La facultá para el canto.

25 Tanto el pobre como el rico
La razón me la han de dar;
Y si llegan a escuchar
Lo que esplicaré a mi modo
Digo que no han de reir todos,
30 Algunos han de llorar.

Mucho tiene que contar
El que tuvo que sufrir,
Y empezaré por pedir
No duden de cuanto digo;
35 Pues debe creerse al testigo
Si no pagan por mentir.

Gracias le doy a la Virgen
Gracias le doy al Señor,
Porque entre tanto rigor
40 Y habiendo perdido tanto
No perdí mi amor al canto
Ni mi voz como cantor.

Que cante todo viviente
Otorgó el Eterno Padre,
45 Cante todo el que le cuadre
Como lo hacemos los dos,
Pues solo no tiene voz
El ser que no tiene sangre.

Canta el pueblero... y es pueta;
50 Canta el gaucho... y ¡ay! ¡Jesús!
Lo miran como avestruz
Su inorancia los asombra;
Mas siempre sirven las sombras
Para distinguir la luz.

55 El campo es del inorante,
El pueblo del hombre estruido;
Yo que en el campo he nacido

Digo que mis cantos son
Para los unos... sonidos,
60 Y para otros... intención.

Yo he conocido cantores
Que era un gusto el escuchar;
Mas no quieren opinar
Y se divierten cantando;
65 Pero yo canto opinando
Que es mi modo de cantar.

El que va por esta senda
Cuanto sabe desembucha,
Y aunque mi cencia no es mucha
70 Esto en mi favor previene;
Yo sé el corazón que tiene
El que con gusto me escucha.

Lo que pinta este pincel
Ni el tiempo lo ha de borrar,
75 Ninguno se ha de animar
A corregirme la plana;
No pinta quien tiene gana
Sinó quien sabe pintar.

Y no piensen los oyentes
80 Que del saber hago alarde;
He conocido aunque tarde
Sin haberme arrepentido
Que es pecado cometido
El decir ciertas verdades.

85 Pero voy en mi camino
Y nada me ladiará,
He de decir la verdá,
De naides soy adulón,
Aquí no hay imitación
90 Esta es pura realidá.

Y el que me quiera enmendar
Mucho tiene que saber
Tiene mucho que aprender
El que me sepa escuchar
95 Tiene mucho que rumiar
El que me quiera entender.

Más que yo y cuantos me oigan
Más que las cosas que tratan
Más que lo que ellos relatan
100 Mis cantos han de durar
Mucho ha habido que mascar
Para echar esta bravata.

Brotan quejas de mi pecho,
Brotan un lamento sentido;
105 Y es tanto lo que he sufrido
Y males de tal tamaño,
Que reto a todos los años
A que traigan el olvido.

Ya verán si me dispierto
110 Cómo se compone el baile
Y no se sorprenda naides
Si mayor fuego me anima;
Porque quiero alzar la prima
Como pa tocar al aire

115 Y con la cuerda tirante
Dende que ese tono elija,
Yo no he de aflojar manija
Mientras que la voz no pierda
Si no se corta la cuerda
120 O no cede la clavija.

Aunque rompí el instrumento
Por no volverme a tentar
Tengo tanto que contar

Y cosas de tal calibre
125 Que Dios quiera que se libre
El que me enseñó a templar.

De naides sigo el ejemplo
Nadie a dirigirme viene
Yo digo cuanto conviene
130 Y el que en tal güeya se planta,
Debe cantar cuando canta
Con toda la voz que tiene.

He visto rodar la bola
Y no se quiere parar,
135 Al fin de tanto rodar
Me he decidido a venir
A ver si puedo vivir
Y me dejan trabajar.

Sé dirigir la mansera
140 Y también echar un pial
Sé correr en un rodeo
Trabajar en un corral
Me sé sentar en un pértigo
Lo mesmo que en un bagual.

Y empriestenmé su atención
Si así me quieren honrar,
De no, tendré que callar
Pues el pájaro cantor
Jamás se para a cantar
150 En árbol que no da flor.

Hay trapitos que golpiar,
Y de aquí no me levanto;
Escúchenme cuando canto
Si quieren que desembuche
155 Tengo que decirles tanto
Que les mando que me escuchen.

Déjenme tomar un trago
Estas son otras cuarenta,
Mi garganta está sedienta
160 Y de esto no me abochorno
Pues el viejo como el horno
Por la boca se calienta.

2

Triste suena mi guitarra
Y el asunto lo requiere
165 Ninguno alegrías espere
Sinó sentidos lamentos
De aquel que en duros tormentos
Nace, crece, vive y muere.

Es triste dejar sus pagos
170 Y largarse a tierra ajena
Llevándose la alma llena
De tormentos y dolores,
Mas nos llevan los rigores
Como el pampero a la arena.

175 Irse a cruzar el desierto
Lo mesmo que un forajido,
Dejando aquí en el olvido
Como dejamos nosotros,
Su mujer en brazos de otro
180 Y sus hijitos perdidos.

Cuántas veces al cruzar
En esa inmensa llanura,
Al verse en tal desventura
Y tan lejos de los suyos
185 Se tira uno entre los yuyos
A llorar con amargura.

En la orilla de un arroyo
Solitario lo pasaba,
En mil cosas cavilaba
190 Y a una güelta repentina
Se me hacia ver a mi china
O escuchar que me llamaba.

Y las aguas serenitas
Bebe el pingo trago a trago
195 Mientras sin ningún halago
Pasa uno hasta sin comer
Por pensar en su mujer,
En sus hijos y en su pago.

Recordarán que con Cruz
200 Para el desierto tiramos
En la pampa nos entramos,
Cayendo por fin del viaje
A unos toldos de salvajes,
Los primeros que encontramos.

205 La desgracia nos seguía,
Llegamos en mal momento
Estaban en parlamento
Tratando de una invasión,
Y el indio en tal ocasión
210 Recela hasta de su aliento.

Se armó un tremendo alboroto
Cuando nos vieron llegar,
No pódiamos aplacar
Tan peligroso hervidero;
215 Nos tomaron por bomberos
Y nos quisieron lanzar.

Nos quitaron los caballos
A los muy pocos minutos;
Estaban irresolutos,

220 Quién sabe qué pretendían,
Por los ojos nos metían
Las lanzas aquellos brutos.

Y dele en su legüeteo
Hacer gestos y cabriolas;
225 Uno desató las bolas
Y se nos vino enseguida;
Ya no créiamos con vida
Salvar ni por carambola.

Allá no hay misericordia
230 Ni esperanza que tener
El indio es de parecer
Que siempre matar se debe
Pues la sangre que no bebe
Le gusta verla correr.

235 Cruz se dispuso a morir
Peliando y me convidó
Aguantemos dije yo
El fuego hasta que nos queme
Menos los peligros teme
240 Quien más veces los venció.

Se debe ser más prudente
Cuanto el peligro es mayor;
Siempre se salva mejor
Andando con alvertencia,
245 Porque no está la prudencia
Reñida con el valor.

Vino al fin el lenguaraz
Como a trairnos el perdón,
Nos dijo –“La salvación
250 Se la deben a un cacique,
Me manda que les explique
Que se trata de un malón”.

- “Les ha dicho a los demás
Que ustedes queden cautivos
255 Por si cain algunos vivos
En poder de los cristianos,
Rescatar a sus hermanos
Con estos dos fugitivos”.
- Volvieron al parlamento
260 A tratar de sus alianzas,
O tal vez de las matanzas,
Y conforme les detallo
Hicieron cerco a caballo
Recostándose en las lanzas.
- 265 Dentra al centro un indio viejo
Y allí a lengüetiar se larga,
Quién sabe qué les encarga,
Pero toda la riunión
Lo escuchó con atención
270 Lo menos tres horas largas.
- Pegó al fin tres alaridos
Y ya principia otra danza;
Para mostrar su pujanza
Y dar pruebas de jinete
275 Dio riendas rayando el flete
Y revoliando la lanza.
- Recorre luego la fila,
Frente a cada indio se para,
Lo amenaza cara a cara
280 Y en su juria aquel maldito
Acompaña con su grito
El cimbrar de la tacuara.
- Se vuelve aquello un incendio
Más feo que la mesma guerra
285 Entre una nube de tierra

Se hizo allí una mescolanza,
De potros, indios y lanzas
Con alaridos que aterran.

290 Parece un baile de fieras,
Sigún yo me lo imagino
Era inmenso el remolino
Las voces aterradoras
Hasta que al fin de dos horas
Se aplacó aquel torbellino.

295 De noche formaban cerco
Y en el centro nos ponían
Para mostrar que querían
Quitarnos toda esperanza
Ocho y diez filas de lanzas
300 Alrededor nos hacían.

Allí estaban vigilantes
Cuidándonos a porfía,
Cuando roncar parecían
“*Huaincá*” gritaba cualquiera,
305 Y toda la fila entera
“*Huaincá*” - “*Huaincá*” repetía.

Pero el indio es dormilón
Y tiene un sueño projundo
Es roncadador sin segundo
310 Y en tal confianza es su vida,
Que ronca a pata tendida
Aunque se dé güelta el mundo.

Nos averiguaban todo
Como aquel que se previene
315 Porque siempre les conviene
Saber las juerzas que andan,
Dónde están, quiénes las mandan,
Qué caballos y armas tienen.

A cada respuesta nuestra
320 Uno hace una exclamación
Y luego en continuación
Aquellos indios feroces
Cientos y cientos de voces
Repiten el mismo son.

325 Y aquella voz de uno solo
Que empieza por un gruñido
Llega hasta ser alarido
De toda la muchedumbre
Y ansí alquieren la costumbre
330 De pegar esos bramidos.

3

De ese modo nos hallamos
Empeñaos en la partida
No hay que darla por perdida
Por dura que seá la suerte;
335 Ni que pensar en la muerte,
Sinó en soportar la vida.

Se endurece el corazón
No teme peligro alguno
Por encontrarlo oportuno
340 Allí juramos los dos:
Respetar tan solo a Dios
De Dios abajo, a ninguno.

El mal es árbol que crece
Y que cortado retoña
345 La gente esperta o bisoña
Sufre de infinitos modos
La tierra es madre de todos,
Pero también da ponzoña.

Mas todo varón prudente
350 Sufre tranquilo sus males
Yo siempre los hallo iguales
En cualquier senda que elijo
La desgracia tiene hijos
Aunque ella no tiene madre.

355 Y al que le toca la herencia
Donde quiera halla su ruina
Lo que la suerte destina
No puede el hombre evitar
Porque el cardo ha de pinchar
360 Es que nace con espina.

Es el destino del pobre
Un continuo zafarrancho,
Y pasa como el carancho
Porque el mal nunca se sacia
365 Si el viento de la desgracia
Vuela las pajas del rancho.

Mas quien manda los pesares
Manda también el consuelo
La luz que baja del cielo
370 Alumbra al más encumbrao,
Y hasta el pelo más delgao
Hace su sombra en el suelo.

Pero por más que uno sufra
Un rigor que lo atormente
375 No debe bajar la frente
Nunca- por ningún motivo-
El álamo es más altivo
Y gime constantemente.

El indio pasa la vida
380 Robando o echao de panza
La única ley es la lanza

A que se ha de someter
Lo que le falta en saber
Lo suple con desconfianza.

385 Fuera cosa de engazarlo
A un indio caritativo
Es duro con el cautivo,
Le dan un trato horroroso
Es astuto y receloso,
390 Es audaz y vengativo.

No hay que pedirle favor
Ni que aguardar tolerancia
Movidos por su inorancia
Y de puro desconfiaos
395 Nos pusieron separaos
Bajo sutil vigilancia

No pude tener con Cruz
Ninguna conversación
No nos daban ocasión,
400 Nos trataban como ajenos
Como dos años lo menos
Duró esta separación.

Relatar nuestras penurias
Fuera alargar el asunto
405 Les diré sobre este punto
Que a los dos años recién
Nos hizo el cacique el bien
De dejarnos vivir juntos.

Nos retiramos con Cruz
410 A la orilla de un pajal
Por no pasarlo tan mal
En el desierto infinito,
Hicimos como un bendito
Con dos cueros de bagual

415 Fuimos a esconder allí
Nuestra pobre situación
Aliviando con la unión
Aquel duro cautiverio
Tristes como un cementerio

420 Al toque de la oración.

Debe el hombre ser valiente
Si a rodar se determina,
Primero, cuando camina;
Segundo, cuando descansa,
425 Pues en aquellas andanzas
Perece el que se acoquina.

Quando es manso el ternerito
En cualquier vaca se priende
El que es gaucho esto lo entiende
430 Y ha de entender si le digo,
Que andábamos con mi amigo
Como pan que no se vende

Guarecidos en el toldo
Charlábamos mano a mano
435 Éramos dos veteranos
Mansos pa las sabandijas,
Arrumbaos como cubijas
Cuando calienta el verano.

El alimento no abunda
440 Por más empeño que se haga;
Lo pasa uno como plaga,
Ejercitando la industria
Y siempre como la nutria
Viviendo a orillas del agua.

445 En semejante ejercicio
Se hace diestro el cazador
Cai el piche engordador,

Cai el pájaro que trina
Todo bicho que camina
450 Va a parar al asador

Pues allí a los cuatro vientos
La persecución se lleva,
Nadie escapa de la leva
Y dende que la alba asoma
455 Ya recorre uno la loma,
El bajo, el nido y la cueva.

El que vive de la caza
A cualquier bicho se atreve
Que pluma o cáscara lleve,
460 Pues cuando la hambre se siente
El hombre le clava el diente
A todo lo que se mueve.

En las sagradas alturas
Está el máestro principal,
465 Que enseña a cada animal
A procurarse el sustento
Y le brinda el alimento
A todo ser racional.

Y aves, y bichos y pejes,
470 Se mantienen de mil modos;
Pero el hombre en su acomodo
Es curioso de oserver:
Es el que sabe llorar
Y es el que los come a todos.

4

475 Antes de aclarar el día
Empieza el indio a aturdir
La pampa con su rugir,

Y en alguna madrugada,
Sin que sintiéramos nada
480 Se largaban a invadir.

Primero entierran las prendas
En cuevas como peludos;
Y aquellos indios cerdudos
Siempre llenos de recelos
485 En los caballos en pelos
Se vienen medio desnudos.

Para pegar el malón
El mejor flete procuran
Y como es su arma segura
490 Vienen con la lanza sola,
Y varios pares de bolas
Atados a la cintura.

De ese modo anda liviano,
No fatiga el mancarrón;
495 Es su espuela en el malón,
Después de bien afilao
Un cuernito de venao
Que se amarra en el garrón.

El indio que tiene un pingo
500 Que se llega a distinguir,
Lo cuida hasta pa dormir;
De ese cuidao es esclavo
Se lo alquila a otro indio bravo
Cuando vienen a invadir.

505 Por vigilarlo no come
Y ni aun el sueño concilia
Solo en eso no hay desidia,
De noche, les asiguro,
Para tenerlo seguro
510 Le hace cerco la familia.

Por eso habrán visto ustedes,
Si en el caso se han hallao,
Y si no lo han oservao
Ténganlo dende hoy presente
515 Que todo pampa valiente
Anda siempre bien montao.

Marcha el indio a trote largo
Paso que rinde y que dura;
Viene en dirección sigura
520 Y jamás a su capricho
No se les escapa bicho
En la noche más oscura.

Caminan entre tinieblas
Con un cerco bien formao;
525 Lo estrechan con gran cuidao
Y agarran al aclarar
Ñanduces, gamas, venaos
Cuanto ha podido dentrar.

Su señal es un humito
530 Que se eleva muy arriba
Y no hay quien no lo aperciba
Con esa vista que tienen
De todas partes se vienen
A engrosar la comitiva.

535 Ansina se van juntando,
Hasta hacer esas riuniones
Que cain en las invasiones
En número tan crecido
Para formarla han salido
540 De los últimos rincones.

Es guerra cruel la del indio
Porque viene como fiera;
Atropella donde quiera

Y de asolar no se cansa
545 De su pingo y de su lanza
Toda salvación espera.

Debe atarse bien la faja
Quien a guardarlo se atreva;
Siempre mala intención lleva,
550 Y como tiene alma grande
No hay plegaria que lo ablande
Ni dolor que lo conmueva.

Odia de muerte al cristiano,
Hace guerra sin cuartel
555 Para matar es sin yel,
Es fiero de condición
No gólpea la compasión
En el pecho del infiel.

Tiene la vista del águila,
560 Del león la temeridá
En el desierto no habrá
Animal que él no lo entienda
Ni fiera de que no aprienda
Un istinto de crueldá.

565 Es tenaz en su barbarie,
No esperen verlo cambiar,
El déseo de mejorar
En su rudeza no cabe
El bárbaro solo sabe
570 Emborracharse y peliar.

El indio nunca se ríe
Y el pretenderlo es en vano,
Ni cuando festeja ufano
El triunfo en sus correrías-

575 La risa en sus alegrías
Le pertenece al cristiano.

Se cruzan por el desierto
Como un animal feroz
Dan cada alarido atroz

580 Que hace erizar los cabellos,
Parece que a todos ellos
Los ha maldecido Dios.

Todo el peso del trabajo
Lo dejan a las mujeres

585 El indio es indio y no quiere
Apiar de su condición,
Ha nacido indio ladrón
Y como indio ladrón muere.

El que envenenen sus armas

590 Les mandan sus hechiceras
Y como ni a Dios veneran
Nada a los pampas contiene
Hasta los nombres que tienen
Son de animales y fieras.

595 Y son, por ¡Cristo bendito!
Lo más desasiasos del mundo
Esos indios vagabundos,
Con repunancia me acuerdo,
Viven lo mismo que el cerdo

600 En esos toldos inmundos.

Naides puede imaginar
Una miseria mayor
Su pobreza causa horror
No sabe aquel indio bruto

605 Que la tierra no da fruto
Si no la riega el sudor.

5

Aquel desierto se agita
Cuando la invasión regresa
Llevan miles de cabezas
610 De vacuno y yeguarizo,
Pa no afligirse es preciso
Tener bastante firmeza.

Aquello es un hervidero
De pampas- un celemín
615 Cuando riunen el botín
Juntando toda la hacienda,
Es cantidá tan tremenda
Que no alcanza a verse el fin.

Vuelven las chinas cargadas
620 Con las prendas en montón;
Aflige esa destrucción
Acomodaos en cargueros
Llevan negocios enteros
Que han saquiado en la invasión.

625 Su pretensión es robar,
No quedar en el pantano
Viene a tierra de cristianos
Como furia del infierno;
No se llevan al gobierno
630 Porque no lo hallan a mano.

Vuelven locos de contentos
Cuando han venido a la fija
Antes que ninguno elija
Empiezan con todo empeño,
635 Como dijo un santiagueño,
A hacerse *la repartija*.

Se reparten el botín
Con igualdá, sin malicia;
No muestra el indio codicia,
640 Ninguna falta comete
Solo en esto se somete
A una regla de justicia.

Y cada cual con lo suyo
A sus toldos enderieza
645 Luego la matanza empieza
Tan sin razón ni motivo,
Que no queda animal vivo
De esos miles de cabezas.

Y satisfecho el salvaje
650 De que su oficio ha cumplido
Lo pasa por ahí tendido
Volviendo a su haraganiar
Y entra la china a cueriar
Con un afán desmedido.

655 A veces a tierra adentro
Algunas puntas se llevan,
Pero hay pocos que se atreven
A hacer esas incursiones,
Porque otros indios ladrones
660 Les suelen pelar la breva.

Pero pienso que los pampas
Deben de ser los más rudos
Aunque andan medio desnudos
Ni su conveniencia entienden,
665 Por una vaca que venden
Quinientas matan al ñudo.

Estas cosas y otras piores
Las he visto muchos años;
Pero si yo no me engaño

670 Concluyó ese vandalaje,
Y esos bárbaros salvajes
No podrán hacer más daño.

Las tribus están deshechas;
Los caciques más altivos
675 Están muertos o cautivos
Privaos de toda esperanza,
Y de la chusma y de lanza
Ya muy pocos quedan vivos.

Son salvajes por completo
680 Hasta pa su diversión
Pues hacen una junción
Que naides se la imagina;
Recién le toca a la china
El hacer su papelón.

685 Cuanto el hombre es más salvaje
Trata pior a la mujer
Yo no sé que pueda haber
Sin ella dicha ni goce
¡¡Feliz el que la conoce
690 Y logra hacerse querer!!

Todo el que entiende la vida
Busca a su lao los placeres
Justo es que las considere
El hombre de corazón;
695 Solo los cobardes son
Valientes con las mujeres.

Pa servir a un desgraciao
Pronta la mujer está
Cuando en su camino va
700 No hay peligro que la asuste;
Ni hay una a quien no le guste
Una obra de caridá.

No se hallará una mujer
A la que esto no le cuadre
705 Yo alabo al Eterno Padre
No porque las hizo bellas,
Sino porque a todas ellas
Les dio corazón de madre.

Es piadosa y diligente
710 Y sufrida en los trabajos:
Tal vez su valer rebajo
Aunque la estimo bastante;
Mas los indios inorantes
La tratan al estropajo.

715 Echan la alma trabajando
Bajo el más duro rigor
El marido es su señor,
Como tirano la manda
Porque el indio no se ablanda
720 Ni siquiera en el amor.

No tiene cariño a naides
Ni sabe lo que es amar
¡Ni qué se puede esperar
De aquellos pechos de bronce!
725 Yo los conocí al llegar
Y los calé dende entonces.

Mientras tiene qué comer
Permanece sosegao
Yo que en sus toldos he estao
730 Y sus costumbres oservo
Digo que es como aquel cuervo
Que no volvió del mandao.

Es para él como juguete
Escupir un crucifijo
735 Pienso que Dios los maldijo

Y ansina el ñudo desato;
El indio, el cerdo y el gato,
Redaman sangre del hijo.

Mas ya con cuentos de pampas
740 No ocuparé su atención
Debo pedirles perdón
Pues sin querer me distraje,
Por hablar de los salvajes
Me olvidé de la junción.

745 Hacen un cerco de lanzas,
Los indios quedan ajuera
Dentra la china ligera
Como yeguada en la trilla,
Y empieza allí la cuadrilla
750 A dar güeltas en la era.

A un lao están los caciques,
Capitanejos y el trompa;
Tocando con toda pompa
Como un toque de fajina;
755 Adentro muere la china,
Sin que aquel círculo rompa.

Muchas veces se les oyen
A las pobres los quejidos;
Mas son lamentos perdidos
760 Alrededor del cercao
En el suelo están mamaos
Los indios dando alaridos.

Su canto es una palabra
Y de ahi no salen jamás
765 Llevan todas el compás
Ioká-ioká repitiendo,
Me parece estarlas viendo
Más fieras que Satanás.

Al trote dentro del cerco,
770 Sudando, hambrientas, juriosas,
Desgreñadas y rotosas
De sol a sol se lo llevan
Bailan, aunque truene o llueva,
Cantando la misma cosa.

6

775 El tiempo sigue en su giro
Y nosotros solitarios,
De los indios sanguinarios
No téniamos qué esperar
El que nos salvó al llegar
780 Era el más hospitalario.

Mostró noble corazón,
Cristiano anhelaba ser
La justicia es un deber,
Y sus méritos no callo,
785 Nos regaló unos caballos
Y a veces nos vino a ver.

A la voluntá de Dios
Ni con la intención resisto
Él nos salvó... pero, ah ¡Cristo!
790 Muchas veces he deseado
No nos hubiera salvado
Ni jamás haberlo visto.

Quien reciba beneficios
Jamás los debe olvidar;
795 Y al que tiene que rodar
En su vida trabajosa,
Le pasan a veces cosas
Que son duras de pelar.

Voy dentrando poco a poco
800 En lo triste del pasaje
Cuando es amargo el brebaje
El corazón no se alegra,
Dentró una virgüela negra
Que los diezmó a los salvajes.

805 Al sentir tal mortandá
Los indios desesperaos,
Gritaban alborotaos
“*Cristiano echando gualicho*”
No quedó en los toldos bicho
810 Que no salió redotao.

Sus remedios son secretos,
Los tienen las adivinas
No los conocen las chinas
Sinó alguna ya muy vieja,
815 Y es la que los aconseja
Con mil embustes la indina.

Allí soporta el paciente
Las terribles curaciones
Pues a golpes y estrujones
820 Son los remedios aquellos
Lo agarran de los cabellos
Y le arrancan los mechones.

Les hacen mil herejías
Que el presenciarlas da horror
825 Brama el indio de dolor
Por los tormentos que pasa;
Y untándolo todo en grasa
Lo ponen a hervir al sol.

Y puesto allí boca arriba
830 Alrededor le hacen fuego
Una china viene luego

Y al oído le da de gritos
Hay algunos tan malditos
Que sanan con este juego.

835 A otros les cuecen la boca
Aunque de dolores cruja
Lo agarran allí y lo estrujan,
Labios le quemán y dientes
Con un güevo bien caliente
840 De alguna gallina bruja.

Conoce el indio el peligro
Y pierde toda esperanza
Si a escapárseles alcanza
Dispara como una liebre
845 Le da delirios la fiebre
Y ya le cain con la lanza.

Esas fiebres son terribles,
Y aunque de esto no disputo,
Ni de saber me reputo,
850 Será, decíamos nosotros,
De tanta carne de potro
Como comen estos brutos.

Habia un gringuito cautivo
Que siempre hablaba del barco
855 Y lo ahugaron en un charco
Por causante de la peste
Tenia los ojos celestes
Como potrillito zarco.

Que le dieran esa muerte
860 Dispuso una china vieja;
Y aunque se aflije y se queja,
Es inútil que resista,
Ponia el infeliz la vista
Como la pone la oveja.

865 Nosotros nos alejamos
Para no ver tanto estrago
Cruz sentía los amagos
De la peste que reinaba
Y la idea nos acosaba
870 De volver a nuestros pagos.

Pero contra el plan mejor
El destino se revela
¡La sangre se me congela!
El que nos había salvado,
875 Cayó también atacado
De la fiebre y la virgüela.

Ya no pódiamos dudar
Al verlo en tal padecer
El fin que había de tener,
880 Y Cruz, que era tan humano:
“Vamos” me dijo, “paisano
A cumplir con un deber”.

Fuimos a estar a su lado
Para ayudarlo a curar
885 Lo vinieron a buscar
Y hacerle como a los otros;
Lo defendimos nosotros,
No lo dejamos lanzar.

Iba creciendo la plaga
890 Y la mortandá seguía;
A su lado nos tenía
Cuidándolo con pacencia
Pero acabó su existencia
Al fin de unos pocos días.

895 El recuerdo me atormenta,
Se renueva mi pesar
Me dan ganas de llorar

Nada a mis penas igualo;
Cruz también cayó muy malo
900 Ya para no levantar.

Todos pueden figurarse
Cuánto tuve que sufrir;
Yo no hacia sinó gemir
Y aumentaba mi aflicción,
905 No saber una oración
Pa ayudarlo a bien morir.

Se le pasmó la virgüela,
Y el pobre estaba en un grito
Me recomendó un hijito
910 Que en su pago habia dejado,
“Ha quedado abandonado
Me dijo, aquel pobrecito”.

“Si vuelve, busquemeló”
Me repetia a media voz
915 “En el mundo éramos dos
Pues él ya no tiene madre:
Que sepa al fin de su Padre
Y encomiende mi alma a Dios”.

Lo apretaba contra el pecho
920 Dominao por el dolor
Era su pena mayor
El morir allá entre infieles
Sufriendo dolores crueles
Entregó su alma al Criador.

925 De rodillas a su lado
¡Yo lo encomendé a Jesús!
Faltó a mis ojos la luz
Tuve un terrible desmayo
Cai como herido del rayo
930 Cuando lo vi muerto a Cruz.

Aquel bravo compañero
En mis brazos espiró;
Hombre que tanto sirvió,
Varón que fue tan prudente,
935 Por humano y por valiente
En el desierto murió.

Y yo, con mis propias manos
Yo mesmo lo sepulté
A Dios por su alma rogué
940 De dolor el pecho lleno
Y humedeció aquel terreno
El llanto que redamé.

Cumplí con mi obligación,
No hay falta de que me acuse,
945 Ni deber de que me escuse
Aunque de dolor sucumba
Allá señala su tumba
Una cruz que yo le puse.

Andaba de toldo en toldo
950 Y todo me fastidiaba
El pesar me dominaba
Y entregao al sentimiento,
Se me hacia cada momento
Oír a Cruz que me llamaba.

955 Cual más, cual menos los criollos
Sabén lo que es amargura
En mi triste desventura
No encontraba otro consuelo
Que ir a tirarme en el suelo
960 Al lao de su sepultura.

Allí pasaba las horas
Sin haber naides conmigo
Teniendo a Dios por testigo
Y mis pensamientos fijos
965 En mi mujer y mis hijos,
En mi pago y en mi amigo.

Privado de tantos bienes
Y perdido en tierra ajena
Parece que se encadena
970 El tiempo y que no pasara,
Como si el sol se parara
A contemplar tanta pena.

Sin saber qué hacer de mí
Y entregado a mi aflicción,
975 Estando allí una ocasión,
Del lado que venia el viento
Oí unos tristes lamentos
Que llamaron mi atención.

No son raros los quejidos
980 En los toldos del salvaje,
Pues aquel es vandalaje
Donde no se arregla nada
Sino a lanza y puñalada
A bolazos y a coraje.

985 No preciso juramento
Deben creerle a Martín Fierro
He visto en ese destierro
A un salvaje que se irrita,
Degollar a una chinita
990 Y tirársela a los perros.

He presenciado martirios
He visto muchas crueldades
Crímenes y atrocidades

Que el cristiano no imagina;
995 Pues ni el indio ni la china
Sabe lo que son piedades.

Quise curiosiar los llantos
Que llegaban hasta mí,
Al punto me dirigí
1000 Al lugar de ande venían
¡Me horroriza todavía
El cuadro que descubrí!

Era una infeliz mujer
Que estaba de sangre llena
1005 Y como una Madalena
Lloraba con toda gana,
Conocí que era cristiana
Y esto me dio mayor pena.

Cauteloso me acerqué
1010 A un indio que estaba al lao;
Porque el pampa es desconfiao
Siempre de todo cristiano,
Y vi que tenia en la mano
El rebenque ensangrentao.

8

1015 Más tarde supe por ella,
De manera positiva,
Que dentró una comitiva
De pampas a su partido,
Mataron a su marido
1020 Y la llevaron cautiva.

En tan dura servidumbre
Hacian dos años que estaba
Un hijito que llevaba

- A su lado lo tenía
1025 La china la aborrecía
Tratándola como esclava.
- Deseaba para escaparse
Hacer una tentativa
Pues a la infeliz cautiva
1030 Naidés la va a redimir,
Y allí tiene que sufrir
El tormento mientras viva.
- Aquella china perversa
Dende el punto que llegó,
1035 Crueldá y orgullo mostró
Porque el indio era valiente
Usaba un collar de dientes
De cristianos que él mató.
- La mandaba trabajar,
1040 Poniendo cerca a su hijito
Tiritando y dando gritos
Por la mañana temprano,
Atado de pies y manos
Lo mesmo que un corderito.
- 1045 Así le imponía tarea
De juntar leña y sembrar
Viendo a su hijito llorar,
Y hasta que no terminaba,
La china no la dejaba
1050 Que le diera de mamar.
- Cuando no tenían trabajo
La prestaban a otra china
Naidés, decía, se imagina,
Ni es capaz de presumir
1055 Cuánto tiene que sufrir
La infeliz que está cautiva.

Si ven crecido a su hijito
Como de piedá no entienden,
Y a súplicas nunca atienden
Cuando no es este es el otro,
1060 Se lo quitan y lo venden
O lo cambian por un potro.

En la crianza de los suyos
Son bárbaros por demás,
1065 No lo habia visto jamás;
En una tabla los atan,
Los crían así, y les achatan
La cabeza por detrás.

Aunque esto parezca estraño,
1070 Ninguno lo ponga en duda:
Entre aquella gente ruda,
En su bárbara torpeza,
Es gala que la cabeza
Se les forme puntiaguda.

1075 Aquella china malvada
Que tanto la aborrecía,
Empezó a decir un día
Porque falleció una hermana,
Que sin duda la cristiana
1080 Le habia echado brujería.

El indio la sacó al campo
Y la empezó a amenazar
Que le habia de confesar
Si la brujeria era cierta;
1085 O que la iba a castigar
Hasta que quedara muerta.

Llora la pobre afligida
Pero el indio en su rigor
Le arrebató con furor

1090 Al hijo de entre sus brazos
Y del primer rebencazo
La hizo crujir de dolor.

Que aquel salvaje tan cruel
Azotándola seguía,
1095 Más y más se enfurecía
Cuanto más la castigaba,
Y la infeliz se atajaba
Los golpes como podía.

Que le gritó muy furioso
1100 “*Confechando no querés*”
La dio vuelta de un revés
Y por colmar su amargura,
A su tierna criatura
Se la degolló a los pies.

1105 Es increíble, me decía,
Que tanta fiereza exista
No habrá madre que resista,
Aquel salvaje inclemente
Cometió tranquilamente
1110 Aquel crimen a mi vista.

Esos horrores tremendos
No los inventa el cristiano
Ese bárbaro inhumano
Sollozando me lo dijo,
1115 “Me amarró luego las manos
Con las tripitas de mi hijo”.

9

De ella fueron los lamentos
Que en mi soledá escuché
En cuanto al punto llegué

1120 Quedé enterado de todo
Al mirarla de aquel modo
Ni un instante tutubíé.

Toda cubierta de sangre
Aquella infeliz cautiva,
1125 Tenia dende abajo arriba
La marca de los lazazos,
Sus trapos hechos pedazos
Mostraban la carne viva.

Alzó los ojos al cielo
1130 En sus lágrimas bañada,
Tenia las manos atadas
Su tormento estaba claro;
Y me clavó una mirada
Como pidiéndome amparo.

1135 Yo no sé lo que pasó
En mi pecho en ese instante,
Estaba el indio arrogante
Con una cara feroz:
Para entendernos los dos
1140 La mirada fue bastante.

Pegó un brinco como gato
Y me ganó la distancia
Aprovechó esa ganancia
Como fiera cazadora
1145 Desató las boliadoras
Y aguardó con vigilancia.

Aunque yo iba de curioso
Y no por buscar contienda,
Al pingo le ató la rienda,
1150 Eché mano dende luego
A este que no yerra fuego,
Y ya se armó la tremenda.

El peligro en que me hallaba
Al momento conocí
1155 Nos mantuvimos así,
Me miraba y lo miraba;
Yo, al indio le desconfiaba
Y él me desconfiaba a mí.

Se debe ser precavido
1160 Cuando el indio se agazape
En esa postura el tape
Vale por cuatro o por cinco
Como el tigre es para el brinco
Y fácil que a uno lo atrape.

1165 Peligro era atropellar
Y era peligro el juir;
Y más peligro seguir
Esperando de este modo,
Pues otros podían venir
1170 Y carníarme allí entre todos.

A juerza de precaución
Muchas veces he salvado,
Pues en un trance apurado
Es mortal cualquier descuido
1175 Si Cruz hubiera vivido
No habría tenido cuidado.

Un hombre junto con otro
En valor y en juerza crece
El temor desaparece,
1180 Escapa de cualquier trampa
Entre dos, no digo a un pampa,
A la tribu si se ofrece.

En tamaña incertidumbre
En trance tan apurado,
1185 No podía por de contado

Escaparme de otra suerte,
Sinó dando al indio muerte
O quedando allí estirado.

Y como el tiempo pasaba
1190 Y aquel asunto me urgía,
Viendo que él no se movía,
Me fui medio de soslayo
Como a agarrarle el caballo
A ver si se me venía.

1195 Así fue, no aguardó más
Y me atropelló el salvaje
Es preciso que se ataje
Quien con el indio pelee
El miedo de verse a pie

1200 Aumentaba su coraje.

En la dentrada no más
Me largó un par de bolazos
Uno me tocó en un brazo
Si me da bien, me lo quiebra
1205 Pues las bolas son de piedra
Y vienen como balazo.

A la primer puñalada
El pampa se hizo un ovillo
Era el salvaje más pillo
1210 Que he visto en mis correrías,
Y a más de las picardías
Arisco para el cuchillo.

Las bolas las manejaba
Aquel bruto con destreza,
1215 Las recogía con presteza
Y me las volvía a largar,
Haciéndomelas silbar
Arriba de la cabeza.

Aquel indio, como todos,
1220 Era cauteloso... ¡ahijuna!
Ahi me valió la fortuna
De que peliando se apotra
Me amenazaba con una,
Y me largaba con otra.

1225 Me sucedió una desgracia
En aquel percance amargo,
En momentos que lo cargo
Y que él reculando va
Me enredé en el chiripá
1230 Y cai tirao largo a largo.

Ni pa encomendarme a Dios
Tiempo el salvaje me dio;
Cuanto en el suelo me vio
Me saltó con ligereza
1235 Juntito de la cabeza
El bolazo retumbó.

Ni por respeto al cuchillo
Dejó el indio de apretarme
Allí pretende ultimarme
1240 Sin dejarme levantar
Y no me daba lugar
Ni siquiera a enderezarme.

De balde quiero moverme
Aquel indio no me suelta
1245 Como persona resuelta
Toda mi juerza ejecuto
Pero abajo de aquel bruto
No podia ni darme güelta.

¡Bendito Dios poderoso,
1250 Quién te puede comprender!
Cuando a una débil mujer

Le diste en esa ocasión
La juerza que en un varón
Tal vez no pudiera haber.

1255 Esa infeliz tan llorosa
Viendo el peligro se anima
Como una flecha se arrima
Y olvidando su aflicción,
Le pegó al indio un tirón
1260 Que me lo sacó de encima.

Ausilio tan generoso
Me libertó del apuro
Si no es ella, de seguro
Que el indio me sacrifica
1265 Y mi valor se duplica
Con un ejemplo tan puro.

En cuanto me enderecé
Nos volvimos a topar
No se podía descansar
1270 Y me chorriaba el sudor
En un apuro mayor
Jamás me he vuelto a encontrar.

Tampoco yo le daba alce
Como deben suponer
1275 Se habia aumentao mi quehacer
Para impedir que el brutazo,
Le pegara algún bolazo
De rabia a aquella mujer

La bola en manos del indio
1280 Es terrible y muy ligera
Hace de ella lo que quiera
Saltando como una cabra
Mudos- sin decir palabra,
Peliábamos como fieras.

1285 Aquel duelo en el desierto
Nunca, jamás se me olvida,
Iba jugando la vida
Con tan terrible enemigo,
Teniendo allí de testigo
1290 A una mujer afligida.

Cuanto él más se enfurecía
Yo más me empiezo a calmar;
Mientras no logra matar
El indio no se desfoga;
1295 El fin le corté una sogá
Y lo empecé a aventajar.

Me hizo sonar las costillas
De un bolazo aquel maldito;
Y al tiempo que le di un grito
1300 Y le dentro como bala,
Pisa el indio, y se refala
En el cuerpo del chiquito.

Para esplicar el misterio
Es muy escasa mi cencia
1305 Lo castigó, en mi concencia,
Su Divina Majestá
Donde no hay casualidá
Suele estar la Providencia.

En cuanto trastabilló
1310 Más de firme lo cargué,
Y aunque de nuevo hizo pie
Lo perdió aquella pisada;
Pues en esa atropellada
En dos partes lo corté.

1315 Al sentirse lastimao
Se puso medio afligido
Pero era indio decidido,

Su valor no se quebranta
Le salian de la garganta
1320 Como una especie de aullidos.

Lastimao en la cabeza
La sangre lo enceguecía;
De otra herida le salía
Haciendo un charco ande estaba
1325 Con los pies la chapaliaba
Sin aflojar todavía.

Tres figuras imponentes
Formábamos aquel terno:
Ella en su dolor materno,
1330 Yo con la lengua dejuera,
Y el salvaje como fiera
Disparada del infierno.

Iba conociendo el indio
Que tocaban a degüello
1335 Se le erizaba el cabello
Y los ojos revolvía
Los labios se le perdían
Cuando iba a tomar resuello.

En una nueva dentrada
1340 Le pegué un golpe sentido,
Y al verse ya mal herido,
Aquel indio furibundo
Lanzó un terrible alarido
Que retumbó como un ruido
1345 Si se sacudiera el mundo.

Al fin de tanto lidiar
En el cuchillo lo alcé
En peso lo levanté
Aquel hijo del desierto

1350 Ensartado lo llevé,
Y allá recién lo largué
Cuando ya lo sentí muerto.

Me persiné dando gracias
De haber salvado la vida:
1355 Aquella pobre afligida
De rodillas en el suelo,
Alzó sus ojos al Cielo
Sollozando dolorida.

Me hiqué también a su lado
1360 A dar gracias a mi Santo
En su dolor y quebranto
Ella, a la Madre de Dios,
Le pide en su triste llanto
Que nos ampare a los dos.

1365 Se alzó con pausa de leona
Cuando acabó de implorar,
Y sin dejar de llorar
Envolvió en unos trapitos
Los pedazos de su hijito
1370 Que yo le ayudé a juntar.

10

Dende ese punto era juerza
Abandonar el desierto,
Pues me hubieran descubierto,
Y aunque lo maté en pelea,
1375 De fijo que me lancean
Por vengar al indio muerto.

A la afligida cautiva
Mi caballo le ofrecí
Era un pingo que alquirí,

1380 Y donde quiera que estaba
En cuanto yo lo silbaba
Venía a refregarse a mí.

Yo me le senté al del pampa;
Era un oscuro tapao
1385 Cuando me hallo bien montao
De mis casillas me salgo
Y era un pingo como galgo
Que sabía correr boliao.

Para correr en el campo
1390 No hallaba ningún tropiezo
Los ejercitan en eso
Y los ponen como luz,
De dentrarle a un avestruz
Y boliar bajo el pescuezo.

1395 El pampa educa al caballo
Como para un entrevero
Como rayo es de ligero
En cuanto el indio lo toca
Y como trompo en la boca,
1400 Da güeltas sobre de un cuero.

Lo várea en la madrugada
Jamás falta a este deber
Luego lo enseña a correr
Entre fangos y guadales
1405 ¡Ansina esos animales
Es cuanto se puede ver!

En el caballo de un pampa
No hay peligro de rodar
Jue pucha- y pa disparar
1410 Es pingo que no se cansa
Con prolijidá lo amansa
Sin dejarlo corcoviar.

Pa quitarle las cosquillas
Con cuidao lo manosea,
1415 Horas enteras emplea,
Y por fin, solo lo deja,
Cuando agacha las orejas
Y ya el potro ni cocea.

Jamás le sacude un golpe
1420 Porque lo trata al bagual
Con pacencia sin igual,
Al domarlo no le pega,
Hasta que al fin se le entrega
Ya dócil el animal

1425 Y aunque ya sobre los bastos
Me sé sacudir el polvo
A esa costumbre me amoldo
Con pacencia lo manejan
Y al día siguiente lo dejan
1430 Rienda arriba junto al toldo.

Ansí todo el que procure
Tener un pingo modelo
Lo ha de cuidar con desvelo,
Y debe impedir también
1435 El que de golpes le den
O tironén en el suelo.

Muchos quieren dominarlo
Con el rigor y el azote,
Y si ven al chafalote
1440 Que tiene trazas de malo,
Lo embraman en algún palo
Hasta que se descogote.

Todos se vuelven pretestos
Y güeltas para ensillarlos
1445 Dicen que es por quebrantarlos,

Mas comprende cualquier bobo
Que es de miedo del corcovo
Y no quieren confesarlo.

El animal yeguarizo,
1450 Perdónenme esta alvertencia,
Es de mucha conocencia
Y tiene mucho sentido
Es animal consentido
Lo cautiva la pacencia.

1455 Aventaja a los demás
El que estas cosas entienda
Es bueno que el hombre aprienda,
Pues hay pocos domadores,
Y muchos frangolladores
1460 Que andan de bozal y rienda.

Me vine como les digo
Trayendo esa compañera
Marchamos la noche entera
Haciendo nuestro camino
1465 Sin más rumbo que el destino
Que nos llevara ande quiera.

Al muerto, en un pajonal
Habia tratao de enterrarlo,
Y después de maniobrarlo
1470 Lo tapé bien con las pajas,
Para llevar de ventaja
Lo que emplearan en hallarlo.

En notando nuestra ausencia
Nos habian de perseguir
1475 Y al decidirme a venir
Con todo mi corazón
Hice la resolución
De peliar hasta morir.

Es un peligro muy serio
1480 Cruzar juyendo el desierto
Muchísimos de hambre han muerto
Pues en tal desasosiego
No se puede ni hacer fuego
Para no ser descubierto.

1485 Solo el albitrio del hombre
Puede ayudarlo a salvar
No hay auxilio que esperar,
Solo de Dios hay amparo
En el desierto es muy raro
1490 Que uno se pueda escapar.

¡Todo es cielo y horizonte
En inmenso campo verde!
¡Pobre de aquel que se pierde
O que su rumbo estravea!
1495 Si alguien cruzarlo desea
Este consejo recuerde.

Marque su rumbo de día
Con toda fidelidá
Marche con puntualidá
1500 Siguiéndolo con fijeza,
Y si duerme, la cabeza
Ponga para el lao que va.

Oserve con todo esmero
Adonde el sol aparece,
1505 Si hay ñebolina y le entorpece
Y no lo puede oserver,
Guárdese de caminar
Pues quien se pierde perece.

Dios les dio istintos sutiles
1510 A toditos los mortales
El hombre es uno de tales

Y en las llanuras aquellas
Lo guían el sol, las estrellas,
El viento y los animales.

- 1515 Para ocultarnos de día
A la vista del salvaje,
Ganábamos un paraje
En que algún abrigo hubiera
A esperar que anoheciera
1520 Para seguir nuestro viaje.

- Penurias de toda clase
Y miseras padecimos
Varias veces no comimos
O comimos carne cruda.
1525 Y en otras, no tengan duda,
Con reices nos mantuvimos.

- Después de mucho sufrir
Tan peligrosa inquietú
Alcanzamos con salú
1530 A divisar una sierra,
Y al fin pisamos la tierra
En donde crece el Ombú.

- Nueva pena sintió el pecho
Por Cruz, en aquel paraje
1535 Y en humilde vasallaje
A la majestá infinita,
Besé esta tierra bendita
Que ya no pisa el salvaje.

- Al fin la misericordia
1540 De Dios, nos quiso amparar;
Es preciso soportar
Los trabajos con costancia
Alcanzamos una Estancia
Después de tanto penar.

- 1545 Ahi mesmo me despedí
De mi infeliz compañera
“Me voy, le dije, ande quiera,
Aunque me agarre el gobierno,
Pues infierno por infierno
1550 Prefiero el de la frontera”.

- Concluyo esta relación,
Ya no puedo continuar,
Permítanme descansar:
Están mis hijos presentes,
1555 Y yo ansioso porque cuenten
Lo que tengan que contar

11

- Y mientras que tomo un trago
Pa refrescar el garguero
Y mientras tiempla el muchacho
1560 Y prepara su instrumento
Les contaré de qué modo
Tuvo lugar el encuentro
Me acerqué a algunas Estancias
Por saber algo de cierto,
1565 Creyendo que en tantos años
Esto se hubiera compuesto;
Pero cuanto saqué en limpio
Fue, que estábamos lo mesmo,
Así me dejaba andar
1570 Haciéndome el chacho rengo,
Porque no me convenía
Revolver el avispero;
Pues no inorarán ustedes
Que en cuentas con el gobierno
1575 Tarde o temprano lo llaman
Al pobre a hacer el arreglo.
-Pero al fin tuve la suerte
De hallar un amigo viejo,

Que de todo me informó,
 1580 Y por él supe al momento,
 Que el Juez que me perseguía
 Hacia tiempo que era muerto:
 Por culpa suya he pasado
 Diez años de sufrimiento,
 1585 Y no son pocos diez años
 Para quien ya llega a viejo.
 Y los he pasado así,
 Si en mi cuenta no me yerro:
 Tres años en la frontera,
 1590 Dos como gaucho matrero,
 Y cinco allá entre los Indios
 Hacen los diez que yo cuento.
 -Me dijo, a más ese amigo
 Que anduviera sin recelo,
 1595 Que todo estaba tranquilo,
 Que no perseguía el Gobierno;
 Que ya naides se acordaba
 De la muerte del moreno
 Aunque si yo lo maté
 1600 Mucha culpa tuvo el negro.
 Estuve un poco imprudente,
 Puede ser, yo lo confieso,
 Pero él me precipitó
 Porque me cortó primero
 1605 Y a más me cortó en la cara
 Que es un asunto muy serio.
 -Me aseguró el mismo amigo
 Que ya no había ni el recuerdo
 De aquel que en la pulpería
 1610 Lo dejé mostrando el sebo.
 Él, de engreido me buscó
 Yo ninguna culpa tengo;
 Él mismo vino a peliarme,
 Y tal vez me hubiera muerto
 1615 Si le tengo más confianza
 O soy un poco más lerdo

Fue suya toda la culpa
 Porque ocasionó el suceso.
 -Que ya no hablaban tampoco,
 1620 Me lo dijo muy de cierto,
 De cuando con la partida
 Llegué a tener el encuentro.
 Esa vez me defendí
 Como estaba en mi derecho,
 1625 Porque fueron a prenderme
 De noche y en campo abierto
 Se me acercaron con armas
 Y sin darme voz de preso
 Me amenazaron a gritos
 1630 De un modo que daba miedo
 Que iban a arreglar mis cuentas
 Tratándome de matrero,
 Y no era el jefe el que hablaba
 Sinó un cualquiera de entre ellos.
 1635 Y ese, me parece a mí
 No es modo de hacer arreglos,
 Ni con el que es inocente,
 Ni con el culpable menos.
 -Con semejantes noticias
 1640 Yo me puse muy contento
 Y me presenté ande quiera
 Como otros pueden hacerlo
 -De mis hijos he encontrado
 Solo a dos hasta el momento
 1645 Y de ese encuentro feliz
 Le doy las gracias al cielo.
 A todos cuantos hablaba
 Les preguntaba por ellos,
 Mas no me daba ninguno,
 1650 Razón de su paradero;
 Casualmente el otro día
 Llegó a mi conocimiento,
 De una carrera muy grande
 Entre varios estancieros

- 1655 Y fui como uno de tantos
Aunque no llevaba un medio.
No faltaban, ya se entiende
En aquel gauchaje inmenso
Muchos que ya conocían
- 1660 La historia de Martín Fierro;
Y allí estaban los muchachos
Cuidando unos parejeros
Cuando me oyeron nombrar
Se vinieron al momento,
- 1665 Diciéndome quiénes eran,
Aunque no me conocieron,
Porque venia muy aindiao
Y me encontraban muy viejo.
La junción de los abrazos
- 1670 De los llantos y los besos
Se deja pa las mujeres
Como que entienden el juego.
Pero el hombre que comprende
Que todos hacen lo mesmo,
- 1675 En público canta y baila
Abraza y llora en secreto.
Lo único que me han contado
Es que mi mujer ha muerto.
Que en procura de un muchacho
- 1680 Se fue la infeliz al pueblo,
Donde infinitas miserias
Habrá sufrido por cierto.
Que por fin a un hospital
Fue a parar medio muriendo,
- 1685 Y en ese abismo de males
Falleció al muy poco tiempo.
-Les juro que de esa pérdida
Jamás he de hallar consuelo;
Muchas lágrimas me cuesta
- 1690 Dende que supe el suceso.
Mas dejemos cosas tristes
Aunque alegrías yo no tengo;

Me parece que el muchacho
Ha templao y está dispuesto.
1695 Vamos a ver qué tal lo hace,
Y juzgar su desempeño
-Ustedes no los conocen,
Yo tengo confianza en ellos
No porque lleven mi sangre,
1700 Eso fuera lo de menos,
Sinó porque dende chicos
Han vivido padeciendo.
Los dos son aficionados
Les gusta jugar con fuego.
1705 Vamos a verlos correr
Son cojos... hijos de rengo.

EL HIJO MAYOR DE MARTÍN FIERRO

12

LA PENITENCIARIA

- Aunque el gajo se parece
Al árbol de donde sale,
Solía decirlo mi madre
- 1710 Y en su razón estoy fijo:
“Jamás puede hablar el hijo
Con la autoridad del padre”.
- Recordarán que quedamos
Sin tener dónde abrigarnos;
- 1715 Ni ramada ande ganarnos
Ni rincón ande meternos
Ni camisa que ponernos
Ni poncho con qué taparnos.
- Dichoso aquel que no sabe
- 1720 Lo que es vivir sin amparo;
Yo con verdá les declaro
Aunque es por demás sabido
Dende chiquito he vivido
En el mayor desamparo.
- 1725 No le merman el rigor
Los mismos que lo socorren
Tal vez porque no se borren
Los decretos del destino,
De todas partes lo corren
- 1730 Como ternero dañino.
- Y vive como los bichos
Buscando alguna rendija
El güérfano es sabandija
Que no encuentra compasión,

1735 Y el que anda sin dirección
Es guitarra sin clavija.

Sentiré que cuanto digo
A algún oyente le cuadre
Ni casa tenía, ni madre,
1740 Ni parentela, ni hermanos;
Y todos limpian sus manos
En el que vive sin padre.

Lo cruza este de un lazazo,
Lo abomba aquel de un moquete,
1745 Otro le busca el cachete
Y entre tanto soportar
Suele a veces no encontrar
Ni quien le arroje un zoquete.

Si lo recogen lo tratan
1750 Con la mayor rigidez
Piensan que es mucho tal vez
Cuando ya muestra el pellejo
Si le dan un trapo viejo
Pa cubrir su desnudez.

1755 Me crié, pues, como les digo,
Desnudo a veces y hambriento,
Me ganaba mi sustento,
Y así los años pasaban
Al ser hombre me esperaban
1760 Otra clase de tormentos.

Pido a todos que no olviden,
Lo que les voy a decir;
En la escuela del sufrir
He tomado mis lecciones;
1765 Y hecho muchas reflexiones
Dende que empecé a vivir.

Si alguna falta cometo
La motiva mi inorancia,
No vengo con arrogancia;
1770 Y les diré en conclusión
Que trabajando de pion
Me encontraba en una estancia.

El que manda siempre puede
Hacerle al pobre un calvario;
1775 A un vecino propietario
Un boyero le mataron
Y aunque a mí me lo achacaron
Salió cierto en el sumario.

Piensen los hombres honrados
1780 En la vergüenza y la pena
De que tendria la alma llena
Al verme ya tan temprano
Igual a los que sus manos
Con el crimen envenenan.

1785 Declararon otros dos
Sobre el caso del dijunto;
Mas no se aclaró el asunto,
Y el Juez por darlas de listo
“Amarrados como un Cristo,
1790 Nos dijo, irán todos juntos”.

“A la Justicia Ordinaria
Voy a mandar a los tres”.
Tenia razón aquel Juez,
Y cuantos así amenacen;
1795 Ordinaria,... es como la hacen
Lo he conocido después.

Nos remitió como digo
A esa Justicia Ordinaria
Y fuimos con la sumaria

1800 A esa cárcel de malevos,
Que por un bautismo nuevo
Le llaman Penitenciaria.

El por qué tiene ese nombre
Naidés me lo dijo a mí
1805 Mas yo me lo esplico así:
Le dirán Penitenciaria
Por la penitencia diaria
Que se sufre estando allí.

Criollo que cai en desgracia
1810 Tiene que sufrir no poco
Naidés lo ampara tampoco
Si no cuenta con recursos
El gringo es de más discurso,
Cuando mata, se hace el loco.

1815 No sé el tiempo que corrió
En aquella sepoltura;
Si de ajuera no lo apuran,
El asunto va con pausa;
Tienen la presa sigura
1820 Y dejan dormir la causa.

Inora el preso a qué lado
Se inclinará la balanza
Pero es tanta la tardanza
Que yo les digo por mí
1825 El hombre que dentre allí
Deje afuera la esperanza.

Sin perfeccionar las leyes
Perfeccionan el rigor
Sospecho que el inventor
1830 Habrá sido algún maldito
Por grande que sea un delito
Aquella pena es mayor.

Eso es para quebrantar
El corazón más altivo
1835 Los llaveros son pasivos,
Pero más secos y duros
Tal vez que los mismos muros
En que uno gime cautivo.

No es en grillos ni en cadenas
1840 En lo que usted penará,
Sinó en un soledá
Y un silencio tan profundo,
Que parece que en el mundo
Es el único que está.

1845 El más altivo varón
Y de cormillo gastao,
Allí se vería agobiao
Y su corazón marchito
Al econtrarse encerrao

1850 A solas con su delito.

En esa cárcel no hay toros,
Allí todos son corderos;
No puede el más altanero
Al verse entre aquellas rejas,
1855 Sinó amujar las orejas
Y sufrir callao su encierro.

Y digo a cuantos inoran
El rigor de aquellas penas
Yo que sufrí las cadenas
1860 Del destino y su inclemencia:
Que aprovechen la esperencia,
Del mal en cabeza ajena.

¡Ay! madres, las que dirigen
Al hijo de sus entrañas,
1865 No piensen que las engaña,

Ni que les habla un falsario;
Lo que es el ser presidiario
No lo sabe la campaña.

Hijas, esposas, hermanas,
1870 Cuantas quieren a un varón
Díganles que esa prisión
Es un infierno temido
Donde no se oye más ruido
Que el latir del corazón.

1875 Allá el día no tiene sol,
La noche no tiene estrellas
Sin que le valgan querellas
Encerra lo purifican;
Y sus lágrimas salpican
1880 En las paredes aquellas.

En soledá tan terrible
De su pecho oye el latido
Lo sé, porque lo he sufrido
Y creameló el aulitorio,
1885 Tal vez en el purgatorio
Las almas hagan más ruido.

Cuenta esas horas eternas
Para más atormentarse,
Su lágrima al redamarse
1890 Calcula en sus afliciones,
Contando sus pulsaciones
Lo que dilata en secarse.

Allí se amansa el más bravo
Allí se duebla el más juerte
1895 El silencio es de tal suerte
Que cuando llegue a venir,
Hasta se le han de sentir
Las pisadas a la muerte.

Adentro mesmo del hombre
1900 Se hace una revolución
Metido en esa prisión
De tanto no mirar nada,
Le nace y queda grabada
La ideá de la perfección.

1905 En mi madre, en mis hermanos,
En todo pensaba yo
Al hombre que allí dentró
De memoria más ingrata
Fielmente se le retrata
1910 Todo cuanto ajuera vio.

Aquel que ha vivido libre
De cruzar por donde quiera,
Se aflige y se desespera
De encontrarse allí cautivo;
1915 Es un tormento muy vivo
Que abate la alma más fiera.

En esa estrecha prisión
Sin poderme conformar,
No cesaba de esclamar
1920 ¡Qué diera yo por tener,
Un caballo en que montar
Y una pampa en que correr!

En un lamento constante
Se encuentra siempre embretao
1925 El castigo han inventao
De encerrarlo en las tinieblas
Y allí está como amarrao
A un fierro que no se duebla.

No hay un pensamiento triste
1930 Que al preso no lo atormente
Bajo un dolor permanente

Agacha al fin la cabeza
Porque siempre es la tristeza
Hermana de un mal presente.

1935 Vierten lágrimas sus ojos
Pero su pena no alivia;
En esa costante lidia
Sin un momento de calma,
Contempla con los del alma
1940 Felicidades que envidia.

Ningún consuelo penetra
Detrás de aquellas murallas
El varón de más agallas,
Aunque más duro que un perno,
1945 Metido en aquel infierno
Sufre, gime, llora y calla.

De furor el corazón
Se le quiere reventar,
Pero no hay sinó aguantar
1950 Aunque sosiego no alcance
¡Dichoso en tan duro trance
Aquel que sabe rezar!

¡Dirige a Dios su plegaria
El que sabe una oración!
1955 En esa tribulación
Gime olvidado del mundo,
Y el dolor es más projundo
Cuando no halla compasión.

En tan crueles pesadumbres,
1960 En tan duro padecer,
Empezaba a encanecer
Después de muy pocos meses
Allí lamenté mil veces
No haber aprendido a ler.

1965 Viene primero el furor,
Después la melancolía
En mi angustia no tenía
Otro alivio ni consuelo,
Sinó regar aquel suelo
1970 Con lágrimas noche y día.

¡A visitar otros presos
Sus familias solían ir!
Naidés me visitó a mí
Mientras estuve encerrado
1975 ¡¡Quién iba a costiar allí
A ver un desamparado!!

¡¡Bendito sea el carcelero
Que tiene buen corazón!!
Yo sé que esta bendición
1980 Pocos pueden alcanzarla,
Pues si tienen compasión
Su deber es ocultarla.

Jamás mi lengua podrá
Espresar cuánto he sufrido;
1985 En ese encierro metido,
Llaves, paredes, cerrojos
Se graban tanto en los ojos
Que uno los ve hasta dormido.

El mate no se permite
1990 No le permiten hablar,
No le permiten cantar
Para aliviar su dolor
Y hasta el terrible rigor
De no dejarlo fumar.

1995 La justicia muy severa
Suele rayar en crueldá:
Sufre el pobre que allí está

Calenturas y delirios,
Pues no existe pior martirio
2000 Que esa eterna soledá.

Conversamos con las rejas
Por solo el gusto de hablar
Pero nos mandan callar
Y es preciso conformarnos;
2005 Pues no se debe irritar
A quien puede castigarnos.

Sin poder decir palabra
Sufre en silencio sus males
Y uno en condiciones tales
2010 Se convierte en animal,
Privado del don principal
Que Dios hizo a los mortales.

Yo no alcanzo a comprender
Por qué motivo será,
2015 Que el preso privado está
De los dones más preciosos,
Que el justo Dios bondadoso
Otorgó a la humanidad.

Pues que de todos los bienes,
2020 En mi inorancia lo infiero,
Que le dio al hombre altanero
Su Divina Majestá;
La palabra es el primero
El segundo es la amistá.

2025 Y es muy severa la ley
Que por un crimen o un vicio,
Somete al hombre a un suplicio
El más tremendo y atroz,
Privado de un beneficio
2030 Que ha recibido de Dios.

La soledá causa espanto
El silencio causa horror
Ese continuo terror
Es el tormento más duro
2035 Y en un presidio seguro
Está de más tal rigor

Inora uno si de allí
Saldrá pa la sepultura
El que se halla en desventura
2040 Busca a su lao otro ser;
Pues siempre es bueno tener
Compañeros de amargura.

Otro más sabio podrá
Encontrar razón mejor,
2045 Yo no soy rebuscador,
Y esta me sirve de luz;
Se los dieron al Señor
Al clavarlo en una cruz.

Y en las projundas tinieblas
2050 En que mi razón existe,
Mi corazón se resiste
A ese tormento sin nombre
Pues el hombre alegra al hombre,
Y el hablar consuela al triste.

2055 Grábenlo como en la piedra
Cuanto he dicho en este canto
Y aunque yo he sufrido tanto
Debo confesarlo aquí;
El hombre que manda allí
2060 Es poco menos que un santo.

Y son buenos los demás,
A su ejemplo se manejan
Pero por eso no dejan

Las cosas de ser tremendas;
2065 Piensen todos y compriendan
El sentido de mis quejas.

Y guarden en su memoria
Con toda puntualidá,
Lo que con tal claridá
2070 Les acabo de decir
Mucho tendrán que sufrir
Si no cren en mi verdá;

Y si atienden mis palabras
No habrá calabozos llenos
2075 Manéjense como buenos;
No olviden esto jamás:
Aquí no hay razón de más;
Más bien las puse de menos.

Y con esto me despido
2080 Todos han de perdonar
Ninguno debe olvidar
La historia de un desgraciado.
Quien ha vivido encerrado
Poco tiene que contar

EL HIJO SEGUNDO DE MARTÍN FIERRO

13

2085 Lo que les voy a decir
Ninguno lo ponga en duda,
Y aunque la cosa es peluda
Haré la resolución,
Es ladino el corazón
2090 Pero la lengua no ayuda.

El rigor de las desdichas
Hemos soportao diez años
Pelegrinando entre estraños
Sin tener donde vivir;
2095 Y obligaos a sufrir
Una máquina de daños.

El que vive de este modo
De todos es tributario;
Falta el cabeza primario
2100 Y los hijos que él sustenta
Se dispersan como cuentas
Cuando se corta el rosario.

Yo anduve ansí como todos,
Hasta que al fin de sus días
2105 Supo mi suerte una tía
Y me recogió a su lado,
Allí viví sosegado
Y de nada carecía.

No tenia cuidado alguno
2110 Ni que trabajar tampoco
Y como muchacho loco
Lo pasaba de holgazán;
Con razón dice el refrán
Que lo bueno dura poco.

2115 En mí todo su cuidado
Y su cariño ponía
Como a un hijo me quería
Con cariño verdadero
Y me nombró de heredero
2020 De los bienes que tenía.

El Juez vino sin tardanza
Cuanto falleció la vieja
“De los bienes que te deja,
Me dijo, yo he de cuidar;
2125 Es un ródeo regular
Y dos majadas de ovejas”.

Era hombre de mucha labia
Con más leyes que un doctor
Me dijo “vos sos menor
2130 Y por los años que tienes
No podés manejar bienes
Voy a nombrarte un tutor”.

Tomó un recuento de todo
Porque entendia su papel,
2135 Y después que aquel pastel
Lo tuvo bien amasao,
Puso al frente un encargao,
Y a mí me llevó con él.

Muy pronto estuvo mi poncho
2140 Lo mismo que cernidor
El chiripá estaba pior,
Y aunque para el frio soy guapo,
Ya no me quedaba un trapo
Ni pa el frio, ni pa el calor.

2145 En tan triste desabrigo
Tras de un mes, iba otro mes
Guardaba silencio el Juez

La miseria me invadía
Me acordaba de mi tía
2150 Al verme en tal desnudez.

No sé decir con fijeza
El tiempo que pasé allí
Y después de andar así
Como moro sin señor,
2155 Pasé a poder del tutor
Que debía cuidar de mí.

14

Me llevó consigo un viejo
Que pronto mostró la hilacha
Dejaba ver por la facha
2160 Que era medio cimarrón,
Muy renegao, muy ladrón,
Y le llamaban Vizcacha.

Lo que el Juez iba buscando
Sospecho y no me equivoco
2165 Pero este punto no toco
Ni su secreto averiguo
Mi tutor era un antiguo
De los que ya quedan pocos.

Viejo lleno de camándulas
2170 Con un empaque a lo toro;
Andaba siempre en un moro
Metido no sé en qué enriedos
Con las patas como loro,
De estribar entre los dedos.

2175 Andaba rodiao de perros
Que eran todo su placer,
Jamás dejó de tener

- Menos de media docena
Mataba vacas ajenas
2180 Para darles de comer.
- Carniábamos noche a noche
Alguna res en el pago;
Y dejando allí el rezago
Alzaba en ancas el cuero,
2185 Que se lo vendía a un pulpero
Por yerba, tabaco y trago.
- ¡Ah!, viejo más comerciante
En mi vida lo he encontrao
Con ese cuero robao
2190 Él arreglaba el pastel,
Y allí entre el pulpero y él
Se estendía el certificaio.
- La echaba de comedido;
En las trasquilas, lo viera,
2195 Se ponía como una fiera
Si cortaban una oveja;
Pero de alzarse no deja
Un vellón o unas tijeras.
- Una vez me dio una soba
2200 Que me hizo pedir socorro,
Porque lastimé un cachorro
En el rancho de unas vascas
Y al irse se alzó unas guascas,
Para eso era como zorro.
- 2205 ¡Ahijuna! Dije entre mí
Me has dao esta pesadumbre
Ya verás cuanto vislumbre
Una ocasión medio güena,
Te he de quitar la costumbre
2210 De cerdiar yeguas ajenas.

Porque maté una vizcacha
Otra vez me reprendió
Se lo vine a contar yo
Y no bien se lo hube dicho
2215 “Ni me nuembres ese bicho”
Me dijo, y se me enojó.

Al verlo tan irritao
Hallé prudente callar
Este me va a castigar
2220 Dije entre mí, si se agravia
Ya vi que les tenia rabia
Y no las volví a nombrar.

Una tarde halló una punta
De yeguas medio bichocas,
2225 Después que voltió unas pocas
Las cerdiaba con empeño-
Yo vide venir al dueño
Pero me callé la boca.

El hombre venia jurioso
2230 Y nos cayó como un rayo
Se descolgó del caballo
Revoliando el arriador
Y lo cruzó de un lazazo
Ahi no más a mi tutor.

2235 No atinaba don Vizcacha
A qué lado disparar,
Hasta que logró montar
Y de miedo del chicote,
Se lo apretó hasta el cogote
2240 Sin pararse a contestar.

Ustedes crerán tal vez
Que el viejo se curaría
No señores, lo que hacía,

Con más cuidao dende entonces,
2245 Era maniarlas de día
Para cerdiar a la noche.

Ese fue el hombre que estuvo
Encargao de mi destino
Siempre anduvo en mal camino
2250 Y todo aquel vecindario
Decía que era un perdulario,
Insufrible de dañino.

Cuando el Juez me lo nombró
Al dárme de tutor,
2255 Me dijo que era un señor
El que me debía cuidar
Enseñarme a trabajar
Y darme la educación.

Pero qué había de aprender
2260 Al lao de ese viejo paco;
Que vivía como el chuncaco
En los baños, como el tero
Un haragán, un ratero,
Y más chillón que un varraco.

2265 Tampoco tenía más bienes
Ni propiedá conocida
Que una carreta podrida,
Y las paredes sin techo
De un rancho medio deshecho,
2270 Que le servía de guarida.

Después de las trasnochadas
Allí venía a descansar
Yo desiaba aviriguar
Lo que tuviera escondido,
2275 Pero nunca había podido
Pues no me dejaba entrar.

Yo tenia unas jergas viejas
Que habian sido más peludas
Y con mis carnes desnudas,
2280 El viejo que era una fiera,
Me echaba a dormir ajuera,
Con unas heladas crudas.

Cuando mozo fue casao
Aunque yo lo desconfío
2285 Y decia un amigo mío
Que de arrebatoo y malo,
Mató a su mujer de un palo
Porque le dio un mate frío.

Y viudo por tal motivo
2290 Nunca se volvió a casar;
No era fácil encontrar
Ninguna que lo quisiera,
Todas temerian llevar
La suerte de la primera.

2295 Soñaba siempre con ella
Sin duda por su delito,
Y decia el viejo maldito
El tiempo que estuvo enfermo,
Que ella dende el mesmo infierno
2300 Lo estaba llamando a gritos.

15

Siempre andaba retobao
Con ninguno solia hablar
Se divertia en escarbar
Y hacer marcas con el dedo
2305 Y cuanto se ponía en pedo
Me empezaba a aconsejar.

Me parece que lo veo
Con su poncho calamaco
Después de echar un buen taco
2310 Así principiaba a hablar:
“Jamás llegués a parar
Adonde veás perros flacos”.

“El primer cuidao del hombre
Es defender el pellejo
2315 Llevate de mi consejo,
Fijate bien en lo que hablo:
El diablo sabe por diablo
Pero más sabe por viejo”.

“Hacete amigo del Juez
2320 No le des de qué quejarse;
Y cuando quiera enojarse
Vos te debés encoger,
Pues siempre es güeno tener
Palenque ande ir a rascarse”.

2325 “Nunca le llevés la contra
Porque él manda la gavilla
Allí sentao en su silla
Ningún güey le sale bravo
A uno le da con el clavo
2330 Y a otro con la cantramilla”.

“El hombre, hasta el más soberbio,
Con más espinas que un tala,
Aflueja andando en la mala
Y es blando como manteca;
2335 Hasta la hacienda baguala
Cai al jagüel con la seca”.

“No andés cambiando de cueva,
Hacé las que hace el ratón
Conservate en el rincón

2340 En que empezó tu existencia
Vaca que cambia querencia,
Se atrasa en la parición”.

Y menudiando los tragos
Aquel viejo, como cerro
2345 “No olvides, me decia, Fierro,
Que el hombre no debe crer,
En lágrimas de mujer
Ni en la renguera del perro”.

“No te debés afligir
2350 Aunque el mundo se desplome
Lo que más precisa el hombre,
Tener, según yo discurro,
Es la memoria del burro
Que nunca olvida ande come”.

2355 “Dejá que caliente el horno
El dueño del amasijo
Lo que es yo, nunca me aflijo
Y a todito me hago el sordo
El cerdo vive tan gordo
2360 Y se come hasta los hijos”.

“El zorro que ya es corrido
Dende lejos la olfatea
No se apure quien desea
Hacer lo que le aproveche
2365 La vaca que más rumea
Es la que da mejor leche”.

“El que gana su comida
Bueno es que en silencio coma
Ansina, vos ni por broma
2370 Querrás llamar la atención
Nunca escapa el cimarrón
Si dispara por la loma”.

Yo voy donde me conviene
Y jamás me descarrío,
2375 Llévate el ejemplo mío
Y llenarás la barriga;
Aprendé de las hormigas
No van a un noque vacío”.

“A naides tengas envidia,
2380 Es muy triste el envidiar,
Cuando veás a otro ganar
A estorbarlo no te metas
Cada lechón en su teta
Es el modo de mamar”.

2385 “Ansí se alimentan muchos
Mientras los pobres lo pagan
Como el cordero hay quien lo haga
En la puntita no niego
Pero otros como el borrego
2390 Toda entera se la tragan”.

“Si buscás vivir tranquilo
Dedicate a solteriar
Mas si te querés casar,
Con esta alvertencia sea,
2395 Que es muy difícil guardar
Prenda que otros codicean”.

“Es un bicho la mujer
Que yo aquí no lo destapo,
Siempre quiere al hombre guapo,
2400 Mas fijate en la elección;
Porque tiene el corazón
Como barriga de sapo”.

Y gangoso con la tranca,
Me solia decir, “potrillo,
2405 Recién te apunta el cormillo

Mas te lo dice un toruno,
No dejés que hombre ninguno
Te gane el lao del cuchillo”.

“Las armas son necesarias
2410 Pero naides sabe cuándo;
Ansina si andás pasiando,
Y de noche sobre todo,
Debés llevarlo de modo
Que al salir, salga cortando”.

2415 “Los que no saben guardar
Son pobres aunque trabajen
Nunca por más que se atajen
Se librarán del cimbrón,
Al que nace barrigón
2420 Es al ñudo que lo fajen”.

“Donde los vientos me llevan
Allí estoy como en mi centro
Cuando una tristeza encuentro
Tomo un trago pa alegrarme;
2425 A mí me gusta mojarme
Por ajuera y por adentro”.

“Vos sos pollo, y te convienen
Toditas estas razones,
Mis consejos y lecciones
2430 No echés nunca en el olvido
En las riñas he aprendido
A no peliar sin puyones”.

Con estos consejos y otros
Que yo en mi memoria encierro,
2435 Y que aquí no desentierro
Educándome seguía
Hasta que al fin se dormía
Mesturao entre los perros.

16

Cuando el viejo cayó enfermo
2440 Viendo yo que se emporaba,
Y que esperanzas no daba
De mejorarse siquiera
Le truje una culandrería
A ver si lo mejoraba

2445 En cuanto lo vio me dijo:
“Este no aguanta el sogazo
Muy poco le doy de plazo,
Nos va a dar un espetáculo,
Porque debajo del brazo
2450 Le ha salido un tabernáculo”.

Dice el refrán que en la tropa
Nunca falta un güey corneta
Uno que estaba en la puerta
Le pegó el grito ahí no más:
2455 “Tabernáculo..... qué bruto,
Un tubérculo dirás”.

Al verse así interrumpido
Al punto dijo el cantor:
“No me parece ocasión
2460 De meterse los de ajuera,
Tabernáculo, señor,
Le decía la culandrería”.

El de ajuera repitió
Dandolé otro chaguarazo
2465 “Allá va un nuevo bolazo
Copo y se la gano en puerta:
A las mujeres que curan
Se les llama curanderas”.

No es bueno, dijo el cantor,
2470 Muchas manos en un plato,
Y diré al que ese barato
Ha tomao de entremetido,
Que no creia haber venido
A hablar entre liberatos.

2475 Y para seguir contando
La historia de mi tutor,
Le pediré a ese dotor
Que en mi inorancia me deje,
Pues siempre encuentra el que teje
2480 Otro mejor tejedor.

Seguia enfermo como digo
Cada vez más emperrao
Yo estaba ya acobardao
Y lo espiaba dende lejos:
2485 Era la boca del viejo
La boca de un condenao.

Allá pasamos los dos
Noches terribles de invierno
Él maldecia al Padre Eterno
2490 Como a los santos benditos
Pidiéndole al diablo a gritos
Que lo llevara al infierno.

Debe ser grande la culpa
Que a tal punto mortifica
2495 Cuando vía una reliquia
Se ponía como azogado,
Como si a un endemoniado
Le echaran agua bendita.

Nunca me le puse a tiro,
2500 Pues era de mala entraña;
Y viendo herejia tamaña

Si alguna cosa le daba,
De lejos se la alcanzaba
En la punta de una caña.

2505 Será mejor, decia yo,
Que abandonado lo deje
Que blafeme y que se queje
Y que siga de esta suerte,
Hasta que venga la muerte
2510 Y cargue con este hereje.

Cuando ya no pudo hablar
Le ató en la mano un cencerro
Y al ver cercano su entierro,
Arañando las paredes
2515 Espiró allí entre los perros
Y este servidor de ustedes.

17

Le cobré un miedo terrible
Después que lo vi dijunto
Llamé al Alcalde, y al punto,
2520 Acompañado se vino
De tres o cuatro vecinos
A arreglar aquel asunto.

“Anima bendita, dijo,
Un viejo medio ladio
2525 Que Dios lo haiga perdonao,
Es todo cuanto deseo
Le conocí un pastoreo
De terneros robao”.

“Ansina es, dijo el Alcalde,
2530 Con eso empezó a poblar
Yo nunca podré olvidar

Las travesuras que hizo;
Hasta que al fin fue preciso
Que le privasen carniar”.

2535 “De mozo fue muy jinete
No lo bajaba un bagual
Pa ensillar un animal
Sin necesitar de otro
Se encerraba en el corral
2540 Y allí galopiaba el potro”.

“Se llevaba mal con todos
Era su costumbre vieja
El mesturar las ovejas,
Pues al hacer el aparte
2545 Sacaba la mejor parte
Y después venia con quejas”.

“Dios lo ampare al pobrecito
Dijo enseguida un tercero,
Siempre robaba carneros,
2550 En eso tenia destreza
Enterraba las cabezas,
Y después vendia los cueros”.

“Y qué costumbre tenía
Cuando en el jogón estaba
2555 Con el mate se agarraba
Estando los piones juntos
Yo tallo, decia, y apunto,
Y a ninguno convidaba”.

“Si ensartaba algún asao,
2560 ¡Pobre! ¡como si lo vieses!
Poco antes de que estuviese,
Primero lo maldecía,
Luego después lo escupía
Para que naidés comiese”.

2565 “Quien le quitó esa costumbre
De escupir el asador,
Fue un mulato resertor
Que andaba de amigo suyo
Un diablo, muy peliador
2570 Que le llamaban Barullo”.

“Una noche que les hizo
Como estaba acostumbrao,
Se alzó el mulato enojao,
Y le gritó “viejo indino,
2575 Yo te he de enseñar, cochino,
A echar saliva al asao”.

“Lo saltó por sobre el juego
Con el cuchillo en la mano;
¡La pucha el pardo liviano!
2580 En la misma atropellada
Le largó una apuñalada
Que la quitó otro paisano”.

“Y ya caliente Barullo,
Quiso seguir la chacota,
2585 Se le había erizao la mota
Lo que empezó la reyerta:
El viejo ganó la puerta
Y apeló a las de gaviota”

“De esa costumbre maldita
2590 Dende entonces se curó,
A las casas no volvió
Se metió en un cicutal;
Y allí escondido pasó
Esa noche sin cenar”.

2595 Esto hablaban los presentes
Y yo que estaba a su lao
Al oír lo que he relatao,

Aunque él era un perdulario,
Dije entre mí: “qué rosario
2600 Le están rezando al finao”.

“Luego comenzó el alcalde
A registrar cuanto había,
Sacando mil chucherías
Y guascas y trapos viejos,
2605 Temeridá de trebejos
Que para nada servían.

Salieron lazos, cabrestos,
Coyundas y maniadores
Una punta de arriadores;
2610 Cinchones, máneas, torzales,
Una porción de bozales
Y un montón de tiradores.

Habia riendas de domar,
Frenos y estribos quebraos;
2615 Bolas, espuelas, recaos,
Unas pavas, unas ollas,
Y un gran manajo de argollas
De cinchas que habia cortao.

Salieron varios cencerros
2620 Alesnas, lonjas, cuchillos,
Unos cuantos cojinillos,
Un alto de jergas viejas,
Muchas botas desparejas
Y una infinidá de anillos.

2625 Habia tarros de sardinas,
Unos cueros de venao
Unos ponchos aujeriaos
Y en tan tremendo entrevero
Apareció hasta un tintero
2630 Que se perdió en el Juzgao.

Decia el Alcalde muy serio
“Es poco cuanto se diga,
Habia sido como hormiga,
He de darle parte al Juez
2635 Y que me venga después
Conque no se los persiga”.

Yo estaba medio azorao
De ver lo que sucedía
Entre ellos mismos decían
2640 Que unas prendas eran suyas,
Pero a mí me parecía
Que esas eran aleluyas.

Y cuando ya no tuvieron
Rincón donde registrar,
2645 Cansaos de tanto huroniar
Y de trabajar de balde
“Vámosnos, dijo el Alcalde
Luego lo haré sepultar”.

Y aunque mi padre no era
2650 El dueño de ese hormiguero,
Él allí muy cariñero
Me dijo con muy buen modo:
“Vos serás el heredero
Y te harás cargo de todo”.

2655 “Se ha de arreglar este asunto
Como es preciso que sea;
Voy a nombrar albacea
Uno de los circustantes
Las cosas no son como antes
2660 Tan enredadas y feas”.

¡Bendito Dios! pensé yo,
Ando como un pordiosero,
Y me nuembran heredero

De toditas estas guascas
2665 ¡Quisiera saber primero
Lo que se han hecho mis vacas!

18

Se largaron como he dicho
A disponer el entierro
Cuando me acuerdo me aterro,
2670 Me puse a llorar a gritos
Al verme allí tan solito
Con el finao y los perros.

Me saqué el escapulario
Se lo colgué al pecador
2675 Y como hay en el Señor
Misericordia infinita,
Rogué por el alma bendita
Del que antes jue mi tutor.

No se calmaba mi duelo
2680 De verme tan solitario
Ahi le champurrié un rosario
Como si fuera mi padre
Besando el escapulario
Que me habia puesto mi madre.

2685 Madre mia, gritaba yo
Dónde andarás padeciendo
El llanto que estoyvirtiendo
Lo redamarias por mí,
Si vieras a tu hijo aquí
2690 Todo lo que está sufriendo.

Y mientras así clamaba
Sin poderme consolar
Los perros para aumentar
Más mi miedo y mi tormento

2695 En aquel mismo momento
Se pusieron a llorar

Libre Dios a los presentes
De que sufran otro tanto;
Con el muerto y esos llantos
2700 Les juro que falta poco
Para que me vuelva loco
En medio de tanto espanto.

Decian entonces las viejas
Como que eran sabedoras,
2705 Que los perros cuando lloran
Es porque ven al demonio;
Yo creia en el testimonio
Como cre siempre el que inora.

Ahi dejé que los ratones
2710 Comieran el guasquerío
Y como anda a su albedrío
Todo el que güérfano queda
Alzando lo que era mío
Abandoné aquella cueva.

2715 Supe después que esa tarde
Vino un pion y lo enterró
Ninguno lo acompañó
Ni lo velaron siquiera
Y al otro dia amaneció
2720 Con una mano dejuera.

Y me ha contado además
El gaucho que hizo el entierro,
Al recordarlo me aterro,
Me da pavor este asunto,
2725 Que la mano del dijunto
Se la habia comido un perro.

Tal vez yo tuve la culpa
Porque de asutao me fui
Supe después que volví,
2730 Y asegurárselos puedo,
Que los vecinos de miedo
No pasaban por allí.

Hizo del rancho guarida
La sabandija más sucia;
2735 El cuerpo se despeluza
Y hasta la razón se altera,
Pasaba la noche entera
Chillando allí una lechuza.

Por mucho tiempo no pude
2740 Saber lo que me pasaba
Los trapitos con que andaba
Eran puras hojarascas
Todas las noches soñaba
Con viejos, perros y guascas.

19

2745 Anduve a mi voluntá
Como moro sin señor
Ese fue el tiempo mejor
Que yo he pasado tal vez
De miedo de otro tutor
2750 Ni aporté por lo del Juez.

“Yo cuidaré, me habia dicho,
De lo de tu propiedá
Todo se conservará
El vacuno y los rebaños
2755 Hasta que cumplás treinta años
En que seás mayor de edá”.

Y aguardando que llegase
El tiempo que la ley fija
Pobre como largartija
2760 Y sin respetar a naides
Anduve cruzando el aire
Como bola sin manija.

Me hice hombre de esa manera
Bajo el más duro rigor
2765 Sufriendo tanto dolor
Muchas cosas aprendí:
Y por fin, víctima fui
Del más desdichado amor.

De tantas alternativas
2770 Esta es la parte peluda
Infeliz y sin ayuda
Fue estremado mi delirio,
Y causaban mi martirio
Los desdenes de una viuda.

2775 Lloro el hombre ingratiudes
Sin tener un jundamento,
Acusa sin miramiento
A la que el mal le ocasiona,
Y tal vez en su persona
2780 No hay ningún merecimiento.

Cuando yo más padecía
La crueldá de mi destino
Rogando al poder divino
Que del dolor me separe
2785 Me hablaron de un adivino
Que curaba esos pesares.

Tuve recelos y miedos
Pero al fin me disolví
Hice coraje y me fui

2790 Donde el adivino estaba,
Y por ver si me curaba
Cuanto llevaba le di.

Me puse al contar mis penas
Más colorao que un tomate
2795 Y se me añudó el gazzate
Cuando dijo el ermitaño
“Hermano, le han hecho daño
Y se lo han hecho en un mate”.

“Por verse libre de usté
2800 Lo habrán querido embrujar”
Después me empezó a pasar
Una pluma de avestruz
Y me dijo: “de la Cruz
Recebí el don de curar”.

2805 “Debés maldecir, me dijo,
A todos tus conocidos
Ansina el que te ha ofendido
Pronto estará descubierta
Y deben ser maldecidos
2810 Tanto vivos como muertos”.

Y me recetó que hincan
En un trapo de la viuda
Frente a una planta de ruda
Hiciera mis oraciones,
2815 Diciendo: “no tengás duda
Eso cura las pasiones”.

A la viuda en cuanto pude
Un trapo le manotíe;
Busqué la ruda y al pie
2820 Puesto en cruz hice mi rezo;
Pero, amigos, ni por eso
De mis males me curé.

Me recetó otra ocasión
Que comiera abrojo chico
2825 El remedio no me esplico,
Mas por desechar el mal
Al ñudo en un abrojal
Fi a ensangrentarme el hocico.

Y con tanta medecina
2830 Me parecia que sanaba;
Por momentos se aliviaba
Un poco mi padecer,
Mas si a la viuda encontraba
Volvia la pasión a arder.

2835 Otra vez que consulté
Su saber extraordinario,
Recibió bien su salario,
Y me recetó aquel pillo
Que me colgase tres grillos,
2840 Ensartaos como rosario.

Por fin la última ocasión
Que por mi mal lo fi a ver
Me dijo- “No, mi saber
No ha perdido su virtud,
2845 Yo te daré la salú
No triunfará esa mujer”.

Y tené fe en el remedio
Pues la cencia no es chacota,
De esto no entendés ni jota,
2850 Sin que ninguno sospeche:
Cortale a un negro tres motas
Y hacelas hervir en leche”.

Yo andaba ya desconfiando
De la curación maldita
2855 Y dije- este no me quita

La pasión que me domina;
Pues que viva la gallina
Aunque seá con la pepita”.

Así me dejaba andar
2860 Hasta que en una ocasión,
El cura me echó un sermón,
Para curarme sin duda;
Diciendo que aquella viuda
Era hija de confisión.

2865Y me dijo estas palabras
Que nunca las he olvidao
“Has de saber que el finao
Ordenó en su testamento
Que naides de casamiento
2870Le hablara en lo sucesivo
Y ella prestó el juramento
Mientras él estaba vivo”.

“Y es preciso que lo cumpla
Porque así lo manda Dios,
2875 Es necesario que vos
No la vuelvas a buscar,
Porque si llega a faltar
Se condenarán los dos”.

Con semejante alvertencia
2880 Se completó mi redota;
Le vi los pies a la sota,
Y me le alejé a la viuda
Más curao que con la ruda,
Con los grillos y las motas.

2885 Después me contó un amigo
Que al Juez le habia dicho el cura,
“Que yo era un cabeza dura
Y que era un mozo perdido,

Que me echaran del partido,
2890 Que no tenia compostura”.

Tal vez por ese consejo
Y sin que más causa hubiera,
Ni que otro motivo diera
Me agarraron redemente
2895 Y en el primer contingente
Me echaron a la frontera.

De andar persiguiendo viudas
Me he curado del deseo,
En mil penurias me veo
2900 Mas pienso volver tal vez,
A ver si sabe aquel Juez
Lo que se ha hecho mi rodeo.

20

Martín Fierro y sus dos hijos,
Entre tanta concurrencia
2905 Siguieron con alegría
Celebrando aquella fiesta.
Diez años, los más terribles
Había durado la ausencia
Y al hallarse nuevamente
2910 Era su alegría completa.
En ese mismo momento
Uno que vino de afuera,
A tomar parte con ellos
Suplicó que lo almitieran.
2915 Era un mozo forastero
De muy regular presencia,
Y hacía poco que en el pago
Andaba dando sus güeltas,
Aseguraban algunos
2920 Que venía de la frontera,
Que había pelao a un pulpero

En las últimas carreras,
Pero andaba despilchao
No traía una prenda buena,
2925 Un recadito cantor
Daba fe de sus pobreza
Le pidió la bendición
Al que causaba la fiesta
Y sin decirles su nombre
2930 Les declaro con franqueza
Que el nombre de *Picardía*
Es el único que lleva,
Y para contar su historia
A todos pide licencia
2935 Diciéndoles que en seguida
Iban a saber quién era.
Tomó al punto la guitarra,
La gente se puso atenta,
Y así cantó *Picardía*
2940 En cuanto templó las cuerdas

21

PICARDÍA

Voy a contarles mi historia
Perdónenme tanta charla
Y les diré al principiarla,
Aunque es triste hacerlo así,
2945 A mi madre la perdí
Antes de saber llorarla.

Me quedé en el desamparo,
Y al hombre que me dio el ser
No lo pude conocer
2950 Así, pues, dende chiquito,
Volé como un pajarito
En busca de qué comer.

O por causa del servicio
Que a tanta gente destierra
2955 O por causa de la guerra
Que es causa bastante seria,
Los hijos de la miseria
Son muchos en esta tierra.

Ansí, por ella empujado
2960 No sé las cosas que haría,
Y aunque con vergüenza mía,
Debo hacer esta alvertencia,
Siendo mi madre Inocencia
Me llamaban Picardía.

2965 Me llevó a su lado un hombre
Para cuidar las ovejas
Pero todo el día eran quejas
Y guascazos a lo loco,
Y no me daba tampoco
2970 Siquiera unas jergas viejas.

Dende la alba hasta la noche,
En el campo me tenía
Cordero que se moría,
Mil veces me sucedió
2975 Los caranchos lo comían
Pero lo pagaba yo.

De trato tan riguroso
Muy pronto me acobardé
El bonete me apreté
2980 Buscando mejores fines,
Y con unos volantines
Me fui para Santa Fe.

El pruebista principal
A enseñarme me tomó
2985 Y ya iba aprendiendo yo

A bailar en la maroma,
Mas me hicieron una broma
Y aquello me indijustó.

Una vez que iba bailando,
2990 Porque estaba el calzón roto,
Armaron tanto alboroto
Que me hicieron perder pie;
De la cuerda me largué
Y casi me descogoto.

2995 Así me encontré de nuevo
Sin saber dónde meterme
Y ya pensaba volverme
Cuando por fortuna mía,
Me salieron unas tías
3000 Que quisieron recogerme.

Con aquella parentela,
Para mí desconocida,
Me acomodé ya en seguida,
Y eran muy buenas señoras;
3005 Pero las más rezadoras
Que he visto en toda mi vida.

Con el toque de oración
Ya principiaba el rosario;
Noche a noche un calendario
3010 Tenian ellas que decir,
Y a rezar solian venir
Muchas de aquel vecindario.

Lo que allí me aconteció
Siempre lo he de recordar
3015 Pues me empiezo a equivocar
Y a cada paso refalo
Como si me entrara el malo
Cuanto me hincaba a rezar.

- Era como tentación
3020 Lo que yo esperimenté
Y jamás olvidaré
Cuánto tuve que sufrir,
Porque no podía decir
“Artículos de la Fe”.
- 3025 Tenia al lao una mulata
Que era nativa de allí
Se hincaba cerca de mí
Como el ángel de la guarda
Pícara, y era la parda
3030 La que me tentaba así.
- “Rezá, me dijo mi tía,
“Artículos de la Fe”
Quise hablar y me atoré,
La dificultá me aflige
3035 Miré a la parda, y ya dije
“Artículos de Santa Fe”.
- Me acomodó el coscorrón
Que estaba viendo venir
Yo me quise corregir,
3040 A la mulata miré
Y otra vez volví a decir
“Artículos de Santa Fe”.
- Sin dificultá ninguna
Rezaba todito el día,
3045 Y a la noche no podía
Ni con un trabajo inmenso;
Es por eso que yo pienso
Que alguno me tentaría.
- Una noche de tormenta,
3050 Vi a la parda y me entró chucho
Los ojos- me asusté mucho,

Eran como refocilo:
Al nombrar a San Camilo,
Le dije San Camilucho.

3055 Esta me da con el pie
Aquella otra con el codo
¡Ah! viejas,- por ese modo,
Aunque de corazón tierno,
Yo las mandaba al infierno
3060 Con oraciones y todo.

Otra vez, que como siempre
La parda me perseguía,
Cuando yo acordé, mis tías
Me habian sacao un mechón
3065 Al pedir la estirpación
De todas las herejías.

Aquella parda maldita
Me tenia medio afligido,
Y así, me habia sucedido,
3070 Que al decir estirpación
Le acomodé entripación
Y me cayeron sin ruido

El recuerdo y el dolor
Me duraron muchos días
3075 Soñé con las herejías
Que andaban por estirpar
Y pedia siempre al rezar
La estirpación de mis tías.

Y dale siempre rosarios,
3080 Noche a noche sin cesar
Dale siempre barajar
Salves, trisagios y credos,
Me aburrí de esos enriedos
Y al fin me mandé mudar.

3085 Anduve como pelota,
 Y más pobre que una rata
 Cuando empecé a ganar plata
 Se armó no sé qué barullo
 Yo dije: a tu tierra grullo
 3090 Aunque seá con una pata.

Eran duros y bastantes
 Los años que allá pasaron
 Con lo que ellos me enseñaron
 Formaba mi capital
 3095 Cuanto vine me enrolaron
 En la Guardia Nacional.

Me habia ejercitao al naipe,
 El juego era mi carrera;
 Hice alianza verdadera
 3100 Y arreglé una trapisonda
 Con el dueño de una fonda
 Que entraba en la peladera.

Me ocupaba con esmero
 En floriar una baraja
 3105 Él la guardaba en la caja
 En paquete como nueva;
 Y la media arroba lleva
 Quien conoce la ventaja.

Comete un error inmenso
 3110 Quien de la suerte presume,
 Otro más hábil lo fuma,
 En un dos por tres lo pela;
 Y lo larga que no vuela
 Porque le falta una pluma.

3115 Con un socio que lo entiende
Se arman partidas muy buenas,
Queda allí la plata ajena,
Quedan prendas y botones;
Siempre cain a esas riuniones

3120 Zonzos con las manos llenas.

Hay muchas trampas legales,
Recursos del jugador
No cualquiera es sabedor
A lo que un naipe se presta

3125 Con una *cincha* bien puesta
Se la pega uno al mejor.

Deja a veces ver la boca
Haciendo el que se descuida
Juega el otro hasta la vida

3130 Y es seguro que se ensarta,
Porque no muestra una carta
Y tiene otra prevenida.

Al monte, las precauciones
No han de olvidarse jamás

3135 Debe afirmarse además
Los dedos para el trabajo
Y buscar asiento bajo
Que le dé la luz de atrás.

Pa tallar, tome la luz

3140 Dé la sombra al alversario
Acomódese al contrario
En todo juego cartiao
Tener ojo ejercitao
Es siempre muy necesario.

3145 El contrario abre los suyos,
Pero nada ve el que es ciego
Dándole sogá, muy luego

Se deja pescar el tonto
Todo chapetón cree pronto
3150 Que sabe mucho en el juego.

Hay hombres muy inocentes
Y que a las carpetas van
Cuando azariados están,
Les pasa infinitas veces,
3155 Pierden en puertas y en treses,
Y dándoles *mamarán*.

El que no sabe, no gana
Aunque ruegue a Santa Rita,
En la carpeta a un mulita
3160 Se le conoce al sentarse
Y conmigo, era matarse,
No podían ni a la manchita.

En el nueve y otros juegos
Llevo ventaja no poca
3165 Y siempre que dar me toca
El mal no tiene remedio,
Porque sé sacar del medio
Y sentar la de la boca.

En el truco, al más pintao
3170 Solía ponerlo en apuro;
Cuando aventajar procuro,
Sé tener, como fajadas,
Tiro a tiro el as de espadas
O flor, o envite seguro.

3175 Yo sé defender mi plata
Y lo hago como el primero,
El que ha de jugar dinero
Preciso es que no se atonte
Si se armaba una de monte,
3180 Tomaba parte el fondero.

Un pastel, como un paquete,
Sé llevarlo con limpieza;
Dende que a salir empiezan
No hay carta que no recuerde;
3185 Sé cuál se gana o se pierde
En cuanto cain a la mesa.

También por estas jugadas
Suele uno verse en aprietos;
Mas yo no me comprometo
3190 Porque sé hacerlo con arte,
Y aunque les corra el descarte
No se descubre el secreto.

Si me llamaban al dao
Nunca me solia faltar
3195 Un *cargado* que largar,
Un *cruzao* para el más vivo;
Y hasta atracarles un *chivo*
Sin dejarlos maliciar.

Cargaba bien una taba
3200 Porque la sé manejar;
No era manco en el billar,
Y por fin de lo que esplico
Digo que hasta con pichicos
Era capaz de jugar.

3205 Es un vicio de mal fin
El de jugar, no lo niego;
Todo el que vive del juego
Anda a la pesca de un bobo,
Y es sabido que es un robo
3210 Ponerse a jugarle a un ciego.

Y esto digo claramente
Porque he dejao de jugar;
Y les puedo asigurar

Como que fui del oficio
3215 Más cuesta aprender un vicio
Que aprender a trabajar.

23

Un nápoles mercachifle
Que andaba con un arpista
Cayó también en la lista
3220 Sin dificultá ninguna:
Lo agarré a la treinta y una
Y le daba bola vista.

Se vino haciendo el chiquito
Por sacarme esa ventaja;
3225 En el pantano se encaja
Aunque robo se le hacía
Lo cegó Santa Lucía
Y desocupó las cajas.

Lo hubieran visto afligido
3230 Llorar por las chucherías
“Ma gañao con picardía”
Decía el gringo y lagrimiaba,
Mientras yo en un poncho alzaba
Todita su merchería.

3235 Quedó allí aliviao del peso
Sollozando sin consuelo,
Había caído en el anzuelo
Tal vez porque era domingo,
Y esa calidá de gringo

3240 No tiene santo en el cielo.

Pero poco aproveché
De fatura tan lucida:
El diablo no se descuida,
Y a mí me seguía la pista

3245 Un ñato muy enredista
Que era Oficial de partida.

Se me presentó a esigir
La multa en que habia incurrido,
Que el juego estaba prohibido
3250 Que iba a llevarme al cuartel
Tuve que partir con él
Todo lo que habia alquirido.

Empecé a tomarlo entre ojos
Por esa albitrariedad;
3255 Yo habia ganao, es verdá,
Con recursos, eso sí;
Pero él me ganaba a mí
Fundao en su autoridad.

Decian que por un delito
3260 Mucho tiempo anduvo mal;
Un amigo servicial
Lo compuso con el Juez,
Y poco tiempo después
Lo pusieron de Oficial.

3265 En recorrer el partido
Continuamente se empleaba,
Ningún malevo agarraba
Pero traia en un carguero,
Gallinas, pavos, corderos

3270 Que por ahi recoletaba.

No se debia permitir
El abuso a tal extremo:
Mes a mes hacia lo mesmo,
Y así decia el vecindario,
3275 “Este ñato perdulario
Ha resucitao el diezmo”.

La echaba de guitarrero
Y hasta de concertador:
Sentao en el mostrador
3280 Lo hallé una noche cantando
Y le dije:- co... mo... quiando
Con ganas de oír un cantor.

Me echó el ñato una mirada
Que me quiso devorar
3285 Mas no dejó de cantar
Y se hizo el desentendido
Pero ya había conocido
Que no lo podía pasar

Una tarde que me hallaba
3290 De visita... vino el ñato,
Y para darle un mal rato
Dije fuerte.. “Ña... to... ribia
No bebe con la agua tibia”
Y me la entendió el mulato.

3295 Era el todo en el Juzgao
Y como que se achocó
Ahi nomás me contestó
“Cuando el caso se presiente
Te he de hacer tomar caliente
3300 Y has de saber quién soy yo”.

Por causa de una mujer
Se enredó más la cuestión
Le tenía el ñato afición,
Ella era mujer de ley,
3305 Moza con cuerpo de güey
Muy blanda del corazón.

La hallé una vez de amasijo,
Estaba hecha un embeleso:
Y le dije:... “Me intereso

3310 En aliviar sus quehaceres,
Y así, señora, si quiere
Yo le arrimaré los güesos”.

Estaba el ñato presente
Sentado como de adorno
3315 Por evitar un trastorno
Ella al ver que se dijista,
Me contestó... “si usted gusta
Arrímelos junto al horno”.

Ahi se enredó la madeja
3320 Y su enemistá conmigo;
Se declaró mi enemigo,
Y por aquel cumplimiento
Ya solo buscó el momento
De hacerme dar un castigo.

3325 Yo veia que aquel maldito
Me miraba con rencor
Buscando el caso mejor
De poderme echar el pial;
Y no vive más el lial
3330 Que lo que quiere el traidor.

No hay matrero que no caiga,
Ni arisco que no se amanse
Ansí, yo, dende aquel lance
No salia de algún rincón
3335 Tirao como el San Ramón
Después que se pasa el trance.

24

Me le escapé con trabajo
En diversas ocasiones;
Era de los adulones,

3340 Me puso mal con el Juez;
Hasta que al fin, una vez
Me agarró en las elecciones.

Ricuerdo que esa ocasión
Andaban listas diversas;
3345 Las opiniones dispersas
No se podían arreglar
Decían que el Juez por triunfar
Hacia cosas muy perversas.

3350 Cuando se reunió la gente
Vino a proclamarla el ñato;
Diciendo con aparato
“Que todo andaría muy mal;
Si pretendía cada cual
Votar por un candilato”.

3355 Y quiso al punto quitarme
La lista que yo llevé,
Mas yo se la mezquiné
Y ya me gritó “Anarquista,
Has de votar por la lista
3360 Que ha mandado el Comiqué”.

Me dio vergüenza de verme
Tratado de esa manera;
Y como si uno se altera
Ya no es fácil de que ablande,
3365 Le dije... “mande el que mande
Yo he de votar por quien quiera”.

“En las carpetas de juego
Y en la mesa electoral,
A todo hombre soy igual,
3370 Respeto al que me respeta;
Pero el naípe y la boleta
Naiden me lo ha de tocar”.

Ahi no más ya me cayó
A sable la polecía,
3375 Aunque era una picardía
Me decidí a soportar
Y no los quise peliar
Por no perderme ese día.

Atravesao me agarró
3380 Y se aprovechó aquel ñato;
Dende que sufrí ese trato
No dentro donde no quepo;
Fi a jinetiar en el cepo
Por cuestión de candilatos

3385 Injusticia tan notoria
No la soporté de flojo
Una venda de mis ojos
Vino el suceso a voltiar
Vi que teníamos que andar
3390 Como perro con tramojo

Dende aquellas elecciones
Se siguió el batiburrillo;
Aquel se volvió un ovillo
Del que no habia ni noticia;
3395 ¡Es Señora la justicia...
Y anda en ancas del más pillo!

25

Después de muy pocos días,
Tal vez por no dar espera
Y que alguno no se fuera
3400 Hicieron citar la gente,
Pa riunir un contingente
Y mandar a la frontera.

Se puso arisco el gauchaje,
La gente está acobardada,
3405 Salió la partida armada,
Y trujo como perdices
Unos cuantos infelices
Que entraron en la voltiada.

Decia el ñato con soberbia
3410 “Esta es una gente indina;
Yo los rodié a la sordina
No pudieron escapar;
Y llevaba orden de arriar
Todito lo que camina”.

3415 Cuando vino el Comendante
Dijeron: “Dios nos asista”
Llegó, y les clavó la vista,
Yo estaba haciéndome el zonzo
Le echó a cada uno un responso
3420 Y ya lo plantó en la lista.

“Cuadrate, le dijo a un negro,
Te estás haciendo el chiquito
Cuando sos el más maldito
Que se encuentra en todo el pago,
3425 Un servicio es el que te hago
Y por eso te remito”.

A otro

“Vos no cuidás tu familia
Ni le das los menesteres;
Visitás otras mujeres
3430 Y es preciso calavera
Que aprendás en la frontera
A cumplir con tus deberes”.

A otro

Vos también sos trabajoso;
Cuando es preciso votar
3435 Hay que mandarte llamar
Y siempre andás medio alzaio;
Sos un desubordinaio
Y yo te voy a filiar.

A otro

¿Cuánto tiempo hace que vos
3440 Andás en este partido?
¿Cuántas veces has venido
A la citación del Juez?
No te he visto ni una vez
Has de ser algún perdido.

A otro

3445 Este es otro barullero
Que pasa en la pulpería
Predicando noche y día
Y anarquizando a la gente,
Irás en el contingente
3450 Por tamaña picardía.

A otro

Dende la anterior remesa
Vos andás medio perdido;
La autoridá no ha podido
Jamás hacerte votar,
3455 Cuando te mandan llamar
Te pasás a otro partido.

A otro

Vos siempre andás de florcita,
No tenés renta ni oficio;
No has hecho ningún servicio,
3460 No has votado ni una vez
Marchá.... para que dejés
De andar haciendo perjuicio.

A otro

Dame vos tu papeleta
Yo te la voy a tener
3465 Esta queda en mi poder
Después la recogerás
Y así si te resertás
Todos te pueden prender.

A otro

Vos porque sos ecetuaio
3470 Ya te querés sulevar;
No vinistes a votar
Cuando hubieron elecciones
No te valdrán ecepciones,
Yo te voy a enderezar”.

3475 Y a este por este motivo
Y a otro por otra razón,
Toditos, en conclusión,
Sin que escapara ninguno,
Fueron pasando uno a uno
3480 A juntarse en un rincón.

Y allí las pobres hermanas,
Las madres y las esposas
Redamaban cariñosas
Sus lágrimas de dolor;
3485 Pero gemidos de amor
No remedian estas cosas.

Nada importa que una madre
Se desespere o se queje
Que un hombre a su mujer deje
3490 En el mayor desamparo;
Hay que callarse, o es claro,
Que lo quiebran por el eje.

Dentran después a empeñarse
Con este o aquel vecino;
3495 Y como en el masculino,
El que menos corre, vuela
Deben andar con cautela
Las pobres me lo imagino.

Muchas al Juez acudieron,
3500 Por salvar de la jugada;
Él les hizo una cuerpieada,
Y por mostrar su inocencia
Les dijo: “Tengan pacencia
Pues yo no puedo hacer nada”

3505 Ante aquella autoridad
Permanecian suplicantes
Y después de hablar bastante
“Yo me lavo, dijo el Juez,
Como Pilatos los pies:
3510 Esto lo hace el Comendante”.

De ver tanto desamparo
El corazón se partía
Había madre que salía

Con dos, tres hijos o más
3515 Por delante y por detrás
Y las maletas vacías.

Dónde irán, pensaba yo,
A perecer de miseria;
Las pobres si de esta feria
3520 Hablan mal, tienen razón;
Pues hay bastante materia
Para tan justa aflicción.

26

Cuando me llegó mi turno
Dije entre mí “ya me toca”
3525 Y aunque mi falta era poca
No sé por qué me asustaba,
Les aseguro que estaba
Con el Jesús en la boca.

Me dijo que yo era un vago
3530 Un jugador, un perdido,
Que dende que fi al partido
Andaba de picaflor
Que había de ser un bandido
Como mi antecesor.

3535 Puede que uno tenga un vicio,
Y que de él no se reforme,
Mas naides está conforme
Con recibir ese trato:
Yo conocí que era el ñato
3540 Quien la había dao los informes.

Me dentro curiosidá
Al ver que de esa manera
Tan siguro me dijera

Que fue mi padre un bandido;
3545 Luego lo habia conocido,
Y yo inoraba quién era.

Me empeñé en aviriguarlo,
Promesas hice a Jesús
Tuve por fin una luz,
3550 Y supe con alegría
Que era el autor de mis días,
El guapo sargento Cruz.

Yo conocia bien su historia
Y la tenia muy presente
3555 Sabia que Cruz bravamente
Yendo con una partida,
Habia jugado la vida
Por defender a un valiente.

Y hoy ruego a mi Dios piadoso
3560 Que lo mantenga en su gloria;
Se ha de conservar su historia
En el corazón del hijo:
Él al morir me bendijo
Yo bendigo su memoria.

3565 Yo juré tener enmienda
Y lo conseguí de veras;
Puedo decir ande quiera
Que si faltas he tenido
De todas me he corregido
3570 Dende que supe quién era.

El que sabe ser buen hijo
A los suyos se parece;
Y aquel que a su lado crece
Y a su padre no hace honor
3575 Como castigo merece
De la desdicha el rigor.

Con un empeño constante
Mis faltas supe enmendar
Todo conseguí olvidar,
3580 Pero por desgracia mía,
El nombre de *Picardía*
No me lo pude quitar.

Aquel que tiene buen nombre
Muchos dijustos ahorra
3585 Y entre tanta mazamorra
No olviden esta alvertencia:
Aprendí por esperencia
Que el mal nombre no se borra.

27

-He servido en la frontera
3590 En un cuerpo de milicias;
No por razón de justicia
Como sirve cualesquiera
-La bolilla me tocó
De ir a pasar malos ratos;
3595 Por la facultá del ñato
Que tanto me persiguió.
-Y sufrí en aquel infierno
Esa dura penitencia,
Por una malaquerencia
3600 De un oficial subalterno
-No repetiré las quejas
De lo que se sufre allá,
Son cosas muy dichas ya
Y hasta olvidadas de viejas.
3605 -Siempre el mismo trabajar
Siempre el mismo sacrificio
Es siempre el mismo servicio,
Y el mismo nunca pagar.
-Siempre cubiertos de harapos
3610 Siempre desnudos y pobres,

- Nunca le pagan un cobre
Ni le dan jamás un trapo.
-Sin sueldo y sin uniforme
Lo pasa uno aunque sucumba
- 3615 Confórmese con la tumba
Y si no... no se conforme.
-Pues si usted se ensoberbece
O no anda muy voluntario,
Le aplican un novenario
- 3620 De estacas... que lo enloquecen.
-Andan como pordioseros
Sin que un peso los alumbre
Porque han tomao la costumbre
De deberle años enteros.
- 3625 -Siempre hablan de lo que cuesta,
Que allá se gasta un platal
Pues yo no he visto ni un rial
En lo que duró la fiesta.
-Es servicio extraordinario
- 3630 Bajo el fusil y la vara
Sin que sepamos qué cara
Le ha dao Dios al comisario.
-Pues si va a hacer la revista
Se vuelve como una bala,
- 3635 Es lo mesmo que luz mala
Para perderse de vista
-Y de yapa cuando va,
Todo parece estudio
Va con meses atrasaos
- 3640 De gente que ya no está
-Pues ni adrede que lo hagan
Podrán hacerlo mejor,
Cuando cai, cai con la paga
Del contingente anterior
- 3645 -Porque son como sentencia
Para buscar al ausente,
Y el pobre que está presente
Que perezca en la endigencia.

- Hasta que tanto aguantar
3650 El rigor con que lo tratan,
O se resierta, o lo matan,
O lo largan sin pagar.
-De ese modo es el pastel
Porque el gaucho... ya es un hecho
3655 No tiene ningún derecho
Ni naides vuelve por él.
-¡La gente vive marchita!
Si viera cuando echan tropa,
Les vuela a todos la ropa
3660 Que parecen banderitas.
-De todos modos lo cargan
Y al cabo de tanto andar
Cuando lo largan, lo largan
Como pa echarse a la mar.
3665 -Si alguna prenda le han dao
Se la vuelven a quitar,
Poncho, caballo, recaó,
Todo tiene que dejar.
- Y esos pobres infelices
3670 Al volver a su destino
Salen como unos Longinos
Sin tener con qué cubrirse.
-A mí me daba congojas
El mirarlos de ese modo
3675 Pues el más aviao de todos
Es un perejil sin hojas.
-Áhora poco ha sucedido,
Con un invierno tan crudo,
Largarlos a pie y desnudos
3680 Pa volver a su partido.
-Y tan duro es lo que pasa
Que en aquella situación,
Les niegan un mancarrón
Para volver a su casa.
3685 -¡¡Lo tratan como a un infiel!!

Completan su sacrificio
No dándole ni un papel
Que acredite su servicio.

- Y tiene que regresar
3690 Más pobre de lo que jue
Por supuesto a la mercé
Del que lo quiere agarrar.
-Y no avirigüe después
De los bienes que dejó
3695 De hambre, su mujer vendió
Por dos- lo que vale diez-
-Y como están convenidos
A jugarle manganeta
A reclamar no se meta
3700 Porque ese es tiempo perdido.
-Y luego, si a alguna Estancia
A pedir carne se arrima
Al punto le cain encima
Con la ley de la vagancia.
3705 -Y ya es tiempo, pienso yo,
De no dar más contingente
Si el Gobierno quiere gente,
Que la pague y se acabó.
-Y saco así en conclusión
3710 En medio de mi inorancia,
Que aquí el nacer en Estancia
Es como una maldición.
-Y digo, aunque no me cuadre
Decir lo que naides dijo:
3715 La Provincia es una madre
Que no defiende a sus hijos.
-Mueren en alguna loma
En defensa de la ley,
O andan lo mesmo que el güey,
3720 Arando pa que otros coman.
-Y he de decir así mismo,
Porque de adentro me brota,

Que no tiene patriotismo
Quien no cuida al compatriota.

28

- 3725 Se me va por donde quiera
Esta lengua del demonio
Voy a darles testimonio
De lo que vi en la frontera.
-Yo sé que el único modo
- 3730 A fin de pasarlo bien,
Es decir a todo amén
Y jugarle risa a todo.
- El que no tiene colchón
En cualquier parte se tiende
- 3735 El gato busca el jogón
Y ese es mozo que lo entiende.
-De aquí comprenderse debe
Aunque yo hable de este modo;
Que uno busca su acomodo
- 3740 Siempre, lo mejor que puede.
-Lo pasaba como todos
Este pobre penitente,
Pero salí de asistente
Y mejoré en cierto modo.
- 3745 -Pues aunque esas privaciones
Causen desesperación,
Siempre es mejor el jogón
De aquel que carga galones.
-De entonces en adelante
- 3750 Algo logré mejorar,
Pues supe hacerme lugar
Al lado del Ayudante.
-Él se daba muchos aires,
Pasaba siempre leyendo,
- 3755 Decían que estaba aprendiendo
Pa recibirse de fraile.

- Aunque lo pifiaban tanto
Jamás lo vi dijustao;
Tenia los ojos paraos
3760 Como los ojos de un Santo.
-Muy delicao- dormia en cuja-
Y no sé por qué sería
La gente lo aborrecía
Y le llamaban LA BRUJA.
3765 -Jamás hizo otro servicio
Ni tuvo más comisiones
Que recibir las raciones
De víveres y de vicios.
-Yo me pasé a su jogón
3770 Al punto que me sacó,
Y ya con él me llevó
A cumplir su comisión.
-Estos diablos de milicos
De todo sacan partido
3775 Cuando nos vían riunidos
Se limpiaban los hocicos.
-Y decian en los jogones
Como por chocarrería,
“Con la Bruja y Picardía,
3780 Van a andar bien las raciones”.
-A mí no me jue tan mal
Pues mi oficial se arreglaba;
Les diré lo que pasaba
Sobre este particular.
3785 -Decian que estaban de acuerdo
La Bruja y el proveedor,
Y que recebia lo pior...
Puede ser- pues no era lerdo.
-Que a más en la cantidá
3790 Pegaba otro dentellón,
Y que por cada ración
Le entregaban la mitá.
-Y que esto, lo hacia del modo
Como lo hace un hombre vivo:

- 3795 Firmando luego el recibo
Ya se sabe, por el todo.
-Pero esas murmuraciones
No faltan en campamento:
Déjenme seguir mi cuento,
- 3800 O historia de las raciones.
-La Bruja las recibía
Como se ha dicho, a su modo
Las cargábamos, y todo
Se entriega en la mayoría.
- 3805 -Sacan allí en abundancia
Lo que les toca sacar
Y es justo que han de dejar
Otro tanto de ganancia.
-Van luego a la compañía,
- 3810 Las recibe el comendante;
El que de un modo abundante
Sacaba cuanto quería.
-Así la cosa liviana,
Va mermada por supuesto
- 3815 Luego se le entrega el resto
Al oficial de semana.
- Araña, ¿quién te arañó?
Otra araña como yo
-Este le pasa al sargento
- 3820 Aquello tan reducido
Y como hombre prevenido
Saca siempre con aumento.
-Esta relación no acabo
Si otra menudencia ensarto;
- 3825 El sargento llama al cabo
Para encargarle el reparto.
-Él también saca primero
Y no se sabe turbar
Naidés le va a aviriguar
- 3830 Si ha sacado más o menos.
-Y sufren tanto boca

Y hacen tantas estaciones,
 Que ya casi no hay raciones
 Cuando llegan al soldao.
 3835 -¡Todo es como pan bendito!
 Y sucede de ordinario,
 Tener que juntarse varios
 Para hacer un pucherito.
 -Dicen que las cosas van
 3840 Con arreglo a la ordenanza
 ¡Puede ser! pero no alcanzan,
 ¡Tan poquito es lo que dan!
 -Algunas veces, yo pienso,
 Y es muy justo que lo diga,
 3845 Solo llegaban las migas
 Que habian quedao en los lienzos.
 -Y esplican aquel infierno
 En que uno está medio loco,
 Diciendo, que dan tan poco
 3850 Porque no paga el Gobierno.
 -Pero eso yo no lo entiendo,
 Ni a aviriguarlo me meto;
 Soy inorante completo
 Nada olvido, y nada aprendo.
 3855 -Tiene uno que soportar
 El tratamiento más vil:
 A palos en lo civil,
 A sable en lo militar.
 -El vistuario- es otro infierno;
 3860 Si lo dan, llega a sus manos,
 En invierno el de verano
 Y en el verano el de invierno.
 -Y yo el motivo no encuentro,
 Ni la razón que esto tiene,
 3865 Mas dicen que eso ya viene
 Arreglao dende adentro.
 -Y es necesario aguantar
 El rigor de su destino;
 El gaucho no es argentino

- 3870 Sinó pa hacerlo matar.
-Ansí ha de ser, no lo dudo
Y por eso decia un tonto:
“Si los han de matar pronto,
Mejor es que estén desnudos”.
- 3875 -Pues esa miseria vieja
No se remedia jamás;
Todo el que viene detrás
Como la encuentra la deja
- Y se hallan hombres tan malos
- 3880 Que dicen de buena gana
El gaucho es como la lana
Se limpia y compone a palos.
-Y es forzoso el soportar
Aunque la copa se enllene;
- 3885 Parece que el gaucho tiene
Algún pecao que pagar.

29

- Esto contó Picardía
Y después guardó silencio,
Mientras todos celebraban
- 3890 Con placer aquel encuentro.
Mas una casualidá,
Como que nunca anda lejos,
Entre tanta gente blanca
Llevó también a un moreno,
- 3895 Presumido de cantor
Y que se tenia por bueno
Y como quien no hace nada,
O se descuida de intento,
Pues siempre es muy conocido
- 3900 Todo aquel que busca pleito
Se sentó con toda calma
Echó mano al estrumento

- Y ya le pegó un rajido
Era fantástico el negro,
3905 Y para no dejar dudas
Medio se compuso el pecho.
Todo el mundo conoció
La intención de aquel moreno
Era claro el desafío
3910 Dirigido a Martín Fierro,
Hecho con toda arrogancia,
De un modo muy altanero.
Tomó Fierro la guitarra,
Pues siempre se halla dispuesto
3915 Y así cantaron los dos
En medio de un gran silencio.

30

MARTÍN FIERRO

- Mientras suene el encordao
Mientras encuentre el compás,
Yo no he de quedarme atrás
3920 Sin defender la parada
Y he jurado que jamás
Me la han de llevar robada.
- Atiendan pues los oyentes
Y cayensén los mirones
3925 A todos pido perdones
Pues a la vista resalta,
Que no está libre de falta
Quien no está de tentaciones.
- A un cantor le llaman bueno,
3930 Cuando es mejor que los piores
Y sin ser de los mejores,
Encontrándose dos juntos

Es deber de los cantores
El cantar de contrapunto.

- 3935 El hombre debe mostrarse
Cuando la ocasión le llegue
Hace mal el que se niegue
Dende que lo sabe hacer
Y muchos suelen tener
3940 Vanagloria en que los rueguen.

- Cuando mozo fui cantor-
Es una cosa muy dicha
Mas la suerte se encapricha
Y me persigue constante
3945 De ese tiempo en adelante
Canté mis propias desdichas.

- Y aquellos años dichosos
Trataré de recordar
Veré si puedo olvidar
3950 Tan desgraciada mudanza
Y quien se tenga confianza
Tiemple y vamos a cantar.

- Tiemple y cantaremos juntos,
Trasnochadas no acobardan
3955 Los concurrentes aguardan,
Y porque el tiempo no pierdan
Haremos gemir las cuerdas
Hasta que las velas no ardan.

- Y el cantor que se presiente,
3960 Que tenga o no quien lo ampare,
No espere que yo dispare
Aunque su saber seá mucho
Vamos en el mesmo pucho
A prenderle hasta que aclare.

3965 Y seguiremos si gusta
Hasta que se vaya el día
Era la costumbre mía
Cantar las noches enteras
Había entonces, dondequiera,

3970 Cantores de fantasía.

Y si alguno no se atreve
A seguir la caravana,
O si cantando no gana
Se lo digo sin lisonja

3975 Haga sonar una esponja
O ponga cuerdas de lana.

EL MORENO

Yo no soy señores míos
Sinó un pobre guitarrero
Pero doy gracias al cielo
3980 Porque puedo en la ocasión
Toparme con un cantor
Que experimente a este negro.

Yo también tengo algo blanco,
Pues tengo blancos los dientes
3985 Sé vivir entre las gentes
Sin que me tengan en menos
Quien anda en pagos ajenos
Debe ser manso y prudente.

Mi madre tuvo diez hijos,
3990 Los nueve muy regulares
Tal vez por eso me ampare
La Providencia divina
En los güevos de gallina
El décimo es el más grande.

3995 El negro es muy amoroso,
Aunque de esto no hace gala,
Nada a su cariño iguala
Ni a su tierna voluntá
Es lo mesmo que el macá
4000 Cria los hijos bajo el ala.

Pero yo he vivido libre
Y sin depender de naidés
Siempre he cruzado a los aires
Como el pájaro sin nido
4005 Cuanto sé lo he aprendido
Porque me lo enseñó un flaire.

Y sé como cualquier otro
El por qué retumba el trueno
Por qué son las estaciones
4010 Del verano y del invierno
Sé también de dónde salen
Las aguas que cain del Cielo.

Yo sé lo que hay en la tierra
En llegando al mesmo centro
4015 En dónde se encuentra el oro,
En dónde se encuentra el fierro
Y en dónde viven bramando
Los volcanes que echan juego.

Yo sé del fondo del mar
4020 Dónde los pejes nacieron
Yo sé por qué crece el árbol,
Y por qué silban los vientos
Cosas que inoran los blancos
Las sabe este pobre negro.

4025 Yo tiro cuando me tiran,
Cuando me aflojan, aflojo;

No se ha de morir de antojo
Quien me convida a cantar
Para conocer a un cojo
4030 Lo mejor es verlo andar.

Y si una falta cometo
En venir a esta riunión
Echándola de cantor
Pido perdón en voz alta
4035 Pues nunca se halla una falta
Que no esista otra mayor.

De lo que un cantor esplica
No falta qué aprovechar
Y se le debe escuchar
4040 Aunque seá negro el que cante
Aprende el que es inorante,
Y el que es sabio, aprende más.

Bajo la frente más negra
Hay pensamiento y hay vida
4045 La gente escuche tranquila
No me haga ningún reproche
También es negra la noche
Y tiene estrellas que brillan.

Estoy pues a su mandao,
4050 Empiece a echarme la sonda
Si gusta que le responda,
Aunque con lenguaje tosco
En leturas no conozco
La jota por ser redonda.

MARTÍN FIERRO

4055 ¡Ah! negro, si sos tan sabio
No tengás ningún recelo;

Pero has tragao el anzuelo
Y al compás del estrumento
Has de decirme al momento
4060 Cuál es el canto del cielo.

EL MORENO

Cuentan que de mi color
Dios hizo al hombre primero
Mas los blanco altaneros,
Los mesmos que lo convidan,
4065 Hasta de nombrarlo olvidan
Y solo le llaman negro.

Pinta el blanco negro al diablo,
Y el negro, blanco lo pinta
Blanca la cara o retinta
4070 No habla en contra ni a favor
De los hombres el Criador
No hizo dos clases distintas.

Y después de esta alvertencia
Que al presente viene a pelo
4075 Veré señores, si puedo,
Sigún mi escaso saber;
Con claridá responder
Cuál es el canto del cielo.

Los cielos lloran y cantan
4080 Hasta en el mayor silencio
Lloran al cair el rocío,
Cantan al silbar los vientos
Lloran cuando cain las aguas
Cantan cuando brama el trueno.

MARTÍN FIERRO

4085 Dios hizo al blanco y al negro
Sin declarar los mejores
Les mandó iguales dolores
Bajo de una misma cruz;
Más también hizo la luz
4090 Pa distinguir los colores.

Ansí ninguno se agravie,
No se trata de ofender
A todo se ha de poner
El nombre con que se llama
4095 Y a naides le quita fama
Lo que recibió al nacer.

Y ansí me gusta un cantor
Que no se turba ni yerra
Y si en tu saber se encierra
4100 El de los sabios projundos
Decime cuál en el mundo
Es el canto de la tierra.

EL MORENO

Es pobre mi pensamiento,
Es escasa mi razón
4105 Mas pa dar contestación
Mi inorancia no me arredra
También da chispas la piedra
Si la gólpea el eslabón.

Y le daré una respuesta
4110 Sigún mis pocos alcances
Forman un canto en la tierra
El dolor de tanta madre,
El gemir de los que mueren
Y el llorar de los que nacen.

MARTÍN FIERRO

- 4115 Moreno, alvierto que trais
Bien dispuesta la garganta
Sos varón, y no me espanta
Verte hacer esos primores
En los pájaros cantores
4120 Solo el macho es el que canta.

- Y ya que al mundo vinistes
Con el sino de cantar,
No te vayas a turbar
No te agrandes ni te achiques
4125 Es preciso que me espliques
Cuál es el canto del mar.

EL MORENO

- A los pájaros cantores
Ninguno a imitar pretiende
De un don que de otro depende
4130 Naides se debe alabar
Pues la urraca apriende a hablar
Pero solo la hembra apriende.

- Y ayúdame ingenio mío
Para ganar esta apuesta
4135 Mucho el contestar me cuesta
Pero debo contestar
Voy a decirle en respuesta
Cuál es el canto del mar.

- Cuando la tormenta brama,
4140 El mar que todo lo encierra
Canta de un modo que aterra
Como si el mundo temblara
Parece que se quejara
De que lo estreche la tierra.

MARTÍN FIERRO

- 4145 Toda tu sabiduría
Has de mostrar esta vez
Ganarás solo que estés
En vaca con algún santo
La noche tiene su canto
4150 Y me has de decir cuál es.

EL MORENO

- No galope que hay aujeros,
Le dijo a un guapo un prudente
Le contesto humildemente,
La noche por cantos tiene
4155 Esos ruidos que uno siente
Sin saber de dónde vienen.

- Son los secretos misterios
Que las tinieblas esconden
Son los ecos que responden
4160 A la voz del que da un grito,
Como un lamento infinito
Que viene no sé de dónde.

- A las sombras solo el Sol
Las penetra y las impone
4165 -En distintas direcciones
Se oyen rumores inciertos
Son almas de los que han muerto
Que nos piden oraciones.

MARTÍN FIERRO

- Moreno por tus respuestas
4170 Ya te aplico el cartabón,
Pues tenés desposición
Y sos estruido de yapa

Ni las sombras se te escapan
Para dar explicación.

- 4175 Pero cumple su deber
El leal diciendo lo cierto
Y por lo tanto te alvierto
Que hemos de cantar los dos
Dejando en la paz de Dios
4180 Las almas de los que han muerto.

- Y el consejo del prudente
No hace falta en la partida
Siempre ha de ser comedida
La palabra de un cantor
4185 Y ahora quiero que me digas
De dónde nace el amor.

EL MORENO

- A pregunta tan oscura
Trataré de responder
Aunque es mucho pretender
4190 De un pobre negro de Estancia
Mas conocer su inorancia
Es principio del saber.

- Ama el pájaro en los aires
Que cruza por donde quiera
4195 Y si al fin de su carrera
Se sienta en alguna rama,
Con su alegre canto llama
A su amante compañera.

- La fiera ama en su guarida,
4200 De la que es rey y señor
Allí lanza con furor
Esos bramidos que espantan

Porque las fieras no cantan
Las fieras braman de amor.

- 4205 Ama en el fondo del mar
El pez de lindo color
Ama el hombre con ardor,
Ama todo cuanto vive
De Dios vida se recibe
4210 Y donde hay vida, hay amor.

MARTÍN FIERRO

- Me gusta negro ladino
Lo que acabás de explicar
Ya te empiezo a respetar
Aunque al principio me rei
4215 Y te quiero preguntar
Lo que entendés por la ley.

EL MORENO

- Hay muchas dotorerías
Que yo no puedo alcanzar
Dende que aprendí a inorar
4220 De ningún saber me asombro
Mas no ha de llevarme al hombro
Quien me convide a cantar

- Yo no soy cantor ladino
Y mi habilidá es muy poca
4225 Mas cuando cantar me toca
Me defiendo en el combate
Porque soy como los mates:
Sirvo si me abren la boca.

- Dende que elige a su gusto
4230 Lo más espinoso elige

Pero esto poco me aflige
Y le contesto a mi modo
La ley se hace para todos,
Mas solo al pobre le rige.

4235 La ley es tela de araña
En mi inorancia lo esplico,
No la tema el hombre rico
Nunca la tema el que mande
Pues la ruempe el bicho grande
4240 Y solo enrieda a los chicos.

Es la ley como la lluvia
Nunca puede ser pareja
El que la aguanta se queja,
Pero el asunto es sencillo
4245 La ley es como el cuchillo
No ofiende a quien lo maneja.

Le suelen llamar espada
Y el nombre le viene bien
Los que la gobiernan ven
4250 A dónde han de dar el tajo
Le cai al que se halla abajo
Y corta sin ver a quién.

Hay muchos que son doctores
Y de su cencia no dudo
4255 Mas yo soy un negro rudo
Y aunque de esto poco entiendo,
Estoy diariamente viendo
Que aplican la del embudo.

MARTÍN FIERRO

Moreno vuelvo a decirte
4260 Ya conozco tu medida

Has aprovechao la vida
Y me alegro de este encuentro
Ya veo que tenés adentro
Capital pa esta partida.

4265 Y aura te voy a decir
Porque en mi deber está
Y hace honor a la verdá
Quien a la verdá se duebla,
Que sos por fuera tinieblas
4270 Y por dentro claridá.

No ha de decirse jamás
Que abusé de tu pacencia
Y en justa correspondencia
Si algo querés preguntar
4275 Podés al punto empezar
Pues ya tenés mi licencia.

EL MORENO

No te trabes lengua mía,
No te vayas a turbar
Nadie acierta antes de errar
4280 Y aunque la fama se juega
El que por gusto navega
No debe temerle al mar.

Voy a hacerle mis preguntas
Ya que a tanto me convida
4285 Y vencerá en la partida
Si una esplicación me da,
Sobre el tiempo y la medida,
El peso y la cantidá-

- Suya será la vitoria
4290 Si es que sabe contestar
Se lo debo declarar
Con claridá, no se asombre,
Pues hasta aura ningún hombre
Me lo ha sabido explicar
- 4295 Quiero saber y lo inoro,
Pues en mis libros no está,
Y su respuesta vendrá
A servirme de gobierno
Para qué fin el Eterno
- 4300 Ha criado la cantidad.

MARTÍN FIERRO

- Moreno te dejás cair
Como carancho en su nido;
Ya veo que sos prevenido
Mas también estoy dispuesto
- 4305 Veremos si te contesto
Y si te das por vencido.
- Uno es el sol- uno el mundo,
Sola y única es la luna
Así han de saber que Dios
- 4310 No crió cantidad ninguna.
El ser de todos los seres
Solo formó la unidá
Lo demás lo ha criado el hombre
Después que aprendió a contar.

EL MORENO

- 4315 Veremos si a otra pregunta
Da una respuesta cumplida
El ser que ha criado la vida

Lo ha de tener en su archivo
Mas yo inoro qué motivo
4320 Tuvo al formar la medida

MARTÍN FIERRO

Escuchá con atención
Lo que en mi inorancia arguyo:
La medida la inventó
El hombre, para bien suyo
4325 Y la razón no te asombre,
Pues es fácil presumir
Dios no tenia que medir
Sinó la vida del hombre.

EL MORENO

Si no falla su saber
4330 Por vencedor lo confieso
Debe aprender todo eso
Quien a cantar se dedique
Y aura quiero que me explique
Lo que significa el peso.

MARTÍN FIERRO

4335 Dios guarda entre sus secretos
El secreto que eso encierra,
Y mandó que todo peso
Cayera siempre a la tierra
Y sigún compriendo yo,
4340 Dende que hay bienes y males,
Fue el peso para pesar
Las culpas de los mortales.

EL MORENO

Si responde a esta pregunta
Tengasé por vencedor
4345 Doy la derecha al mejor
Y respóndame al momento,
Cuándo formó Dios el tiempo
Y por qué lo dividió.

MARTÍN FIERRO

Moreno, voy a decir,
4350 Sigún mi saber alcanza
El tiempo solo es tardanza
De lo que está por venir.
No tuvo nunca principio
Ni jamás acabará
4355 Porque el tiempo es una rueda,
Y rueda es eternidá,
Y si el hombre lo divide
Solo lo hace en mi sentir
Por saber lo que ha vivido
4360 O le resta que vivir.

Ya te he dado mis respuestas,
Mas no gana quien despunta,
Si tenés otra pregunta
O de algo te has olvidao
4365 Siempre estoy a tu mandao
Para sacarte de dudas.

No procedo por soberbia
Ni tampoco por jatancia,
Mas no ha de faltar costancia
4370 Cuando es preciso luchar
Y te convido a cantar
Sobre cosas de la Estancia

Ansí prepará moreno
Cuanto tu saber encierre
4375 Y sin que tu lengue yerre,
Me has de decir lo que emprende
El que del tiempo depende
En los meses que train erre.

EL MORENO

De la inorancia de naides
4380 Ninguno debe abusar
Y aunque me puede doblar
Todo el que tenga más arte,
No voy a ninguna parte
A dejarme machetiar

4385 He reclarao que en leturas
Soy redondo como jota
No avergüence mi redota
Pues con claridá le digo
No me gusta que conmigo
4390 Naides juegue a la pelota

Es buena ley que el más lerdo
Debe perder la carrera
Ansí le pasa a cualquiera
Cuando en competencia se halla,
4395 Un cantor de media talla
Con otro de talla entera.

No han visto en medio del campo
Al hombre que anda perdido
Dando güeltas afligido
4400 Sin saber dónde rumbiar
Ansí le suele pasar
A un pobre cantor vencido.

También los árboles crujen
Si el ventarrón los azota
4405 Y si aquí mi queja brota
Con amargura, consiste
En que es muy larga y muy triste
La noche de la redota.

Y dende hoy en adelante,
4410 Pongo de testigo al cielo,
Para decir sin recelo
Que si mi pecho se inflama,
No cantaré por la fama
Sinó por buscar consuelo.

4415 Vive ya desesperado
Quien no tiene qué esperar
A lo que no ha de durar
Ningún cariño se cobre
Alegrías en un pobre
4420 Son anuncio de un pesar.

Y este triste desengaño
Me durará mientras viva
Aunque un consuelo reciba
Jamás he de alzar el vuelo-
4425 Quien no nace para el cielo
De balde es que mire arriba.

Y suplico a cuantos me oigan
Que me permitan decir,
Que al decidirme a venir
4430 No solo jue por cantar,
Sinó porque tengo a más
Otro deber que cumplir.

Ya saben que de mi madre
Fueron diez los que nacieron
4435 Mas ya no existe el primero

Y más querido de todos
Murió por injustos modos
A manos de un pendenciero.

Los nueve hermanos restantes
4440 Como güérfanos quedamos
Dende entonces lo lloramos
Sin consuelo, creanmenló
Y al hombre que lo mató
Nunca, jamás lo encontramos.

4445 Y queden en paz los güesos
De aquel hermano querido
A moverlos no he venido,
Mas si el caso se presienta
Espero en Dios que esta cuenta
4450 Se arregle como es debido.

Y si otra ocasión payamos
Para que esto se complete,
Por mucho que lo respete
Cantaremos si le gusta
4455 Sobre las muertes injustas
Que algunos hombres cometen.

Y aquí pues, señores míos
Diré como en despedida,
Que todavía andan con vida
4460 Los hermanos del dijunto
Que recuerdan este asunto
Y aquella muerte no olvidan.

Y es misterio tan projundo
Lo que está por suceder,
4465 Que no me debo meter
A echarla aquí de adivino;
Lo que decida el destino
Después lo habrán de saber.

MARTÍN FIERRO

Al fin cerrastes el pico
4470 Después de tanto charlar,
Ya empezaba a maliciar
Al verte tan entonao,
Que traías un embuchao
Y no lo querías largar.

4475 Y ya que nos conocemos,
Basta de conversación;
Para encontrar la ocasión
No tienen que darse prisa
Ya conozco yo que empieza
4480 Otra clase de junción.

Yo no sé lo que vendrá,
Tampoco soy adivino
Pero firme en mi camino
Hasta el fin he de seguir
4485 Todos tienen que cumplir
Con la ley de su destino.

Primero fue la frontera
Por persecución de un juez
Los indios fueron después,
4490 Y para nuevos estrenos
Ahora son estos morenos
Pa alivio de mi vejez.

La madre echó diez al mundo,
Lo que cualquiera no hace
4495 Y tal vez de los diez pase
Con iguales condiciones
La mulita pare nones,
Todos de la misma clase.

A hombre de humilde color
4500 Nunca sé facilitar,
Cuando se llega a enojar
Suele ser de mala entraña
Se vuelve como la araña,
Siempre dispuesta a picar.

4505 Yo he conocido a toditos
Los negros más peliadores
Había algunos superiores
De cuerpo y de vista... ahijuna
Si vivo, les daré una...

4510 Historia de las mejores.

Mas cada uno ha de tirar
En el yugo en que se vea;
Yo ya no busco peleas
Las contiendas no me gustan
4515 Pero ni sombras me asustan
Ni bultos que se menean.

La creía ya desollada
Mas todavía falta el rabo
Y por lo visto no acabo
4520 De salir de esta jarana
Pues esto es lo que se llama
Remachársele a uno el clavo.

31

Y después de estas palabras
Que ya la intención revelan,
4525 Procurando los presentes
Que no se armara pendencia,
Se pusieron de por medio
Y la cosa quedó quieta
Martín Fierro y los muchachos
4530 Evitando la contienda,

Montaron y paso a paso
 Como el que miedo no lleva,
 A la costa de una arroyo
 Llegaron a echar pie a tierra.
 4535 Desensillaron los pingos
 Y se sentaron en rueda,
 Refiriéndose entre sí
 Infinitas menudencias;
 Porque tiene muchos cuentos
 4540 Y muchos hijos la ausencia.
 Allí pasaron la noche
 A la luz de las estrellas,
 Porque ese es un cortinao
 Que lo halla uno donde quiera,
 4545 Y el gaucho sabe arreglarse
 Como ninguno se arregla
 El colchón son las caronas
 El lomillo es cabecera
 El cojinillo es blandura
 4550 Y con el poncho o la jerga
 Para salvar del rocío
 Se cubre hasta la cabeza
 Tiene su cuchillo al lado,
 Pues la precaución es buena;
 4555 Freno y rebenque a la mano,
 Y teniendo el pingo cerca,
 Que pa asegurarlo bien
 La argolla del lazo entierra
 Aunque el atar con el lazo
 4560 Da del hombre mala idea
 Se duerme así muy tranquilo
 Todita la noche entera
 Y si es lejos del camino
 Como manda la prudencia,
 4565 Más siguro que en su rancho
 Uno ronca a pierna suelta.
 Pues en el suelo no hay chinches,
 Y es una cuja camera

Que no ocasiona disputas
4570 Y que naidas se la niega
Además de eso, una noche
La pasa uno como quiera,
Y las va pasando todas
Haciendo la misma cuenta
4575 Y luego los pajaritos
Al aclarar lo dispiertan.
Porque el sueño no lo agarra
A quien sin cenar se acuesta.
Ansí, pues, aquella noche
4580 Jue para ellos una fiesta,
Pues todo parece alegre
Cuando el corazón se alegra.
No pudiendo vivir juntos
Por su estado de pobreza,
4585 Resolvieron separarse,
Y que cada cual se juera
A procurarse un refugio
Que aliviara su miseria.
Y antes de desparramarse
4590 Para empezar vida nueva,
En aquella soledá
Martín Fierro con prudencia
A sus hijos y al de Cruz
Les habló de esta manera.

32

4595 Un padre que da consejos
Más que Padre es un amigo,
Ansí como tal les digo
Que vivan con precaución
Naidas sabe en qué rincón
4600 Se oculta el que es su enemigo.

Yo nunca tuve otra escuela
Que una vida desgraciada

No estrañen si en la jugada
Alguna vez me equivoco
4605 Pues debe saber muy poco
Aquel que no aprendió nada.

Hay hombres que de su cencia
Tienen la cabeza llena;
Hay sabios de todas menas,
4610 Mas digo sin ser muy ducho
Es mejor que aprender mucho
El aprender cosas buenas.

No aprovechan los trabajos
Si no han de enseñarnos nada
4615 El hombre, de una mirada
Todo ha de verlo al momento
El primer conocimiento
Es conocer cuándo enfada.

Su esperanza no la cifren
4620 Nunca en corazón alguno
En el mayor infortunio
Pongan su confianza en Dios
De los hombres, solo en uno,
Con gran precaución en dos.

4625 Las faltas no tienen límites
Como tienen los terrenos
Se encuentran en los más buenos,
Y es justo que les prevenga;
Aquel que defetos tenga,

4630 Disimule los ajenos

Al que es amigo, jamás
Lo dejen en la estacada,
Pero no le pidan nada
Ni lo aguarden todo de él

4635 Siempre el amigo más fiel
Es una conduta honrada.

Ni el miedo ni la codicia
Es bueno que a uno lo asalten
Así no se sobresalten

4640 Por los bienes que perezcan
Al rico nunca le ofrezcan
Y al pobre jamás le falten.

Bien lo pasa hasta entre Pampas
El que respeta a la gente
4645 El hombre ha de ser prudente
Para librarse de enojos
Cauteloso entre los flojos
Moderado entre valientes.

El trabajar es la ley
4650 Porque es preciso alquirit
No se espongan a sufrir
Una triste situación
Sangra mucho el corazón
Del que tiene que pedir.

4655 Debe trabajar el hombre
Para ganarse su pan;
Pues la miseria en su afán
De perseguir de mil modos
Llama en la puerta de todos

4660 Y entra en la del haragán.

A ningún hombre amenacen
Porque naides se acobarda
Poco en conocerlo tarda
Quien amenaza imprudente
4665 Que hay un peligro presente
Y otro peligro se aguarda.

Para vencer un peligro,
Salvar de cualquier abismo,
Por esperencia lo afirmo,
4670 Más que el sable y que la lanza
Suele servir la confianza
Que el hombre tiene en sí mismo.

Nace el hombre con la astucia
Que ha de servirle de guía
4675 Sin ella sucumbiría,
Pero sigún mi esperencia
Se vuelve en unos prudencia
Y en los otros picardía.

Aprovecha la ocasión
4680 El hombre que es diligente
Y tenganló bien presente,
Si al compararla no yerro
La ocasión es como el fierro
Se ha de machacar caliente.

4685 Muchas cosas pierde el hombre
Que a veces las vuelve a hallar
Pero les debo enseñar,
Y es bueno que lo recuerden
Si la vergüenza se pierde
4690 Jamás se vuelve a encontrar.

Los hermanos sean unidos,
Porque esa es la ley primera
Tengan unión verdadera
En cualquier tiempo que sea
4695 Porque si entre ellos pelean
Los devoran los de ajuera.

Respeten a los ancianos,
El burlarlos no es hazaña
Si andan entre gente estraña

4700 Deben ser muy precavidos
Pues por igual es tenido
Quien con malos se acompaña.

La cigüeña cuando es vieja
Pierde la vista, y procuran
4705 Cuidarla en su edá madura
Todas sus hijas pequeñas.
Apriendan de las cigüeñas
Este ejemplo de ternura.

Si les hacen una ofensa
4710 Aunque la echen en olvido
Vivan siempre prevenidos;
Pues ciertamente sucede
Que hablará muy mal de ustedes
Aquel que los ha ofendido.

4715 El que obedeciendo vive
Nunca tiene suerte blanda
Mas con su soberbia agranda
El rigor en que padece
Obedezca el que obedece
4720 Y será bueno el que manda.

Procuren de no perder
Ni el tiempo ni la vergüenza
Como todo hombre que piensa
Procedan siempre con juicio
4725 Y sepan que ningún vicio
Acaba donde comienza.

Ave de pico encorvado
Le tiene al robo afición
Pero el hombre de razón
4730 No roba jamás un cobre
Pues no es vergüenza ser pobre
Y es vergüenza ser ladrón.

El hombre no mate al hombre
Ni pelee por fantasía
4735 Tiene en la desgracia mía
Un espejo en que mirarse
Saber el hombre guardarse
Es la gran sabiduría.

La sangre que se redama
4740 No se olvida hasta la muerte
La impresión es de tal suerte,
Que a mi pesar, no lo niego
Cai como gotas de fuego
En el alma del que la vierte.

4745 Es siempre, en toda ocasión,
El trago el pior enemigo
Con cariño se los digo,
Recuérdenlo con cuidado,
Aquel que ofiende embriagado
4750 Merece doble castigo.

Si se arma algún revolutis
Siempre han de ser los primeros
No se muestren altaneros
Aunque la razón les sobre
4755 En la barba de los pobres
Aprienden pa ser barberos.

Si entriegan su corazón
A alguna mujer querida,
No le hagan una partida
4760 Que la ofienda a la mujer
Siempre los ha de perder
Una mujer ofendida.

Procuren, si son cantores,
El cantar con sentimiento
4765 No tiemplan el estrumento

Por solo el gusto de hablar
Y acostúmbrense a cantar
En cosas de jundamento.

Y les doy estos consejos,
4770 Que me ha costado alquirirlos,
Porque déseo dirigirlos;
Pero no alcanza mi cencia
Hasta darles la prudencia
Que precisan pa seguirlos.

4775 Estas cosas y otras muchas,
Medité en mis soledades
Sepan que no hay falsedades
Ni error en estos consejos
Es de la boca de un viejo

4780 De ande salen las verdades.

33

Después a los cuatro vientos
Los cuatro se dirigieron
Una promesa se hicieron
Que todos debian cumplir
4785 Mas no la puedo decir,
Pues secreto prometieron.

Les alvierto solamente,
Y esto a ninguno le asombre,
Pues muchas veces el hombre
4790 Tiene que hacer de ese modo
Convinieron entre todos
En mudar allí de nombre.

Sin ninguna intención mala
Lo hicieron, no tengo duda,

4795 Pero es la verdá desnuda,
Siempre suele suceder
Aquel que su nombre muda
Tiene culpas que esconder.

Y ya dejo el estrumento
4800 Con que he divertido a ustedes
Todos conocerlo pueden
Que tuve costancia suma
Este es un botón de pluma
Que no hay quien lo desenriede.

4805 Con mi deber he cumplido
Y ya he salido del paso,
Pero diré, por si acaso,
Pa que me entiendan los criollos
Todavía me quedan rollos
4810 Por si se ofrece dar lazo.

Y con esto me despido
Sin espresar hasta cuándo
Siempre corta por lo blando
El que busca lo seguro
4815 Mas yo corto por lo duro,
Y así he de seguir cortando.

Vive el águila en su nido,
El tigre vive en la selva,
El zorro en la cueva ajena,
4820 Y en su destino incostante,
Solo el gaucho vive errante
Donde la suerte lo lleva.

Es el pobre en su orfandá
De la fortuna el desecho
4825 Porque naidés toma a pechos

El defender a su raza
Debe el gaucho tener casa,
Escuela, Iglesia y derechos.

Y han de concluir algún día
4830 Estos enriedos malditos
La obra no la facilito
Porque aumentan el fandango,
Los que están como el chimango
Sobre el cuero y dando gritos.

4835 Mas Dios ha de permitir
Que esto llegue a mejorar
Pero se ha de recordar
Para hacer bien el trabajo,
Que el fuego pa calentar,
4840 Debe ir siempre por abajo.

En su ley está el de arriba
Si hace lo que le aproveche
De sus favores sospeche,
Hasta el mesmo que lo nombra
4845 Siempre es dañosa la sombra
Del árbol que tiene leche.

Al pobre al menor descuido
Lo levantan de un sogazo
Pero yo comprendo el caso
4850 Y esta consecuencia saco
El gaucho es el cuero flaco
Da los tientos para el lazo.

Y en lo que esplica mi lengua
Todos deben tener fe
4855 Ansí, pues, entiendanmé,
Con codicias no me mancho

No se ha de llover el rancho
En donde este libro esté.

Permítanme descansar,
4860 ¡Pues he trabajado tanto!
En este punto me planto
Y a continuar me resisto
Estos son treinta y tres cantos,
Que es la misma edá de Cristo.

4865 Y guarden estas palabras
Que les digo al terminar
En mi obra he de continuar
Hasta dárselas concluida
Si el ingenio o si la vida
4870 No me llegan a faltar.

Y si la vida me falta,
Tenganló todos por cierto,
Que el gaucho, hasta en el desierto
Sentirá en tal ocasión
4875 Tristeza en el corazón
Al saber que yo estoy muerto.

Pues son mis dichas desdichas,
Las de todos mis hermanos
Ellos guardarán ufanos
4880 En su corazón mi historia
Me tendrán en su memoria
Para siempre mis paisanos.

Es la memoria un gran don,
Calidá muy meritoria
4885 Y aquellos que en esta historia
Sospechen que les doy palo
Sepan que olvidar lo malo
También es tener memoria.

Mas naides se crea ofendido
4890 Pues a ninguno incomodo
Y si canto de este modo
Por encontrarlo oportuno
NO ES PARA MAL DE NINGUNO
SINÓ PARA BIEN DE TODOS.

FIN

MISCELÁNEA

1872-1883



Camino Trasandino (1872)¹

Debo a la deferencia del capitán D. Casiano Cabrera el itinerario del viaje de exploración hecha por la Comisión encargada de buscar un paso por la Cordillera de los Andes, que permita la construcción de una vía férrea a Chile.

Se lo remito para su publicación, permitiéndome con este motivo, llenar algunas páginas con las observaciones que me ha sugerido su lectura.

Desgraciadamente, son muy escasos e incompletos los conocimientos que poseemos sobre nuestra geografía interior.

Cubren todavía aquellas regiones, las sombras que las envolvieron en los siglos pasados.

Durante más de trescientos años, las autoridades dependientes de la Metrópoli, dejaron en el más completo olvido y abandono, así la región andina, como las vastas comarcas Patagónicas y los fértiles territorios del Gran Chaco.

Nosotros heredamos esa apatía y ese descuido.

Inmensos bosques de riquísimas maderas, ríos abundantes y caudalosos, montañas que encierran riquezas desconocidas, vastas y férti-

¹ Este artículo periodístico fue incorporado al final de la 1ª. ed. de *El gaucho* (aunque no volvió a reaparecer en las ediciones siguientes) con el siguiente apartado:

“Completamos este interesante folleto reproduciendo a continuación un importante artículo debido a la pluma del mismo Hernández, lleno de preciosos datos históricos sobre la vía Trasandina, que fue publicado en un periódico en el Rosario, y benévolamente reproducido por *La pampa* de Buenos Aires.

Estamos ciertos que a pesar de ello será leído con interés.

Hubiéramos insertado también el itinerario del capitán Cabrera a que se refiere este artículo, pero nos ha sido imposible obtenerlo a causa de la ausencia del Sr. Hernández.

El Editor”

Para esta edición tomamos la versión facsimilar publicada por la Colección Archivos (Hernández, José. *Martín Fierro*, Élida Lois y Ángel Núñez -coordinadores-, París-Madrid, Colección Archivos, UNESCO-CNRS, 2001, págs. 241-251).

les llanuras cubiertas de abundantes pastos, permanecen inexploradas y la marcha de nuestra civilización, de nuestra riqueza toda, de nuestra industria interior, nuestra conquista sobre el desierto, es lenta, pesada, insegura y costosa.

Durante el largo período del coloniaje, se hicieron a penas viajes de exploración, dirigidos a fijar los puntos que debían servir para asegurar la navegación de las dilatadas costas del Virreinato. Pero esto mismo se hacía de una manera tan imperfecta y negligente, que ha transcurrido a veces más de un siglo entre uno y otro viaje.

Recordamos ligeramente aquellas exploraciones.

En 1605 el Gobernador Hernandarias de Saavedra, avanzó el primero sobre la costa Patagónica, en un viaje de exploración: y desde 1618 hasta 1745 no hay noticia de ninguna otra expedición con este objeto, ni existe dato alguno que sirva a ensanchar la esfera de los imperfectos conocimientos geográficos.

Más de 40 años transcurrieron enseguida, sin que haya nada que indique en estos pobladores, el deseo muy natural de conocer el territorio que habitaban; y recién desde 1780 para adelante, se hace sentir un ligero movimiento revelando que la vida no se había extinguido totalmente en el cuerpo social.

Pero la inercia colonial pesaba como una capa de plomo sobre los esfuerzos de los hombres que, más animosos o mejor intencionados, no podían contemplar, sin pena, semejante abandono.

Fueron inútiles todos los esfuerzos.

Fueron estériles todos los sacrificios.

En 1782 el Piloto de la Real Armada D. Basilio Villarino, exploró la costa Patagónica, y subió el Río Negro hasta aproximarse a la gran cordillera, y salvo dos o tres errores que han corregido los años posteriormente, los datos que él adquiriría entonces son exactos, y pueden servir hoy mismo.

Biedma exploró también la costa Patagónica, examinando con un criterio elevado todas las ventajas de su población.

Falkner lo hizo con anterioridad a estos, examinando no solo la topografía del terreno, así en las costas como en el interior, sino el idioma, uso, costumbres y carácter de sus moradores, entre los cuales vivió por espacio de 40 años.

Los P.P. Cardiel y Quiroga lo hicieron igualmente, extendiendo sus exploraciones hasta la costa Magallánica, y fuera de una que otra ex-

pedición de menor importancia que las enumeradas, aquí concluye la historia de esas exploraciones, cuya esterilidad conocemos. Hasta hoy nuestras poblaciones en esa dilatada extensión no han avanzado un solo paso desde hace más de un siglo.

Y si esto pasa con respecto a una dilatada costa marítima, donde se halla la embocadura de ríos caudalosos como el Colorado y el Negro, ¿qué no sucederá con respecto a la región Andina, que es necesario explorar por tierra, con todos los gastos, dificultades y peligros que son consiguientes a empresas de esta naturaleza, hechas por territorios desconocidos, erizados de dificultades y ocupados por tribus bárbaras y belicosas?

Las dificultades eran mayores, y por consiguiente se hizo menos.

La comunicación continuó manteniéndose entre Cuyo y Chile por Uspallata y otros pasos peligrosos, incómodos, y donde los viajeros se hallaban constantemente amenazados del peligro de ser sepultados por la nieve.

Recién a principios de este siglo, hubo un ciudadano chileno bastante arrojado que se decidiera a aventurarse entre esas inmensas serranías, en busca de un paso más cómodo y seguro entre Buenos Aires y Chile.

D. José Santiago de Cerro y Zamudio en 1803 fue el primero que exploró esas regiones con un éxito que colmó todas sus esperanzas.

Conservamos un manuscrito de su viaje, y el oficio con que dio cuenta al virrey del éxito feliz de su exploración; documentos que no hemos hallado publicados jamás, pues Ángelis no trae en su colección sino un itinerario del viaje de Zamudio, que por cierto, está muy distante de llenar las condiciones de claridad y puntual descripción que deben exigirse.

Siguieron a Zamudio los exploradores D. Esteban Hernández, D. José Sourryere de Souillac que hizo una descripción geográfica del mismo camino, y D. Luis de la Cruz, que sin poseer los conocimientos científicos de Souillac, no es por eso menos interesante su relato, y menos fino y perspicaz su espíritu observador.

Las complicaciones de la Política Europea en aquella época, habían despertado en el gabinete de Madrid el temor de ver interrumpida la comunicación marítima entre sus colonias, y entorpecido su comercio interior, por lo cual se dedicaba a buscar por la gran Cordillera de los Andes un paso que facilitara y asegurara esa comunicación entre Buenos Aires y Chile.

Sobremonte, que era a la sazón el Virrey y que había residido en Mendoza en calidad de Gobernador, conocía también la importancia que este proyecto tendría para el comercio de ambos países.

Pero esos esfuerzos y exploraciones vinieron y en una época en que los sucesos exteriores y los interiores que se desenvolvieron en seguida, no permitían al país dedicar su atención a esa parte tan importante para el desarrollo de su industria y la ventaja de su comercio.

No se quiso cuando se pudo; y no se pudo cuando se quiso.

Y para que se conozca hasta qué punto son fundados y justos los cargos véase lo que Villarino decía al Superintendente del Carmen en 1782: “Si no vemos, si no andamos, si no descubrimos, siempre estaremos metidos en nuestra ignorancia, y tal vez algún tiempo nos enseñarán los extranjeros nuestras propias tierra; y lo que nosotros debíamos saber, pues no puedo ver que un inglés como Falkner nos esté enseñando y dándonos noticias individuales de los rincones de nuestra casa, que nosotros ignoramos”.

.....

“He dejado correr la pluma, agrega, movido del fervoroso celo al servicio del Rey y de la Nación, pues no quisiera que ningún extranjero, en ningún tiempo, tenga la gloria de enseñarnos lo que nosotros debemos saber; haciendo ver al mundo nuestra ignorancia y pereza cuando esto sucediese”.

Hace muy cerca de un siglo que Villarino increpaba así su incuria a la autoridad y sociedad colonial. Hoy las cosas permanecen exactamente en el mismo estado, por lo que, aunque nos cause rubor, debemos aceptar la parte que nos alcanza en tan amarga reconvención.

Desde entonces el silencio se ha prolongado cien años en los desiertos Patagónicos y en la región Andina.

Dios sabe cuántos siglos va a durar todavía.

En 1872, como en 1600, y como en 1700, las expediciones exploradoras se dirigen a nuestras vastas comarcas interiores, con la misma falta de datos topográficos, con las mismas dificultades, con los mismos inconvenientes y peligros con que luchaban los primeros tiempos del descubrimiento.

¡Quizás algún día la Nación tenga gobiernos que dediquen a esta parte esencial de todo progreso, los tesoros y las vidas que hoy sacrifican estérilmente en oprimir a los pueblos!

Nuestros conocimientos topográficos sobre las dilatadas llanuras de la Patagonia, sobre los fértiles territorios Andinos y sobre el gran Chaco, lo repetimos, no han avanzado un solo paso en cerca de dos siglos, y lejos de generalizarse los que se adquirieron a fines del siglo pasado y principios del presente, se han borrado totalmente de la memoria, permaneciendo arrinconados en los vetustos archivos donde se conservan ignorados, despreciados, perdidos entre el polvo que dejan caer los años, y olvidados como mamotretos de añejas aventuras.

Santa Fe, San Luis, Córdoba y Mendoza, no han avanzado su frontera, ni en extensión, ni ganado en seguridad, en el espacio de muchísimos años.

No hace mucho que algunos indios, invasores, comieron en una fonda en el Río Cuarto, y ayer nomás, llegaban hasta Saladillo a 6 leguas de la ciudad del Rosario, que es la 2ª en importancia, comercio y población de la República.

A San Luis, lo han despoblado casi completamente.

Sobre los fortines que el siglo pasado constituían la línea de frontera, pasan aún los indios como avalancha, para llevar el incendio, la desolación y la muerte a los moradores de la campaña.

A 12 y 15 leguas del Rosario existen pampas desiertas, dilatadas llanuras, donde la propiedad rural está amenazada constantemente de ser arrebatada por los salvajes.

Buenos Aires es sin duda la única Provincia que en este tiempo ha extendido su frontera garantida en una extensión de 100 leguas al Sur y 30 ó 40 al Oeste, y el territorio que avanza esa extensión, es el único conquistado en cerca de un siglo al gran trapecio desierto formado por el Río Negro y Neuquén o el Diamante; el Océano y Río de la Plata, y las fronteras militares de las provincias citadas. Vasto desierto que según cálculos aproximados encierra una extensión de territorio no menor de 50.000 leguas cuadradas.

¡Calcúlese cuánta importancia para nuestra industria, comercio y riqueza, la posesión de ese dilatado espacio!

Pidamos a los pueblos, gobiernos justos y progresistas, y Congresos liberales, y dejará de ahogarnos el desierto, que por todas partes nos circunda, como barrera impenetrable a la civilización y al comercio.

No hace mucho que se ha negado por el Congreso al Sr. Crozadt y al Sr. Fillol, algunas leguas de territorios desiertos en Patagones, donde prometían formar colonias agrícolas.

Esta es la continuación del sistema colonial.

Mezquinar aquello que poseyéndolo no se puede utilizar.

Volvamos ahora a ocuparnos del viaje de la comisión exploradora, que motiva este artículo.

Examinando el itinerario que nos ha facilitado el capitán Cabrera, y comparándolo con los que tenemos de los viajeros del siglo pasado y principios de este, hallamos, que la comisión científica, encargada de esta operación, ha recorrido los mismos parajes que recorrieron Zamudio, Hernández, Cruz y de Souillac; el mismo o próximamente el mismo derrotero que llevó Amiguraten en la expedición militar que ejecutó de orden del Virrey en 1770, y probablemente, son los mismos por donde han cruzado otros viajeros que se dedicaron a explorar la cordillera del Sur de Mendoza.

Muchos deben ser en efecto, pues la Comisión de censura del Viaje de Cruz, nombrada por el Consulado en 1806 para esta operación, dice en su informe: “Siete diarios tenemos de otras tantas expediciones hechas al Sur de Mendoza, desde el año de 1870 acá”..... “de los cuales algunos avanzan a más de trescientas leguas”.

Es probable que esos diarios se hayan perdido, o existan por ahí arrinconados en algunos viejos estantes, pero a nuestro conocimiento no han llegado sino los de los viajeros a que hacemos referencia.

Mas ellos bastan para hacernos conocer de una manera fuera de toda duda, que por esa parte, la cordillera ofrece fácil paso y comunicación cómoda, pronta y segura entre las dos Repúblicas.

A pesar de la dificultad de conservar nombres que no están fijados en ninguna carta geográfica, y que solo mantiene la tradición, los viajeros indicados consignan en sus memorias los mismos que trae el Itinerario del capitán Cabrera.

El Valle de las cargas, las Cuevas, Valle hermoso, El Montañez, Valle de las ánimas, El Yezo, chacais Río chico, el Portezuelo, Pozos cavados y muchos otros nombres, los hallamos también señalados por los Itinerarios de aquellos exploradores.

“Ángelis en su premio al viaje de Zamudio, pretendiendo indicar los motivos que impulsaron a aquel descubridor, dice que concibió el proyecto de su viaje de exploración buscando un paso por la cordillera, con motivo de un viaje realizado por un indio en 1779, que en 16 días vino con comunicaciones para el Virrey de Buenos Aires y regresó con la respuesta”.

Ignoramos el fundamento que puede tener esto, pues en los manuscritos que poseemos de este descubridor, hallamos que lo guiaron razones muy distintas y más elevadas en su atrevida expedición.

En su memorial dirigido al Virrey en Buenos Aires a 6 de Junio de 1803, dice: después de hacer una sucinta reseña de su vida y servicios anteriores, “que posee vastos conocimientos de todo el Reino, no menos que de la empresa que se proponía, y había realizado, de descubrir el camino carril que en la antigüedad se transitaba desde esta capital de Chile, Penco y demás ciudades de aquel Reino”.

Como se ve, el mismo Zamudio, que fue el descubridor, no buscaba un camino nuevo, como bombásticamente designa al suyo, después que él, el maestro de Matemáticas Souillac; sino que se proponía restaurar el camino carril que en la ANTIGÜEDAD SE TRANSITABA ENTRE BUENOS AIRES Y EL REINO DE CHILE.

¡¡Cuánto trabajo estéril!!

¡Cuánto retroceso culpable!

Pero es fuera de duda, que por esa parte la gran cadena de Montañas que forma la cordillera de los Andes, franquea el paso a Chile por valles y llanuras, abundantes en agua, y fertilísimos pastos.

Zamudio la cruza ponderando la hermosura y fertilidad de los valles que atraviesa. El lector lo sigue arrastrado por la sencillez y naturalidad de sus descripciones, hasta que la cordillera desaparece totalmente.

Sigamos la lectura de los manuscritos de este explorador, y encontramos una representación elevada al Ilustre Cabildo de Buenos Aires en 7 de Junio de 1803 y de la cual copiamos las siguientes palabras.

Dice: “Tengo elevada una representación a esta superioridad, sobre el descubrimiento del camino de ruedas transitado en la antigüedad de esta capital a la de Chile, y todo su reino; y que en el día es practicable por tránsito fácil y delicioso a causa que la misma naturaleza ha dividido y cortado por este rumbo el cordón de cordilleras, que por lo demás el público tráfico de este comercio tiene notoriamente impedido

y cerrado; ofreciéndonos para una y otra banda de dichas cordilleras o montañas, valles hermosísimos de mucha extensión, y abundancia de pastos, maderas de distintas especies, y aun en partes, de árboles frutales como así se acredita por medio del derrotero con que acompañé dicha representación”.

Nada puede ser más claro y terminante que estas palabras. Nada más concluyente y cierto “LA NATURALEZA HA DIVIDIDO Y CORTADO POR ESTE RUMBO EL CORDÓN DE CORDILLERAS”.

Ese camino era frecuentado en la antigüedad.

Olvidado, perdido totalmente, fue descubierto de nuevo hace setenta años.

Desde entonces, ha vuelto a perderse hasta su recuerdo.

Y no es menos explícita y clara la manera como a ese mismo respecto se explica Souillac.

Designado por el Virrey para hacer ese viaje de exploraciones, a consecuencia de los datos suministrados por Zamudio y Hernández, realizó su primera jornada partiendo desde Buenos Aires, en dirección a Chile, y en 16 de Mayo de 1805 en su oficio al Virrey, dirigido desde Talca acompañándolo el diario de sus exploraciones, se expresa así:

“En esta primera jornada, aunque buena, se halla un tropiezo de una ladera algo escabrosa, la cual se puede componer con mucha facilidad, pues es de tierra, y una piedrecita que puede servir para empedrar el camino; porque no hay ríos, precipicios, bajadas ni salidas peligrosas, que puedan impedir el carruaje”.

A su regreso, después de haber realizado otros estudios no menos importantes para el reino de Chile, cruzó la cordillera por parajes aún más cómodos que en su primera jornada, y después de haber marchado desde Talca hasta el Portezuelo, consignó en su diario estas palabras:

“Debo asegurar que desde la ciudad de San Agustín de Talca, hasta este Portezuelo, el camino abunda en leña, pastos y aguadas; que no tiene tropiezo alguno, y que no solamente es para carruajes, componiendo tal cual trecho, sino que lo pueden transitar hasta las señoras y a pie; no siendo otra cosa más que un vergel de la misma naturaleza de este reino nunca bastante alabado”.

¿Qué duda puede quedar en vista de todo esto, de la facilidad de comunicación cómoda y segura entre las dos Repúblicas?

En otras causas muy distintas de los obstáculos que oponen las cordilleras, debemos buscar la razón por la cual, después de medio

siglo de aquellos descubrimientos, conservamos estrechando nuestro comercio dentro del mismo círculo que lo ceñía y dificultaba entonces, y continúa arrastrándose penosamente entre las nieves de los Andes.

Los exploradores nombrados, pertenecían a la misma época, realizaban sus viajes casi en los mismos tiempos, mantenían relaciones amistosas entre sí, y se comunicaban recíprocamente sus conocimientos.

Así se deduce de algunas palabras en el viaje de Cruz; y así lo dice de Souillac en su itinerario, en el que no solo menciona datos que le suministró Zamudio, consigna alguno de este, sino que en su oficio al Virrey dándole cuenta de su exploración, dice:

“Llegué al Portezuelo de Sosa a la una de la tarde y como don Esteban Hernández me quisiese acompañar, me vi obligado a esperarlo con toda la tropa, e ignoro los motivos que tuvo José Santiago de Cerro y Zamudio para haberse quedado en la ciudad de Talca, pues hacía dos días que había llegado de la ciudad de la Concepción de Penco”.

¡Cuánto ha debido facilitar la exploración de esos difíciles parajes, la unión, armonía y esfuerzo conjunto de sus principales descubridores!

De Souillac que en su jornada primera halló el camino *bueno hasta para señoras y a pie*, por lo cual fue designada después esta ruta, con el galante nombre de “Camino de las damas”, termina la declaración jurada de su segundo viaje, con estas notables palabras:

“Con lo que concluyó la segunda jornada del nuevo descubrimiento del camino de Sobremonte, el cual con toda verdad debo decir, que desde la ciudad de San Agustín de Talca en el reino de Chile, hasta la fortaleza de San Rafael del Diamante, jurisdicción de la ciudad de Mendoza, capital de la Provincia de Cuyo, no he hallado ni encontrado un cerrito de la magnitud de un grano de maíz, que pueda impedir el carruaje y cargas”.

Esta importante declaración está firmada en San Rafael el 31 de Enero de 1806.

Esto coincide también exactamente con lo que dice Zamudio en el manuscrito a que nos referimos, y cuyas palabras hemos transcrito.

El itinerario del viaje realizado por D. Luis de la Cruz arroja el mismo resultado, y he aquí las palabras con que Hernández, concluye su nota al Virrey, en 6 de Mayo de 1806, dando cuenta del suyo: “que no había el más mínimo impedimento ni obstáculo que embarazara la ejecución y facilitación de la apertura del camino”.

¡Vemos, pues, por estos antecedentes, cuya importancia ha de aumentar seguramente el tiempo, que la vía de comunicación abierta por la naturaleza entre las cordilleras, existe cómoda, fácil y segura, de la República Argentina a la de Chile!

Falta que la ciencia y el progreso utilicen en favor del comercio, del progreso y de la unión de ambos países lo que la naturaleza ha hecho.

Los que sueñan con la necesidad de un inmenso Túnel que perfora los Andes para extender la vía férrea, ignoran que atrevidos exploradores, han descubierto vías fáciles, llanas y seguras, que la inercia colonial primero, las perturbaciones después, y la anarquía, han dejado olvidadas, y entregadas a los indios.

Trácese para la República la línea de frontera que la naturaleza le demarca, conquístese de esa manera el desierto, derrámese en él la actividad de la industria, la riqueza, la vida del comercio y la civilización, que el gran problema del pasaje de la cordillera está resuelto desde 1802.

Vamos a terminar este artículo con varias observaciones, de distinta naturaleza, que haremos al correr de la pluma.

Una de ellas comprueba más, si es posible, la certidumbre de que los trabajos de exploración de 1872, se han dirigido por los mismo parajes hacia donde se dirigieron los del principio del siglo.

Dice nuestro amigo Cabrea, en las noticias que trae en su itinerario, que *han hallado mucha BREA*.

Bien: en la memoria del viaje de Zamudio, encontramos este párrafo: “También descubría al pie de un cerro bastante elevado, dos copiosos arroyos de brea, que los españoles llevan a vender a Penco, para brear las tinajas en que guardan el vino”.

Si no coincidiera tan perfectamente el dicho de dos exploradores que hacen sus observaciones con un intermedio de 70 años, y que aseguran ambos haberlo visto, pondríamos en duda la verdad de esta noticia, de hallarse corriendo un arroyo de esa resina de que la marinería siempre y la medicina últimamente, han sacado tanto provecho y que entendemos es únicamente estriada por incisión del pino albar.

Pero para nosotros es fuera de duda la verdad del dicho, que hemos oído también de boca del mismo capitán Cabrera.

Otra de las observaciones es la que hace el capitán Cabrera en su itinerario respecto al Río Colorado, llamado primero Río Grande, y recibiendo después las aguas de los ríos Tordillo o Portillo, Barrancas y

Tunuyán dirige su curso a las Pampas de Buenos Aires donde toma el nombre de Río Colorado.

No sabemos que se haya fijado hasta hoy con precisión el origen de este río, como el de casi todos los que riegan nuestras fértiles llanuras, por lo cual no carecen de importancia las observaciones hechas, que contestes con las de otros exploradores y en especialidad con la de D. Tomás Falkner en su descripción de la Patagonia y de las partes adyacentes en que dice respecto al origen del Colorado, esa gran arteria, destinada por la naturaleza a conducir la vida, el movimiento del comercio y las civilizaciones hasta el centro de nuestros territorios.

“Este río, dice, uno de los mejores de este país, nace de un gran número de corrientes que vienen del occidente de la cordillera..... recibe las aguas de gran río de Tunuyán y otro llamado Portillo, que se le junta”.

El vapor, agente poderoso de la prosperidad de los pueblos, está llamado a resolver el problema de nuestro engrandecimiento futuro, e irá alguna vez a interrumpir el silencio secular de aquellas inmensas soledades, y a descubrir sus ignotas riquezas.

Terminaremos haciendo mención de una circunstancia, que quizás no deja de presentar algo de original y curioso.

En el Itinerario que publicamos, hallamos un paraje designado con el significativo nombre de “Marinos colgados”.

¿Es este nombre inventado por el capricho?

¿Qué “Marinos colgados” ha habido alguna vez en aquellas apartadas regiones, en el centro de aquellas moles de piedra, perpetuamente cubiertas de nieve?

¿Debe presumirse que este nombre haya sido dado con alguna propiedad?

¿Será posible buscarle el origen?

¿Está allí conmemorando acaso una de aquellas tragedias terribles de que tantas veces han sido teatro las vastas soledades de la América, sus selvas sombrías, sus inmensos desiertos, sus ríos, sus montañas?

No es posible rasgar el misterio en que se esconde el secreto, pero esto nos recuerda un antecedente curioso.

D. Luis de la Cruz en su viaje en 1806 desde Chile a Buenos Aires, cruzando por los mismos parajes que hoy se han explorado de nuevo, refiere lo siguiente que le fue contado por un indio:

“Que un navío de ingleses naufragó en la Boca del Linagbeubú a distancia considerable del mar, que no lo vieron entrar los indios, y que andando a las riberas del río algunos, por las huellas dieron con la gente, que era bastante numerosa, y estaban albergados en las barrancas del río. Que traían gallinas, cerdos, ovejas y otros animales desconocidos de ellos. Que allí quedaron algún tiempo, y que cuando menos pensaron, desaparecieron”.

En 1807 la Comisión Censora nombrada por el Consulado para hacer juicio sobre este viaje, se burló de la declaración de Cruz, pero no obstante, quizás no es aventurado suponer, que entre la relación de aquel Indio y el nombre del paraje que ha llamado nuestra atención exista una relación íntima, que deja presumir el desgraciado fin de los infelices náufragos, perdidos entre aquellas soledades sin término, rodeados por todas partes de peligros y víctimas al fin de la barbarie de sus moradores.

Nos hemos extendido más de lo que nos proponíamos.

Creemos dejar demostrado no solamente la verdad de que las exploraciones de 1872 como las de 1802, 5 y 6 se han dirigido a los mismos puntos, sino que por aquella parte la cordillera ofrece pasaje cómodo, fácil y seguro hasta Chile.

Deseamos ver al frente de los destinos de la República hombres patriotas, liberales, progresistas, que imprimiendo a la marcha del país un derrotero nuevo, lo aparten de la senda trillada por los Gobiernos obcecados, vengativos, inertes para el bien, ocupados solo de satisfacer ambiciones ilegítimas, y que lo mantienen como el Prometeo de la fábula, amarrado a la roca de sus viejas desgracias.

Cuando los pueblos hayan conquistado con su esfuerzo ese beneficio, podrán arrojarse con fe, a la ardua tarea de resolver los grandes problemas que han de decidir su destino y asegurarle un puesto entre las naciones más prósperas, más ricas, más felices y más libres de la tierra.

Haciendo votos porque se vean realizadas estas aspiraciones de patriotismo, me es grato Sr. Redactor suscribirme de ud.,

José Hernández



Manifiesto del jefe de la Revolución Entrerriana¹

Después de los sucesos de que ha sido teatro la Provincia de Entre Ríos y que han impuesto tantos y tan cruentos sacrificios a sus leales hijos, en una lucha desesperada por conquistar su libertad, faltaría al deber que me imponen las circunstancias, si no explicara franca y públicamente, así los poderosos motivos de grande interés público que dieron origen a la revolución, como la marcha que ella siguió y las causas que produjeron su sangrante cuanto terrible desenlace.

El silencio que he guardado hasta aquí ha sido el resultado de prudentes consideraciones, pues aunque convencido del deber que me incumbía cumplir, y apercibido de las necesidades que lo aconsejaban, la naturaleza y gravedad de los hechos ocurridos, requería, para que ellos fueran conocidos y juzgados debidamente, espíritus serenos, y juicios desapasionados y tranquilos.

Ha llegado el momento, y me apresuro a cumplir aquel deber.

Él es penoso para mí porque no puedo recordar sin dolor los sufrimientos y sacrificios de un pueblo que amo con todo el ardor de mi ánimo; pero lo cumpliré sin vacilar, pues es necesario desvanecer las calumnias con que los enemigos de Entre Ríos se esfuerzan por desnaturalizar los motivos y objetos de la lucha, pretendiendo que el incierto resultado de las armas les sirva para justificar su grande inquietud.

La calumnia no debe subsistir, y todos los errores deben disiparse.

Se comete con Entre Ríos un horrendo crimen, condenando al sacrificio y a la muerte a todo un pueblo que lucha heroicamente por su libertad, por sus derechos y por las garantías que establece para todos la Ley fundamental de la República.

¹ Según Aníbal S. Vásquez este manifiesto fue redactado por José Hernández, de acuerdo a lo que se deduce de su correspondencia con el caudillo entrerriano. Fue publicado originalmente en *La Patria* de Montevideo, el 10 de marzo de 1874 con la firma de López Jordán. La transcripción se toma de Aníbal Vásquez, *José Hernández en los entreveros jordanistas*, Paraná (Entre Ríos), Editorial "Nueva impresora", 1953, págs. 89-106

Por desgraciada que haya sido en su éxito esa revolución; ello no es por eso menos legítima, ni menos digna del heroico pueblo que la inició.

Lejos de mi ánimo el hacer una defensa de mi persona ni de mis actos como Jefe de ese movimiento unánime de opinión.

Cuanto pueda serme personal, desaparece ante la nobleza de los principios y ante la magnitud de los intereses comprometidos en esa lucha, -ante la pureza y elevación de los propósitos que servían de bandera a la revolución.

Mi persona, lo mismo que mis actos, los entrego sin reserva al juicio de mis amigos, de mis compatriotas y de mis compañeros de armas.

Estos, estoy cierto, testigos de mis esfuerzos y desinteresados sacrificios, sabrán también hacer justicia a la pureza de mis intenciones, y me acompañarán a deplorar las desgracias de la Patria, que nuestros decididos esfuerzos han sido insuficientes para arrancarla del yugo que la oprime.

Dentro y fuera de la República era conocida la situación de la heroica cuanto desgraciada Entre Ríos, y que hacía inevitable la revolución destinada a reconquistarle su libertad y devolverle sus derechos.

Sometida a un despotismo cruel, las armas nacionales que la ocupaban como territorio conquistado, le imponían la violenta ley de la fuerza.

Estaban hollados y desconocidos sus más sagrados derechos; escarncida su soberanía y sus prerrogativas como Estado Federal; entregada a los caprichos de un gobierno, nulo en su origen, rechazado por el sentimiento público y sometido a una dependencia vergonzosa.

Se veía convertida la justicia en instrumento de odiosas y repugnantes venganzas, dilapidadas las rentas, comprometido el crédito y atropellados todos los derechos del ciudadano, todas las libertades públicas y todas las garantías sociales.

El pueblo era rechazado a balazos de las urnas electorales por los soldados del Gobierno.

Se había sofocado violentamente la libertad de la prensa, para que ella no hiciera oír la voz de la conciencia pública, herida por tan inauditos escándalos.

La persecución más ardiente y tenaz fue ejercitada contra la inmensa mayoría de los ciudadanos, y millares de los hijos más distinguidos de la Provincia, se hallaban proscriptos en el extranjero, víctimas del

odio implacable con que se les perseguía, sin poder abrigar ni siquiera la esperanza de volver al suelo querido de la patria.

Para Entre Ríos no existía ley que alcanzara a garantizar sus libertades.

No había jamás justicia a sus legítimas quejas.

No había alivio para su constante martirio.

No se procuraba ni remediar sus desgracias, ni libertarla de su opresión, ni contener y castigar a sus opresores.

El Presidente de la República, cuya obcecación y cuyes extravíos han costado al país tantas lágrimas, tanta sangre y tantos sacrificios, había puesto al servicio y en sostén de aquella situación, todo el poder de su autoridad y todo el apoyo de sus fuerzas militares.

Por sombríos que parezcan los colores de este cuadro de desolación y de ruinas, ellos no son sino un débil reflejo de la verdad, y no bastan a dar sino una idea aproximada del triste y verdadero estado a que se hallaba condenada esa hermosa y rica Provincia, que ha dado a la Patria días brillantes de gloria, que ha vertido generosamente su sangre por la organización de la República, y que no ha cosechado para ella sino tiranías, violencias y persecuciones.

A la faz de la República, y con la conciencia tranquila del patriota a quien no quebrantan los contrastes, ni abaten las desgracias, protesto que: en presencia del cuadro luctuoso que presentaba Entre Ríos, y de los males que pesaban sobre ella, solo me ha guiado el deseo de su bienestar y el ardiente anhelo de su libertad.

Ningún interés egoísta, ninguna ambición personal ha guiado mis pasos, ningún móvil mezquino se ha mezclado para empañar la pureza y la rectitud de mis intenciones; y me habría considerado feliz si me hubiera sido dado comprar con mi sangre la redención de mi país, a cuya defensa la había consagrado sin vacilar.

Y testigo de la nobleza y de la generosidad de los sentimientos que animaban a mis compañeros de armas y de sacrificios, puedo dar en su nombre al país entero la misma seguridad.

Queríamos poner término a los males que agobiaban a una provincia que tanto amamos.

Queríamos que llegara para ella el día de la justicia y de la libertad. Queríamos que se permitiera a todos los Entrerrianos ejercitar libremente sus legítimos derechos, cualesquiera que fuesen sus opiniones políticas.

Que concluyera al fin de tanto tiempo la proscripción de millares de sus hijos, que peregrinaban errantes, sin patria y sin hogar en suelo extranjero, lejos de sus familias y de sus intereses, que envejecían en el desierto sin causa merecida, pero sin esperanzas.

Queríamos patria, hogar, familia, justicia, libertad y garantías; todos esos bienes inestimables y preciosos derechos, de que nuestros implacables enemigos pretenden privarnos eternamente.

A la sombra de la bandera de la patria caben todos cuantos han nacido en el suelo Argentino, y ni nuestro anhelo era contrario al bien de la República, ni nuestros empeños eran hostiles a la libertad, ni nuestro concurso inútil al progreso, ni era justa y merecida la persecución que se nos hacía; ni el destierro de los unos es jamás necesario para el bienestar de los otros.

Buscando esos elevados fines, guiado por estos propósitos nobles, nos lanzamos resueltamente a una lucha desigual, confiando en la santidad de nuestra causa, en el amor que el pueblo Entrerriano tiene por su libertad, y en su valor jamás desmentido.

Todas las simpatías de los hombres amantes de la justicia y del derecho, nos han acompañado en la lucha, y esa circunstancia que es el mejor testimonio de la razón que nos asistía, debe servir a templar en nosotros la amargura del destierro.

Un deber de patriotismo me llamaba nuevamente al lado de mis amigos y antiguos compañeros, a compartir con ellos las fatigas y los peligros de la cruzada que era necesario emprender, para conquistar la libertad por medio de las armas.

Venciendo obstáculos y dificultades superadas a costa de resolución y energías, pisamos el suelo de Entre Ríos el 1° de Mayo de 1873, dominados por el generoso entusiasmo de dar libertad a la provincia por tanto tiempo humillada y escarnecida.

Quiero hacer una relación tan sencilla como verídica de los hechos ocurridos en esta penosa campaña, presentándolos al país para que, conociéndolos con exactitud, pueda juzgarlos con acierto.

Deber del soldado de honor y del patriota es aceptar sin reserva la responsabilidad de sus actos, cualesquiera que sean los compromisos que ellos impongan, y bien sean favorables o adversos los resultados de la empresa que acomete.

Cumplo ese deber, y los millares de entrerrianos que fueron conmigo a lidiar por la libertad de su provincia, serán testigos de la verdad

de mis palabras, como lo han sido de mis esfuerzos y de la rectitud de mis intenciones.

La revolución fue una explosión del sentimiento patriótico en toda la provincia, y sus leales defensores se agruparon presurosos y entusiastas a la sombra de su antigua bandera.

Inmediatamente, y sin detenerse ante ninguna consideración de bien público; de justicia, de patriotismo, ni de sana política, sin respetar la ley Constitucional y siguiendo las huellas de sangre con que está trazada en nuestro país la marcha de las intervenciones armadas, se lanzaron sobre la Provincia para sofocar el movimiento, las fuerzas que la República ha puesto a las órdenes del Gobierno General, para garantía, seguridad y defensa del país, y que él emplea en oprimir a los Estados, para imponerles la voluntad de una política personal.

Con escándalo de la República y hasta de la América; con escarnio de la moral, como un ultraje a la civilización, se vio entonces el hecho execrable y bárbaro, no ocurrido jamás entre nosotros, de poner a precio en documento oficial, la cabeza del Jefe de la revolución y la de varios de los que lo acompañaban estimulando a los asesinos con valiosas recompensas, que debían ser costeadas por el Tesoro Nacional.

El país entero se cubrió el rostro de vergüenza, y el Congreso enmudeció en presencia de tan ignominioso recurso, que no tuvo energía suficiente para condenar.

Los ejércitos que invadieron la Provincia se posesionaron del Este y Oeste del río Gualeguay, de manera que, el de la revolución, tuvo que formarse y emprender la obra trabajosa y difícil de su organización, en medio de los dos, bajo la constante amenaza de los ataques de que podía ser objeto.

El enemigo se había apoderado inmediatamente de las plazas principales, guarneciendo y fortificándolas con infanterías y artillerías, privándonos totalmente de cuantos recursos hubieran podido proporcionarnos.

Además, era poderosamente ayudado por la inmensa ventaja de dominar con sus buques de guerra los ríos Uruguay y Paraná, haciendo una política activa, conduciendo sus tropas con facilidad y pudiendo trasladarlas sin demora de un punto a otro, según lo exigieran las necesidades de la guerra.

Nuestras fuerzas carecían no solo de organización, sino también y casi totalmente de armamento, municiones y pertrechos necesarios.

Estas circunstancias imposibilitaban totalmente al ejército revolucionario para tomar la iniciativa en las operaciones militares, y toda mi atención más constante, toda la actividad y esfuerzo que era posible desplegar, se emplearon en dotarlo de armamentos y de municiones.

Se hicieron construir lanzas en el mayor número posible

Se recogieron en la Provincia carabinas y fusiles antiguos y abandonados, para componerlos y hacerlos servir.

Se recogieron hasta ocho piezas de artillería de fierro, de distintos calibres, que estaban abandonadas desde muchos años, y que se reputaban inútiles.

Se hicieron fundir balas y granadas de zinc, por falta de fierro, y de fundiciones aparentes.

Se recogió en la Provincia la pólvora que pudo hallarse, y se aplicó al servicio de las malas armas que nos habíamos proporcionado.

La imperfección de nuestro armamento, ni desmejoraba nuestros derechos, ni entibiaba el ardor de nuestros soldados.

Con una lanza de tijera, puede un pueblo oprimido pelear por su libertad.

Triste debe ser la historia de un pueblo que no comprende estos grandes sacrificios del patriotismo, esta abnegación generosa del ciudadano que va a estrellarse por defender su patria, pobre y casi desarmado, contra los cañones y los armamentos de precisión, de que no pocas veces se sirve el despotismo para imponer sus mandatos y ahogar en sangre la justicia y la voluntad de los pueblos.

Los que se someten a la opresión y se resignan a ella, no puede ser jamás porque no tienen armas para pelear por su libertad, sino porque carecen de valor o de la voluntad de ser libres.

En medio de estas dificultades, luchando con toda clase de obstáculos y con la escasez de armamentos, llegaron a organizarse algunos cuerpos de infantería y de artillería, cuyo total ascendía de 1000 a 1200 hombres, los cuales permanecían bajo mis inmediatas órdenes, disciplinándose activamente.

El resto de las fuerzas de que se componía el ejército lo tenía fraccionado en toda la Provincia, dominando así casi completamente la campaña, pues aunque esta podía proporcionarnos muy pocos recursos, a pesar de su patriotismo y decisión, lográbamos de ese modo, llamar la atención del enemigo hacia distintos puntos, amenazándolo

siempre por diversos lados, observándolo, y recogiendo a la vez los pocos elementos y armas que podían hallarse.

Cuando por los movimientos del enemigo, comprendí que pretendía operar sobre la fracción de ejército que estaba a mis inmediatas órdenes, dispuse la reconcentración de algunas fuerzas al Oeste del río Gualeguay, en un punto determinado, concentrando todas las caballerías, para privar al enemigo de este elemento de movilidad, que en nuestro poder aseguraba también nuestra superioridad relativa.

Así se hizo; verificando las fuerzas su incorporación en el Paso de Gualeguay denominado el Sauce, y alcanzando a formar un total de 5.000 y tantos hombres, que no podían, sino con mucha impropiedad, llamarse de las tres armas.

Con ese cuerpo de ejército, busqué la costa del Uruguay para salir a la frontera de Corrientes, donde tenía una fuerte columna a las órdenes del general Campos, aunque tan mal armada como el resto del ejército.

El enemigo a las órdenes del General Vedia se hallaba sobre el Río Gualeguay en el Paso de la Laguna, 20 leguas distante del punto en que se verificaba aquella reconcentración.

Por el Oeste del Río, lo hacía entretener con una columna de caballería al mando del Coronel D. Nicomedes Coronel, cuyo jefe hice replegar en una noche después de vadear el Río Gualeguay crecido.

Preveía que mi movimiento al dirigirme a la costa del Uruguay, sería sentido por el General Vedia, aunque no pudiera comprender el objeto ni el plan que lo motivaba.

Así sucedió, en efecto, y verificó un movimiento en la dirección que creyó más conveniente para obligarme a aceptar un combate. Yo debía excusarlo a todo esfuerzo para no exponernos a un contraste casi seguro, por lo incompleto y desigual de nuestros armamentos, que esperaba fundadamente mejorar muy pronto, y por no haberse completado todavía la organización del Ejército.

Evité, pues, el combate a que pretendía obligarme el General Vedia, reforzando con la fuerza de Coronel la columna que mandaba el General Carballo, quien con un número de 1500 hombres, se puso al frente del enemigo, y tiroteándolo en retirada, lo condujo hacia un punto opuesto al rumbo que yo llevaba hasta cerrar la noche; hora en que el General Carballo, por un rápido movimiento tomó el verdadero camino, pasó por un puente preciso, inutilizándolo enseguida, yendo el

General Vedia a amanecer en una verdadera bolsa, mientras yo, con el Cuerpo de Ejército que llevaba con la inmensidad de caballadas y rodados en que conducía cuanto material de guerra había podido reunir, verificaba mi incorporación con el General Campos a la altura del Arroyo Grande.

Realizada esta incorporación, que había presentado dificultades que fue necesario vencer por medio de maniobras bien combinadas y ejecutadas con regularidad, dejé de Jefe de Vanguardia al General Carballo, y marché en dirección a la frontera de Corrientes.

Ocupándome como me ocupo de hacer una exposición sencilla de las operaciones militares que deben ser juzgadas por el país entero, y especialmente por los que conmigo han asistido a ellas, debo decir los propósitos que tenía en vista al realizar ese movimiento.

Aparte de otras razones de orden puramente moral, de organización y disciplina, y de reunir el ejército para inspeccionar de cerca el estado de los distintos cuerpos, me proponía: primero alejar al general Vedia del centro de la Provincia que parecía pretender ocupar cuya posesión era para nosotros absolutamente indispensable para continuar la organización de nuestras fuerzas.

Segundo: atraerlo hacia la frontera de Corrientes, para que, las fuerzas de esa provincia, que habían sido arrancadas violentamente y armadas para llevarlas a una guerra impopular a pelear contra los hermanos de Entre Ríos, que defendían su libertad, aprovecharan, como lo hicieron en considerable número, la aproximación a frontera, para volverse a su provincia.

Tercero: desflorar las caballadas, y dejar en puntos convenientes y seguros grandes internadas, como se hizo sin dificultad y sin que el enemigo se apercibiera de ello.

Y por último, dejar al frente del ejército del general Vedia, el general Carballo, con una columna de 3.000 hombres de caballería ligera para que lo hostilizara y lo entretuviera por las puntas del Gualaguay y Feliciano, una vez colocado yo a la altura del centro de este arroyo, como se verificó también con seguridad, para continuar creando y disciplinando los cuerpos de artillería e infantería.

Destaqué al general Campos, con un cuerpo de 2.000 hombres también de caballería ligera, en observación del coronel Gainza, que con el ejército a sus órdenes al Oeste del Gualaguay, se hallaba por la altura de Nogoyá.

Con esta distribución de las fuerzas y aparente fraccionamiento, nos colocábamos en aptitud de asegurar en lo posible la posesión del centro de la provincia no dejando al enemigo sino el terreno que pisaba.

De observar los movimientos y hostilizarlo, conservando fuera de su alcance la base de nuestras operaciones, que era formada por el cuerpo de ejército a mis inmediatas órdenes, donde se conservaba todo el tren y pertrechos de guerra que habíamos logrado reunir.

Continuar la organización y disciplina del elemento de que más carecíamos, sin que la hostilidad del enemigo pudiera venir a entorpecernos ni a inquietarnos.

Resguardar nuestros depósitos de caballadas, que eran objeto de constante amenaza de parte de los enemigos, que carecían de ellas.

Y finalmente, y esta era una de las razones no menos importante del plan adoptado, colocar nuestra fuerza de manera que, sin desatender las exigencias de la guerra, ni debilitar su acción, sin que el enemigo pudiera interrumpir nuestras comunicaciones, ni interponérsenos, nos hallásemos en actitud de acudir en el momento preciso al punto de la costa de los Ríos Uruguay y Paraná, para recibir el armamento que debía llegarnos según repetidos avisos que yo esperé por espacio de más de seis meses, y que jamás llegó.

Nuestros conocimientos obedecían a un plan fijo, combinado de antemano, haciendo frente a dos ejércitos que operaban en distintas direcciones, tal vez con diverso plan, y teniendo cada uno de ellos elementos muy superiores a los nuestros.

Los cuerpos destinados a la observación de esos ejércitos, tenían orden de no comprometer un combate jamás, sino de observar al enemigo, y hostilizarlo siempre que se pudiera con ventaja, dándome cuenta de los movimientos que se hiciese. Operación que ejecutó el General Carballo más de una vez con tino y bravura, así como con muy felices resultados.

Si razones de otro orden me decidían también a adoptar este plan y a seguirlo con puntualidad, ellas son ajenas al carácter de las operaciones militares, y extrañas por tanto, a los objetos que me propongo poner de manifiesto.

En esta situación permanecían nuestras fuerzas, operando con ventaja y acelerando su organización, cuando en una de nuestras marchas, yendo a colocarnos en un punto conveniente en la costa de Feliciano, recibí parte de que el General Campos, a las 12 del día 8 de diciembre,

había sido batido y deshecho completamente, en Alcarza, distante 6 a 7 leguas de donde yo me encontraba, cuyo parte recibí a las 4 y media de la tarde, al mismo tiempo que llegaba a nuestro campamento considerable número de dispersos.

La situación en que de pronto nos colocaba ese hecho tan grave como de incalculable alcance, era sumamente delicada y peligrosa, sorprendiendo a nuestro ejército en un campo de tránsito, y no en un campo de acción.

Él rompía por completo el plan de nuestras operaciones, nos dejaba enteramente en descubierto, y había proporcionado al enemigo un triunfo que podía influir poderosamente y de una manera desfavorable en la moral del Ejército, por mucho que fuera el valor, el entusiasmo y la decisión de nuestros soldados.

O el General Campo había desobedecido mis órdenes terminantes y mis instrucciones bien claras y explícitas, de una manera muy culpable, o se había dejado sorprender por inhabilidad o negligencia, pero con no menos culpa por eso.

Al destacarlo en observación del Ejército del Coronel Gainza, le dije terminantemente las siguientes palabras, que consigno aquí, porque de ellas puede deducirse de una manera clara la verdadera situación en que venía a colocarnos su derrota, a una distancia tan próxima del cuerpo del ejército principal:

“General y amigo, le dije, lleva Ud. una columna de dos mil hombres aproximadamente, -fíjese que no quiero ni podemos, ni debemos dar una batalla, pues nuestros infantes se están formando muy bien, adelantan en disciplina y oral, pero necesitan armas- ud. ve que yo no tengo una plaza de depósito, que es necesario cargar en el Ejército, cuanto tiene, cuanto hace o puede hacerle falta, y esto por consiguiente, me pone pesado y me embaraza para marchas rápidas. -Ud. no comprometa una acción jamás, concrétese a observar los movimientos del enemigo y comuníquemelos para poder desenvolver mi plan de operaciones con regularidad. -Le recomiendo mucha actividad y mucha vigilancia, General, -de ud. depende nuestra seguridad. -Ni duerma donde coma, ni coma donde duerma”.

Duele a mi corazón, siempre dominado por el cariño hacia mis compañeros de armas, hacia los que conmigo sufren las injusticias y el destierro, y comparten los sacrificios el tener que formular un cargo o dirigir un reproche.

Pero mi deber como Jefe de esa revolución destinada a redimir nuestra Provincia, mi honor como soldado, y el honor de las armas Entrerrianas, comprometidas por el éxito de ese combate inevitable, me imponen la penosa obligación de señalar los hechos ocurridos con fidelidad y exactitud, y nunca retrocedo ante el deber, por muy penoso que me sea su cumplimiento.

Los sacrificios hechos, la sangre vertida, las lágrimas derramadas por las esposas y por las madres Entrerrianas, pesan más en mi espíritu que toda otra consideración posible.

En el acto de tener conocimiento del desastre sufrido por el General Campos, traté de efectuar el pasaje del arroyo D. Gonzalo, y lo emprendí luchando con dificultades incalculables, empleando en él lo que faltaba de la tarde y toda la noche.

Nos hallábamos próximos a la costa del arroyo, que había empezado a crecer desde el día anterior, sin que hubiera llovido por allí y que sin duda por causa de haber llovido en otros puntos, crecía con el agua que le traían los afluentes, a términos de ponerse a nado.

En la noche continuó creciendo hasta desbordarse, pero a fuerza de constante trabajo y actividad, ocupando 500 a 600 hombres dirigidos por el Jefe de Estado Mayor Coronel González, se consiguió a las 9 de la mañana tener en el lado opuesto todo el parque y ambulancia, constando estas dos reparticiones de 90 a 100 rodados.

Eran necesarias grandes precauciones para no exponernos a mojar nuestras municiones y pertrechos de guerra, inutilizándolos completamente, cuando tan difícil, por no decir imposible, nos sería después el reponerlos.

Suponía que el enemigo debía avanzar con la rapidez que le fuera posible, pues contaba con algunos jefes prácticos del terreno, no podía dejar de conocer nuestra grave situación y apresurarse para obtener las ventajas que le ofrecía la derrota de nuestra vanguardia, aprovechando así las circunstancias que lo favorecían.

El pasaje, que se hacía por todas estas circunstancias muy difícil y peligroso cada momento, continuaba con la actividad posible, al mismo tiempo que se preparaba el ejército, formando una línea que abrazaba desde el arroyo Moya al Colorado y a mi retaguardia D. Gonzalo.

Faltaba el tiempo material para ir y volver un chasque desde allí hasta donde se hallaba el general Caraballo.

Por favorable y ventajosa que fuera la situación en que él pudiera hallarse respecto del ejército a cuyo frente operaba, no hubiera sido posible ordenar su retirada sin algunas medidas previas de seguridad que las circunstancias no dejaban tiempo suficiente para adoptar; independientemente de que, antes que la orden hubiera llegado hasta él, y de que él hubiera atravesado con su columna la distancia que lo separaba de nosotros, o habríamos verificado el pasaje y colocádonos fuera de todo peligro, o habría llegado el enemigo y obligádonos a un combate.

Era forzoso salvarnos o perecer, privados de su poderoso concurso, y del auxilio de la columna a sus órdenes.

El pasaje de la artillería pesada nos absorbió dos o tres horas preciosas, después de las cuales debía empezar el ejército.

Para protegerlo de la mejor manera posible en tan críticas circunstancias dispuse desprender de la línea una fuerza de 1.500 hombres, compuesta de un batallón y dos divisiones de caballería, a las órdenes de los coroneles Tejera y Leiva, que al mando del Jefe de E.M., avanzaran hasta descubrir al enemigo y contenerlo.

Se ponía en ejecución este plan, había pasado ya la banda de música, una compañía de Granaderos del primer batallón, un escuadrón de la división Nogoyá y tres piezas de artillería, cuando llegó el parte del Comandante Méndez, jefe de avanzada, de que el enemigo se aproximaba.

Acto continuo llegó también este Jefe tomando su colocación en la línea.

Era ya forzoso suspender el pasaje, y lo suspendí, preparándonos al combate, prefiriendo aventurar el éxito de una batalla, antes que sufrir un ataque por la espalda, en el pasaje de un arroyo crecido, con tropas que estaban sin regularizarse, porque habríamos sufrido una derrota ignominiosa.

El enemigo de cierta altura avanzaba lentamente, y a las 4 ½ de la tarde me trajo un ataque que fue resistido con bravura por 2 ½ horas.

Durante el combate fueron arrollados varios cuerpos de caballería enemiga, dispersándose en distintas direcciones.

Nuestra izquierda flanqueó al enemigo con 2 piezas, un pequeño batallón y 3 regimientos de caballería, a término de obligarle a reconcentrarse sobre sus masas de infantería.

Cuatro pequeños batallones que componían nuestro centro, estaban sufriendo el fuego nutrido y mortífero de cuatro grandes batallo-

nes de línea enemigos, armados de rico armamento de nuevo sistema, y arrojándonos millares de balas explosivas.

Lego este detalle histórico a la condenación de los hombres honrados, que han visto con aplauso que las balas explosivas en las armas de infantería, han sido abolidas por el derecho de la guerra, suprimidas como crueldad inútil, y condenadas por la civilización y por la humanidad.

Las balas explosivas han quedado reservadas para la caza de fieras. ¡El Gobierno Argentino las ha empleado en la última guerra contra los Entrerrianos que defendían su derecho!

Sépalo la República, y hasta donde alcance el eco de nuestras desgracias, llegará también el baldón de los que han empleado contra nosotros ese elemento de crueldad y de barbarie.

La artillería enemiga, muy superior también a la nuestra, hacía un recio fuego, que era contestado debidamente, y con muy buen éxito, llegando hasta debilitar los contrarios y casi apagarlos por completo.

Nuestro costado izquierdo a las órdenes del Coronel D. Benicio González llevó una impetuosa carga sobre el enemigo que tenía a su frente, lo dobló e hizo desalojar sus posiciones, causándole el desbande de una parte de sus caballerías, y arrollando un batallón de línea.

Nuestras infanterías a pesar de su pésimo armamento, continuaban sosteniendo bizarramente el combate.

Nos era imposible llevarles un ataque decisivo, porque teníamos mucha escasez de bayonetas, y no podían tampoco nuestros soldados sostener a pie firme, por más tiempo aquel combate tan desigual, en que el enemigo tenía de su parte la superioridad del número y la superioridad de las armas.

Nuestras fuerzas avanzaron, pero quedábamos descubiertos, y a mucha distancia de nuestra línea primitiva; era necesario retirarse, lo que se efectuaba perfectamente, sin que el enemigo se aventurase a abandonar sus posiciones para estrecharnos.

En este movimiento se desorganizó una parte de nuestra infantería. La artillería se retiraba en orden, protegida por la caballería de la derecha, que al ver adelantarse un regimiento de caballería enemiga, a perseguir la poca fuerza que venía desorganizada, dio una carga a lanza hasta llevarlo sobre sus cuadros.

En este tiempo oscureció completamente; y el pasaje fue de noche, lo cual ocasionó el desbande. El enemigo solo avanzó hasta la costa

para hostilizarnos una fuerza de caballería, que nos hacía algunos pocos tiros.

La noche era oscura.

Las fuerzas de la izquierda pasaron sin sufrir y acamparon en la parte opuesta.

Ordené al Jefe del Parque, por medio de un Ayudante, el itinerario que debía seguir, y el punto donde debía incorporármeme; pero desgraciadamente los mismo grupos que se le reunían en la noche llevaron la desmoralización a las fuerzas que lo custodiaban, causando su desbande y el abandono del parque.

Yo acampé como a una legua del campo de batalla, con algunos heridos y las fuerzas que había podido reunir en la noche.

Al día siguiente tuve aviso de que las fuerzas de Gualeguay, Victoria y Nogoyá habían marchado a sus respectivos departamentos, y entonces apresuré mi marcha para incorporarme a la columna del general Caraballo, que se hallaba intacta.

Mi designio inmediato era sacar de allí 1500 hombre y con más 1300 que yo llevaba casi todos desarmados, marchar al Sur de la Provincia, a levantar todas las fuerzas que se habían retirado del campo la noche de la batalla, los dispersos, y algunos grupos que habían quedado en observación de los puntos de la costa.

Tenía fe en la decisión y en el espíritu de nuestros soldados, aunque no se me ocultaban las dificultades con que debíamos tropezar para armar nuevamente el ejército que se reorganizaría.

Incorporado al General Caraballo, marché atravesando Montiel, con rumbo al Departamento del Tala.

De cierta altura destacué aquel Jefe valiente y activo, que tan importantes servicios ha prestado a la causa de Entre Ríos, hasta que se hiciera sentir sobre el pueblo de Nogoyá, mientras yo marchaba en dirección a Gualeguay, tomando todas las disposiciones conducentes a la pronta reorganización de las fuerzas y cuidando especialmente de recoger cuantas armas era posible.

Al hacer esa marcha al Sud tenía también en vista otro objeto no menos importante.

Dejaba sobre las puntas del Gualeguay al Coronel Querencio con la división de su mando, con el objeto de que si el enemigo, sintiendo el movimiento que yo hacía emprendía marcha sobre mí, pudiera el Coronel

Querencio recibir las armas que esperaba, y que como he dicho, esperé inútilmente toda la campaña, aunque tenía repetidos avisos de que debía llegar.

El punto pues que ocupaba el Coronel Querencio, era sumamente importante, y la misión que le tocaba desempeñar no podía ser de mayor interés para la reorganización del Ejército.

Cuando me hallaba a dos jornadas de Gualeguay, recibí el parte que las fuerzas del General Carballo habían sufrido en desbande; y casi al mismo tiempo recibí también el aviso de que las fuerzas a órdenes del valiente Teniente Coronel Hermelo que operaba en los departamentos Gualeguay y Gualeguaychú, habían sufrido lo mismo.

Entonces dispersada la base sobre que debía reconstruirse el Ejército; me hallé colocado en la disyuntiva cruel pero fatal, de abandonar la Provincia, o de continuar en ella en guerra que debía asolarla estérilmente, que no daría otro resultado sino nuevas víctimas, e imponer mayores sacrificios; sin adelantar un paso hacia los propósitos nobles de la revolución.

Luchando por la libertad de la Provincia, mi deber como Jefe de esa revolución, era no imponerle sacrificios inútiles, ni prolongar la lucha más allá de lo que lo exigieran los fines elevados y dignos que nos proponíamos.

Reuní a los principales Jefes que se hallaban en la reducida fuerza que conservaba, les expuse la situación, que ellos veían también como yo mismo, y fue su opinión uniforme, que nuestro deber como patriotas era abandonar la Provincia, evitando de esa manera a nuestro amado Entre Ríos, nuevos, cuanto estériles sacrificios.

No tenía con que armar 500 hombres, no había recibido durante toda la campaña ni un alfiler, ni un grano de pólvora, y no podía por consiguiente continuar, en la esperanza de recibir en adelante.

La provincia había hecho inmensos sacrificios, y proporcionado con desinterés y patriotismo cuantos recursos y cuantos elementos le había sido posible.

El enemigo dominando las costas desde el principio de la campaña, se había hecho también por nuestro desbande dueño del centro de la Provincia, que nosotros habíamos dominado hasta entonces.

Fácil es apreciar debidamente nuestra crítica situación, y la impotencia a que quedábamos reducidos.

Llevábamos al destierro la amargura de la ineficacia de nuestros esfuerzos, y el profundo dolor de dejar a nuestro país entregado al dominio y a las venganzas de un vencedor implacable.

Millares de Entrerrianos han abandonado sus familias, sus intereses y sus hogares para buscar en el extranjero las seguridades y las garantías de que allí carecen completamente.

La Provincia sigue sometida a la política inflexible, arbitraria, humillante, que le imponen las bayonetas de los mercenarios enganchados por el Presidente de la República, para ahogar en sangre la autonomía y la libertad de un estado Federal y sus protestas vivas y constantes.

He cumplido la penosa tarea que me impuse.

He relacionado circunstancialmente los hechos ocurridos, sin pasión pero con verdad; y mis compañeros de armas y de sacrificios, son testigos de la fidelidad de cuanto he dicho.

Mi lealtad como soldado se opone también a cuanto pudiera separarse de la verdad,

La revolución de Entre Ríos, noble y digna de un gran pueblo, ha sido calumniada en sus medios y en sus fines. Se le han atribuido alianzas que no tenía, -combinaciones electorales que nunca han existido.

Se le han imputado hechos culpables y crímenes que jamás se han cometido, pretendiendo presentarla extraña a todo propósito digno, despojada de toda justicia, atropellando derechos que he respetado religiosamente, y perpetrando violencias y tropelías que jamás han tenido lugar, que hubieran sido castigadas severamente, que la moral del ejército habría condenado, y que se inventaban por nuestros enemigos con el solo objeto de desacreditarnos ante el país.

La calumnia y la mentira han sido durante toda la campaña el arma que el enemigo ha esgrimido sin descanso, y ha constituido para él un ejército de vanguardia.

La revolución ha sido vencida por la superioridad de los elementos que contaba el despotismo, pero no ha sido sofocada en el corazón del pueblo Entrerriano la conciencia de su derecho y el amor a su libertad.

Ante la imagen Augusta de la Patria, enlutada por tantas desgracias, los que han luchado como bravos por librarla de la opresión, deben sentirse orgullosos por sus heroicos esfuerzos y por sus generosos sacrificios.

En cuanto a mí, por grandes que sean mis desgracias y el infortunio, jamás podrán arrancar de mi alma el recuerdo de su denuedo, y

la satisfacción de haber sido acompañado en la difícil cruzada, por un pueblo lleno de abnegación y de patriotismo.

Quede con nosotros, con el sentimiento de nuestra pérdida, el convencimiento del deber cumplido.

Y quede a nuestros enemigos, con la satisfacción de su triunfo, la condenación y la vergüenza de su culpable iniquidad y del crimen de que deben dar cuenta a la patria, por el sacrificio de su pueblo, que lucha con heroica desesperación por sus derechos y por sus libertades.

Ricardo López Jordán

Santa Ana, Febrero 25 de 1874.



Peritexto de la 12ª edición de El gaucho Martín Fierro 1883

JUICIOS CRÍTICOS SOBRE MARTÍN FIERRO¹

CARTA DE MIGUEL CANÉ

Sr. D. José Hernández.

Estimado señor:

Hace algún tiempo, bajo el peso de un rudo golpe para mi corazón, recibí un libro suyo. Me fue imposible entonces agradecerle su atención, y estaba con el pesar de esta deuda, cuando me he encontrado con «La vuelta de Martín Fierro».

Si tuviera el ánimo predispuesto a escribir esas cosas que solo nacen espontáneamente, sin que la voluntad más decidida pueda engendrarlas, habría arrojado sobre el papel más de un reflejo de las impresiones que sus estrofas han despertado en mi alma.

He ensayado y no puedo; quiero por lo menos en esta desaliñada carta, decirle que he leído su libro, de un aliento, sin un momento de cansancio, deteniéndome solo en algunas coplas, iluminadas por un bello pensamiento, casi siempre negligentemente envuelto en incorrecta forma.

Algo que me ha encantado en su estilo, Hernández, es la ausencia absoluta de pretensión por su parte. Hay cierta lealtad delicada en el espíritu del poeta que se impone una forma humilde y que no sale de ella jamás, por más que lo aguijoneen las galanuras del estilo. - Usted ha hecho versos gauchescos, no como Ascasubi, para hacer reír al hombre culto del lenguaje del gaucho, sino para reflejar en el idioma de este, su índole, sus pasiones, sus sufrimientos y sus esperanzas, tanto más intensas y sagradas, cuanto más cerca están de la naturaleza.

¹ El peritexto de 1883 también incluía la “Carta a Don José Zoilo Miguens” y la “Advertencia editorial” que se han publicado en esta edición antes de *El gaucho Martín Fierro*.

¡Que se han vendido más de 30 mil ejemplares de su libro, me dice alguien asombrado! - Es que los versos de «Martín Fierro» tienen un objeto, un fin, casi he dicho una misión.

No hay allí la eterna personalidad del poeta, sobreponiéndose en su egoísmo a la palpitación de ese corazón colectivo que se llama humanidad.

Donde hay una masa de hombres, el drama humano es idéntico.

- En su «Martín Fierro» se encuentra la misma tristísima poesía, la misma filosofía desolada que en los versos de Saika Mouni, cantados en los albores de la historia humana; o en las estrofas de Leopardi, elevándose en el dintel de nuestro siglo como un presagio funesto para los hombres del porvenir.

Reúnase en una noche tranquila un grupo de gauchos alrededor de un fogón y léaseles, traducido por Vd. y en versos propios del alcance intelectual de esos hombres, el *Otello* de Shakespeare. Tengo la profunda convicción que el espantoso estrago que los celos causan en el alma del Moro, despertará una emoción más grave en el corazón del gaucho, que en el del inglés que oye silencioso la soberbia tragedia; cómodamente arrellenado en su butaca de Queen's-Theatre.

Hace bien en cantar para esos desheredados; el goce intelectual no solo es una necesidad positiva de la vida, para los espíritus cultivados, sino también para los hombres que están cerca del estado de la naturaleza. Un gaucho debe gozar, al oír recitar las tristes aventuras de «Martín Fierro», con igual intensidad que Vd. o yo con el último canto del *Giaour* o con las «Noches» de Musset. Y esta secreta adoración que sentimos por esos altísimos poetas, el gaucho la sentirá por Vd., que lo ha comprendido, que lo ha amado, que lo ha hecho llorar ante los nobles arranques de su propia naturaleza, tan desconocida para él. No se puede aspirar a una recompensa más dulce.

Lo he dicho al principio y se lo repito: su forma es incorrecta. Pero Vd. me contestará y con razón, a mi juicio, que esa incorrección está en la naturaleza del estilo adoptado. La corrección no es la belleza, aunque generalmente lo bello es correcto.

En esta estrofa por ejemplo. Habla Vd. de la mujer, de su alma siempre abierta a la caridad y agrega;

.....
Yo alabo al Eterno Padre
No porque las hizo bellas.

Sino porque a todas ellas
¡Les dio corazón de madre!

Ese verso es de stirpe real, mi amigo. - Aunque la estrofa que lo precede y los dos primeros versos de aquella a la que esa cuarteta pertenece, harían la desesperación de un retórico, la idea salva aquí todo.

Por ahí, al final en el preciso canto de contrapunto, entre Martín Fierro y un negro, encuentro otra perla, que se la transcribo de memoria. Es uno de esos versos, que una vez leídos, se instalan en el recuerdo, al lado de los huéspedes más queridos.

Habla el negro:

Bajo la frente más negra
Hay pensamiento y hay vida,
La gente escuche tranquila
No me hagan ningún reproche
También es negra la noche
Y tiene estrellas que brillan.

.....

-¿Cuál es el canto de la noche?
La noche por cantos tiene
Esos ruidos que uno siente
Sin saber de dónde vienen.

Y esta estrofa que califico de admirable, que bastaría para reconocer un poeta en aquel que la ha escrito, y que al mismo tiempo es una completa sinfonía, imitativa de los vagos rumores de la noche en nuestros campos desiertos.

Son los secretos misterios
Que las tinieblas esconden
Son los ecos que responden
A la voz del que da un grito,
Como un lamento infinito
¡Que viene no sé de dónde!

Y aquí, ante esa belleza, me acuerdo de Estanislao del Campo que tiene en su *Fausto* más de una nota arrancada a la misma fibra.

No acabaría de citar mi amigo; pero basta para manifestarle mi impresión.

Tengo curiosidad de saber qué vida habrá llevado Vd. para escribir esas cosas tan lindas y tan verdaderas, que no se trazan al resplandor de la pura y abstracta especulación, pero que se aprenden dejando en el camino de la vida algo de sí mismo: los débiles, la lana, como el carnero; los fuertes, sus entrañas, como el Pelicano...

No le digo ni la mitad de lo que quisiera; pero no he de concluir sin apretarle fuerte la mano y pedirle crea en la verdadera estimación que siente por su talento.

Su affmo. S. y amigo:

Miguel Cané

Marzo 12 de 1879

El Nacional, Buenos Aires, Marzo 22 de 1879.

CARTA DE BARTOLOMÉ MITRE

Señor José Hernández.

«Martín Fierro» es una obra y un tipo que ha conquistado un título de ciudadanía en la literatura y en la sociabilidad argentina.

Ese libro faltaba a mi biblioteca americana, y el autógrafo de su autor, de que viene acompañado, le da doble mérito.

Agradezco las palabras benévolas de que viene acompañado, prescindiendo de otras que no tienen certificado en la república platónica de las letras.

Su libro es un verdadero poema espontáneo, cortado en la masa de la vida real.

Hay en él, intención, filosofía, vuelos poéticos y bellezas descriptivas, que señalan la tercera o cuarta forma que este género de literatura ha revestido entre nosotros.

Hidalgo será siempre su Homero, porque fue el primero, y como Vd. se inspiró en su poética que ha condensado Vd. en estos dos versos:

“Porque yo canto opinando

“Que es mi modo de cantar”.

Ascasubi marchando tras sus huellas, poniendo al gaucho en presencia de la civilización, exaltando su amor patrio; y Estanislao del

Campo haciéndolo juzgar las obras del arte y la sociedad con su criterio propio, marcan las formas intermediarias.

Respecto de mi modo de juzgar y de interpretar este género de poesía, no encontrará el ejemplo y la teoría en las composiciones y en la *nota* complementaria que Vd. encontrará en el libro que le remito en retribución del suyo.

Después que Vd. lea mi nota crítica, no extrañará que le manifieste con franqueza, que creo que Vd. ha abusado un poco del naturalismo, y que ha exagerado el colorido local, en los versos sin medida de que ha sembrado intencionalmente sus páginas, así como con ciertos barbarismos que no eran indispensables para poner el libro al alcance de todo el mundo, levantando la inteligencia vulgar al nivel del lenguaje en que se expresan las ideas y los sentimientos comunes al hombre.

No estoy del todo conforme con su filosofía social, que deja en el fondo del alma una precipitada amargura sin el correctivo de la solidaridad social. Mejor es reconciliar los antagonismos por el amor y por la necesidad de vivir juntos y unidos, que hacer fermentar los odios, que tienen su causa, más que en las intenciones de los hombres, en las imperfecciones de nuestro modo de ser social y político. Sin embargo, tal como es, creo “que no se ha de llover el rancho” en que su libro se lea.

Felicitando a Vd. por el singular éxito que ha alcanzado su libro, y que atestiguan sus numerosas y copiosas ediciones, me es grato suscribirme de usted.

Su compatriota

Bartolomé Mitre

Buenos Aires, Abril 14 de 1879.

CARTA DE NICOLÁS AVELLANEDA

Señor D. José Hernández.

Estimado Señor:

Después de haber recibido su libro, he aguardado un día exento de cuidados, y en el que pudiera disponer algunas horas para escribirle con detención. Veo que ese día no llega, y no quiero quedar a descubierto por más tiempo con Vd.

Le pido así que acepte la expresión de mi agradecimiento por el envío de su libro, que ha recorrido ya toda la América Española, y que ha sobrepasado en difusión a cualquier otro libro publicado entre nosotros.

Es inútil agregar otro comentario a este comentario espléndido de un éxito sin rival.

Soy su affmo. servidor y compatriota.

N. Avellaneda
Mayo 9 de 1879.

CARTA DE RICARDO PALMA

Lima, Mayo 5 de 1879

Señor D. José Hernández.

Buenos Aires.

Muy Señor mío:

Hace años que mi difunto y excelente amigo D. Juan María Gutiérrez me remitió la primera parte de su bellissimo «Martín Fierro» que leí con mucho agrado. Mis poetas predilectos han sido siempre los que como Vd. hacen gala de sencillez y no andan rebuscando conceptos.

Hoy he recibido, con una amable dedicatoria de Vd. las partes primera y segunda de su libro, que enriquecerá mi modesta biblioteca americana. Doy a Vd. las gracias por el obsequio y por los benévolos elogios con que me favorece.

El delicadísimo Antonio de Trueba envidiaría a Vd. las páginas 49 y siguientes de la 2ª parte. El contrapunto entre el payador negro y «Martín», es magnífico. Igual aplauso tributo al capítulo 32 en que «Martín» aconseja a sus hijos -Allí hay filosofía sin relumbrón y verdadero sentimiento poético -Son dos cuadros de pluma de maestro.

La poesía popular que cultivaron Hidalgo y Ascasubi, está llamada a ejercer positiva influencia sobre la moralidad del pueblo. Consagrarse a ella como Vd. lo hace, es ejercer un sacerdocio. No desmaye Vd.

Hace años que he dejado de rendir culto a las musas, por consagrarme a registrar apolillados infolios históricos. Pero siempre leo con

gusto versos, cuando en ellos campea el espíritu que en los de Vd. me encanta.

Reiterando a Vd. mis felicitaciones por el buen desempeño de su «Martín», me es grato ofrecérmelo muy de corazón, como su amigo afectísimo.

Ricardo Palma

Por conducto de la Legación Peruana, en Buenos Aires, podría Vd. mandar un ejemplar de su obra a la biblioteca de Lima, donde hay un salón destinado solo a libros americanos. La República Argentina apenas figura con 300 volúmenes entre cerca de 4000 correspondientes a las demás secciones.

El “Nacional” - Buenos Aires, Julio 7 de 1879.

CARTA DE JUANA MANUELA GORRITI

Lima, Abril de 1880.

Señor D. José Hernández.

Primo mío y querido amigo:

Por mi hijo Julio he sabido con pena que Vd. no recibió la carta en que le daba un millón de gracias y felicitaciones, anunciándole haber llegado a mis manos el precioso obsequio con que Vd. me favoreció: la segunda parte de su bellissimo poema, «Martín Fierro».

En Lima ha tenido entusiasta acogida esta publicación, cuyas bellezas poéticas deleitarán a los lectores de todas latitudes; pero solo a nosotros, hijos de ese país mágico del fantasista lenguaje, nos será dado gustar con su deliciosísimo sabor, el colorido local de esas gráficas imágenes que hacen de este libro una serie de cuadros plásticos de sorprendente verdad.

-Estoy encantado con el «Martín Fierro» de Hernández - díjome uno de los primeros literatos de Lima.

-Y sin embargo - respondí - para ustedes; ese hermoso poema es *Rosario en Berberie*.

-¿Por qué?

-Porque la mitad de sus bellezas son para ustedes sánscrito: no las comprenderán.

-Pues yo las percibo muy bien.

-¡Error! O sino explíqueme Vd. esta:

Nos retiramos con Cruz
A la orilla de un pajal,
Por no pasarlo tan mal
En el desierto infinito,
Hicimos como un bendito
Con dos cueros de bagual

- Pues claro: en lo del bendito expresa la prontitud con que arreglaron las pieles de ese animal.

Y cuando le hube explicado el problema de la frase picóse enormemente y no me ha perdonado aquella explicación.

Espero que a estas horas, estará Vd. escribiendo otro libro como este, que es como una golosina: una vez gustado, se anhela otro semejante.

Saludamos a Vd., Julio y yo, y le estrechamos cordialmente la mano. De Vd. prima y afectísima amiga.

Juana M. Gorriti

CARTA DE JOSÉ TOMÁS GUIDO

Señor D. José Hernández.

Estimado compatriota:

Me pide Vd. un lugar en mi biblioteca para su «Martín Fierro», que ha llegado tan suavemente a su edición undécima.

Quiero antes de colocarlo con el honor debido a su bizarría, expresar a Vd. los motivos del placer que me ha causado su héroe.

En primer lugar es hijo legítimo de Vd., a quien profeso aprecio antiguo. Luego, el se me presenta con su garbo de jinete criollo, con la originalidad de su pintoresco lenguaje, y con el odio más franco a la opresión.

A mí me encantan esos tipos modelados por la naturaleza, cuando sus facultades nativas no han sido alteradas aún por una civilización que suele ser funesta.

Compare Vd. las calidades de los gauchos con las de los campesinos de otros países, o con su clase proletaria y verá. Vd. que toda la ventaja está del lado de nuestra raza genuina que lleva grabado en su pecho varonil el sello de la América.

Hay en ese representante primitivo de nuestra nacionalidad, una mezcla singular de astucia y de candor. Pero domina entre los afectos de su alma la idolatría de su independencia.

La Pampa convida a la libertad. Su extensión inmensa, su aire puro, no han sido creados aisladamente para los esclavos.

Pero el desierto incita también a la melancolía, y cuando el payador canta en la guitarra, no es extraño que sus endechas sean tristes, no solo por los males amargos de su condición, sino porque cede a la influencia del espectáculo que le rodea. El aislamiento aumenta esta propensión, y se comprende que al caer de la tarde, aquel soltaría tal vez sus lágrimas al arroyo, cuyas aguas se deslizan como las horas de su humilde existencia.

Si no hubiese en sus costumbres y en su suerte, elementos de interés dramático, Vd. los habría hallado en sus inspiraciones frescas como las florecillas silvestres que matizan nuestra llanura.

Pero otra consideración más trascendente resalta de los versos de «Martín Fierro». Ella se liga con uno de los problemas fundamentales de la sociabilidad en el Río de la Plata.

Las promesas de la revolución no se han cumplido todavía para los hijos del Pampero. El rancho de paja no basta a proteger a quien lo habita. ¿Quién tendrá derecho de asombrarse que un ser privado de los goces más puros de la vida, y de cultivo intelectual, apele a su acero para defenderse, o vengarse, y a su ágil caballo para huir?

Pero me aparto de la peligrosa corriente de tales recuerdos, para felicitar a Vd. por la pintura fiel de esa porción poco estudiada del pueblo argentino.

Cuando Vd. describe algunas escenas, de esas que no tienen nunca más testigos que las estrellas, ni más coro que las aves salvajes, se sentirá uno tentado a las correrías agrestes, para sorprender acaso en el fondo del llano el misterio del destino de una parte no menos olvidada que noble de la humanidad. La simpatía que despierta se aviva cuando se piensa que asistimos a su rápida extinción y cuando su asimilación con razas exóticas cambia esa fisonomía que solo a la poesía es dado perpetuar.

Así el empeño de Vd. será saludado por la sensibilidad y por el patriotismo. Casi todos invocan los númenes más propicios al genio en sus vuelos más atrevidos.

Pero Vd. se ha contentado con improvisar después del mate, dulces trovas a la sombra del amoroso ombú, o allá en la cresta de una loma. Yo envidio la fortuna con que Ud. embellece tradiciones que se perderían en medio de las perturbaciones de nuestra época, sin el talento y el corazón que les da vida, y las graba profundamente en la literatura y en la historia.

José Tomás Guido

Buenos Aires, Noviembre 16 de 1878

CARTA DE ADOLFO SALDÍAS

Señor D. José Hernández.

I

Mi amigo: Le prometí a Vd. últimamente manifestarle mis impresiones sobre su «Martín Fierro», y paso a hacerlo.

Está demás anticiparle que yo no puedo, ni debo emitir un juicio crítico acerca de ese libro con que Vd. ha enriquecido nuestra literatura Nacional.

Imagínese Vd. que a cualquiera, a V., a mí, se le ocurriera hacer algunas de esas indicaciones que se suelen dejar caer sobre un autor con todo el peso del sentimiento paternal que las inspira, (el sentimiento paternal (*sic*) suele traducirse en palos aplicados sin ninguna ceremonia), analizar el bagaje literario de su libro, apuntar incorrecciones, someter al bueno de «Martín Fierro» al tormento de esas mil reglas y preceptos que los críticos nunca acaban de inventar, porque esto les da eterno pretexto para disertar sobre el modo como se han desnaturalizado las unas o violado las otras.

Todo esto sería música celeste. Cualquier criollo estaría tentado a responder lo que respondió uno de ellos al caballero inglés que le preguntaba: *¿Do you know where is Cochabamba street?* -si no dijera de-

masiado con estas palabras: amigo es matarse; nosotros hemos leído a «Martín Fierro» *en once letras* diferentes.

He aquí mi amigo Hernández, el mejor juicio acerca de su libro. Once ediciones de un libro son como para llenar de orgullo un autor en Buenos Aires. Vd. solo puede blasonar de ello. Ni la Constitución Argentina ha merecido este honor. Se ensayó dos veces en 1811, se varió en 1815, en 1817, 1819, en 1826 y en 1853-60: ocho publicaciones mi amigo. Su «Martín Fierro» le lleva tres todavía; y recorre a caballo la llanura, las pulperías y los ranchos, haciendo por la vida, esto es, por otras tantas ediciones.

II

Y se va lejos, se hunde en el Sud -en ese Sud de tiernos y dolorosos recuerdos para el gaucho, donde este se deja ver todavía arrogante y hermoso como ahora cincuenta años, cuando imponía su voluntad y su ley a todos aquellos a quienes en vano clamó, durante otros tantos años, para que lo sacaran del mísero desamparo en que vivía.

Porque el gaucho, -y esto es lo que hace buscar con cierto amor todo libro que a él se refiere- tiene su noche en nuestra historia; noche larga, sin otra luz que la de las cuatro estrellas que indican ese Sud en nuestra Pampa. ¡Su huella ha sido la del martirio abnegado, -su vida la del combate con la adversidad, su destino, el de los eternamente desheredados, su único consuelo el desierto inmenso, que siempre revivió bajo sus plantas, prodigando a su rey desventurado sus flores, sus brisas y sus aguas para que recuperara sus fuerzas, allí, a la sombra del ombú, bajo el cual se levantó alguna vez su rancho de paja en que desapareció con su mujer y con su hijos!....

Es un poema de lágrimas que solo el Pampero ha recogido.... flores silvestres de rara fragancia que sepultó el *progreso* que pretendemos cimentar con remedios de civilizaciones ajenas, y que amenaza privar el gaucho hasta del consuelo de ver en un día no lejano, el espectáculo de nuestras libertades arraigadas, de nuestros derechos dignificados, de nuestra prosperidad asegurada por los que el gaucho luchó durante cincuenta años con su lanza y a caballo.

III

Sigamos al gaucho, mi amigo, sigámoslo en esa noche tristísima para él y vergonzosa para nosotros... ¡Encierran misterios tan íntimos

y tan mal comprendidos los senos generosos de esa Pampa, donde el gaucho nació como rey y donde apenas vivió como cuervo!... ¡Tanta melancolía mezclada con cierto amor a la patria que conquistamos con ellos, cae al fondo del alma al evocar el recuerdo de esa noche!...

A principio de este siglo el gaucho, con ser que ya había guerreado en nombre de su patria contra los ingleses, era el más desamparado de la suerte y de los hombres. -Después del esfuerzo de su patriotismo, solo le quedaba la inclemencia del desierto, al cual no dejaban los bienes relativos de que gozaban los hombres de las ciudades.

Requerido constantemente para el servicio militar que demandaba nuestra guerra de la Independencia ¿dónde se dio una batalla en la que el gaucho no lanceó, acuchilló, baleó y venció a los españoles, haciendo gala de ese heroísmo temerario que es aliento poderoso de su alma, algo como carne de su carne? ¿Dónde no estuvieron Güemes y Lavalle, Necochea, Balcarce, Pringles, Lamadrid, Suárez, Olavarría y tantos otros brazos armados constantemente en defensa de la República?

La Independencia se iba logrando, el bienestar se acariciaba, se comenzaba a gozar algunos bienes, y entre tanto ¿qué participación tenía el gaucho en este nuevo teatro de la democracia, que él había contribuido a cimentar?

Ninguna: seguía siendo soldado, ni hogar, ni familia que lo ligara a la patria ingrata que lo había engendrado para sacrificarlo, especie de Saturno que bebía sin saciarse de la sangre de sus hijos.

La desgracia suele tener sus paroxismos. El alma estalla frenética desgarrando con salvaje complacencia los sentimientos que algún día le sirvieron de consuelo para borrar de sí, hasta el recuerdo de la esperanza maldita, que agotó las lágrimas y las fibras marchitó.

El infortunio del gaucho lo tuvo también. La ocasión le fue propicia y él la aprovechó para dar rienda suelta a sus instintos y a sus furias.

Al despuntar el año 20, los gauchos recorrían el desierto en todas direcciones, para aproximarse un medio a su desventura, y librar juntos ese combate tremendo que debía perpetuarse en nuestro país hasta que triunfara la idea que ellos estamparon, sin conocerla, en las banderolas rojas de sus lanzas húmedas con sangre.

La representación que asumían Ramírez, López, Bustos y después Facundo y Aldao en otras Provincias, la asumió Rosas en la de Buenos Aires.

Radicado en la campaña «sacrificando comodidades y dinero, haciéndose gaucho, hablando como tal, haciendo lo que los gauchos hacían, protegiéndolos, haciéndose su apoderado, cuidando de sus intereses, etc. etc.», según el mismo Rosas lo ha expresado en una confidencia -el descendiente de los Condes de Poblaciones fue como una Providencia que surgió de las entrañas de la Pampa en favor de los gauchos, que miraban con indecible asombro ese hombre para ellos extraordinario, y que era su propio engendro y que ya los había hecho brillar sobre todos, conduciéndolos a ahogar la anarquía en esa ciudad de Buenos Aires, que nunca había tenido un eco de consuelo para ellos.

Rosas llegó a ser el gran señor de la campaña. El teatro era muy vasto; pero la admiración y el cariño hacia su persona era llevado en alas, por los gauchos, de pulpería en pulpería, donde templaban sus guitarras para cantar sus alabanzas a ese gaucho hermoso y arrogante que protegía sus hogares y los hacía felices dejándolos vivir de su trabajo al lado de su hijos ¿Cómo pues el corazón de la campaña no había de abrirse con la espontaneidad de la flor del aire para elevar a Rosas al Gobierno?

Rosas adoptó en provecho de su Gobierno fuerte, la idea en nombre de la cual los gauchos y sus jefes vinieron a atar sus potros al pie de la Pirámide de Mayo en 1820. La federación que une a todos los argentinos bajo el glorioso pabellón de Mayo, ha sido pues la venganza que tomaron nuestros gauchos. La devastación y los males que esto ha causado antes de ausentarse para siempre, están compensados con ese infortunio cruento del gaucho que también es hijo de esta tierra, y con el provenir venturoso que esa federación nos depara si sabemos perseverar en los propósitos que desde 1862 quedaran librados al patriotismo de los pueblos argentinos.

IV

Tal es el tipo histórico y social de su «Martín Fierro».

Él ha ido desapareciendo a medida que se han ido extendiendo y perfeccionando los principios que el gaucho proclamó y sostuvo durante nuestras peregrinaciones y contiendas.

Pero su condición no ha mejorado en razón de esos progresos. Todavía lo abate su infortunio, porque todavía tenemos mucho desierto desamparado y todavía tenemos alguna barbarie enmascarada en la República.

Todavía el gaucho llora la triste suerte que le cabe en la campaña, donde subsisten para él los rigores que han desaparecido para los demás.

Estos rigores de su suerte mezquina, esta desgracia, es lo que canta Vd., tomando a la Pampa como teatro y a un payador valiente y generoso como protagonista.

¿Cómo lo ha hecho Vd?... (Aquí debía empezar el juicio crítico). Ya queda dicho al principio, ya lo han dicho las once ediciones de su libro.

Permítame Vd., pues, que no añada más a lo que, sobre el particular han dicho las personas competentes que han leído su libro, tributándole a Vd. los elogios que merece su bien cortada pluma para esta clase de literatura tan poco explotada entre nosotros, a pesar de haber tenido precursores como Hidalgo, Lavardén, y Ascasubi. Del Campo, el famoso Anastasio el Pollo y Vd., son los únicos que la han cultivado en nuestros días. Ambos han obtenido lauros que mañana figurarán en nuestros fastos literarios como frutos óptimos de esfuerzo nobilísimo que tiende a perpetuar en nuestra historia el tipo original y esforzado del rey de los desiertos argentinos.

Son los votos de su amigo

Adolfo Saldías

S/C Noviembre 16 de 1878.

ARTÍCULOS DE PABLO SUBIETA

Martín Fierro

Primer artículo

No es el poeta agorero, ave en callada noche, no es canoro pajarillo en desierto bosque; sus cantos no han de ser notas perdidas de laúd gimiente.

No, la chispa del genio y de la inspiración no se ha encendido en el foco del cerebro para irradiar su luz, como la iluminación fosfórica del cementerio.

El poeta es un ser fecundo, una potencia social, un profeta, un filósofo, un moralista, un maestro; por eso son muy pocos los que merecen ese título.

Si alguien preguntase cuántos poetas hay en la República Argentina, yo diría Andrade y José Hernández.

Quando esa numerosa falange de versificadores rebuscadores de imágenes, acomodadores de frases sonoras, haya cantado las glorias de la patria, modificado una costumbre, desarraigado una preocupación, depositado una chispa de verdad en la conciencia del pueblo, engendrado un sentimiento de bondad, sublevado una noble pasión, puede aspirar al honroso calificativo, que tan pocos lo han merecido en la historia.

¿Por qué Byron, se nos dirá, es reputado entonces como el más grande poeta, cuando no ha hecho sino cantar sus propios dolores? Porque ha tenido el triste poder de envenenar el corazón de la humanidad por la desilusión, por la herida con veneno deletéreo; herida cancerosa que Lamartine ha curado con el bálsamo de la piedad.

Sin embargo, Byron morirá en la memoria de las generaciones futuras y Shakespeare no morirá, no morirán: L'Isle, Riego, López Planes, Andrade y Hernández; porque aquellos son poetas subjetivos de influencia efímera en la imaginación, mientras estos son poetas heroicos, socialistas y filósofos que afectan necesidades permanentes del espíritu, proyectan revoluciones súbitas o lentas, que han de transformar la faz de la sociedad, hieren la cuerda esencial del sonoro instrumento, eternamente templado para las grandes y elevadas armonías.

En poesía pasa lo que en la música, los wals de Asker y Ketterer morirán en la memoria, como las melodías de Gounod y la fantasía de Wagner; pero no morirán las concepciones gigantescas de Meyerbeer, Beethoven; porque aquellos son individualistas y simplemente estéticos, y estos son creadores intérpretes de la armonía universal y absoluta.

La República Argentina cuenta con centenares de inteligencias en tres generaciones, que han ensayado y aún hecho profesión de la poesía en sus diversos géneros, pero que ninguno de ellos, ni todos en conjunto, han constituido ni podido formar lo que propiamente podría llamarse *literatura argentina*.

Es a los dos poetas que hemos citado que cabe la gloria de haber fundado la poesía clásica argentina.

El libro del Sr. Hernández, del que nos venimos ocupando bajo sus diversas fases, tiene, sobre todo, tres cualidades: verdad, utilidad y armonía.

La verdad es absoluta o relativa, filosófica o literaria. En “Martín Fierro” se refleja la verdad plena en todas sus fases, en todas sus aplicaciones.

La verdad filosófica se encierra en la concepción, porque responde a las más sentidas necesidades de una gran clase social, a los principios más austeros de la moral y a la realidad de los hechos históricos; la verdad literaria resplandece en la forma en que hay exactitud y relieves en la descripciones etnográficas, viveza, precisión y aún concordancia frenológicas en retrato típico de los personajes, naturalidad en la narración de los hechos, en el desarrollo dramático y sobre todo en las máximas, en los giros del lenguaje y aun en los vicios de la pronunciación y escritura.

“Martín Fierro” es el libro más útil que se ha escrito en versos en la América porque es el espejo más fiel, el cuadro más acabado de la vida del gaucho, la lección más magistral de moral, el catecismo más sencillo de política y filosofía, el aliciente más poderoso para aprender a leer y la revelación más elocuente de la revolución, que principia a incubarse en el espíritu del campesino y que a ella se lanzó inconscientemente y como instrumento de pasiones de caudillos ambiciosos; es el libro que suple a la Biblia, a la novela, a la Constitución y a los volúmenes de ciencia; es la leyenda más popular que aprende de memoria el niño, que la canta el payador, que la murmura el carrero y la lee con deleite la cándida doncella.

Es la poesía más armoniosa, porque en el lirismo debe imperar la sinfonía.

Los versos de “Martín Fierro” son los más perfectamente cantables, porque están expresamente escritos para esa música popular, medio recitativa, medio cantada, al compás de la guitarra; poemas sencillos, espirituales, descriptivos, llenos de ese sabor criollo, que hace estremecer con fruiciones tan especiales el corazón argentino.

El octosílabo como metro es sin duda el más armonioso, pues aunque carece de la majestad del endecasílabo y alejandrino, es más flexible y se presta como ninguno a la sentencia, a la máxima y a la sátira.

Las estrofas en seis versos se prestan igualmente al canto rítmico, a la rotundez de los pensamientos y la variedad de tonos; por eso el gaucho canta esas rapsodias argentinas con interés, entusiasmo, deleite y con pasión, como la expresión legítima de sus creencias, de sus necesidades, esperanzas e ilusiones.

“Martín Fierro” vive en la memoria de todos, y vivirá en las futuras generaciones, porque es el poema más argentino.

Segundo artículo

¿Tiene la América latina una literatura propia?

Si hemos de aceptar la palabra literatura bajo su acepción legítima y genuina estamos obligados a declarar que no.

Nuestras ideas, nuestro idioma, nuestras costumbres, nuestro gusto estético y hasta los elementos más simples de nuestra cultura social, son europeos y principalmente franceses, ingleses y españoles.

Al leer nuestros libros de poesía, nadie creería que han sido escritos en América.

Los poetas colombianos, peruanos, bolivianos, chilenos, argentinos y brasileiros, no reflejan ni un solo rayo de la luz propia de su nacionalidad, ni un solo rasgo de su fisonomía característica, ni un paisaje de su naturaleza, ni un hecho de su historia, ni un incidente de su vida ordinaria.

Podría citarse algún canto excepcional, alguna rara producción, mal apreciada, desterrada de la «high-life» de las letras, que con el trascurso de los tiempos y el progreso de nuestra educación intelectual, encontrarán sin duda su asiento magistral en la corte aristocrática de las letras americanas; pero que hoy no bastan a definir nuestro prototipo como naturaleza, ciencia, arte, política, religión o costumbres.

Los americanos creemos que solo en París o Londres hay ideas, sentimiento, genio, costumbres, pasiones, virtudes, crímenes, belleza natural y artística.

No nos hemos tomado la molestia de averiguar si hay sirenas entre las murmurantes ondas de nuestros arroyos, si el soplo del infierno impele los huracanes de nuestras Pampas, si gigantes de inmensurable talla sostienen sobre sus hombros nuestras moles graníticas, si misteriosas divinidades vagan en el fondo ignoto de nuestros bosques, si nuestra raza autóctona es de origen celestial; ni siquiera hemos preguntado si el salvaje impetuoso de los llanos trae algo de la sangre de

los Titanes, de los Pandos, o de los Runas; que ni siquiera sabemos si el pastor de nuestros valles y montañas tiene alma: si ama, si piensa, si tiene su filosofía y su estética originales.

Y sin embargo, ahí está abierto ante nuestros indiferentes ojos el gran libro de nuestra espléndida naturaleza: ahí está torturante el misterio de nuestro origen; ahí están las tradiciones de nuestra primitiva vida civil, y las largas y terribles horas de la esclavitud y las hazañas épicas de nuestra emancipación política.

Tenemos el gaucho, el indio de la Pampa, de las montañas, de los bosques, con costumbres, ideas, idiomas y hasta instituciones propias, que no solo no cantamos, que ni estudiamos, ni inquirimos.

La poesía de todos los pueblos ha tenido su cuna en su propia naturaleza, en su mismo corazón, en sus convicciones íntimas, en sus goces familiares, en sus dolores secretos, en sus glorias nacionales.

Desde Valmiki, el épico Indio, desde el salmista hebreo hasta Fenimore Cooper, el novelista yankee, todos han buscado la inspiración en el espejo luciente que refleja ante sus ojos la imagen de lo infinito, en las reminiscencias queridas de su memoria o en las tradiciones venerables de sus abuelos; solo los Americanos del Sud hemos apartado los ojos de ese espejo, los labios de esa fuente, y el corazón de ese santo objetivo: la patria y el hogar.

Se han intentado algunos ensayos descriptivos de la naturaleza americana, rasgos históricos de nuestro origen prehistórico, algunas odas ensalzando los episodios de nuestras guerras nacionales o civiles; pero esto no es literatura americana, ni en su espíritu, ni en su forma, ni en su volumen.

Conocemos la biblioteca del señor Andrés Lamas, constante de 7.900 volúmenes, escritos todos en América o sobre América: será sin duda la primera biblioteca en su género, en su rara especialidad, pero no está allí la literatura americana.

Necesitamos un Dante, un Goethe, un Cervantes que dé forma al pensamiento, al espíritu original de América, que refleje en su estilo, en su filosofía, en sus cuadros, nuestras costumbres, nuestras creencias, en fin, nuestra vida tal como es.

Preguntando Shakespeare sobre la primacía de sus dramas, contestó: "Ricardo tercero es la mejor de mis obras, porque es la más inglesa".

Así debemos pensar los americanos y decir: la obra más eminentemente literaria, debe ser para nosotros, no la más voluminosa, la de más grande concepción, sino la más americana.

La República Argentina en sin duda la que en todos los géneros literarios ha contribuido mejor y con más contingente a formar ese retrato de tan difícil delineamiento, de tan complicados matices, y que sin embargo encierra en su fondo una asombrosa sencillez, la expresión estereotípica del espíritu de un pueblo por su poesía.

No conocemos ningún poeta Americano que revele con más verdad, más grandeza, más naturalidad el espíritu de su patria, que estos tres argentinos:

Echeverría, José Hernández y Olegario Andrade.

Martín Fierro es la obra magistral de Hernández, poema sencillo en su concepción y desarrollo dramático, pero espejo pulidísimo de las costumbres, instituciones e ideas verdaderamente argentinas, filosofía misantrópica que hace olvidar la sangre fría de La Rochefoucauld o de Voltaire, crítica amarga como la de Juvenal o Rabeceptismo venenoso bebido en Goethe, y sobre todo, verdad, naturalidad, sencillez, aprendidas en el único libro que leen y deben leer los filósofos y poetas como Hernández: *la naturaleza*.

Tales son los caracteres prominentes de ese libro original, del que nos vamos a ocupar y cuya apología puede sintetizarse en esta sola verdad: “es el único libro argentino del que va a hacerse la duodécima edición con utilidad para el autor, para el editor y para el pueblo”.

Tercer artículo

Para apreciar el libro del señor Hernández, que lleva el mismo título que este artículo, es necesario conocer íntimamente el tipo original del *gaucho*.

El gaucho no es el indio primitivo de las pampas y selvas americanas, no es el español conquistador de nuestro suelo, ni es el cuarterón que lleva en sus venas la sangre mal confundida de ambas razas.

Es indudable que en su constitución fisiológica es necesario reconocer esos elementos, ese origen orgánico; pero no en su tipo social.

Hay dos elementos psicológicos que definen al gaucho: la conciencia de su fuerza corporal, y el atrevimiento de su fantasía.

El gaucho se cree invencible, y de ahí proviene la seguridad en sus empresas, la confianza en el éxito y la serenidad en el peligro.

El caballo con su vigor y ligereza, la pampa con su inmensidad, han acentuado ese rasgo gráfico de su fisonomía moral.

Y es sin duda a la misma causa a la que obedece ese poder extraordinario de imaginación, que absorbe en sus vastos pliegues las otras facultades de su ser.

El valor en el gaucho no es una impulsión orgánica, no es un arrebatado sanguíneo, no es un estremecimiento nervioso, no es un deber moral, no es una virtud cívica; es un vuelo de su fantasía, la realidad de un sueño, un halago de su orgullo, una necesidad de su espíritu, en que domina esa inclinación instintiva a lo grande, a lo infinito.

Así han sido los Galos, los Normandos, y todas las razas viriles, a las que la vida sedentaria y los vicios sociales han raquitectado, y que en los albores de su vida civil, estaban familiarizadas con la avidez e inmensidad de los desiertos, con el ímpetu de los huracanes, la soberbia de las tempestades y la voracidad de las fieras.

El gaucho es natural, ingénita y fatalmente poeta y filósofo.

Pero su poesía y su filosofía no son aprendidas en los libros, en los centros sociales, en las revoluciones históricas, sino en el gran libro de la naturaleza, perpetuamente docente para el ojo ávido que le consulta sin cesar.

No hay en el horizonte que le rodea un solo objeto que no le hable: el relincho del caballo, el bramido del toro, el canto del ave, el chirrido del insecto, el murmurio del arroyo, el sabor del pasto, hasta el rayo tenue de la luz de una estrella, todo es para él un consejo, una lección, un precepto, una ley, una súplica. La naturaleza es su cátedra y su altar. Más sacerdote que los augures, más poeta que los rapsodas, va pensando, leyendo y cantando siempre; la eterna sibila, la sabia pitonisa, ante su imaginación, va amontonando en la hoguera de su espíritu, chispa a chispa, y en ráfagas sin intermitencia, el fuego sagrado de la inspiración y la llama que alimenta la tranquila meditación.

Esta perpetua contemplación de la naturaleza bajo sus formas desde la tempestad destructora, blasfemia de la naturaleza, hasta el rocío, lágrima de amor, que la noche llora; han hecho del gaucho un filósofo y un poeta, bajo todas las formas que abarca el pensamiento y con todos los matices que puede colocar el genio.

El gaucho es místico, escéptico, espiritualista, materialista; en moral es egoísta o filántropo; en política casi siempre demagogo.

El predominio de la fantasía y el sentimiento de lo infinito, lo inclinan a la epopeya; la lucha contra las constituciones civiles lo obliga al drama, y el orgullo de la conciencia de su poder lo hace lírico.

El amor es el elemento de su vida social, pero para él casi nunca es un sentimiento, ni un hecho capital de su vida; es un capricho de su fantasía, una aventura de un día.

El gaucho tiene su hogar que exhala ese perfume que hace sentir la poesía y filosofía propias de su carácter; el imperio que ejerce sobre la mujer, la educación especial que da a su hijo: ese dominio absoluto del déspota, mezclado con la dulce mansedumbre del amante, hace de su rancho, palacio, cátedra, taller, teatro y club; allí manda, enseña, trabaja y se recrea.

Hay indudablemente en la vida familiar un gran fondo de virtud, de poesía y en su natural simplicidad la forma más perfecta de Gobierno.

El rancho del gaucho no es la choza triste del patriarca bíblico. Medio ciudadano, medio salvaje, tiene que luchar contra la naturaleza, contra sus pasiones, las instituciones, la opresión tenaz de las clases superiores.

Ese combate tan múltiple en sus formas, cuanto tenaz en su acción, hace de su vida un drama interesante que ha encontrado escenas hasta en las esferas del Gobierno, en las cátedras universitarias y finalmente en las páginas de nuestros libros de alta literatura.

El libro del señor Hernández, es la expresión más acabada de la vida psicológica y social del gaucho.

“Martín Fierro” es la personificación de sus instintos, de sus pasiones, de sus gustos, de sus aspiraciones, de las fruiciones de su alma, de los sueños de su fantasía, de los cálculos de su mente, de su filosofía racional, de su experiencia cotidiana.

La payada del gaucho es el *elemento*, el *miserere* y el *reverie*, el *sursum corda* de su vida tan digna de estudio, que representa al patriarca y al guerrero, de ese tipo tan interesante, que confunde en bellísima síntesis al caballero, al héroe, al ciudadano, al aventurero, al poeta, al filósofo y al sacerdote.

Mañana nos ocuparemos del libro.

Cuarto artículo

Son innumerables los libros que la inteligencia del hombre, en sus diversas aplicaciones, ha producido en los últimos tiempos.

El movimiento intelectual, en algunos países como Alemania y Francia, presenta los síntomas del delirio febriciente, el majestuoso y sublime desorden de la tempestad.

Pero en ese desborde del genio, en esa loca monumentalización del pensamiento, en esa consagración lapidaria de la labor paciente del cálculo, son muy pocas las piedras sólidas, que puedan servir de sillares al edificio del progreso y de muro de defensa a la convicción filosófica.

Muy escasos son los libros que han tenido el privilegio de realizar una revolución en las ideas, en las costumbres o en las instituciones.

No basta escribir, es necesario escribir según la época en que se vive, el país que se habita, los vicios que se combaten, los principios que se defienden, los dogmas que se profesan.

La palabra es pan, pero no siempre aprovecha el organismo.

El consejo, la máxima, la doctrina, la sátira, hasta el insulto, son eficaces en oportunidad de tiempo y lugar.

¡Cuántos poemas, cuántas historias, cuántas novelas se han escrito sin que arrojen un rayo de luz sobre la conciencia, sin que remuevan un guijarro de la senda áspera de la vida, sin que hagan estremecer el corazón con la más tenue fruición, sin que hayan modificado una letra de las leyes tiránicas de las sociedades decrepitas, sin que hayan hecho siquiera contraer los labios del más alegre lector!

Páginas sencillas, lacónicas, inspiraciones súbitas, doctrinas vulgares, pero mal comprendidas, no estudiadas, ligeramente despreciadas, han cambiado la ley de las sociedades, las costumbres tradicionales, los principios científicos y los dogmas de la fe.

Ya lo hemos dicho; pocas, muy pocas son esas obras de cualquier carácter que sean, que hayan conseguido remover esas piedras, que entorpecen el camino que recorre trabajosamente la peregrina humanidad.

Y ya que no es posible operar una revolución cada día, es necesario que cada palpitación del cerebro de los grandes pensadores, cada palabra de sus labios píticos enjuge una lágrima, evite un suspiro, destile una gota de bálsamo sobre las heridas del alma, que sea una ráfaga de luz que alumbre, un soplo de brisa que perfume, una gota de rocío que refresque, una nota melodiosa que deleite.

Cada época de la historia, cada región del globo, ha tenido sus reventores, sus profetas revolucionarios, que se han servido de la letra

para consumir sus grandes propósitos; las obras de esos genios son las verdaderas obras clásicas de la literatura.

Si Italia tiene su Divina Comedia, España su Quijote, Alemania su Fausto, la República Argentina tiene su Martín Fierro.

“Martín Fierro”, más que una colección de cantos populares, más que un cuadro de costumbres, más que una obra literaria, es un estudio profundo de filosofía moral y social.

“Martín Fierro” no es un hombre, es una clase, una raza, casi un pueblo, es una época de nuestra vida, es la encarnación de nuestras costumbres, instituciones, creencias, vicios y virtudes, es el gaucho luchando contra las capas superiores de la sociedad que lo oprimen, es la protesta contra la injusticia, es el reto satírico contra los que pretenden legislar y gobernar, sin conocer las necesidades del pueblo, es el cuadro vivo, palpante, natural, estereotípico, de la vida de la campaña, desde los suburbios de una gran Capital, hasta las tolderías del salvaje.

Todos los hechos de la vida se encadenan, todas las esferas de acción son círculos concéntricos que parten de un centro y se extienden hasta lo infinito.

Dante llevó su imaginación hasta el cielo y el infierno, partiendo de un latido de su corazón, hizo un poema universal de su afección subjetiva, y en Beatrice de Portinari encontró el objetivo de su infinita peregrinación.

José Hernández ha tomado como el épico italiano, un hecho familiar, como la causa y el punto inicial de su espléndida concepción, para plantear problemas sociales de la mayor trascendencia, profetizar revoluciones futuras que han de operarse fatalmente, ha encontrado el pretexto para rasgar con mano airada, los encajes diáfanos de nuestro traje democrático, con que descubrimos llagas terribles, que corroen nuestro organismo, para enseñar máximas de moral purísima, para justificar todo los sistemas filosóficos, desde el estático misticismo hasta la amarga decepción, desde la credulidad del niño, hasta esa ciencia tristísima de la ancianidad desencantada de la sociedad que desprecia.

“Martín Fierro” es el tipo ingenuo, noble, valeroso, víctima de los defectos de nuestras instituciones políticas, judiciales y municipales, guarda en su alma el depósito sagrado de la institución del bien, al través de todas las peripecias de su vida fatalmente aventurera.

El viejo Vizcacha es el Mefistófeles de ese *Fausto* más natural, más filosófico, más moral que el de Goethe.

Anciano consumido económicamente por los vicios, hasta dormir entre los perros, físicamente, hasta no poder hablar, y moralmente hasta profesar las ideas más egoístas, antisociales y eminentemente sensuales, espíritu descreído, práctico en la vida material, enemigo de clases urbanas, pero profundamente sabio en los resortes secretos de la vida real.

Ambos tipos son naturales, de importancia suprema en la acción y desarrollo del drama sencillo, pero interesante de la vida del gaucho.

A las magníficas descripciones de la campaña, de la frontera, de los ataques del salvaje y cien otras que forman el fondo del paisaje, el cuadro etnográfico, es necesario sobreponer la magistral descripción de la Penitenciaría, lección sublime de moral, rasgo de inimitable poesía de efecto extraordinario y de aplicación tan práctica en las costumbres, que solo ese canto equivale en efecto a todos los sermones, a todas las conferencias y a todos los castigos.

La Penitenciaría tiene, en efecto, por destino, no solo servir de lugar de castigo y de seguridad, sino también de ejemplo.

Esa casa aislada en los confines de la ciudad, que tantos dolores guarda, bajo cuyas fatídicas bóvedas tantos Macbeths se estremecían entre las torturas del remordimiento, no habría cumplido su alta misión moral, si Hernández no la hubiese hecho conocer en el ritmo de sus versos, en las cuerdas de la guitarra de la pulpería, en la leyenda familiar del rancho.

Nadie sabe lo terrible que es la cárcel, mientras no entra en ella, pero el lúgubre edificio tiene una voz solemne, cuyo eco elocuente es “Martín Fierro”.

Las últimas máximas de “Martín Fierro”, son máximas tan magníficas como las del Evangelio, es por eso que el libro de Hernández suple a la Biblia y a la doctrina sacerdotal en los ranchos, estancias y aldeas, y no exageramos al asegurar que también desempeña ese noble papel en las ciudades.

No podemos acabar de definir a Hernández como filósofo, pero aquí nos detenemos por respeto a la atención del lector.

Mañana nos ocuparemos de Hernández político y literato.

Quinto artículo

Sue y Hugo son los primeros en nuestro siglo, que bajo la forma amena y vulgar del romance o el verso, han planteado los grandes pro-

blemas sociales, y han llevado a la conciencia del pueblo las graves cuestiones que comprometen su destino.

La mayor parte de los novelistas y poetas son simplemente descriptivos, estrechamente estéticos y estoicamente subjetivos.

Creen sin duda que la humanidad entera está comprometida a contar los latidos de su corazón angustiado, y a seguir las ráfagas caprichosas de su imaginación delirante.

La poesía tiene, sin duda, una misión más elevada, más amplia, más social, más eficaz.

No ha de ser el sueño loco de una noche de delirio, como la creación insensata de San Juan o Dante, ni la máxima sensualista de Anacreonte, de Ovidio, de Pirrón; el amargo escepticismo, el canto elegíaco de Young, de Byron, Leopardi y Pestel, no son tampoco su última y más elevada expresión.

No son la risa, ni las lágrimas, los atributos más sublimes del hombre, como el sensualismo o la utilidad, no son la última esfera de su indefinida actividad.

No es el poeta la hoja del árbol que arrastra el viento y se queja en su roce con el polvo, no es la arista que devora el fuego y gime en el suplicio de la calcinación; no es la poesía el polen de la flor que halaga los sentidos de la coqueta, la nota armoniosa que deleita el oído del soñador fantástico.

Dios no ha encendido la chispa de la inspiración en el fondo del cerebro, para que alumbre sin calor como el fósforo; el genio ha de ser productor, su nombre dice que ha de ser productor, creador, revolucionario; por eso ha dicho muy bien Isaías, que se sintió herido por el rayo de Dios, para irradiar su luz y su fuego sobre el pueblo ciego y entumecido, que se había sentado sobre la piedra helada del error.

Andrade, el ilustre lírico argentino, ha hecho la semblanza más digna del poeta, haciéndolo precursor, profeta, sacerdote, maestro y tribuno.

Así es José Hernández. No ha templado su lira sonora para deleitar un momento, para recrear las horas largas de una velada campestre.

Martín Fierro es más que un payador de pulpería, es el filósofo, el revolucionario, el gran político, el moralista, el Prometeo de la campaña, la encarnación palpitante del gran problema social.

En el fondo de ese poema sencillo, lacónico y armonioso, se encuentra la verdad desnuda, clara y elocuente; al través de las diáfanas y

elegantes vestiduras de nuestra toilette social, se descubre la llaga cancerosa que corroe las entrañas del organismo.

Es necesario tener toda la sagacidad de espíritu, toda la paciente observación todo el sentimiento de justicia, todo el aplomo de convicciones de Hernández, para haber penetrado y arrostrado tan decididamente la grave cuestión social que agita nuestro seno, casi con tanta vehemencia como el nihilismo, el internacionalismo, el fenianismo, el comunismo o el carbonarismo.

“Martín Fierro” ha iluminado la conciencia del gaucho, ha excitado las fibras de su sensibilidad, le ha dado la noción de ciudadanía, la intención de su dignidad personal y ha iniciado en su espíritu el deseo del progreso, para llegar al ideal de la nivelación social.

En verdad, estamos muy lejos de ser una democracia, de gozar del beneficio práctico de nuestras instituciones, muy liberales en la letra, pero sin efecto en la vida real; la Constitución es un astro muy raquíptico, porque no irradia su calor y su luz, sino hasta los muros de la ciudad. El gaucho, como los condenados de Klopstock, vive en las tinieblas y en la frigidez extrasolares.

La Policía Rural, la Administración de Justicia, el sistema orgánico del Ejército, la educación popular, todo ha sido herido con el puñal afilado de la sátira, con la masa poderosa de la máxima evidente, con la luz refulgente del ejemplo.

José Hernández ha asimilado con la delicadeza del arte sintético de Zeuxis, la sátira de Juvenal, el escepticismo de Montaigne, la dulce elocuencia de Fénelon y la lección magistral de Montesquieu, todo bajo la forma amena, graciosa, pero gravemente sentenciosa de Cervantes.

¿Qué libro se ha escrito hasta hoy que haya instruido, distraído, deleitado y conmovido al pueblo con más verdad, arte, elocuencia y magistral autoridad?

¡Biblia, catecismo político, teoría filosófica, consejo moral, incitación entusiasta, proclama revolucionaria! ¿Qué no hay en esas noventa páginas rimadas sin esfuerzo, enfóricamente acondicionadas a los arpegios de la guitarra y a la entonación del campesino?

“Martín Fierro” encierra estas grandes verdades políticas arrancadas natural y lógicamente de nuestra vida ordinaria: falta de educación, pésima organización judicial y militar, deficiencia en la Policía Rural, y sobre todo, profundo resentimiento en el pueblo de la cam-

pañía contra las clases urbanas, por abuso de fortuna, de autoridad e ilustración.

Tal es el carácter político o sociológico del libro que nos ocupa, y tal es la enseñanza filosófica y poética que puede servir de explicación a la ley de nuestra historia y de objetivo a nuestros legisladores y Gobierno.

P. Subieta

ARTÍCULO DE LA AMÉRICA DEL SUD

**"El Gaucho Martín Fierro.
La vuelta de Martín Fierro.
Poemas campesinos por José Hernández"**

A pesar de nuestra afición por la lectura, no conocíamos el primero de estos poemas, hasta hace pocos días, en que su autor tuvo la bondad de enviárnoslo, despertando tal interés en nuestro corazón, que inmediatamente buscamos el segundo cuyo mérito, como obra de observación, corre parejas con el del anterior, aun cuando no suscite la misma curiosidad, por la reproducción de escenas análogas.

El *Gaucho Martín Fierro* ha producido un fenómeno de publicidad en la República Argentina, pues sus once ediciones han alcanzado a la cifra extraordinaria de 50.000 ejemplares.

Un libro que despierta tan vivo anhelo, debe tener algún mérito excepcional, porque, de otra manera, no habría salido, como muchos que conocemos, de los anaqueles de las librerías.

El señor Hernández ha explotado el venero inexhausto de las costumbres populares, poniendo en acción tipos nacionales, desdeñados por la generalidad de nuestros escritores, haciéndolos vivir, obrar y sufrir en su medio social, y colocando al mismo tiempo, el dedo sobre las llagas gangrenadas que consumen a una gran parte de la familia argentina.

Martín Fierro es la personificación verdadera del gaucho de la pampa, condenado al servicio forzoso de las armas, desheredado de todos sus derechos de ciudadano, perseguido por la autoridad civil, oprimido por la autoridad militar, explotado por los negociantes aventureros, afligido por el hambre y la desnudez en los campamentos de la frontera.

Diferénciase “Martín Fierro” de otros gauchos creados por nuestra literatura, en que el no es un personaje puramente cómico, sino un héroe dramático, en el que aparecen de tiempo en tiempo, los reflejos de la gracia andaluza, manifestados por medio de un estilo pintoresco, salpicado de imágenes y de comparaciones originales en las cuales asoma un ingenio nativo, una suspicacia propia de quien está acostumbrado a desconfiar, y una inspiración silvestre, pero poética, que lo inclina a cantar alegrías y dolores.

El señor Hernández ha querido conservar intencionalmente los defectos del lenguaje, de construcción y de métrica en los sentidos versos de su poema.

No estamos de acuerdo con su manera de entender el arte, porque creemos que la verdad no está reñida con la belleza, y que es posible conservar la originalidad de un tipo, sin herir el oído con las desafinaciones del verso incorrecto.

El ideal del arte consiste en imitar la naturaleza, mejorándola en la medida de nuestras facultades.

La obra que nos ocupa es el fruto de la observación de las costumbres campesinas, estudiadas en la estancia, en la pulpería, que es el club del gaucho, y a la luz del fogón, alrededor del cual improvisa todas las noches su hogar, aquel que no tiene un palmo de tierra propia, en la ilimitada extensión que riega con su sangre.

Por eso la expresión es vigorosa, original el giro de la frase, y nueva, y hasta sorprendente, la imagen, con que al parecer da formas tangibles a sus pensamientos.

No se nos oculta que el libro del señor Hernández contiene un peligro, que sería conveniente que él hiciera desaparecer luego que se diera cuenta cabal de su importancia.

Aun cuando es verdad que la condición del gaucho es abominable, lo que hasta cierto punto explica sus excesos, la enumeración de sus hazañas, el elogio de su valor, ejercitado en riñas sangrientas, debiera contrapesarse, enseñándole a condenar los extravíos de su sensibilidad.

Está demostrado que las narraciones, rodeadas de circunstancias poéticas, de toda clase de crímenes, desde el suicidio hasta el duelo, y desde el duelo hasta el asesinato vulgar, producen una especie de epidemia moral, que se traduce en otras tantas ofensas a las leyes divinas y humanas, si no las multiplican.

En hora buena que se condene los abusos, y se disculpe ante los jueces que la sociedad se ha dado, los extravíos a que pueden conducir la falta de educación y las injusticias de que un hombre puede ser objeto.

Pero la misión del escritor filosófico, del moralista que pone libros en manos del pueblo, consiste en condenar no solo a quien oprime, sino al oprimido que a su vez abusa de su fuerza, y huyendo de sus enemigos se convierte en enemigo de sus semejantes.

El señor Hernández, que indudablemente posee las aptitudes necesarias para hacerse escuchar, tiene una alta misión que desempeñar, ensanchando su esfera de cronista, haciéndose maestro de los gauchos que lo leen con avidez, inspirándoles aversión al puñal, repugnancia a la sangre, levantando, en una palabra, su nivel moral, abriéndoles horizontes que su vista, habituada a explorar la pampa, no ha descubierto todavía.

La tarea debe comenzar por enseñarles a conocer a Dios, mostrándoles que la compañía de una buena conciencia y la esperanza en el cielo, mitigan los sufrimientos y obligan a amar los hombres.

Su héroe, dotado de una resistencia física que supera a la de la mayor parte de los hijos de la naturaleza, sería doblemente amable y poderoso, si adquiriera esa fuerza moral que domina las pasiones y encadena la carne al espíritu.

La oportunidad nos parece propicia para llevar a cabo un empeño tan generoso.

El perseguido, en vez de buscar asilo en las *tolderías*, hoy puede encontrarlo en las ciudades, en las colonias, en las tareas agrícolas que han venido a modificar las condiciones sociales de los campos dominados por el pastoreo, que convertía a los gauchos en beduinos, y a los beduinos en siervos, que ignoraban que existieran hombres buenos y compatriotas justos.

El señor Hernández, que ha tenido el poder de hacernos derramar lágrimas con la descripción de la *tapera* del rancho de *Martín Fierro*; que ha sabido tocarnos la fibra más delicada del sentimiento, con aquella tierna despedida del vagabundo a las últimas poblaciones cristianas, está llamado a combatir con éxito las preocupaciones del gaucho contra sus prójimos, blancos, negros, nacionales o extranjeros, ahogando en su corazón el odio con las semillas del amor.

Mientras que el campesino errante, perseguido por sus delitos, asilado entre los indios, arrojado de las *tolderías* por otra ola de sangre,

no manifieste al regresar a su pago, como Martín Fierro, el arrepentimiento fecundo del hombre religioso, no debe dar por terminada su labor el poeta a cuyos cantos consagramos estas líneas, hijas de la admiración e inspiradas por el deseo de verlo a la cabeza de una cruzada regeneradora.

“La América del Sud”, Marzo 9 de 1879.

Artículo de *La Biblioteca Popular*

El *Gaucha Martín Fierro*, es también una lección, es decir, lo que debe ser la poesía: una moral además de un arte, so pena de ser inútil, o peor aún, perversora. Ese poema es un pequeño curso de moral administrativa para el uso de los comandantes militares, comisarios pagadores, y, cuantos tienen que hacer con el pobre gaucho. Allí están fotografiados, estigmatizados todos los malos patriotas, en imágenes verosímiles y verdaderas. Poner en la picota a los malvados, es tanto más meritorio, cuanto de más alto se les baja para hacer en ellos la justicia popular.

Muchas leyes y disposiciones hay tendentes a mejorar la suerte del paisano de nuestra campaña, pero dudo que ninguna sea más eficaz que esos cuadros en que el abuso no da contra una ley muerta sino contra una caricatura viva; porque como se ha dicho bien, “el ridículo es lo único que temen los que ya no tienen pudor ni remordimientos”. Y en este concepto estamos muy distantes de dar al autor de *Martín Fierro* el consejo que el articulista de *La Tribuna* de Montevideo. “A Montero cuando concluyó su cuadro *Los Funerales de Atahualpa* le dijeron en Florencia y por labios muy autorizados, que no pintara más. Nosotros sin ser más que admiradores, diríamos a Hernández, que se perpetúe solo con *Martín Fierro*”.

Nosotros le diríamos por el contrario, que a imitación de Mr. Laserre, aunque *Martín Fierro* fuese obligado a borrar su nombre como *El Diablo Rosado* de aquel, siguiese su ejemplo publicando *El Hijo*, *El Nieto* y *El Biznieto* de este *Diablo Rosado* destinado a hacer que no roben al paisano, que no lo traten como a bestia de carga, que respeten en él al ciudadano y al hermano, ya que no al hombre de corazón y al valiente.

Esa es la gran misión de la poesía: la mejora moral. Y por fijarnos solo en el género de la poesía de “Martín Fierro”, esa fue la regla de su fundador, que no lo es Ascasubi, como pretende el articulista de *La Tribuna* de Montevideo, sino Hidalgo, según puede verse por sus bellos versos en la *Lira Argentina* impresa en Londres en 1824, si bien Ascasubi y Estanislao del Campo han cultivado con ventaja al género, lo mismo que hoy Hernández.

Sí, siga haciendo cuadros como este, que son la pura verdad en boca de *Martín Fierro*:

Y andábamos de mugrientos.
Que el mirarnos daba horror;
Les juro que era un dolor
Ver esos hombres, ¡por Cristo!
En mi perra vida he visto
Una miseria mayor.

Yo no tenía ni camisa
Ni cosa que se parezca;
Mis trapos solo pa yesca
Me podían servir al fin...
No hay plaga como un fortín
Para que el hombre padezca.

Poncho, jergas, el apero,
Las prenditas, los botones,
Todo, amigo, en los cantones
Fue quedando poco a poco:
Ya me tenían medio loco
La pobreza y los ratones.

Solo una manta peluda
Era cuanto me quedaba
La había agenciao a la taba
Y ella me tapaba el bulto
Yaguané que allí ganaba
No salía... ni con indulto.

Y pa mejor hasta el moro
Se me jue de entre las manos-;
No soy lerdo... pero hermano,
Vino el Comendante un día
Diciendo que lo quería
«Pa enseñarle a comer grano.»

.....

¿Quién es el gaucho? He aquí su retrato, por el que cualquiera lo reconoce al momento: he aquí el formidable cargo contra los que han podido y debido tratar a los hijos del país al menos como a los inmigrantes.

El nada gana en la paz
Y es el primero en la guerra
No le perdonan si yerra,
Que no saben perdonar,
Porque el gaucho en esta tierra
Solo sirve pa votar.

Para él son los calabozos,
Para él las duras prisiones.
En su boca no hay razones
Aunque la razón le sobre;
Que son campanas de palo
Las razones de los pobres.

Si uno aguanta, es gaucho bruto
Si no aguanta, es gaucho malo
¡Dele azote, dele palo!
¡¡Porque es lo que él necesita!!
De todo el que nació gaucho
Esta es la suerte maldita.

Complementan el cuadro porción de pinceladas de mano maestra sobre la vida y los sentimientos del gaucho; por ejemplo, entre otras muchas para las que no hay ya espacio en estas páginas:

Yo no tengo en el amor
Quien me venga con querellas;
Como esas aves tan bellas
Que saltan de rama en rama
Yo hago en el trébol mi cama.
Y me cubren las estrellas.

.....

Ninguno me hable de penas
Porque yo penando vivo
Y naides se muestre altivo
Aunque en el estribo esté
Que suele quedarse a pie
El gaucho más alvertido.

Junta esperencia en la vida
Hasta pa dar y prestar,
Quien la tiene que pasar
Entre sufrimiento v llanto;
Porque nada enseña tanto
Como el sufrir y el llorar.

Viene el hombre ciego al mundo
Cuartiándolo la esperanza,
Y a poco andar ya lo alcanzan
Las desgracias a empujones;
¡Jue pucha! ¡que trae liciones
El tiempo con sus mudanzas!

En resumen: tal vez *Aniceto el Gallo* tiene más verbosidad *gaucha*; *Anastasio el pollo* más estética *para nosotros* que entendemos su inmortal *Fausto*; pero *Martín Fierro* piensa más como el gaucho, y los

gauchos encontrarán siempre, que si se ha hecho pueblera y a veces su fraseología podría dejar que desear algo, su corazón y su espíritu están saturados indeblemente de los dolores y de las injusticias con que la civilización, por no ser todavía bastantemente cristiana, ha perseguido a la barbarie por ser demasiado débil.

“La Biblioteca Popular” de Buenos Aires,
dirigida por el Dr. Miguel Navarro Viola.

Artículo de *La Capital* “Martín Fierro”

Jamás obra alguna ha alcanzado en nuestro país tan extraordinaria popularidad y no menor triunfo que el que ha alcanzado este poema del Sr. D. José Hernández, su autor.

Los diarios de Buenos Aires, nos hacen saber que se ha publicado la *undécima edición*, enriquecida con los variados juicios críticos que se han escrito por personas competentes sobre esta obra, edición que viene además adornada con varias láminas y con el retrato de su autor, el Sr. Hernández.

Jamás tampoco se habrá publicado un libro que a la vez que conquistaba tanta popularidad, consiguiese despertar tanto interés y simpatía, al extremo de agotarse completamente la décima edición que se había hecho de esa obra, y de que la undécima que acaba de hacerse se haya solicitado y disputado con interés por algunas librerías de Buenos Aires.

Pero no es esto solo lo que prueba la gran popularidad e interés que ha despertado este poema.

“Martín Fierro”, ha cruzado el Océano, con su inmensa fama y popularidad, y alcanzado otros triunfos en Europa, en donde se ha publicado en varios periódicos precedido de grandes elogios.

Allí como aquí también, notables críticos se han ocupado de este poema, en que el autor tan bien ha sabido copiar al hombre de nuestra campaña, contando sus dolores y desventuras, como sus alegrías con tanta exactitud y belleza, que es imposible dejar de leerlo más de una vez.

No es pues de extrañar que, con tal popularidad, la nueva edición que acaba de hacerse por la librería “La Nueva Maravilla” de Buenos Aires, alcance también el mismo resultado que las anteriores.

A lo dicho podríamos agregar, que el señor Hernández, tiene ya concluida la segunda parte de este poema, es decir “La vuelta de Martín Fierro del Desierto” cuya publicación debe hacer en breve.

¿A qué decir el interés con que ha de ser leída y buscada esta segunda parte de “Martín Fierro”?

“La Capital” - Rosario, Octubre 11 de 1878.

Juicio crítico de Juan María Torres

Sr. D. José Hernández.

Estimado señor y amigo:

He leído y releído con placer la original y preciosa historia de *Martín Fierro*, con que ha tenido la bondad de obsequiarme.

Es una bellísima obra, y lo mejor que he visto en su género.

Su lectura, interesante por la veracidad de los cuadros, por la sencillez y naturalidad de la narración, por la ternura del sentimiento, por la propiedad del colorido, nada deja que desear al lector ilustrado, o cuyo gusto no esté pervertido por la lectura de las novelas inmorales y absurdas de que está plagada nuestra sociedad.

Martín Fierro, es una creación verdadera, de que debe enorgullecerse la literatura de su país, y que acaso no será comprendida, ni estimada en lo que vale, porque no debe su existencia a un nombre inglés, francés o yankee, a uno de esos nombres de celebridad acaso inmerecida, pero ruidosa, que atestan el mundo de necedades, y que el mundo recoge y aplaude como si fueran bellezas reales. -¿Por qué esta fatalidad? porque nadie se cree ilustrado si no habla de lo que no entiende, si no aplaude lo que es desatinado y absurdo, pero que tiene el raro mérito de haber nacido muy lejos del país, y de autor estrepitoso y extranjero.

Los yankees nos dieron a este respecto un ejemplo digno de imitación, pero que por ser bueno no imitaremos.

Tuvieron un escritor nacional, Fenimore Copper, que con sus sencillas novelas, dio impulso a su naciente literatura. Esas novelas, puramente locales, y destituidas de la intriga del argumento y del brillante estilo que caracteriza a las francesas, entre nosotros, hubiesen muerto; ¡entre los yankees vivieron!

Los yankees tuvieron el buen sentido de comprender su mérito, de mirarlos como parte de su genio y de su gloria, de honrarse y de enorgullecerse con ellas, y elevándolas a la categoría de bellas obras, las esparcieron por todo los países: y hoy, esas novelas al parecer tan simples y modestas ocupan un lugar distinguido en todas las bibliotecas públicas y particulares de los dos continentes.

¿Y de qué trataban esas novelas? precisamente de lo que trata *Martín Fierro*; de la naturaleza, de la vida, de esas costumbres de un pueblo nuevo.- ¿Y valen más los cuadros de esa naturaleza, de esa vida, de esas costumbres que trazó la pluma educada de Fenimore Copper, en prosa, que lo que la inculta de *Martín Fierro* trata con tan graciosos y sencillos versos? ¡No! ¿Por qué entonces esa diferencia? Porque Copper nació en un país donde se tiene orgullo en ser yankee, y en preferir lo propio a lo ajeno: y *Martín Fierro* en otro, en donde casi es vergüenza haber nacido en él, y en donde se desdeña lo de casa por bueno que sea, para tomar y aplaudir lo ajeno aunque no valga nada.

Este triste y doloroso paralelo entre la suerte de lo nuestro y de lo ajeno, me indujo a leerlo de nuevo, temiendo que la sorpresa de la novedad en el primer momento hubiera exagerado mis apreciaciones, pero estas se robustecieron, y me dieron por resultado las siguientes, que someto al criterio de cuantas personas sensatas lo vean.

Martín Fierro no solo es un tipo característico de la población seminómada de la República Argentina, o sea da la base de su nacionalidad, puesto que es la más numerosa, que con ella se obtuvo su independencia, con ella se cuenta para mantenerla, y con ella se guardan las fronteras contra los indios, motivo más que suficiente para que tuviera las simpatías de todas las gentes ilustradas; sino que es también otra cosa más elevada. -Para el vulgo, para los que no comprenden lo que leen -y entre estos, hay mucha gente de pro- solo es una historietita gauchesca, buena cuando más para ser cantada en las pulperías y fogones de campaña, pero indigna de ocupar por un momento los ocios de las altas y serias inteligencias, que con su vanidad y su ignorancia honran y dirigen el país.

Para estas gentes, que con decir: “los gauchos no inventaron el vapor, ni el telégrafo (cosas que tampoco inventaron ellos), los gauchos se van”-creen haberlo dicho todo, *Martín Fierro* no tiene, ni puede tener importancia, pero para los que saben leer, para los que comprenden lo que leen, la tiene y grande.

Para estos es, primero antes que todo, un gran pensamiento humanitario, una lección de Gobierno administrativo, que todo hombre verdaderamente serio e ilustrado, debe tomar.

Martín Fierro pertenece a esa clase desventurada que en la República Argentina ha sustituido a la negra, extinguida ya, en los trabajos y sacrificios de sangre y de vida, en beneficio exclusivo de las más elevadas o más ambiciosas de la sociedad.

Cuando hubo que pelear por la independencia nacional, ella lo hizo, ¡y con su sangre la conquistó! Ya obtenida, vinieron las guerras extranjeras y volvió a derramarla mientras duraron. Terminadas estas, y mientras otras no vienen, es el guardián exclusivo de la fronteras, donde diariamente se halla a brazos con el hambre, la miseria y los indios; guardando las fortunas de los grandes hacendados, y la riqueza pública, y este es el más penoso y terrible de los tributos que paga a una organización social, por la cual se sacrifica, y de la que no recibe por recompensa, más que tropelías, insultos y desprecios.

¿Hay que reforzar la guarnición de la frontera? Se hace una arreada de estos desgraciados, ni más ni menos que como en otro tiempo se hacían las correrías de las yeguas y ganados baguales. Se les accha como a bestias, en las reuniones, en las carreras, en los bailes, y se cae repentinamente sobre ellos. Los más diestros o previsores, escapan; pero el mayor número queda, y sin atender a súplicas, ni a miramientos de razón o de justicia, los arrancan a los brazos de sus mujeres, de sus hijos, a sus pocos bienes que quedan perdidos, y reuniéndolos a otros tomados del mismo modo, los llevan a las fronteras.

Es preciosísima la descripción que hace de la cacería en que lo agarraron y de la que solo daremos como muestra la 1ª, 2ª y 6ª estrofas:

Cantando estaba una vez
En una gran diversión;
Y aprovechó la ocasión
Como quiso el Juez de Paz...
Se presentó, y ahí no más
Hizo una arriada en montón

Juyeron los más matreros
Y lograron escapar
Yo no quise disparar

Soy manso- y no habia por qué
Muy tranquilo me quedé
Y así me dejé agarrar.

Formaron un contingente
Con los que en el baile arriaron
Con otros nos mesturaron
Que habian agarrao tambien
Las cosas que aquí se ven
Ni los diablos las pensaron.

¿Es razonable, es digno este modo de proceder?

¿Hay equidad, hay justicia en hacer pesar exclusivamente sobre estos desventurados, un servicio que debía pesar igualmente sobre todos los ciudadanos o que mejor aún, debía ser hecho por tropas de línea?

¿Hay equidad, hay justicia en tenerlos indefinidamente en la frontera, donde cuando no mueren, o huyen, se envejecen, mientras sus familias, se disuelven, y sus pocos bienes se pierden, hay dignidad, hay justicia en tenerlos sin paga y hambrientos en desiertos inhospitalarios, donde el sol los abrasa, el frío los hiela y el indio los diezma?

Pero, ¿es solo esto lo que sufre el pobre paisano? ¡No! hay algo que es mucho peor, y es el trato bárbaro, inhumano que reciben de sus jefes, de los cuales son, no soldados, sino esclavos.

Y qué Indios- ni qué servicio
Si allí no había cuartel
Nos mandaba el Coronel
A trabajar en sus chacras,
Y dejábamos las vacas
Que las llevara el Infiel.

Yo primero sembré trigo
Y después hice un corral,
Corté adobe pa un tapial,
Hice un quincho, corté paja...
La pucha que se trabaja
Sin que le larguen ni un rial.

Y es lo pior de aquel enriedo
Que si uno anda hinchando el lomo
Se le apean como plomo...
¡Quién aguanta aquel infierno!

.....

Pero aún hay más y es que ocupándolos en estos trabajos, ni los arman, ni los instruyen, ni los disciplinan, de modo que cuando los bárbaros llegan, se encuentran tan nulos y tan incapaces de medirse con ellos, como lo estaban, al dejar sus familias, lo cual explica esas continuas y sangrientas derrotas.

¿Es digno de un pueblo culto, es honroso para un gobierno que se dice ilustrado, que esto suceda?

Y no hay que decir que el pueblo y el Gobierno lo ignoran, pues hasta los ciegos y sordos lo saben. ¿Por qué sucede, pues? porque el pueblo culto sumergido en la molicie y los goces, mira con apatía, con culpable indiferencia las lágrimas y los sufrimientos que corren y se padecen en lo que llaman fango de la sociedad; y a los que gobiernan, les es corto el tiempo para los exigencias de la fortuna y de la vanidad. ¡Los Presidentes, los Ministros, ocuparse de los dolores, de los infortunios de tales gentes! ¡Sería asqueroso; indigno de su carácter y de su ilustración!

Martín Fierro al contar sus desdichas, las tropelías e injusticias de que es víctima, y que lo arrojan a la vagancia y al crimen, cuenta las de toda su raza, y las cuenta de un modo que las hace ver y palpar.

Tuve en mi pago en un tiempo
Hijos, hacienda y mujer,
Pero empecé a padecer
Me echaron a la frontera,
¿Y qué iba a hallar al volver?
Tan solo hallé la tapera.

.....

.....

¡Aparcero! si usted viera
Lo que se llama Cantón...
Ni envidia tengo al ratón
En aquella ratonera

De los pobres que allí había
A ninguno lo largaron,
Los más viejos rezongaron
Pero a uno que se quejó,
En seguida lo estaquiaron
Y la cosa se acabó.

En la lista de la tarde
El Jefe nos cantó el punto,
Diciendo: «quinientos juntos
«Llevará el que se resierte,
«Lo haremos pitar del juerte
«Mas bien dése por dijunto.

.....
.....

Y qué Indios- ni qué servicio
Allí no había ni Cuartel
Nos mandaba el Coronel
A trabajar en sus chacras,
Y dejábamos las vacas
Que las llevara el Infiel.

Yo primero sembré trigo
Y después hice un corral,
Corté adobe pa un tapial,
Hice un quincho, corté paja...
La pucha que se trabaja
Sin que le larguen ni un rial.

Y es lo pior de aquel enriedo
Que si uno anda hinchando el lomo
Se le apean como plomo...
¡Quién aguanta aquel infierno!

.....
.....

Y andábamos de mugrientos
Que el mirarnos horror;
Les juro que era un dolor
Ver esos hombres, ¡por Cristo!
En mi perra vida he visto
Una miseria mayor.

Yo no tenía camisa
Ni cosa que se parezca;
Mis trapos solo pa yesca
Me podían servir al fin...
No hay plaga como un fortín
Para que el hombre padezca;

Poncho, jergas, el apero.
Las prenditas, los botones,
Todo, amigo, en los cantones
Jue quedando poco a poco,
Ya me tenían medio loco
La pobreza y los ratones.

Solo una manta peluda
Era cuanto me quedaba,
La había agenciao a la taba
Y ella me tapaba el bulto-
Yaguané que allí ganaba
No salía... ni con indulto.

Y pa mejor hasta el moro
Se me jue de entre las manos
No soy lerdo... pero hermano
Vino el comendante un día
Diciendo que lo quería
«Pa enseñarle a comer grano».

Afigúrese cualquiera
La suerte de este su amigo,

A pie y mostrando el ombligo,
Estropiao, pobre y desnudo,
Ni por castigo se pudo
Hacerse mal más conmigo.

Así pasaron los meses
Y vino el año siguiente,
Y las cosas igualmente
Siguieron del mismo modo.

.....
.....

Entre cuatro bayonetas
Me tendieron en el suelo
Vino el mayor medio en pedo
Y allí se puso a gritar,
«Pícaro, te he de enseñar
«A andar reclamando sueldos».

De las manos y las patas
Me ataron cuatro cinchones
Les aguanté los tirones
Sin que ni un ¡ay! se me oyera.

.....
.....

Martín Fierro nos cuenta en estos versos con un candor, con una verdad admirables, el origen y desarrollo de sus desdichas, la causa primera y única de su vagancia y sus delitos.

Tenía rancho, hacienda, mujer, hijos, y era feliz.- La autoridad lo arranca de su hogar, lo arrebató a sus afecciones, lo lleva a la frontera, al desierto, al frío, a los tormentos, a los peligros, para que con su valor y su sangre defienda la sociedad, siempre agredida o amenazada por los indios.

Lo llevan prometiéndole alimentos, ropa, paga, y libertad a los seis meses de servicio.- En vez de alimento, encuentra hambre; en vez de

ropa, desnudez y frío; en vez de paga, palos y estaqueadas; y en vez de seis meses, se pasan más de seis años sin que se piense devolverlo a su familia.

Desesperado con su esclavitud y su miseria, huye de una tiranía insoportable, de un servicio que había ultrapasado los límites del deber y de la justicia, y vuela a su rancho, a los brazos de su mujer y de sus hijos. Parte el corazón el relato de lo que encuentra.

Volvia el cabo de tres años
De tanto sufrir al ñudo,
Resertor, pobre y desnudo
A procurar suerte nueva
Y lo mesmo que el peludo
Enderecé pa mi cueva.

No hallé ni rastro del rancho
¡Solo estaba la tapera!
Por Cristo, si aquello era
Pa enlutar el corazón
Yo juré en esa ocasión
¡Ser más malo que una fiera!

¡Quién no sentirá lo mesmo
Cuando así padece tanto!
Puedo asigurar que el llanto
Como una mujer largué
¡Ay! mi Dios- si me quedé
Más triste que Jueves Santo.

Solo se oiban los aullidos
De un gato que se salvó,
El pobre se guareció
Cerca, en una vizcachera
Venía como si supiera
Que estaba de güelta yo.

Al dirme dejé la hacienda
Que era todito mi haber

Pronto debíamos volver
Sigún el Juez prometía,
Y hasta entonces cuidaría
De los bienes, la mujer.

.....
.....

Después me contó un vecino
Que el campo se lo pidieron
La hacienda se la vendieron
En pago de arrendamientos
Y qué sé yo, cuántos cuentos,
Pero todo lo fundieron.

Los pobrecitos muchachos
Entre tantas afliciones
Se conchabaron de piones
¡Mas qué iban a trabajar,
Si eran como los pichones
Sin acabar de emplumar!

Por ahí andarán sufriendo
De nuestra suerte el rigor:
Me han contado que el mayor
Nunca dejaba a su hermano
Puede ser que algún cristiano
Los recoja por favor.

Y la pobre mi mujer
¡Dios sabe cuánto sufrió!
Me dicen que se voló
Con no sé qué gavián
Sin duda a buscar el pan
Que no podía darle yo.

No es raro que a uno le falte
Lo que a algún otro le sobre

Si no le quedó ni un cobre
Sino de hijos un enjambre,
¡Qué más iba a hacer la pobre
Para no morir de hambre!

¡Tal vez no te vuelva a ver,
Prenda de mi corazón!
Dios te dé su protección
Ya que no me la dio a mí
Y a mis hijos dende aquí
Les echo mi bendición.

Como hijitos de la cuna
Andarán por ahí sin madre
Ya se quedaron sin padre
Y así la suerte los deja,
Sin naidas que los proteja
Y sin perro que les ladre.

Los pobrecitos tal vez
No tengan ande abrigarse,
Ni ramada ande ganarse,
Ni rincón ande meterse,
Ni camisa que ponerse,
Ni poncho con que taparse.

Tal vez los verán sufrir
Sin tenerles compasión
Puede que alguna ocasión
Aunque los veán tiritando,
Los echen de algún jogón
Pa que no estén estorbando.

Estos versos tan naturales, tan sentidos, que parecen escritos con lágrimas, estas quejas tan tiernas, tan patéticas, y que harían llorar a las piedras, si las tuvieran: ¿no dicen nada al corazón, ni a la inteligencia de las gentes que se llaman ilustradas, de los hombres que gobiernan y hacen las leyes? ¿No conmoverán a los que tienen el poder y el deber de

poner término a tales atrocidades, a tales sufrimientos? Probablemente no, porque *Martín Fierro* es un bárbaro, un gaucho que se va.

-¿Qué importa entonces que haya nacido en el país, que haya derramado su sangre defendiéndolo contra los extranjeros o los indios, que la haya derramado en las contiendas civiles en defensa de gobierno, de libertades y leyes, de que gozarán otros, pero de que él jamás gozará? ¿Quién es él, para interrumpir con sus penas los placeres y el sosiego de un hombre ilustrado, de un hombre del poder? ¿Qué importa su llanto, sus desgracias, si la sociedad, si los gobiernos están a demasiada altura para fijarse en los dolores, en los infortunios que yacen a sus pies?

Martín Fierro busca a su mujer, a sus hijos y no los encuentra. Durante su ausencia, la hacienda que había dejado fue disipada por los acreedores y la autoridad; la mujer y los hijos, desnudos y hambrientos, se dispersaron, y el lugar donde tres años antes existía una familia feliz, solo tiene por recuerdos una tapera arruinada, ¡y los maullidos de un gato!

¡Cuánto sentimiento, cuánto color, cuánta poesía!

Pero la medida de sus infortunios no estaba ya colmada, era desertor, se ve perseguido como vago y tiene que huir.

De carta de más me vía
Sin saber a dóndeirme;
Mas dijeron que era vago
Y entraron a perseguirme.

Nunca se achican los males
Van poco a poco creciendo,
Y ansina me vide pronto
Obligado a andar juyendo.

Sin familia, sin bienes, sin hogar, y perseguido como vago, halla refugio en la pulpería y el pajonal; se hace nómada y camorrista, frecuenta las *milongas*, y pelea y mata, porque destruidos los lazos que lo unían a la sociedad, su miseria, la persecución que se le hace y el continuo peligro en que se encuentra, han borrado de su mente toda idea de sociabilidad, y despertado en él los instintos del desierto, la soledad, la independencia y el desprecio de la vida propia, como de la ajena.

Tales son las consecuencias que un detestable sistema de Gobierno y de administración produce en las provincias argentinas del Oeste del Plata, y por eso dijimos, que *Martín Fierro* era antes que todo “una lección moral de Gobierno administrativo”. Póngase término a ese insufrible desorden, cámbiese su cruel y vergonzoso sistema, y centenares de infelices dejarán de ir a engrosar las hordas salvajes llevándoles el contingente de su valor y desesperación.

Pero ¿*Martín Fierro* es solo un pensamiento humanitario, una lección moral de Gobierno administrativo, bellamente dada bajo las quejas del dolor, bajo los acentos del infortunio? ¡No! *Martín Fierro* es también la personificación de su raza, la más perfecta que hasta ahora se ha conocido, y que probablemente no tendrá superior, y en este concepto es un monumento típico, que honra la literatura argentina.

Martín Fierro no es un gaucho sabio, un gaucho apócrifo, de esos que nos marean con sus gracejos vulgares y con la crítica que hacen de una sociedad que no conocen.- *Martín Fierro* es un gaucho legítimo, que solo habla, pero bien, de lo que entiende, y que contándonos su historia, nos hace ver y comprender esos hombres tan numerosos, tan esparcidos en la base de la sociedad argentina, de quienes todo el mundo habla, pero que muy pocos conocen.

Hijo legítimo de las llanuras, nacido sobre el caballo, criado al aire libre, tiene en alto grado todas las calidades y todos los instintos del hombre de la naturaleza; es jinete, pastor, soldado, poeta y nómada; así sus cuadros son animados y tienen el colorido y la expresión de la verdad.

Jinete, recuerda con fuego y con brío las escenas del domador.

Y allí el gaucho inteligente
En cuanto el potro enriendó.
Los cueros le acomodó
Y se le sentó en seguida.
Que el hombre muestra en la vida
La astucia que Dios le dio.

Y en las playas corcoviando
Pedazos se hacia el sotreta
Mientras él por las paletas
Le jugaba las lloronas,

Y al ruido de las caronas
Salía haciéndole gambetas.

¡Ah! ¡tiempos!... si era un orgullo
Ver jinetear un paisano
Cuando era gaucho baquiano
Aunque el potro se boliase
No había uno que no parase
Con el cabestro en la mano.

Pastor, pinta con igual animación la vida a la vez sosegada y activa de
estancia, sus trabajos y sus goces.

Y apenas la madrugada
Empezaba a coloriar.
Los pájaros a cantar,
Y las gallinas a apiarse,
Era cosa de largarse
Cada cual a trabajar.

Este se ata las espuelas,
Se sale el otro cantando,
Uno busca un pellón blando,
Este un lazo, otro un rebenque,
Y los pingos relinchando
Los llaman dende el palenque.

.....
.....

Y mientras domaban unos;
Otros al campo salían,
Y la hacienda recogían,
Las manadas repuntaban,
Y así sin sentir pasaban,
Entretenidos el día.

Y verlos al cair la noche
En la cocina riunidos,
Con el juego bien prendido
Y mil cosas que contar,
Platicar muy divertidos
Hasta después de cenar.

Y con el buche bien lleno
Era cosa superior
Irse en brazos del amor
A dormir como la gente,
Pa empezar al dia siguiente
Las fainas del dia anterior.

¡Ricuerdo! ¡Qué maravilla!!
Como andaba la gauchada
Siempre alegre y bien montada
Y dispuesta pa el trabajo...
Pero hoy en el dia... ¡barajo!
No se le ve de aporriada.

El gaucho más infeliz
Tenia tropilla de un pelo,
No le faltaba un consuelo
Y andaba la gente lista...
Tendiendo al campo la vista
Solo vía hacienda y cielo.

Cuando llegaban las yerras,
¡Cosa que daba calor!
Tanto gaucho pialador
Y tironiador sin yel
¡Ah! ¡tiempos!... pero si en él,
Se ha visto tanto primor.

Aquello no era trabajo,
Más bien era una junción,

Y después de un güen tirón
En que uno se daba maña,
Por darle un trago de caña
Solía llamarlo el patrón.

Soldado, describe al natural los ataques y entreveros con los indios,
con una verdad y colorido sin rival.

Se vinieron en tropel
Haciendo temblar la tierra
No soy manco pa la guerra
Pero tuve mi jabón
Pues iba en un redomón
Que había boliado en la sierra.

¡Qué vocerio! ¡qué barullo!
¡Qué apurar esa carrera!
La indiada todita entera
Dando alaridos cargó
Jue pucha... y ya nos sacó
Como yeguada matrera.

¡Qué fletes traiban los bárbaros!
Como una luz de ligeros
Hicieron el entrevero
Y en aquella mescolanza,
Éste quiero, éste no quiero,
Nos escogían con la lanza.

Al que le dan un chuzazo,
Difícil es que sane,
En fin, para no echar panes,
Salimos por esas lomas,
Lo mismo que las palomas,
Al juir de los gavilanes.

¡Es de almirar la destreza
Con que la lanza manejan!

De perseguir nunca dejan
Y nos traiban apretaos,
Si quériamos de apuraos
Salirnos por las orejas.

Y pa mejor de la fiesta
En esta aflicción tan suma,
Vino un Indio echando espuma,
Y con la lanza en la mano
Gritando «Acabau cristiano
Metau el lanza hasta el pluma».

Tendido en el costillar
Cimbrando por sobre el brazo
Una lanza como un lazo
Me atropelló dando gritos
Si me descuido... el maldito
Me levanta de un lanzazo.

Si me atribulo, o me encojo
Siguro que no me escapo:
Siempre he sido medio guapo
Pero en aquella ocasión,
Me hacia bulla el corazón
Como la garganta al sapo.

Dios le perdone al salvaje
Las ganas que me tenía...
Desaté las tres marías
Y lo engatusé a cabriolas...
¡Pucha! si no traigo bolas,
Me achura el Indio ese día.

Poeta, es incorrecto y verboso, pero claro, verdadero y expresivo.-Su narración esmaltada y embellecida por las metáforas e imágenes que emplea, es unas veces indolente y perezosa, animada y rápida otras; pero siempre sencilla, siempre verdadera, siempre melancólica.

Su vena, abundante, fácil y grata, es inagotable; como él mismo lo dice, -“las coplas le brotan como agua de manantial”.

Aquí me pongo a cantar
Al compás de la vigüela,
Que el hombre que lo desvela
Una pena extraordinaria,
Como la ave solitaria
Con el cantar se consuela

Pido a los Santos del Cielo
Que ayuden mi pensamiento,
Les pido en este momento
Que voy a cantar mi historia
Me refresquen la memoria
Y aclaren mi entendimiento.

Vengan Santos milagrosos
Vengan todos en mi ayuda,
Que la lengua se me añuda
Y se me turba la vista;
Pido a mi Dios que me asista
En una ocasión tan ruda.

.....
.....

Cantando me he morir,
Cantando me han de enterrar,
Y cantando he de llegar
Al pie del Eterno Padre
Dende el vientre de mi madre
Vine a este mundo a cantar.

Que no se trabe mi lengua
Ni me falte la palabra
El cantar mi gloria labra
Y poniéndome a cantar,

Cantando me han de encontrar
Aunque la tierra se abra.

Me siento en el plan de un bajo
A cantar un argumento
Como si soplara un viento
Hago tiritar los pastos
Con oros, copas y bastos
Juega allí mi pensamiento.

Yo no soy cantor letrao,
Mas si me pongo a cantar
No tengo cuando acabar
Y me envejezco cantando,
Las coplas me van brotando
Como agua de manantial.

Con la guitarra en la mano
Ni las moscas se me arriman,
Naidas me pone el pie encima.
Y cuando el pecho se entona,
Hago gemir a la prima
Y llorar a la bordona.

No puede darse nada más acabado como prueba de abundancia y de facilidad. Cuando describe, pinta, y sus cuadros son vivos y animados como la naturaleza misma.

Yo he conocido esta tierra
En que el paisano vivía
Y su ranchito tenía
Y sus hijos y mujer....
Era una delicia el ver
Cómo pasaba sus días.

Entonces.... cuando el lucero
Brillaba en el cielo santo,

Y los gallos con sus cantos
Nos decían que el día llegaba,
A la cocina rumbiaba
El gaucho que era un encanto.

Y sentao junto al jogón
A esperar que venga el día,
Al cimarrón le prendía
Hasta ponerse rechoncho,
Mientras su china dormía
Tapadita con su poncho.

.....
.....

Venia la carne con cuero,
La sabrosa carbonada,
Mazamorra bien pisada
Los pasteles y el güen vino...
Pero ha querido el destino,
Que todo aquello acabara.

.....
.....

No me faltaba una guasca
Esa ocasión eché el resto:
Bozal, maniador, cabresto,
Lazo, bolas y maneadas...
¡El que hoy tan pobre me vea
Tal vez no creerá todo esto!!

Todo esto es bellissimo; pensamiento, descripción, versificación. El recuerdo del tiempo pasado, la madrugada, la comilona, y el candoroso recuerdo de las guascas que constituían sus riquezas, son preciosidades que enternecen, que encantan y trasportan al lector a la estancia, al rancho, a la yerra, a todas esas escenas sencillas y tocantes que hacen la felicidad del paisano y su familia- felicidad real porque está en la

naturaleza, y que solo *Martín Fierro* ha sabido pintar con sus verdaderos colores.

Por lo que a mí hace, puedo decir que no he visto en las mejores descripciones de Walter Scott y de Fenimore Cooper, nada que iguale a la sencillez, naturalidad y belleza de estas.

Tiene todavía en este género, y entre un cúmulo de bellezas en que es difícil elegir, un cuadro sin rival, en que competen la grandeza de la escena con la grandeza del terror, en que todo es bello, todo es tremendo; tremendo el espanto, tremendo el pavor que inspira. Este cuadro es el malón del Indio.

Allí, sí, se ven desgracias
Y lágrimas, y afliciones,
Naides le pida perdones
Al Indio- pues donde dentra
Roba y mata cuanto encuentra
Y quema las poblaciones.

No salvan de su juror
Ni los pobres angelitos;
Viejos, mozos y chiquitos;
Los mata del mesmo modo
Que el Indio lo arregla todo
Con la lanza y con los gritos.

Tiemblan las carnes al verlo
Volando al viento la cerda
La rienda en la mano izquierda
Y la lanza en la derecha
Ande enderieza abre brecha
Pues no hay lanzazo que pierda.

¿Y qué decir de la última estrofa?

¿Quién no ve con espanto ante sus ojos al indio feroz y bárbaro, sediento de sangre, ávido de destrucción y carnicería; desnudo, desmenado y terrible, lanza en ristre hiriendo y matando con furor cuanto encuentra, viejos, mujeres y niños?

Tiemblan las carnes al verlo
Volando al viento la cerda
La rienda en la mano izquierda
Y la lanza en la derecha
Ande enderieza abre brecha
Pues no hay lanzazo que pierda.

Esto es soberbio, magnífico, y hasta la versificación por su vigor, su rapidez, y su pavorosa eufonía, es grande y digna de la pintura que traza. En ningún idioma puede hacerse nada mejor.

El sentimiento que en todo el canto rebosa, es dulce hasta lo tierno; penetrante hasta el dolor.

De este último hemos dado ya una muestra al describir su llegada a su rancho.

Puedo asegurar que el llanto
Como una mujer largué
¡Ay mi Dios! si me quedé
Más triste que Jueves Santo.

He aquí ahora algunos del primero, de ese sentimiento dulce, preñado de tierna melancolía que brota del alma, y cuyos acentos quejumbrosos y resignados, salen lentos y pesarosos como pulsaciones de un corazón dolorido.

Y atiendan la relación,
Que hace un gaucho perseguido,
Que padre y marido ha sido
Empeñoso y diligente,
Y sin embargo la gente
Lo tiene por un bandido.

.....
.....

Junta esperiencia en la vida
Hasta pa dar y prestar,

Quien la tiene que pasar
Entre sufrimiento y llanto;
Porque nada enseña tanto
Como el sufrir y llorar.

.....
.....

Tuve en mi pago en un tiempo
Hijos, hacienda y mujer,
Pero empecé a padecer,
Me echaron a la frontera,
¡Y qué iba a hallar al volver!
Tan solo hallé la tapera.

Sosegado vivía en mi rancho
Como el pájaro en su nido
Allí mis hijos queridos
Iban creciendo a mi lado...
Solo queda al desgraciao
Lamentar el bien perdido.

.....
.....

No tiene hijos, ni mujer,
Ni amigos, ni protectores.
Pues todos son sus señores
Sin que ninguno lo ampare.

Su casa es el pajonal,
Su guarida es el desierto;
Y si de hambre medio muerto
Le echa el lazo a algún mamón,
Lo persiguen como a plaito
Porque es un gaucho ladrón.

Y si de un golpe por ahí
Lo dan güelta panza arriba,
No hay un alma compasiva
Que le rece una oración
Tal vez como cimarrón
En una cueva lo tiran.

.....
.....

Para él son los calabozos
Para él las duras prisiones
En su boca no hay razones
Aunque la razón le sobre,
Que son campanas de palo
Las razones de los pobres.

Si uno aguanta, es gaucho bruto
Si no aguanta es gaucho malo
¡Dele azote! ¡dele palo!
¡Porque es lo que él necesita!!
De todo el que nació gaucho
Esta es la suerte maldita.

.....
.....

Y en esa hora de la tarde
En que tuito se adormece
Que el mundo dentrar parece
A vivir en pura calma
Con las tristezas del alma
Al pajonal enderiece.

.....
.....

Bala el tierno corderito
Al lao de la blanca oveja;
Y a la vaca que se aleja
Llama el ternero amarrao
Pero el gaucho desgraciao
No tiene a quien dar su queja.

Esta es la verdadera poesía, la poesía del dolor y del alma. ¡Cuántos volúmenes de necedades brillantes contienen las Bibliotecas, cuyo jugo exprimido, no vale el pensamiento y la ternura de estos pocos versos!

La vida nómada que emprende, respira la poesía animosa, elevada y melancólica del desierto. El aislamiento, el espacio y el silencio lo inspiran, y canta la Noche, la Soledad y el Peligro:

Y al campo me iba solito
Más matrero que el venao
Como perro abandonao
A buscar una tapera,
O en alguna vizcachera
Pasar la noche tirao.

Sin punto ni rumbo fijo
En aquella inmensidá
Entre tanta oscuridá
Anda el gaucho como duende,
Allí jamás lo sorprende
Dormido, la autoridá.

Su esperanza es el coraje,
Su guardia es la precaución
Su pingo es la salvación,
Y pasa uno en su desvelo,
Sin más amparo que el cielo
Ni otro amigo que el facón.

.....
.....

Ansí me hallaba una noche
Contemplando las estrellas
Que le parecen más bellas
Cuanto uno es más desgraciao,
Y que Dios las haiga criaio
Para consolarse en ellas.

Les tiene el hombre cariño
Y siempre con alegría
Ve salir las tres marías
Que si llueve, cuanto escampa,
Las estrellas son la guía
Que el gaucho tiene en la pampa.

.....
.....

Me encontraba como digo.
En aquella soledá
Entre tanta oscuridá
Echando al viento mis quejas
Cuando el grito del chajá
Me hizo parar las orejas.

Como lumbriz me pegué
Al suelo para escuchar,
Pronto sentí retumbar
Las pisadas de los fletes,
Y que eran muchos jinetes
Conocí sin vacilar.

.....
.....

Me refalé las espuelas
Para no peliar con grillos,
Me arremangué el calzoncillo,

Y me ajusté bien la faja,
Y en una mata de paja,
Probé el filo del cuchillo.

Para tenerlo a la mano
El flete en el pasto até,
La cincha le acomodé,
Y en un trance como aquel.
Haciendo espaldas en él
Quietito los aguardé.

Cuando cerca los sentí
Y que ahí no más se pararon
Los pelos se me erizaron;
Y aunque nada vian mis ojos,
«No se han de morir de antojo»
Les dije cuando llegaron.

En la refriega que tuvo con la Policía, fue socorrido por Cruz, otro gaucho desgraciado y perseguido como él, y como él valiente y poeta. Se hacen amigos; *Cruz* le cuenta su historia que es la misma de *Fierro* y de todos los gauchos; y al hablarle de su querida lo hace con una pasión y un sentimiento que honrándolo a él, honra y ennoblece a la mujer de campaña.

Yo también tuve una pilcha
Que me enllenó el corazón
Y si en aquella ocasión
Alguien me hubiera buscao
Siguro que me habria hallao
Más prendido que un botón.

.....

.....

¡Quién es de una alma tan dura
Que no quiera una mujer!
Lo alivia en su padecer:
Si no sale calavera,

Es la mejor compañera
Que el hombre puede tener.

Si es guena, no lo abandona
Cuando lo ve desgraciao,
Lo asiste con su cuidao,
Y con afán cariñoso
Y usté tal vez ni un rebozo
Ni una pollera le ha dao.

¡Cuán noble y hermoso es este retrato de la mujer americana, única
que sin interés adhiere y sacrifica por el hombre que ama!

Y usté tal vez ni un rebozo
Ni una pollera le ha dao.

He aquí la mujer tal como la hizo la naturaleza, y tal como es todavía en nuestros campos. ¡Lástima que no pueda decirse otro tanto de todas las de las ciudades, donde estos ejemplos son ya bastante raros!

Cruz y Fierro unidos por la amistad y recíproco interés, abandonan sus pagos, y se van a los indios.- Nada más natural que este pensamiento y el modo de ejecutarlo.- Los proyectos, el raciocinio, y el lenguaje se sostienen hasta el fin con el mismo interés con que empezó la historia.

Véase la conclusión que queda estereotipada en la mente del lector.

.....
.....

Si hemos de salvar o no-
De esto naides nos responde,
Derecho ande el sol se esconde
Tierra adentro hay que tirar,
Algún dia hemos de llegar...
Después sabremos a dónde.

No hemos de perder el rumbo
Los dos somos güena yunta-

El que es gaucho va ande apunta,
Aunque inore ande se encuentra;
Pa el lao en que el sol se dentra
Dueblan los pasos la punta.

.....
.....

Allá habrá seguridá
Ya que aquí no la tenemos.
Menos males pasaremos,
Y ha de haber grande alegría.
El dia que nos descolguemos
En alguna toldería.

Fabricaremos un toldo
Como lo hacen tantos otros,
Con unos cueros de potro
Que seá sala y seá cocina,
¡Tal vez no falte una china
Que se apiade de nosotros!

.....
.....

El que maneja las bolas,
El que sabe echar un pial,
Y sentársele a un bagual
Sin miedo de que lo baje,
Entre los mismos salvajes
No puede pasarlo mal.

.....
.....

Cruz y Fierro de una estancia
Una tropilla se arriaron
Por delante se la echaron

Como criollos entendidos,
Y pronto sin ser sentidos
Por la frontera cruzaron.

Y cuando la habian pasao,
Una madrugada clara
Le dijo Cruz que mirara
Las últimas poblaciones
Y a Fierro dos lagrimones
Le rodaron por la cara.

.....
.....

Las citas casi igualarían al texto, si hubieran de citarse todas sus bellezas; pero sobra con lo hecho para formarse una idea de la obra.

Habrá gente, sin embargo, para quienes las bellezas del pensamiento y de poesía de que está profusamente sembrada, no serán tales bellezas, por la razón soberanamente estúpida de que el estilo y el lenguaje, sean gauchescos; ¡como si bajo todas las lenguas y estilos no pudieran manifestarse con propiedad y elevación los sentimientos del alma, los quejidos del dolor, los encantos de la poesía!

Para tales gentes valdrá más un millar de embustes, de sandeces y absurdos referentes a pueblos y costumbres que no conocen ni les interesan, pero que estén penosamente bruñidos con el limado y violento estilo de Víctor Hugo, con el esmerado y florido de Lamartine; o el festivo de Dumas, que la verdad animada de estos cuadros, en que todo es real, vivo, interesante y bello. A tales gentes es preciso comprenderlas.

Concluiremos repitiendo, que como pensamiento poético, y como ejecución, es lo mejor que hemos visto en su género; y creemos muy difícil, por no decir imposible, que pueda superarse.

Tengo pues la satisfacción íntima de felicitarlo por una creación que hace tanto honor a su corazón como a su talento; que honra altamente a la literatura de su país; que conservará para siempre ese tipo característico, cuyo original está próximo a desaparecer, pero que no morirá mientras haya imprentas para reproducirlo, y que puede gloriarse con razón de haber eternizado.

Esperando que nuevas obras de su pluma me proporcionen solaces agradables como los que esta me ha dado, quedo-
Suyo Servidor, y amigo.

Juan María Torres

Montevideo, su casa, Febrero 18 de 1874.

Carta de Juan María Torres

Vamos a publicar en seguida una carta del mismo Sr. Torres rehusando su aprobación al título de JUICIO CRÍTICO con que encabeza-
mos su trabajo, y que el encuentra demasiado pretencioso, limitándose a darle modestamente el de APRECIACIONES.

Nos permitiremos antes de hacerlo, decir dos palabras muy breves al respecto.

Como observa con muchísima propiedad el Sr. Torres, no siendo *Martín Fierro* una obra de arte, no pueden aplicársele sus reglas, y hacer a su respecto un juicio crítico literario.

Pero sus *Apreciaciones* han seguido otro rumbo, y han ido por consiguiente más allá, penetrando profundamente en la índole y la intención del libro que examinaba; ha descubierto en él, con espíritu sagaz y fina observación, el sentimiento que comunica vida y movimiento a cada uno de los cuadros, que el mismo acaba de poner en relieve con tan exquisito pulso, y con observaciones de tal carácter y de tanto alcance; que lo que él llama modestamente APRECIACIONES, no es nada menos sino un JUICIO FILOSÓFICO SOCIAL, en que se ven mezcladas a cada paso, observaciones de un orden grave y elevado, con reflexiones sugeridas por una serena cuanto profunda moralidad, y animado todo el por un sentimiento vivo y delicado de la belleza y de la poesía.

El Sr. Torres le ha abierto a *Martín Fierro*, puertas donde sus formas incultas, no le daban el derecho de solicitar entrada.

Él, en efecto, se sustrae a la crítica literaria.- Es el tipo de una raza.

Es el hijo de la naturaleza, como el Sr. Torres lo ha llamado; es el cantor del Desierto.

No tiene maestro, ni otra escuela que la de sus desgracias.

No tiene otra inspiración que la de sus propios afectos, y los ecos que brotan de su alma, son los trasportes de su alegría o los ayes de su dolor, naturales, fáciles y espontáneos, no modelados por el arte, no empalidecidos por la ficción, ni avivados por el esfuerzo de su inteligencia.

Es inculto, es agreste, pero es real y verdadero.

Canta, porque nació cantor.- Es gaucho, y se ha entrado al Parnaso en potro.

Sin que estas líneas sirvan de respuesta al Sr. Torres, ni tengan más objeto que emitir las breves observaciones que hemos consignado en ellas, nos complacemos en publicar su carta, a la cual hemos hecho referencia.

Es la siguiente:

Señor D. José Hernández

Su casa, Febrero 23 de 1873.

Estimado señor y amigo:

He visto en *La Patria* que se da el título de JUICIO CRÍTICO a las APRECIACIONES que hice de su bella obra, *Martín Fierro*.

Permítame mi amigo, que rehúse mi aprobación a un título tan pretencioso pues no tiene base desde que esa obra por la especialidad de su carácter, no está ni puede estar sujeta a la crítica literaria.

Para que *Martín Fierro* pudiera ser objeto de crítica, era preciso que fuera una obra de arte, sujeta a sus reglas y por consiguiente a su aplicación -no siéndolo, no pueden aplicársele- luego no puede hacerse un juicio crítico sobre ella.

Martín Fierro es un gaucho verdadero, legítimo, hijo puro de la naturaleza, que no sabe lo que es arte y ni aun conoce los elementos del idioma que habla; es el cantor inspirado del desierto que arroja al aire torrentes de poesía inculta, pero hermosa como la calandria o el jilguero, sus trinos y gorjeos.

No pueden, pues, aplicársele los preceptos de un arte que no conoce, ni de una gramática que no ha estudiado. Lo más que puede hacerse con él, es lo que yo hice, saborear sus bellezas: ir más allá sería una pretensión absurda. Y es esto precisamente lo que constituye su mérito pues acaso tiene más valor real, y más bellezas poéticas, bajo el tosco

lenguaje que emplea, que muchas obras que se dan por modelo de corrección y de arte.

Le agradeceré tenga a bien publicar esta, a continuación del último trozo de mis *Apreciaciones sobre Martín Fierro*, como un correctivo al título de JUICIO CRÍTICO, con que aparecieron.

Juan María Torres

Carta de Mariano Pelliza

"Bibliografía"

"Martín Fierro"

Señor D. José Hernández.

Tratándose de juzgar un libro, ni Vd. ni yo gustamos de hacer floreos literarios, yendo siempre derechos al bulto, al punto objetivo o como quien dice, al eje o muelle espiral sobre el que describe su rotación el argumento. Aplicando tan económico sistema para darle mi opinión sobre *Martín Fierro*, no me detendré en decir dónde faltó a las leyes de la rima, ni cuál ripio debiera desaparecer y si hay este o aquel concepto contrario a la buena prosodia.

Solo juzgando ensayos juveniles es pertinente detenerse en la parte elemental de la composición; pero como Vd., a lo que entiendo, no está en el caso de aprender el mejor empleo de las sinalefas y otras figuras didácticas del divino arte, voy sin rodeos a manifestarle mis impresiones.

Repetidas veces he saboreado las bellezas contenidas en las bien descritas aventuras de su héroe, creación bellísima por la doble faz, riente y sombría, con que se dibuja en gigantesco relieve, esto sin contar con lo sabroso de la crítica con que Vd. decora su admirable cuadro.

Su trabajo, escrito sin duda por mero pasatiempo, responde a tendencias dominantes en su espíritu, preocupado desde larga fecha por la mala suerte del gaucho, y es la manifestación cumplida de sus simpatías en favor de esos pobres parias, condenados por los abusos del poder a vivir constantemente armados del sable, creando y destruyendo situaciones que siempre concluyen por serles adversas. En las luchas civiles, la peor parte ha sido para ellos; y durante la paz armada en que

los caudillos han mantenido la República, el campamento y los fortines los han alejado de la vida laboriosa y de los sagrados vínculos del hogar, relajando la constitución de la familia y bastardeando las generaciones: convirtiéndolos en nómades habitantes de nuestras inmensas praderas, cuando no están sujetos al yugo del servicio, que es un lote en el repartimiento de los bienes de la libertad por cuya conquista tantos años han pugnado.

Martín Fierro es la encarnación de la multitud: órgano reproductor del lamento de los gauchos sujetos al bárbaro servicio de fronteras que, como una onda poderosa, viene a estrellarse ante la indiferencia granítica de los gobiernos.

Si aquí tuviéramos un público capaz de reivindicar los derechos del hombre y del ciudadano, agredidos en el habitante nativo del campo, su libro habría producido el efecto maravilloso alcanzado en la América del Norte por “La Cabaña del TÍO TOM”, porque uno y otro son producto de la más sublime filantropía. Levantar una raza abatida, devolviéndole las condiciones civiles y políticas que el abuso arrebató atrevidamente, es la tendencia de ambos libros: allá se atacaba una institución legal y sin embargo triunfó el grito de la naturaleza, en tanto que aquí el pobre gaucho es flagelado sin derecho y por un simple abuso de fuerza.

Lo dicho, relativamente al objeto, y por lo que respecta a su tipo, no vacilo en decirlo que, sin pretenderlo, ha dejado Vd. muy atrás a nuestros payadores en cuanto al fondo y oportuna elección de la estrofa. La décima no la usa el gaucho sino en composiciones breves de amor o en felicitaciones, y el romance asonantado nunca: evitando estos escollos y haciendo uso del sexteto octosílabo, la imitación de los trovos campesinos es perfecta.

Los que han manejado este género entre nosotros, poseyendo el medio literario, desconocían las peculiaridades de moral, de filosofía, de religión y aún de política que hacen del gaucho un ser excepcional, difícil de medirlo en el cartabón de los compadritos dicheros.

El *compadre* en la campaña, es la depuración incorrecta de la sencillez rústica que, perdiendo todo su sabor original, se aproxima y entremezcla con el *compadre* de la ciudad, degeneración correcta del habitante culto; y en esa zona que deslinda la civilización de la barbarie, los predios rústicos de los urbanos, término medio del estado social argentino, se desenvuelve la existencia bullanguera del tipo estudiado

para representar al gaucho, y que en su eterna manía de espectacularizarse, hace grotesco lo que es bello.

En este concepto, Vd. se hallaba en condiciones ventajosas para desarrollar su tesis, porque habiendo vivido por mucho tiempo en contacto con el gauchaje de las cuatro provincias litorales, y siendo como es, un observador fino y de criterio, tenía que ofrecernos en sus cuadros la verdad, eterna fuente de la belleza; y si a esto se agrega un fácil manejo de la lengua y gran respeto a los preceptos literarios, terminaré diciendo: que ni como aspiración noble a favor de los habitantes del campo, ni como crítica de los abusos cometidos en el servicio de fronteras, ni como interpretación del gaucho moralmente juzgado, he tenido, hasta hoy, la ocasión de leer algo que le aventaje.

Queda de Vd. S. S. S. y amigo

Mariano A. Pelliza

Marzo 27 de 1873.

Noticia de El Mercantil

"Bibliografía"

"Martín Fierro"

Acaba de darse a la publicidad un pequeño libro con el título con que encabezamos estas líneas.

El brillante éxito que ha obtenido en la Campaña, nos ha llamado la atención y sea dicho de paso, empezamos su lectura con cierta desconfianza que se explica en los numerosos chascos de que es víctima nuestro público en materia de composiciones literarias.

Sin embargo, debemos confesar que el libro en cuestión, está muy lejos de ser lo que generalmente se llama *un fiambre*; su argumento no puede ser más verosímil, ni sus personajes más verídicos. Su autor, el Sr. Hernández, antiguo redactor del "Río de la Plata", nos demuestra que conoce profundamente las costumbres del campamento y los secretos del fogón, nos enseña el aduar del hombre semi-salvaje con toda la desnudez vergonzosa de su realidad.

Pero hay escenas que indudablemente no las comprenderá sino la persona que haya vivido algún tiempo en el campamento, imágenes

que solo el que haya cruzado errante nuestras dilatadas pampas podrá valorar.

Con el grosero lenguaje de los habitantes del campo, hace apreciaciones pintorescas y de un colorido magnífico- exhibiéndonos tipos que solo Ascasubi y Del Campo han descrito con éxito en nuestros días.

A pesar de que no somos partidarios de este género de literatura, porque creemos que para herir la imaginación de las masas no se necesita escribir en el lenguaje liberal con que ellas manifiestan sus pensamientos, porque como ha dicho un notable literato oriental- *se puede sentir en gaucho y expresarse en lenguaje culto y castizo*, enseñando a las generaciones del porvenir como se sentía en nuestra época, preocupándose poco de cómo se expresa el sentimiento, lo que a la verdad poco importará a nuestros sucesores; sin embargo, la composición del Sr. Hernández tiene tan hermosos pensamientos, ideas de poesía natural tan elevadas y exquisitas, que se puede perdonar la forma en que se presentan a la imaginación impresionable del pueblo de nuestras campañas, seguro que el más ignorante paisano comprenderá el fondo de verdad y aún la moral del argumento.

El más extraño a nuestras costumbres populares, verá brillar en medio a las tinieblas que se proyectan del cuadro de salvaje ignorancia que el autor describe, brillantes luces, que el mismo fondo oscuro hace notables, aumentando su magnitud.

En medio de la ceguedad del fanatismo supersticioso, y de los más groseros vicios, se destacan hermosas flores que se revelan por su exquisito perfume a pesar del estilo y de la forma.

Martín Fierro no es el tipo del gaucho patriota, que allá en la alborada de nuestra independencia nos describía Hidalgo: entusiasta, indomable y cristiano.

No es, tampoco, el gaucho que nos exhibe Ascasubi luchando por las libertades de su Patria en los ejércitos de Paz o de Lavalle -ni menos el paisano semieducado que nos pinta Del Campo en su popular "Fausto" -Martín Fierro es una creación de otro género- es el hijo desheredado de una raza de centauros, envilecido, perseguido y menospreciado por la sociedad en que vive, engendro miserable de la guerra civil y la ignorancia, con todo el caudal de pasiones que puede abrigar en su corazón un ser humano, y sin siquiera el derecho de manifestarlas libremente- verdadero paria de nuestros días, pero indomable; ig-

norante, pero con arranques de nobleza; resistiéndose a ser arrastrado al ignominioso servicio de frontera y batiéndose como un león con la partida del pago- Jinete como un tártaro, fuerte como un atleta, práctico en las inmensurables sendas del desierto como un árabe sufrido, sobrio, como nadie en el mundo- esto es algo de lo que el autor nos hace conocer en su tipo, y a la verdad que la creación no ha podido ser más feliz.

Aquí, en los grandes centros de población, nadie se cuidará del tipo; ¡todo el mundo ignora que a esa raza de hombres que va desapareciendo empujada por las brisas de la civilización se le deben nuestra independencia y nuestras libertades!!

Felicitemos ardientemente al señor Hernández por su hermoso trabajo, y desearíamos que siguiera en esa senda, haciéndonos escuchar en ese género la lira casi abandonada de Ascasubi y de Del Campo.

Lautaro

El Mercantil, Febrero 6 de 1873.

Noticia de *La Tribuna* de Montevideo

"Bibliografía"

El gusto por la lectura está formado y generalizado gratamente en todo el territorio de la República Argentina.

La escuela y la Biblioteca Popular están desparramadas hasta las mismas faldas de los Andes. En la Rioja, el lugar más apartado y que se consideraba la provincia menos culta de la Confederación Argentina, se siente el movimiento expansivo de la civilización, sacudiendo a todos sus habitantes del marasmo intelectual que los dominaba, comunicándoles por medio del libro nueva vida y presentándoles rientes perspectivas.

El lector de la ciudad, no tiene naturalmente exigencias especiales y privilegiadas por determinados libros. Lee todo lo útil, todo lo bueno y malo que nos envían las prensas europeas, y todo lo que arrojan a la publicidad las casas editoras que tenemos.

Pero, conseguir que el habitante de las campañas lea sin fastidiarse, lea con provecho y queden en su imaginación impresiones nobles y permanentes, es algo más serio de lo que a primera vista parece. En el

espíritu del labriego es menester que el libro o la anécdota moral dejen huellas; es necesario que la enseñanza que su rústica inteligencia adquiere, no se pierda ni se extinga, combatidas por las costumbres incultas y las faenas rudas del campesino.

¿Cómo, pues, conseguir pasto intelectual aparente y fructuoso para el gaucho de nuestras llanuras? Ni el señor Sarmiento que estudiaba interesadamente el problema, pudo descubrir la incógnita de él, escureciéndola más bien con las reducciones inconvenientes que aconsejaba.

No tiene punto alguno de contacto el *sagutter* de las selvas norteamericanas, con el semi-salvaje gaucho del desierto. Son dos naturalezas totalmente distintas, sin afinidades que las aproximen, pues las obras de Dickens que recrean al labrador americano, prepararían la siesta de los que viven en el *rancho*.

En el campamento del ejército que luchaba por la causa hermosa de la civilización cisplatina, tiene origen una escuela literaria que de tarde en tarde hace prosélitos entre nosotros.

Aniceto el Gallo es también un tipo a lo Byron, a lo Quintana, a lo Bello, etc. Es jefe de escuela, autor de una literatura destinada a quitarle al desierto y a la ignorancia, sus más preciosas preseas.

Coetáneo con el insigne Figueroa, iniciaron en buena hora un género de publicación, que era como la primer semilla arrojada en terrenos feraces y propicios para cosechas compensadoras.

El ejemplo que ellos daban, encontró, como dijimos ya, de cuando en cuando imitadores.

El estilo gaucho poético despertaba en la imaginación precoz de nuestros poetas, deseos loables de seguir la estela de Aniceto, pero no lo conseguían siempre, porque no se penetraban íntimamente de la perfecta originalidad que distingue al jefe, y se iban a estrellar, sin quererlo, en el género que cultivaba Moore o en las canciones inimitables de Beranger.

Por mucho tiempo pues, el cetro lo ha tenido Ascasubi, aunque *Anastasio el Pollo* hubiera hecho conatos para arrancárselo.

Hoy se ha retirado Ascasubi de la arena en que se lanzó ardoroso y espléndido; se refugia en el hogar con la misma grandeza y majestad con que se asilaban en los *Inválidos*, los restos que quedaban de los heroicos tercios del viejo Imperio.

Pero así como a esa generación homérica del valor y el patriotismo francés, le sucedió otra nueva digna de recoger la herencia; así ha en-

contrado Ascasubi con el autor de *Martín Fierro*, un sucesor que, hará más todavía que conservarla intacta, que la enriquecerá, pues tiene dotes privilegiados para conseguirlo.

En todas las librerías de esta ciudad está modestamente hospedado un folleto de humilde apariencia, pero que ejercerá en los palacios de las capitales, en los ranchos de la campaña o en los toldos del desierto, la influencia bienhechora y solazante que nos producían en otro tiempo los poemas de Aniceto.

D. José Hernández (su autor) ha pintado con la misma inspiración y destreza que Rugendas y Monvoisin ese cuadro de la naturaleza americana, de este lado del continente, que exige en el artista potencia de genio y conocimiento acaudalado de detalles.

Martín Fierro es el héroe del poema del Sr. Hernández; *Martín Fierro* es un gaucho completo, sin rival, sin padres conocidos, sin amigos de infancia, sin nada que lo ligue a la rutina que ha caracterizado a otras creaciones idénticas a la del Sr. Hernández.

A Montero, cuando concluyó su cuadro *Los funerales de Atahualpa*, le dijeron en Florencia, y por labios muy autorizados, que no pintara más. Nosotros sin ser más que admiradores, diríamos a Hernández que se perpetúe solo con *Martín Fierro*.

Al leer las páginas interesantes de *Martín Fierro*, nos hemos reconciliado con el infeliz gaucho. Francamente, lo queríamos mal. El chiripá, la bota de potro y el inseparable pañuelo al cuello, nos prevenían siempre desfavorablemente; lo creíamos feroz cuando tal vez pudo ofrecernos techo y alimento en el rancho en que pasa su vida.

Uno de esos dramas que se producen alguna vez en las llanuras argentinas, mezcla de sentimientos generosos y costumbres bárbaras, es lo que pinta el Sr. Hernández. Las boleadoras, la manija, el redomón, las caronas, etc., todo ese vocabulario originalísimo de la vida gauchesca, campea en *Martín Fierro*. Es un paseo que se hace a la pampa. Es algo más: leyéndolo, se hace la ilusión de haber vivido cinco, diez, quince años en compañía de *Martín*: es decir, en pleno desierto, en el mismo aduar. Es imperecedera la impresión que deja en el ánimo; más poderosa aún para el lector del Río de la Plata, que la que produce Cooper leyendo su *Trampero*.

Desconfiamos de haber escrito con acierto.

Estas líneas las trazamos inmediatamente que concluimos la sabrosa lectura que nos ha proporcionado la inteligencia chispeante y original de Hernández.

La *Biblioteca Popular* de las campañas argentina u oriental, está obligada a tener en sus estantes a *Martín Fierro*.

Cuando el local de la biblioteca sea visitado por algún gaucho, de esos arrogantes y esbeltos, de *pingo* árabigo y *recado de plata* y revise la publicación de que nos hemos ocupado, exclamará, estamos seguros: ¡*Martín Fierro es otro yo!*

(*La Tribuna* de Montevideo, editorial de 23 de Marzo de 1873.

Este artículo fue reproducido por *La Patria* de Lima con algunos fragmentos del libro.)

Noticia de *El Mercurio* de Rosario

“Bibliografía”

“José Hernández”

(Autor del Gaucho *Martín Fierro*)

Si nosotros fuéramos susceptibles de sentir orgullo, o al menos de confesarlo conociéndolo, nunca tendríamos mejor oportunidad para manifestarlo, que en estos momentos, al haber escrito el nombre del distinguido escritor que encabeza este artículo.

Pero nuestro orgullo, sería orgullo nacional.

Hijo de una nación, que bien pudiera decirse que recién empieza a la vida del progreso y de la civilización, nos sentimos enaltecidos en cada uno de nuestros compatriotas que avanzan un paso en el engrandecimiento nacional.

José Hernández pertenece a la carrera de las letras.

Entre los muy pocos obreros que trabajan para darnos una literatura propia, hoy ocupa un lugar distinguido este valiente publicista, cuya fecunda imaginación nos ha dado las bien concluidas páginas de *Martín Fierro*.

En esta obra, se hace la más viva y acabada pintura de la dramática existencia de nuestros gauchos, cuyo tipo caballeresco se va perdiendo, y se ha bastardeado con el contacto de la civilización que empieza

a extenderse en la campaña. *Martín Fierro* es una leyenda de coloridos tan naturales y patéticos, tan rica de novedad, tan filosóficamente historiada la vida errante del gaucho, tan llena de fuego y de pasión como de ternura y sentimiento, que viene a colocar a su autor entre los primeros poetas argentinos.

Porque el *Martín Fierro* es, a nuestro entender, una joya literaria que está destinada a embellecer nuestras bibliotecas.

Pero no siendo nuestro ánimo hacer la crítica del precioso libro de Hernández, vamos a volver al punto de partida.

Con todo lo que se relacione con nuestra naciente literatura, somos como el avaro ante su tesoro, le damos la importancia de nuestra codicia nacional, de nuestro amor a lo bello, de nuestra fe en los triunfos futuros de la inteligencia argentina.

Por esto hablamos con entusiasmo de *Martín Fierro*.

Y este legítimo entusiasmo se exalta más cuando vemos lo bien que ha sido recibida esta obra en el extranjero.

Al autor de *Martín Fierro* se le distingue en Nueva-York, dándole un lugar preferente en una Asociación Literaria.

En un periódico español se reproduce su obra haciéndole los más justicieros encomios.

En París están publicando en el popular "Correo de Ultramar" el *Martín Fierro*, honor que pocos trabajos literarios de la República Argentina han alcanzado.

De Norteamérica han solicitado la aquiescencia del autor para hacer una edición de lujo, cuyo tiraje será de muchos miles.

También se ha pedido el retrato de Hernández y algunos apuntes biográficos, para que precedan a la obra; reservándose allí hacer el juicio crítico de esa producción del Río de la Plata.

Con tal motivo, véase lo que dice una correspondencia de Nueva-York, dirigida en Agosto a *La Tribuna* de Montevideo.

"En algún periódico español, no recordamos bien si de las Antillas o de la Península, hemos leído por décima vez a Magariños Cervantes en su *Celiar*. A continuación y con un pequeño preámbulo del editor, hemos regalado nuestra imaginación con la lectura de *Martín Fierro*, por el Sr. D. José Hernández. Piezas de ese género, que caracterizan tipos nacionales que han de llevar a la posteridad el retrato fiel e imperecedero de un pueblo, no deberían quedar, según nos informa el preámbulo aludido, archivadas en poder de un círculo de amigos.

“*Martín Fierro*, primo hermano de *Celilar*, como la ha bautizado el editor citado, ha despertado el deseo de imprimir seis mil ejemplares en tipo hermoso y papel de lujo, siendo este número el calculado fácil de colocar en los países de lengua española más inmediatos a este. Para el objeto es necesario la autorización del señor Hernández o del poseedor del derecho de publicación.

“Al intercalar esto, que es ajeno al argumento de la presente correspondencia, lo hacemos para que sirva de aviso a quienes pudiera interesar. Si se quisiera favorecer nuestro proyecto, estimaremos se nos remita propuesta cerrada y rotulada «Equis-New-York» remitiendo el paquete a la oficina de *La Tribuna* de Montevideo, el cual, no lo dudamos, nos será remitido por esos amables editores.

“Rogamos también, en caso que fuese aceptada nuestra idea, se nos remita una copia fotográfica del autor Sr. Hernández, y algunos apuntes biográficos de él. Estos dos objetos, contribuirán en mucho al embellecimiento de la obra.

“Hacemos votos por la felicidad del Sr. Hernández, a quien hemos cedido ya un lugar de preferencia en nuestra Asociación Literaria. ¡Que la patria al bendecir su nombre, le entone un himno de admiración!”

La obra de Hernández, pues, ya es popular en el extranjero y ha dado a su autor una justa celebridad.

En tanto ¿qué ha hecho la prensa Argentina?

¿Se ha ocupado acaso de recorrer sus páginas, de formular su juicio, de saludar siquiera a su autor?

No; ha callado con el abandono que le es peculiar, cuando se trata de las figuras distinguidas que se levantan entre nosotros.

¡Mezcla de egoísmo y de indiferencia, donde no brota una chispa de ese fuego santo, que en el lenguaje patriótico, llámase orgullo nacional!!

Nosotros no creamos reputaciones, antes bien, devoramos nuestros hijos, a semejanza del dios de la fábula.

Ese egoísmo en lo que se relaciona a los hombres que han de dar una literatura a nuestro país, nos lleva hasta cometer actos de grandes injusticias.

Hace algún tiempo que hemos pedido, por la prensa, se nos remitan apuntes biográficos de hombres que se hayan distinguido en la literatura, en el foro, en el clero, en las armas, en la política, en algo, en

fin, ya como próceres de la patria, como mártires, como amigos de la humanidad. Este pedido lo hicimos por habérselo encomendado el bibliógrafo Sr. Cortés, que está para emprender la publicación de un Diccionario Biográfico Americano, y que quería que en él figurase dignamente la República Argentina.

Sin embargo que hemos hecho este llamado varias veces, hasta hoy ni por amor al país, ni como recuerdos de familia, se nos ha enviado un solo apunte para poder mandar al Diccionario.

En este mismo mes hemos anunciado la publicación del *Parnaso Argentino*, trabajo del mismo literato señor Cortés, permitiéndonos rogar a nuestros colegas presten su valioso apoyo a esa obra nacional, y nadie nos ha honrado contestando a nuestra invitación.

Esto ¿qué significa?

¿Así es posible tengamos literatura, si se mira con tanto menosprecio los primeros trabajos que han de formar la base de su monumento?

Triste es decirlo, pero al paso que vamos, tarde o nunca llegaremos al Helicón, donde no sería tan difícil trepar en alas de esa inteligencia, que como un don del cielo, chispea con tanta superabundancia desde las orillas del Plata hasta las nevadas cumbres de los Andes.

Carlos Calvo es una reputación europea, y en la República Argentina no se conocen sus obras.

Alberdi es más respetado en el extranjero por sus grandes talentos, que en nuestro país, donde es raro encontrar uno de sus libros.

Y así muchos prohombres en las letras como en el foro, a quienes su patria olvida.

¿Quién conoce la obra de Hernández, sin embargo de haberse anunciado en las librerías?

Sus compatriotas los argentinos, muy pocos; pero en cambio ya es aplaudida en la Banda Oriental, en Norteamérica, en España y en París. Muy pronto será conocida en todas partes del mundo, donde haya quien hable el idioma de Cervantes.

¿Y eso, a quién lo debemos? - a los extranjeros que nos honran.

Al cerrar este artículo, solo sentimos que nuestra pobre pluma haya tenido que ocuparse de la literatura nacional, cuando hay tantos escritores que si hubieran emprendido esta digna tarea, hubieran podido estimular, entusiasmando a la noble juventud que se levanta en la arena literaria.

Nosotros hemos creído cumplir con un deber, al rendir este pobre homenaje al inspirado autor de *Martín Fierro*.

El Mercurio del Rosario.

Este artículo fue transcrito en *La Tribuna* de Montevideo de 13 de Diciembre de 1873.



Poesía al *Martín Fierro* de José María Zuviría

MARTÍN FIERRO²

Bello poema, que hábil pinta
Nuestra raza primitiva,
No ya salvaje, cautiva
De la clase superior,
Que entre la casa y la tolda,
Entre la ciudad, la pampa,
Vive libre, en ranchos campa,
Sin Cacique ni Señor.

El hombre civilizado
La oprime de aquí y estrecha.
Hambrienta, de allí, la acecha.
Del salvaje, la crueldad.
Ni tan culta ni tan fiera,
Que a uno u otro le haga amigos,
Sonle a la vez enemigos,
El desierto y la ciudad.

² Esta composición la extractamos del bello tomo de poesías que con el título “El Peregrino del Plata”, acaba de dar a la publicidad el distinguido argentino Dr. José María Zubiría. [Nota del editor de Hernández]

Y si el espíritu eleva,
En sus horas sin consuelo,
Halla apenas viendo al cielo,
Su Dios y su religión.
Mas queda al gaucho sin patria,
En su orfandad y pobreza,
La madre Naturaleza,
Sus fuerzas, su corazón.

Entonces busca en su pecho
La dulce paz, la alegría,
Y halla fuente de poesía
Inagotable en su amor.
Este endulza sus dolores
En el templa sus pasiones,
Díctale coplas, canciones,
Tiernas, de suave color.

Y entre trabajos y penas.
Sin cuidarse del mañana,
No ve que tiene cercana
Su noche -¡raza infeliz!...
Que en un crepúsculo vive;
Y las luces, la cultura
Disipándolo, a otra altura,
La encaminan más feliz.

Y, cuando al fin desaparezca
De nuestro suelo Argentino,
Siguiendo el ancho camino
De la civilización;
No lo lloren el progreso,
Ni la ciencia, ni la gloria;
No conserven su memoria
La moral, la religión.

Pero en el pecho Argentino,
Habrá siempre dulce afecto,

Por ese tipo perfecto
De nuestra raza en embrión.
El gaucho cuidó el ganado,
El gaucho sembró la tierra,
Dulce en la paz, fiero en la guerra,
Héroe, bardo y dócil peón.

Es colono primitivo,
Rudo, osado y solitario,
Valiente y hospitalario,
Sin amañes, sin doblez,
Como la pampa, sombrío,
Como el Plata, caprichoso,
Y cual pampero, animoso,
Toma al ombú su altivez.

A nadie pidió la idea,
Ni la expresión, ni el sentido,
Costumbre, idioma, vestido
Original se dará.
Con su traje pintoresco,
Su cribado calzoncillo,
En el cinto su cuchillo,
Su poncho, su chiripá.

Junto al fuego de su rancho,
Mira al campo, su cosecha...
Y en la guitarra, su endecha,
En vez de canto, es gemir...
Últimos ecos del vate,
Que contempla decadente
Su raza, y al fin presente,
Que va a dejar de existir...

No perecerán con ella
Su historia, su fiel retrato;
De *Martín Fierro* el relato,
Su recuerdo hará inmortal;

Que es el poema de la vida,
La vida de un pueblo entero,
En su genio verdadero,
En su tipo virginal.

En sus usos y costumbres,
Virtudes, vicios, pasiones,
Sentimiento, inspiraciones,
Alma, lengua, corazón;
Y con tal verdad descrito,
Que aunque haya desaparecido,
Ha de escapar al olvido
El *gaucho* en ese Pantheón.

1875



Carta poética al *Martín Fierro* de Salvador Mario

**“Cartas poéticas al poeta colombiano Jorge Isaacs,
por Salvador Mario”**

CARTA ÚLTIMA

Jorge: Vuelvo a tomar mi humilde péñola
Para escribirte la tercera carta,
Sobre un recuerdo que tus dulces versos,
Trajeron a mi alma.

Recordé, al suspirar tus bellos cantos,
Las *décimas* que al son de la guitarra
Entona, tristemente *Martín Fierro*
Al borde de la Pampa.

Ese agreste cantor, que simboliza
La miserable vida de una raza
Que espera, como él dice, ¡que algún criollo
Gobierne en esta patria!

¡Raza infeliz que, con la fe sublime
Del que lleva en el alma una esperanza,
Espera que algún Cristo la redima
De su culpa soñada!

¡Cuántos, amigo Jorge, de sus hijos
Merecen que en el centro de una plaza
Se les eleve un monumento eterno
Por sus grandes hazañas!

¡Cuántos, porque nacieron en América
No tienen ni un recuerdo ni una lágrima,
Habiendo muerto como grandes héroes,
Luchando por la patria!

¡Cuántos hay que merecen la aureola
Del genio de las musas agraciadas,
Y que no se les da, porque se inspiran
Muy lejos de la Francia!

Martín Fierro, el poeta sin laureles,
En el silencio de la noche canta,
Con voz de doloroso sentimiento,
Sus ímprobos desgracias.

Y no advierte que canta las de todos
Los que nacen al borde de la Pampa,
¡Los que saben luchar como leones
En las grandes batallas!

No advierte que en sus *décimas* monótonas
Hay destellos rosados de alborada

Iluminando un mágico paisaje,
De tierra americana.

No advierte que hay relámpagos de tarde
Clareando la llanura solitaria,
¡Donde palpita la mirada eterna
Del Dios de las borrascas!

No advierte que la vida de los campos
Con colores espléndidos retrata:
¡Con los colores que le presta el Iris
Del cielo de la patria!

En la verdad él busca la poesía,
Y en la verdad de sus colores la halla,
Como una fresca y cándida violeta
En medio de unas zarzas.

Del *payador* humilde, *Martín Fierro*,
Te envío, Jorge, las hermosas páginas,
Léelas a orillas del modesto *Nima*,
En tu valle del Cauca.

Sin más, amigo, te saluda atento,
Desde una *tosca* del inmenso Plata,
¡El que, a pesar de Avellaneda, admira
Los versos que tú cantas!

Salvador Mario
Buenos Aires, Diciembre 17 de 1877.

Discurso de Oroño en el Senado

“Desde 1862 hasta la fecha se han invertido 23 millones de fuertes, solo en las fronteras, y si a esto se agrega el aumento de las propiedades particulares perdidas, el decaimiento de la industria, la depreciación de la tierra, el trastorno que causa el servicio forzado, el cautiverio de

centenares de personas y la muerte de mayor número, tenemos que retroceder espantados ante este cuadro de desolación y ruina, cuya exactitud parecería sospechosa, si no estuviese confirmada por hechos que todos conocen, de una incontestable evidencia.

.....
“Parece que el despotismo y la crueldad con que tratamos a los pobres paisanos, estuviese en la sangre y en la educación que hemos recibido. Cuando ven al hombre de nuestros campos, al modesto agricultor, envuelto en su manta de lana, con su poncho a la espalda, les parece que ven al indio de nuestras Pampas, a quien se creen autorizados para tratar con la misma dureza e injusticia, que los conquistadores empleaban con los primitivos habitantes de la América.

.....
“Cuando se quiere mandar un contingente a la frontera, o se quiere organizar un batallón, se toma por sorpresa al labrador y al artesano, y mal de su grado, se le conduce trincado a las filas”.

Oroño
Discurso en el Senado,
Sesión del 18 de Octubre de 1869.

Breve noticia en *La Nación*

“Cuando la gritería ha llegado a su último punto, cuando ha venido a comprobarse que las guarniciones de los fortines eran insuficientes, que estaban desnudas, desarmadas, desmontadas y hambrientas, solo entonces se ha visto que, por una especie de pudor y a pesar de sus denegaciones, el Ministerio trataba de enviarles siquiera lo indispensable para mitigar el hambre y cubrir la desnudez de los soldados”.

La Nación, Noviembre 14 de 1872.



“El payador” de Magariños Cervantes

EL PAYADOR

En un espacioso rancho
De amarillentas totoras,
En derredor asentadas
De una llama serpeadora,
Que ilumina los semblantes
Como funeraria antorcha,
Hirviendo el agua en el fuego,
Y de una mano tras otra
Pasando el sabroso mate
Que todos con gusto toman,
Se pueden contar muy bien
Como unas doce personas,
Pero están con tal silencio,
Con tanta calma reposan,
Que solo se escucha el eco
De guitarra gemidora,
Mezclado con los acentos
De una voz que melancólica,
Murmura tan dulcemente
Como el viento entre las hojas.
Es un payador, que tierno
Alza allí sentida trova,
Y al compás de su guitarra
Versos a raudales brota;
Pero versos expresivos,
De cadencia voluptuosa,
Y que expresan tiernamente
De su pecho las congojas.

Es verdad que muchas veces
La ingrata rima cohorta
Pensamientos que grandiosos
Se traslucen más no asoman,
Y como nocturnas luces
Al irradiar se evaporan.
La fantasía sujeta
En las redes del idioma,
No permite que se eleve
La inspiración creadora.
Ni que sus altivas alas
Del arte los grillos rompan,
Ni que el instinto del genio
Les trace una senda propia,
Mostrándole allá en los cielos
Aquella ansiada corona,
Que iluminando el espacio
Con su luz esplendorosa
Vibra un rayo diamantino
Que el numen del vate esponja
Para embeber fácilmente
De su corazón las gotas,
Y destilarlas después
Con el llanto de la aurora
Convertidas en cantares
Que vuelan de zona en zona.
¡Y cuántas veces no obstante
Sus desaliñadas coplas
Sin esfuerzo ni trabajo
Como las tranquilas ondas,
Una a una, dulcemente,
Van saliendo de su boca!
¡O de repente veloces,
Penetrantes, ardorosas,
Se escapan como centellas
Y el fondo del alma tocan!
Porque su maestro es
La naturaleza sola,

A quien ellos sin saber
A oscuras y a tientas copian.
Así el cantor sin curarse
De reglas que no le importan,
Sigue raudo y caprichoso
Su bien comenzada trova.

Celiar - Alejandro Magariños Cervantes

Carta de Hernández a los editores de la 8° edición

Señores Editores:

Sin ningún interés egoísta, ni aun de amor propio siquiera, deseo a Vds. un éxito feliz en su pequeña empresa.

¡Ojalá que el público compense con generosa protección, no el mérito de la obra que Vds. van a ofrecerle, que es bien escaso ciertamente, sino sus esfuerzos y los sacrificios empleados para hacerse de ella una edición abundante y esmerada!

Permítanme Vds. manifestarles ahora la confianza con que espero de su fina atención, que reserven a esta carta un pequeño espacio entre las páginas del folleto, porque anhelo satisfacer en ella una deuda de gratitud que tengo para con el público, para con la prensa Argentina y mucha parte de la Oriental; para con algunas publicaciones no americanas, y para con los escritores que dignándose ocuparse de mi humilde trabajo, lo han ennoblecido con sus juicios ofreciéndome a la vez, sin ellos procurarlo, la recompensa más completa y la satisfacción más íntima.

Hace apenas dos años que se hizo la primera edición de *Martín Fierro* en un pequeño número de ejemplares.

Su aparición fue humilde como el tipo puesto en escena, y como las pretensiones del autor.

Algunos diarios de Buenos Aires y de la Campaña, como “La República”, “La Pampa”, “La Voz del Saladillo” y otros, dieron cuenta al público de la aparición de aquel *gaucho*, que se exhibía cantando en su guitarra las desgracias y los dolores de su raza.

Las recomendaciones eran hechas en conceptos lisonjeros y honrosos y los resultados fueron completamente favorables.

Antes de dos meses estaba agotada la edición, tras de la que han venido otra y otras, hasta la 8° o 9° que Vds. preparan ahora.

Y ven Vds. cuán difícil me será satisfacer la deuda de agradecimiento que me impone la acogida dispensada a ese harapiento cantor del desierto.

La prensa Argentina en general, ha honrado también con una benevolencia obligante las trovas del desgraciado payador, y en una misma época, o sucesivamente, los cantos de *Martín Fierro* han sido reproducidos íntegros o en extensos fragmentos por “La Prensa”, “La República” de Buenos Aires, “La Prensa” de Belgrano, “La época” y “El Mercurio” del Rosario, “El Noticiero” de Corrientes, “La Libertad” de Concordia, y otros periódicos cuyos nombres no recuerdo, o cuyos ejemplares no he logrado obtener.

Así al consignar aquí los nombres de esos obreros del pensamiento, en que se encuentran representados todos los matices de la opinión, deseo significar con este recuerdo un legítimo agradecimiento, haciéndolo extensivo a muchos órganos de la prensa Oriental, como “La Tribuna” y “La Democracia” de Montevideo, “La Constitución” y “La Tribuna Oriental” de Paysandú, que, o lo han reproducido íntegro o en parte, o lo han favorecido con sus juicios, popularizando la obra, y honrando al autor.

La publicación ilustrada “El Correo de Ultramar” le brindó en sus columnas acogida que no podía ambicionar jamás esa creación humilde, nacida para respirar las brisas de la Pampa, y cuyos ecos solo pueden escucharse, sentirse y comprenderse en las llanuras que se extienden a las márgenes del Plata.

Por lo que respecta a los escritores cuyos fallos honrosos colocan Vds. al frente de la nueva edición, ellos comprenderán los sentimientos que me animan, con solo manifestarles mi persuasión íntima de que, el éxito que pueda alcanzar en lo sucesivo, lo deberá casi en su totalidad a esos protectores, que han venido galante y generosamente a abrirle al pobre *gaucho* las puertas de la opinión ilustrada.

Ellos son autores, y de producciones ciertamente de mayor mérito que la mía, aunque de diverso género, y ellos saben por experiencia propia, cuán íntima satisfacción derrama en el espíritu de quien ve su pensamiento en forma de libro, el ver ese mismo libro ojeado por los

hombres de letras, honrado con su aprobación y prestigiado con su aplauso.

Aquí podría, y hasta quizá debería poner término a esta carta, puesto que he cumplido los principales objetos que he tenido en vista; pero sea el hábito que se forma todo el que se pone en frecuentes confidencia con el público, o sea cualquiera otra razón, lo cierto es, que siento la necesidad de dar expansión a mis ideas, y de dejar correr libremente el pensamiento siquiera por algunos instantes.

Quizá tiene razón el Sr. Pelliza al suponer que mi trabajo responde a una tendencia dominante de mi espíritu, preocupado por la mala suerte del gaucho.

Mas las ideas que tengo al respecto, las he formado en la meditación, y después de una observación constante y detenida.

Para mí, la cuestión de mejorar la condición social de nuestros gauchos, no es solo una cuestión de detalles de buena administración, sino que penetra algo más profundamente en la organización definitiva y en los destinos futuros de la sociedad, y con ella se enlazan íntimamente, estableciéndose entre sí una dependencia mutua, cuestiones de política, de moralidad administrativa, de régimen gubernamental, de economía, de progreso y civilización.

Mientras que la ganadería constituya las fuentes principales de nuestra riqueza pública, el hijo de los campos, designado por la sociedad con el nombre de *gaucho*, será un elemento, un agente indispensable para la industria rural, un motor sin el cual se entorpecería sensiblemente la marcha y el desarrollo de esa misma industria, que es la base de un bienestar permanente y en que se cifran todas las esperanzas de riqueza para el porvenir.

Pero ese *gaucho* debe ser ciudadano y no paria; debe tener deberes y también derechos, y su cultura debe mejorar su condición.

Las garantías de la ley deben alcanzar hasta él; debe hacérsele partícipe de las ventajas que el progreso conquista diariamente: su rancho no debe hallarse situado más allá del dominio y del límite de la Escuela.

Esto es lo que aconseja el patriotismo, lo que exige la justicia, lo que reclama el progreso y la prosperidad del país.

No se cambia en un año, ni en un siglo a veces, la planta de la riqueza pública de una Nación.

Muchas falsas teorías, muchos principios erróneos, y que eran aceptados hasta hace pocos años como axiomas a los cuales estaban

obligadas a ajustarse todas las ideas, han venido a ser destruidos por los adelantos de la ciencia, y por los fantásticos progresos que el genio del hombre realiza a cada instante.

Así ha sucedido en todas las ciencias, así sucede por lo tanto en las ciencias sociales.

Sus verdaderos principios, como todos los que forman el más sólido fundamento del progreso humano, son contemporáneos de la América, unos, de la libertad de América, los más.

Antes no se admitía la idea de un pueblo civilizado, sino cuando había recorrido los tres grandes períodos de pastor, agricultor y fabril.

La intransigente severidad de tales principios, exigía el tránsito de un pueblo por esas tres evoluciones de la economía industrial, para discernirle el título de cultura, que de otra manera no lograba alcanzar jamás.

Un pueblo pastor, significaba una sociedad embrionaria, colocada en el primer período de su formación, y elaborando lentamente en su seno los elementos que debían elevarlo en la escala de la civilización, que el error y el atraso habían graduado.

Pero tales errores no son de la época, y el progreso moderno en todas sus manifestaciones, se ha encargado de disiparlos totalmente.

El vapor, dando seguridad y facilidades a la navegación, los ferrocarriles suprimiendo las distancias, el telégrafo ligando entre sí a todas las sociedades civilizadas, han convertido al mundo en un vasto taller de producción y de consumo.

La actividad de los cambios circula en las inmensas arterias de ese cuerpo formado por un planeta, con facilidad y rapidez, y sus efectos se extienden en cada grupo social hasta el más lejano de los miembros que lo componen.

Los pueblos no viven ya en el aislamiento, que los condenaba a marchar paso a paso, realizando lentamente las conquistas destinadas a asegurar su progreso y su perfeccionamiento.

Hoy, sus evoluciones son menos tardías, llevan impreso otro sello, y obedecen a otra tendencia.

En nuestra época, un país cuya riqueza tenga por base la ganadería, como la Provincia de Buenos Aires y las demás del litoral Argentino y Oriental, puede no obstante ser tan respetable y tan civilizado, como el que es rico por la agricultura, o el que lo es por sus abundantes minas, o por la perfección de sus fábricas.

La naturaleza de la industria, no determina por sí sola los grados de riqueza de un país, ni es el barómetro de su civilización.

La ganadería puede constituir la principal y más abundante fuente de riqueza de una nación, y esa sociedad, sin embargo, puede hallarse dotada de instituciones libres como las más adelantadas del mundo; puede tener un sistema rentístico debidamente organizado, y establecido sólida y ventajosamente su crédito exterior; puede poseer Universidades, Colegios, un periodismo abundante e ilustrado; una legislación propia, círculos literarios y científicos; pueden marchar formando parte de la inmensa falange de los civilizadores de la humanidad, sus publicistas, sus oradores, sus jurisconsultos, sus estadistas, sus médicos, sus poetas; y seguir de cerca las huellas de las escuelas más adelantadas sus ingenieros, arquitectos, pintores y músicos; cultivar finalmente, con igual éxito y con honroso afán, todos los demás ramos de utilidad u ornato, que forma la esfera recorrida por la actividad de la inteligencia humana en su giro infatigable y luminoso.

De estas ideas, a darle a un libro la tendencia que se ha observado en el que nos ocupa, no hay distancia que recorrer.

Sus límites se tocan visiblemente.

Terminaré en pocas palabras más.

Para abogar por el alivio de los males que pesan sobre esa clase de la sociedad, que la agobian y la abaten por consecuencia de un régimen defectuoso, existe la tribuna parlamentaria, la prensa periódica, los clubs, el libro, y por último el folleto, que no es una degeneración del libro, sino más bien uno de sus auxiliares, y no el menos importante.

Me he servido de este último elemento, y en cuanto a la forma empleada, el juicio solo podría pertenecer a los dominios de la literatura.

Pero en este terreno, *Martín Fierro* no sigue, ni podía seguir otra escuela, que la que es tradicional al inculto payador.

Sus desgracias, que son las de toda la clase social a que pertenece, despiertan en los que participan de su destino, un interés fácil de explicar; pues si la felicidad aleja, el infortunio aproxima.

¡Ojalá que *Martín Fierro* haga sentir a los que escuchen al calor del hogar la relación de sus padecimientos, *el deseo de poderlo leer!*

A muchos les haría caer entonces la baraja de las manos.

A punto de terminar esta carta, recibo un periódico en que se registra una correspondencia del Dr. Ricardo Gutiérrez, datada en París, en 12 de Julio último.

Interrumpí mi trabajo para leerla, aunque rápidamente, pero con el interés que me inspira cuanto sale de la pluma de ese distinguido compatriota, que parece pertenecer a aquella civilización antigua que nos admira todavía, y de la que se dijo: que todos los poetas eran sabios, y todos los sabios eran poetas.

Me permito transcribir algunos párrafos de esa correspondencia, y juzgue el lector de la oportunidad y motivo de la reproducción.

Habla el Dr. Gutiérrez:

“Por todas partes donde caminamos en las capitales del mundo, nos seduce un espectáculo grandioso; cada hombre del pueblo vive de un arte, de un oficio, de una profesión; la Francia es hecha por franceses y el Brasil por los brasileros, y así cada nación culminante con todo lo que encierra y vale, desde el fondo de la alcantarilla hasta la cruz de la torre.

“Educar el pueblo, quiere decir aquí darle medios de vida por la enseñanza del trabajo, que es el título de su significación social, el radio por el cual converge al círculo de las naciones civilizadas y su base de orden, de progreso, de aspiración y de paz; y así los europeos creen sociedades primitivas a las naciones sud americanas, porque las ven ausentes en los concursos de Exposición. El que mira sin pasión este criterio, lo encuentra ajustado a la verdad, porque los arcos y flechas del Chaco y los trozos de materia bruta que hemos dado por muestra de nuestra existencia en los certámenes de las artes y la industria universales, retrogradan lealmente hasta los tiempos de la conquista nuestra significación social. Allí es donde a veces ha oprimido el corazón esta bárbara pregunta:

“ -Y los gauchos de allá ¿son antropófagos?

-No señor, he respondido, -son cristianos, pastores, son agricultores y jornaleros; los más famosos jinetes de la tierra; son criaturas de un corazón noble y bravo, de una inteligencia sorprendente; son hospitalarios, sobrios y generosos y habituados a tan enormes trabajos rurales, que son los únicos que no les sean disputados por el incesante concurso de la inmigración”.

Bien, pues, creo que las figuras colocadas en escena en el *Martín Fierro*, no desmienten ni contradicen esos rasgos de la fisonomía moral y del carácter distintivo de nuestros gauchos, trazados con rapidez, pero con exactitud, por el autor de los párrafos que acaban de leerse.

Termino esta, con la satisfacción de hallar de este modo robustecida y confirmada mi opinión, con la de un observador prudente, a quien el espectáculo de la civilización europea, no ha debilitado sus simpatías y su admiración por la naturaleza americana, con todas sus grandezas y con todos sus defectos.

Pido a Vds. humildemente disculpa por la demasiada extensión que he dado a esta carta, y me ofrezco.

A. S. S.

José Hernández

Montevideo, Agosto 1874



Nota de los editores de la 8ª edición

“AL PÚBLICO”

Al decidirnos a dar a luz una nueva edición de *Martín Fierro*, es en vista de la gran aceptación con que ha sido recibido, desde los más adelantados centros literarios hasta las cocinas de nuestras estancias fronterizas.

Los numerosos pedidos que se han hecho constantemente de la campaña, en donde así como en la ciudad, hace más de ocho meses que no se encuentra un solo ejemplar en venta, constituyen una demostración práctica de la gran popularidad de este libro, que uno de sus críticos ha llamado con justicia *El Tío Tom*, de la República Argentina.

En el Estado Oriental no ha sido menos aplaudido, agotándose por completo, en poco días, la edición repartida allí.

Martín Fierro es incuestionablemente el libro más popular de cuantos han producido los ingenios de nuestro país; es el primero que sale de nuestras prensas y obtiene los honores de la reproducción y comentarios de las prensas europeas.

En menos de un año, ha dado la vuelta al mundo, sin que hubiera tenido el apoyo de los anuncios bombásticos, ni el patrocinio de la prensa periódica.

Aunque nos sea penoso, fuerza es confesarlo: solo cuando se ha visto la gran aceptación que este libro tenía en los países extranjeros, la prensa de nuestro país se apercibió de su mérito, lo estudió y lo hizo conocer como el verdadero *drama de la Pampa*, que no solamente viene a poner de relieve las desgracias que sufren nuestros paisanos sino que transmitirá a las generaciones venideras una fotografía fiel de la índole, costumbres, hábitos y lenguaje de ese ser tan calumniado como digno de encomio, que se llama el “Gaucho Porteño”.

El primer periódico extranjero que lo reprodujo fue el “Correo de Ultramar”; lo siguió un periódico Español y otros de las Antillas, lo que hizo que una sociedad literaria establecida en Nueva-York, acordase a su autor el título de miembro honorario de ella.

Lo han reproducido también en Montevideo, en la “Tribuna Oriental” de Paysandú, en “La época” del Rosario, en “El Noticioso” de Corrientes, en “La Prensa de Belgrano”, en “El Pueblo” de San Nicolás y en otros que no recordamos.

En la Capital ha sido reproducido casi íntegro por “La Pampa”, “La Prensa”, “La República”, y “La Libertad”.

A contar de ese momento, *Martín Fierro* ha adquirido una popularidad que ningún libro ha alcanzado en nuestro país, y nosotros creemos prestar un verdadero servicio al hacer de él una nueva edición.

LOS EDITORES DE LA 8ª EDICIÓN.



Nota de los editores de la 10ª edición

No hace todavía un año que se efectuaba un tiraje de 4.000 ejemplares y era esa la octava edición de *Martín Fierro*. Posteriormente se hizo la novena reimpresión en la ciudad del Rosario, estando ya agotadas todas, a punto de faltar ejemplares para los numerosos pedidos

que sin cesar llegan de las Provincias, Banda Oriental y Campaña de Buenos Aires.

Esto nos ha decidido a procurarnos el derecho de darle a la estampa una décima edición depurando el texto de errores tipográficos de que no ha sido posible expurgar por completo los precedentes.

El tiraje actual es de cinco mil copias, y con él podremos servir durante algunos meses la demanda constante y siempre creciente que de todos los pueblos Sud-Americanos se hace buscando este libro original, que en medio del choque de tantos intereses ha conseguido labrarse una posición envidiable en las letras argentinas. Su autor, el señor Hernández, no ha querido hacer las mejoras que en su concepto reclama el plan orgánico de su producción. Él ha caído en cuenta que se expondría a desvirtuar una de sus principales condiciones de popularidad, la sencillez, la incorrección misma con que se aproxima muchas veces al sentimiento estético del gaucho. Él, como muchos de sus amigos y críticos, opina que cuanto más se acerque literariamente su poema a las artesonadas academias, tanto más se desviará de la senda que conduce al rancho; y sin hacer desaire a los lectores ilustrados, el *Martín Fierro* tiene su liceo en la Pampa; y es después de las fatigas de la yerra, en las tardes serenas de la esquila o cuando el labrador ha entregado la dorada simiente al surco donde germina la mies, que los cantos de su héroe endulzan la velada en la modesta vida del campo.

Donde hay un lector y un cuaderno de *Martín Fierro*, la baraja y la taba están ociosos y los gauchos sentados e inmóviles a la incierta luz de un mal candil, pasan horas enteras entregados al canto de esa pintura vivaz e ingeniosa de los dramas animados y palpitantes del desierto.

Este libro lleva en sus páginas los gérmenes fecundos de una reacción moral en las costumbres argentinas. Él despierta sentimientos nobles y dulces en los habitantes del campo, modifica sus hábitos y llegará a rehabilitarlos en el concepto público.

Hacer que el gaucho lea o escuche lo que comprende, aquello que es capaz de analizar formando juicio sin necesidad de intérprete, es ir desarrollando gradualmente su inteligencia. El choque de ideas humildes, si bien varoniles, rebotando en su cerebro, le enseñará a diseñarse un progreso tangible en su ser moral.

Al gaucho es preciso hablarle de lo que le rodea: el círculo de su pensamiento es estrecho y no abarca lo que no es sensible a los sentidos.

Ensayar su mejora sin buscar el apropiado elemento, es gastar tiempo y dinero sin resultado. Poner a su alcance un libro como el presente, es dar principio a la hermosa tarea de levantar su espíritu al nivel de su valor, haciendo de él un verdadero ciudadano, un auxiliar ilustrado de la democracia.

Buenos Aires, Enero de 1876.
LOS EDITORES DE LA 10ª EDICIÓN



Nota de los editores de la 11ª edición

Cuando hace dos años se anunció un tiraje de cinco mil ejemplares del *Martín Fierro*, los que no saben apreciar la boga y popularidad de este poema, vaticinaron que con este número habría para medio siglo. Empero, semejante cálculo ha resultado tan erróneo que es ya necesario precipitar una reimpresión porque no se encuentra un solo ejemplar en las librerías.

Al tomar a nuestro cargo esta edición XI, creemos llenar una exigencia vivamente sentida por el público de la campaña y provincias, de donde afluyen numerosos y constantes pedidos.

El *Martín Fierro* es hoy considerado como la producción más insinuante y de trascendental influencia en las costumbres y civilización de las masas campesinas.

Libro de alta crítica y de profunda filosofía, encubierta bajo la forma galana del verso, atrae y seduce los lectores; educa y moraliza el sentimiento del paisano agreste, y despierta el afán de leerlo en la inteligencia adormecida del más ignorante de nuestros gauchos.

Tan singular producción, que causa maravilla cuando se estudia el progreso de su carrera, no vive y ensancha su crédito por una belleza literaria que no le falta, sino porque destinada especialmente a defender una clase abatida por los abusos del poderoso, cada uno de esos habitantes de la campaña necesita buscar en la lectura la razón de su derecho, casi siempre desconocido, y tener a la vista el drama palpitan-

te del sufrimiento y de la desolación, que una política errada presenta cada día en las vastas soledades del desierto.

Su autor, el señor Hernández, persiste en no hacer alteraciones a su brillante trabajo, fundándose en los motivos que adujo en el prólogo de la edición precedente. Por nuestra parte encontramos atinada esta resolución, creyendo que si el *Martín Fierro* se ha popularizado en algunos lugares, es porque esos lugares contribuyen al favor público que le rodea en la vasta extensión de la República Argentina, por cuyos apartados ranchos van distribuidos hasta la fecha más de cuarenta mil ejemplares; circunstancia que lo constituye el único libro de autor argentino que haya merecido tan constante como decidida protección.

Buenos Aires, Julio de 1878.

LOS EDITORES DE LA 11ª EDICIÓN



Importante carta del editor de la 10ª edición

Buenos Aires, Julio 15 de 1882

Señor D. José Hernández.

Mi estimado señor.

Cumplo gustoso el deber de comunicar a Vd. que acabo de vender el último número de la edición de OCHO MIL ejemplares de su popular *Martín Fierro*, según el contrato que celebramos en Agosto 8 de 1878, y cuya numerosa edición se puso a circulación el 1º de Diciembre del mismo año. Al dar a Vd. este aviso, no solo me guía el propósito de cumplir un deber de mi parte, sino también comunicarle un hecho nuevo y sin precedentes en el comercio de libros de esta ciudad.

Cualquier persona, por alejada que viva del movimiento literario, sabe perfectamente cuán difícil es entre nosotros dar circulación en breve tiempo a una obra nacional no importa cuál sea el tema, el autor, el precio o la oportunidad de su aparición.

Mi experiencia de largos años en el ramo de librería, me aconsejaba tomar siempre con prudente reserva las ediciones que se me ofrecían de obras originales del país, o de traducciones hechas en el mismo, porque la venta morosa, el escaso gusto por la buena lectura, la competencia que hasta hace poco suscitaba la falta de una ley de propiedad literaria, hacían ruinosas, o por lo menos sumamente peligrosas para un editor las especulaciones que emprendiera.

Pero *Martín Fierro* me ha sorprendido. He colocado sin esfuerzo, sin dificultad, y sin ejercitar medios extraordinarios de publicidad, los OCHO MIL ejemplares de mi contrato con Vd.

Sabía por algunos colegas a quienes Vd. cedió anteriormente el derecho de edición, los buenos resultados que obtuvieron, mas no me constaba del todo, como me consta hoy por la prueba personal que he ejecutado.

La bibliografía argentina debería recoger y cimentar este verdadero acontecimiento pues tiene notoria significación, porque se trata nada menos que de una publicación nacional, cuyo tiraje llega ya a la asombrosa suma de CINCUENTA MIL ejemplares, desde el día que vio por primera vez la luz pública.

No me toca a mí, editor de su obra, entrar en apreciaciones sobre su importancia moral y literaria, acerca de la cual se han pronunciado tan ventajosamente los más distinguidos críticos de esta República, de otras del Continente y aún de la misma Europa, pero sí me correspondería ser el eco principal, el testimonio fehaciente de los miles de lectores que han comprado la numerosa edición hecha en mi casa.

Felicitando al señor Hernández por el espléndido y merecido éxito que ha alcanzado *Martín Fierro* entre sus compatriotas, y aún entre los que desde el extranjero se interesan por nuestro adelanto intelectual, y literario, solo me resta pedirle me envíe una cantidad de la nueva edición que haga, para responder a los frecuentes pedidos que recibo constantemente, aceptando la seguridad de mi mayor consideración y estima.

De V., affmo amigo

José Puig y Clavera

Casa de V. - Calle Victoria núm. 287

OTROS POEMAS

1855-1878



Criterios seguidos en la edición de los *Otros poemas*

La sección “Otros poemas” está integrada por varias composiciones que Hernández fue publicando de manera alternada, en diferentes periódicos y calendarios de su época, y algunos circularon por la vía privada de su epistolario. En su época fueron ignorados casi absolutamente, y luego la crítica, en inevitable comparación con el *Martín Fierro*, los entregó al olvido.

La compilación de estos textos incluye un primer poema de cierto clasicismo escrito por un joven y desconocido José Hernández (“A mi amigo D.R.L.B.”), los poemas gauchescos atribuidos por Fermín Chávez (cielitos firmados por *Juan Barriales*), los gauchescos firmados con su seudónimo *José Pepe* (“Improvisación” y “Cantares”), la poesía culta (“A Carolina”, “A Ana”, “Los dos besos”, “Después del teatro”, “El Carpintero”, “Cantares” [II], “El viejo y la niña” y “Cantares” [III]), y por último el poema dedicado a Blanes, firmado ya como *Martín Fierro*.

Para la transcripción se recurrió a las fuentes que son citadas en nota en cada oportunidad. Al igual que en el resto del material compilado se respetan las mayúsculas y los resaltados de Hernández, se moderniza la ortografía y se corrigen los errores de tipeo.

A mi amigo D.R.L.B¹

Desgracia será tal vez,
Fatalidad o destino;
Mas por Dios, que no adivino
Lo que en sí podrá ser.

Seré tal vez mentecato,
O será mi hado perverso,
Lo cierto es que un “*buen plato*”
No lo doy por un “*buen verso*”.

Un verso, mala polilla,
Un jamón, nunca me asusta,
Más me alimenta y me gusta,
Que la “Araucana” de Ercilla.

Y amigo aunque te hagas cruces
O me apellides Petate;
Porque en el siglo de luces
Sostengo tal disparate:

De versos me hallo repleto
Si estoy ávido de pan,
O si esperando “*un soneto*”
Mis mandíbulas están.

Y yo no mentiré amigo
Aunque sepa verme muerto;

¹ *La Tribuna*, Buenos Aires, 20 de mayo de 1855, año 2, n.º 517, pág. 2, col. 6. Consultado en la Biblioteca Pública de la Universidad de La Plata, periódico n.º 306. Este curioso poema de Hernández no es mencionado por ninguno de sus biógrafos más destacados. Ni Fermín Chávez, ni Tulio Halperín Donghi ni Horacio Zorraquín Becú parecen tener idea de su existencia, sin embargo, Joaquín Gil, de donde tomamos la referencia, lo había publicado en su edición del *Martín Fierro* de 1968 (Buenos Aires, Editorial El Comercio, 2 volúmenes, tomo II, págs. 183 y 184). Las alusiones cultas que trae esta primera obra poética de Hernández son muy reveladoras, así como también el hecho de que haya sido publicada en el órgano de los Varela, sus futuros contrincantes políticos. Lamentablemente en el periódico no hay ningún indicio que permita descubrir el nombre de “D.R.L.B.”

Pues lo que te digo es cierto,
Sí, es cierto lo que te digo.

Quien os viera querido siendo poeta
Y por ser demasiado espiritual,
Alimentarte solo en cuartetos
Con poemas o sonetos, que es igual.

Tragar a Chateaubriand en verso y prosa,
O un volumen de cuentos y ficciones
Y alimentar tu vida fabulosa
Con solo pensamientos e ilusiones.

Que en todo lo que es tierra y el día alumbre
Nadie creará por Dios que te recreas,
En la negra y mortífera costumbre
De almorzar cuentos y cenar ideas.

Y mientras otros sin pensar comían,
Trinchar vos una hermosa redondilla,
O beberte un “*idilio*” si bebían,
O mascar por pinchón una quintilla.

O si acaso la necia y ruda gente
Devoraba charlando, un almacén,
Tú despreciarlo todo, que tu mente
Te elevaba, fantástico, un Edén.

Pero sostén tu tema, es un bendito,
El ser que se alimenta con lo ideal,
Y si acaso sintieres apetito
Despreciadle, que es “*hombre angelical*”.

Que yo os quiero decir y no haya litis,
O si os place llamadme necio o tonto,
Declaradle la guerra a la “gastritis”
Y llegaréis a espíritu bien pronto.

Y os sostendré gritando con respeto,
Que es mejor el efecto de un pichón
Que el de todas las obras de Moreto
De Tirso de Molina o Calderón.

Y te diré por prueba (es poca cosa
Pues el arte no encuentra en mí su ruina)
Más quiero una mujer aunque horrorosa,
Que toda una deidad pintada y fina.

Pero en fin, cada loco con su tema,
Despreciad si os parece lo que digo,
Es el mío de comer, como y me llena,
Es el vuestro lo ideal, idead amigo.

José Hernández

Un cielito ateruterao dirigido a Aniceto el Gallipavo²

Amigo del Uruguay,
Publíqueme esa versada
En que dejo contestada
La que en el Nacional hay
De Ño Ascasubi; y velay
Si me ando yo con ambajes,
Si con todos mis errajes
No le muento por el rabo,

² *El Nacional Argentino*, Paraná, 20 de abril de 1859, 5ta. Época, año VIII, n.º 917, pág. 3, cols. 4 y 5. El cielito va anticipado de un título “Versos al estilo paisano” e introducido por un copete que explica cómo han llegado estos versos al periódico. Fermín Chávez atribuye esta firma “Juan Barriales” a José Hernández, y publica estos poemas en su obra *José Hernández, periodista, político y poeta* (Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, Ministerio de Educación y Justicia, 1959). Julio Schwartzman considera que la decisión de Chávez de atribuir el seudónimo a Hernández está basada en “elementos de juicio poco convincentes”. (Schvartzman, Julio, *Letras gauchas*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2013, pág. 266).

Al payador Gallipabo
Con que gayan los salvajes.

Juan Barriales

Cielito, cielo que sí,
Cielito ateruterao,
Qué susto que se ha mamao
El gallo de Valentín.

¡Eh pucha! El mulato viejo
Si por poco se desmonta:
Le vio los pies a la sota
Y cuasi dejó el pellejo.

Dis que un mocito recrudo
Le dijo que ya iba Urquiza
Y le mostró la divisa
Y la lengua le hizo ñudo
Al payador tan mentao,
Y a su casa se largó
Y a acomodar empezó
Las pilchas de su recaó.

Y ande demonio juiré
Con todo lo que he robao,
Ya me doy por trajinao,
Le decía a su mujer,
Urquiza viene, ¡canejo!
Con treinta mil provincianos,
Correntinos y Entrerrianos,
Y nos derrota; ¡eso es viejo!

Aquí no hay ningún soldao,
Ni vale enganche ni leva,
El pueblo se nos susleva
Porque lo hemos estropeao.

Mas dis, que vino a buscar
Entonce a la misma casa
La negra con que se casa
El rubio del Nacional.

Y al verlo al gallo cortao,
Le dijo, amigo, de cierto,
Lo veo a Ud. medio muerto,
Diga lo que le ha pasao.

Entonce le refirió
El cuento de la devisa,
Y exclamó, ¡barajo!, Urquiza
De esta vez nos trajinó.
-Cállese, amigo Aniceto,
Si lo asusta la invasión,
Que no vaya a oírlo el patrón,
Guarde su miedo en secreto;
Muestre que tiene confianza
En que Urquiza no vendrá,
Que mientras no llegue acá
Continúa la pitanza.

Yo me alegro de la guerra,
Que es la revolución
De robar buena ocasión
Y largarnos a otra tierra.
Que ya están muy esplotaos
Estos porteños macacos,
Se están poniendo bellacos
Y nosotros apocaos.

Lo mismo piensa el gobierno,
Aumentemos la pitanza,
Finjiéndonos con confianza
Cuando nos lleva el infierno.
Mientras Urquiza se mueve
Tiempo hay de hacer nuestro lío,

Y embarcarnos en el río
A donde el viento nos lleve.

.....

Se le volvió el alma al pecho;
Y asustao del mismo susto,
En un cielito mal hecho
Se le enderezó a D. Justo.

Y velay la rilación
De la nueva versotiada,
Y dejándola contada
A mi cielo vuelvo yo.

.....

Cielito, cielo que sí,
Cielito, cielo que no,
Que el Gayo ya está asustao
Y de miedo cacareó.

Allá nos vamos, motoso,
Te lo dice Juan Barriales,
A hacerte largar los riales
Que te prestamos, roñoso,
Al venir del otro lao
Arrastrando las chancletas
Y a quitarte las pesetas
Que en Colón has manoteao.

Cielito, cielo que sí,
Cielito de la divisa,
El susto que te has chupao
Que lo cante la camisa.

Cuando ño Alsina se juya
Te has de quedar atrasao,
Si no te lleva de criao

Te ha de olvidar en la buya.
Y si Gómez, tu pariente
No te salva cuando se hunda,
Después de darte una tunda
Te he de sacar de asistente.

Cielito, cielo que sí,
Cielito y cielito duro;
Este cielo es pa ño Gómez
Aficionao a lo oscuro.

Ahijuna el mocito quiebra
No hay patria que no haga suya
Para morder en la buya
Y hacerse de alguna negra.
Pero de esta hecha al negrero
Si lo toma mi partida,
Me lavará su querida,
Y él será mi cocinero.

Aunque mejor creo fuera
Lo separe de la tía,
Que ha de ser fiera la cría
De alazán y negro overa.
Y mejor fuera, ¡barajo!
Pa asegurar su servicio
Y quitarle el negro vicio
El dejarlo de retajo.

Cielito, y cielo, ¡y más cielo!
Que los salvajes de susto
Que les causa mi Don Justo
Se consuelan con el hielo.

Pero el soldado entrerriano
No hay fatiga que lo mate,
Le mesmo marcha y combate
En invierno que en verano.

Cuenta meses por victorias
Los salvajes bien lo saben,
Y mientras que no se acaben
Nos han de dar otras glorias.

Cielito y cielo de gloria
Que es cielo de federales,
Cielito que la victoria
Es pa los bravos y leales.

Urquiza, Galarza, Almada,
Zalazar y Caraballo;
Lanza en ristre y a caballo
Os preparan la sableada.
Celis, Berón y Waldino,
Navarro, los Castro y Paso,
Palma y Basabilbaso,
Borrajo, Hereñú y Aquino.

Los González y Quesada,
D. José Urquiza y García,
Y mil bravos que a porfía
Se disputan la vanguardia.
Y aunque me olvido de Caminos,
De Gutiérrez y otros veinte,
A cual de ellos más valiente,
De Urquiza soldados dinos.

Vamos que salgan pajuera
Vuestros héroes pollerudos,
Han de salir cual peludos
Disparando pa las cuevas
Desde el primer empellón,
Y allí han de sufrir humasos,
Y no ha de safarse del lazo
Ni el payador pardejón.

Cielito de los celajes
Y cielo de la invasión
Contra desnudos Salvajes
Y salvajes de faldón.

A Buenos Aires marchemos,
Libertad, Federación,
Leyes y Constitución
Para él le conquistaremos.

Salvajes y mazorqueros
Los Enemigos son pocos,
Y de miedo ya están locos
Por dejar los avisperos.

Cielito, cielo que sí,
Cielito de la catinga,
Para Gómez y Ascasubi
En este cielo- Geringa.

Memorias a tu mujer
Aniceta la Gallina,
A la hembra vieja de Alsina
Y a Carlota *todas tres*.
Y diles que allá les va
De gallos un buen repuesto,
Que dé cuenta, por supuesto,
De los que hay en el corral.

Cielito, cielo que sí,
Cielito de los decentes,
Que al partido unitario
Lo forman hoy güeñas gentes.

Y con este cielo date
Por ahora contestao.
Y date por trajinao
Y a disparar preparáte.

Pero ¿y ande te has de dir?
Si te escapabas de esa jaula,
¡Eres un mulo muy maulla!
Ni a venderte en el Brasil.

Cielito, cielo más cielo,
Cielito de la fusión.
Federales y unitarios
Vamos a dar la junción.

Todos güenos federales
Por la ley constitución
Contra una torpe gavilla,
Contra un partido ladrón
De asesinos y bandidos
De toda cría y nación
Que se apellida unitario
Por formar una fasión.

Cielito, cielo que sí,
Cielito por conclusión,
Muera el mulato Ascasubi
De todos el más ladrón.

El cielito de la luz dedicado al Ejército que va a invadir Güenos Aires³

Amigo del Uruguay,
Su acogida me ha alentao,
Me ha engreído y entusiasmao
Y otro cielito ¡velay!

El cielito de la luz
Que a los salvajes rateros,
Unitarios mazorqueros

³ *El Nacional Argentino*, Paraná, 28 de abril de 1859, 5ta. época, año VIII, n.º 921, pág. 2, cols. 1, 2, 3 y 4

Hará correr cual ñandús.
Este cielo es más decente
Pues no se habla del mulato,
Me entretengo solo un rato
Cantándole a nuestra gente.

Que está tan entusiasmada
Mejor diré enfurecida,
Por pegarle una corrida
A la endina salvajada.

Que en Güenos Aires está,
Y deshacerles el nido,
Y dejar bien constituido
Nuestro país en libertá.

Son mis versos federales:
Quien no querra, que reviente,
Y si no que se presiente
Al Sargento

Juan Barriales.

Cielito, cielo que sí,
Cielito con rilación,
Este cielo es de la luz,
El cielito de la invasión.

Desde que el 3 de Febrero
Al tirano redotamos,
Y la patria libertamos
En los campos de Casero.

Unitarios y Federales
Nos abrazamos hermanos,
Elevando en nuestras manos
El pabellón nacional;

E hicimos el juramento
De constituir la nación,
Bajo el santo pensamiento
De la federal unión.

Y gozosos aclamamos
A Urquiza el Libertador
De la patria Salvador
Y ser fieles le juramos.

Y dende entonces se vido
Al argentino feliz,
Y a nuestro pais constituido
En paz dichoso vivir.

Mas luego se suslevaron
Cuatro pillos predularios,
Que llamándose unitarios
Con Güenos Aires se alzaron.

Esos malevos traidores,
Mazorqueros y unitarios
Son salvajes salteadores
Asesinos y falsarios.

Cielito, cielo que sí,
Y cielito federal;
Marchemos a Güenos Aires,
Aquel pueblo a libertar.

Porque gime esclavisao
Bajo estraño bagualaje,
Y pa salvar del salvaje
Nuestro auxilio ha reclamao.

Y agregarse a la Nación
Que será más grande unida,

Siendo toda ella regida
Por nuestra constitución.

Y porque mientras susista
Esa cuadrilla endiablada
Nos ha de enredar la lista,
La quietud amenazada.

Y nuestros bienes, de juro,
Lo mesmo que nuestra tierra
Amenazados de guerra
En que nada está seguro;

Pues no es la primera vez
Que ese partido ladrón
Nos ha atacado a traición
No más que pa revolver,

Pa matar y pa robar,
Sacar el bolsico lleno,
Que a esos les gusta engordar
Haraganes con lo ajeno.

Militares pelandruscos
Y dotores embrollones
Son pa robar como leones
Y pa pelear como cuscos.

Cielito, cielo que no,
Cielito de la venganza,
A espaldas la tercerola,
Empuñemos sable y lanza.

Corramos a defender
Al Capitán General,
Que han querido acometer
A traición con el puñal.

De Benavídez la muerte,
De Costa y sus compañeros
El infortún de la suerte
Castiguemos justicieros.

Y los robos y pillajes
Que en Güenos Aires han hecho,
Cuyas leyes han deshecho
Los mazorqueros salvajes.

Y la patria asiguremos
La ley y su libertá
Pa nuestros hijos ganemos
Paz y prosperidad.

Cielito, cielo que sí,
Cielito del mes de Mayo,
¡no hay mejor mes pa pelear!
¡venga pronto mi caballo!

Que esta campaña es cortita,
Es campaña de mi flor,
Es como andar de rosita
Disfrutando una junción.

Lo menos de treinta mil
Va un ejército argentino,
Y va solo por lucir,
Pues no hay enemigo dino.

El enemigo salvaje
Son unos cuantos bellacos,
Cobardes como macacos,
Y purito canallaje.

Que la derrota, ¡canejo!
La cuentan tan a la fija,

Que están como bagual viejo
Con la cincha a la verija.

Cielito, cielo que no,
A los salvajes contemos,
Y si son cuatro amolaos,
Nombrándolos, lo sabremos.

Mitre, el acreditao,
El primero se presienta,
A gatas con la osamenta
Como burro agusanao.

Amigo retiresé
Usía parece muermo;
En la cama acuestesé,
Está usía mu enfermo.

Mire que de un estornudo
Usía va a dar al suelo,
Que de ori nomás este cielo
Se pone ya tartamudo.

¡Saque a luz esa pajuela!
Nosotros indios no somos,
Prepárese para la vela,
No nos rejuya los lomos.

No dispare pa el corral,
Salga ajuera con sus bravos,
Y alíñelos por los rabos
Para hacerlos disparar.

No es esto jugar al mus
Y jugar plata mochada,
Le ha e quedar encandilada
La vista de tanta luz.

Esto no es el balaquear
Siguro en una carpeta;
Bedia no lo ha e salvar
De que la vela le meta.

El más triste federal;
Despídase del gobierno,
Su ánima mande al infierno,
¡dé por muerto su animal!

Cielito, cielo que sí,
La burla de nuestra gente,
Agorita sale el Hornos
Que de Mitre es el Teniente.

Y el bravo de los doctores
Como los Riestras y Alsinas,
Que entre puritas gallinas
Los zorros son vencedores.

Salga el guazapo sin gente
Al frente de una gringada,
A entregarla maniatada
Y a disparar como siempre.

Es guazapo pa roncar
Y largar una bravata,
Y hacerse aflojar la plata
Que Alsina sabe robar.

Mas cuando los nuestros lleguen
Primero como nenguno,
Como disparó el veintiuno
No esperará que lo frieguen.

Cielito, cielo que sí,
Cielito contra el salvaje,

Todos los demás que quedan
Es purito sabalaje.

Como Paunero vinchuca,
Que es engreido y valeroso,
Como un tigre de furioso
Pa espulgarle la peluca.

Rivas, Bedias, y otros tales,
Sotelo el cojo, y el Gato,
Ño Juan Martín el mulato
Y otros gauchos orientales.

Que por la paga galgüeando
Sirven a la pandilla,
Pues ya están desesperando
De golver a la otra orilla.

De los demás yo no hablo
Y es que no sabré endilgar,
Si cuando hemos de atacar
Serán de Dios o del Diablo.

No todos allí son judas
Los que parecen agora,
Que están nomás por... las dudas
Hasta que llegue la hora.

Cielito, cielo que no,
Cielito de tinterillos,
Que están ya por disparar
Con la mano en los fundillos.

Formarán güen regimiento
De varias armas, armado,
Con su barriga Obligado
Y con palmeta Sarmiento.

Alsina con su casaca,
Vélez con su narigueta,
Elizalde con matraca,
Varela de güey corneta.

Gómez de una cacerola
Que le emprestó la negrita,
La Casa de espada sola
Y bastante suciesita.

Todos marchando hacia el bajo
Para ganar algún bote,
Lo que no olerán, ¡barajo!
Atajaos por el cerote.

Ya güelen a maiz tostao
Y ya gieden a podrido
Del julepe que han mamao
Aun sin haber invadido.

Qué será cuando ya sientan
Los treinta mil guerrilleros
¡Con infantes y artilleros!
Como escuerzos se revientan.

¡De cobardía y de rabia!
Lo que les muestren los sables
Entonce a esos miserables
Se les ha e concluir la labia.

Cielito, cielo que no,
Y vaya un cielo a la fija,
Los corremos con la vaina
Y nos basta la manija.

Que de pura ostentación
Con ejército formal,

Les va a pegar el tirón
El Capitán General.

Y López el Brigadiel
Que a vanguardia marchará
Y a su mando llevará
Los bravos de Santa Fe.

Los porteños emigraos
Que marcharán a sus pagos
Mansilla y el guapo Lagos
Dos generales mentaos.

Y con todos los demás
Que se vayan separando
Y se van incorporando
A la fuerza nacional.

Y Virasoro también
El Bravo D. Benjamín
Que el grado supo adquirir
De General Brigadiel.

Cielito, cielo que sí,
Cielito de la victoria,
De pocos es la redota
Y para muchos la gloria.

Vamos a pasar revista
Al Ejército de D. Justo
Pa que nadie se resista
En Güenos Aires al susto.

Mentaremos los valientes
De comandantes pa arriba,
Dejando que se conciba
El número de tenientes.

Mayores y capitanes
De treinta mil guerrilleros:
¡Y vayan echando planes
Los salvajes mazorqueros!

Que de esta hecha se la llevan
Los diablos a la pandilla,
Y dos salvajes no quedan
Ni siquiera pa semilla.

Cielito, cielo que sí,
Cielito contra traidores:
¡Que vivan los Entrerrianos
En Caseros vencedores!

Los valientes Generales
Galarza y el viejo Almada
Mandarán esta parada
De Entrerrianos federales.

Celis, Berón y Waldino,
Navarro, los Castro y Paso,
Palma y Basabilvaso,
Borrajo, Hereñú y Aquino.

Zalazar y Caraballo,
Seguí, Denis y Maidana,
Con pura gente Entrerriana
Lanza en ristre y a caballo.

D. José Urquiza y Quesada,
Santa Cruz de artillería,
Los dos González, García,
Os preparan la volteada.

Y aun me olvido de Caminos,
De Gutiérrez y otros veinte

A cuál de ellos más valiente
De Urquiza soldados dinos.

Cielito, cielo que sí,
Cielito de Nacionales,
De Santa Fe y Güenos Aires
¡Que vivan los federales!

Pedro Rosas y Belgrano,
Lima, Goitea, D. Polonio,
Burgoa, D. José Antonio,
Y Lamela el veterano;

Los tres Rodríguez y Fraga:
Y pa que os den güenos sustos,
Van pa el Sur Olmos y Bustos
Y pa el Norte Lusuriaga.

Con Fernández y Ceballo,
Con Pita y José Basualdo,
Que os han de dar un güen caldo
Pero caldo de caballo.

Y el bravo viejo Laprida,
Lensina y dos Esquiveles,
Y veinte más Coroneles
Pa que os atajen la juida.

Y de Ponce y López no hablo
González Francisco y Juan,
Centeno y otros cien más
Con el hijo de D. Pablo.

Unos *Corderos* que son
En la guerra como leones,
Los Carazas, dos guapones,
Y leales a la Nación.

Fontes, Nadal y Serranos,
Porteños y Correntino,
Que a todos los hizo hermanos
El pabellón Argentino.

Cielito, cielo que sí,
Cielito y cielito bello;
Que de ver nomás la lista
Se les ataja el resuello.

¡Vamos! Salid miserables:
Contad vuestros unitarios
Y los hombres mercenarios
Que manejan bien los sables.

Con qué saldréis a la lucha
¡Vamos decid, fanfarrones!
Si ensuciaos en los calzones
No os largaréis... a la pucha...

Y Güenos Aires será
De su nombre otra vez dino,
Y otra vez empuñará
El pabellón Argentino.

¡Gloria a sus hijos leales!
¡Que mueran los salvajones,
Los asesinos ladrones!
¡Y vivan los federales!

Cielito, cielo que sí,
¡Y cielito nacional!
¡Viva la patria argentina!
¡Viva la unión federal!

¡Viva el General Urquiza!
Viva la constitución,

Y que viva la divisa
Federal de la Nación.

A CAROLINA⁴

Yo un permiso te pedí,
Más que un permiso, un favor;
Y, por vengaros de mí
Aunque están todas en ti,
Tú me pediste una flor.

El permiso a pedir vengo
Y así ese permiso dad,
No os daré flor, os prevengo,
Porque yo otra flor no tengo
Sino la flor de mi edad.

Pero, no queda concluido
Aqueste asunto contigo,
Pues el permiso pedido
Es tal que, si es concedido,
Más que favor, es castigo.

Pues si el permiso concedes
Me haces un mal que apetezco,
Con tal que contenta quedes;
Si lo niegas, como puedes,
Me haces un mal que agradezco.

Y es tal y tanto el enredo,
En el enredado estoy,
Que aun puedo, lo que puedo;
Si me dices queda, quedo,
Y si me dices vete, voy.

⁴ Según Joaquín Gil, de quien se toma la edición, Hernández escribe estas quintillas en el álbum de su futura esposa, en mayo de 1862 (*Op. cit.*, t. II, pág. 185).

Y en tu mandato, a la vez,
Habrá castigo y favor;
Si me quedo, el favor es
El verte; pero, ya ves,
Tú te quedas sin la flor.

A ANA, REMITIÉNDOLE UN LIBRO⁵

Allá va otro Martín Fierro,
Allá va otro pobre gaucho
Presa siempre de infortunios,
No estrañará viajar tanto
Mandé gustoso el primero,
Por supuesto- con encargo
De darte- si lo dejaban...
Mil recuerdos... y un abrazo.
Pero sé que el infeliz
Víctima siempre de su hado,
Ni pudo el abrazo darte
Ni paró mucho en tus manos.
Yo sé que el pobre Martín
Tendría pena de dejaros,
Pues los afectos de su alma
Sólo yo, puedo explicarlos.
Yo sé que si en su guitarra
Hiriendo la cuerda ufano,
Os hubiera dicho Adiós
No habrías dejado llevarlo.
Que en sentidas vibraciones,
Sentidas trovas lanzando

⁵ Publicado por primera vez en el Boletín Oficial n.º 24 de Argentores (octubre de 1939, págs. 6 y 7), gracias a la gentileza de María Teresa Hernández de Marengo, luego de una visita que hicieron las cuatro hijas de Hernández a la institución como herederas de los derechos de autor de su padre. Junto con el texto se ofrece una reproducción facsimilar de los primeros versos y del final de la carta-poema que Hernández dirige a una amiga Ana (referencia que no hemos podido reponer), desde Montevideo, con motivo de enviarle una edición de *El gaucho Martín Fierro*. Dardo Cúneo lo publicó luego en su edición de Hernández, José, *Los otros poemas*, Buenos Aires, Américallee, 1968.

El triste Adiós de sus quejas
Sería para vos amargo.
Mas su negra desventura
Lo persigue sin descanso
Y obra fue de sus desdichas
El regalar mi regalo.
Mas, si os llevó la inconstancia,
Ni es nuevo, ni yo la extraño,
Que a quien ha sufrido tantas,
Una más- no causa espanto.
Y el hecho, disculpesé,
Como muy sencillo y claro,
Con decir que al doctor Hostos
Se lo ofreció Narizano.
Que tuvo él, deseos de verlo,
Y que Hostos es Literato,
Y que iba a sacar provecho
Con su lectura el Cubano.
Que te animó Carolina
A que hicieras el regalo,
Que lo sentías en el alma,
Mas no pudiste evitarlo;
Y otras causas y razones
Puedes buscar para el caso,
Siempre ha de ser pa mí
Razones de pie de banco.
Pues yo soy viejo machucho
Cargado de desencantos
Y a Udes. nunca les falta
Una mentirilla a mano.
Y si llegara a faltarles,
Sería un fenómeno raro
Sería cosa de decir
Que todo el sexo ha cambiado.
Que el fin del mundo se acerca,
Que amenaza devorarnos
Alguna plaga insaciable
O algún cataclismo bárbaro.

Que se convierten en fieras
Los inocentes canarios,
Y que sus trinos dulcísimos
Son rugidos y no cantos.
Que el arroyo que entre flores
Va tranquilo murmurando
Se hace el torrente impetuoso
Que arrebatara los peñascos.
Que el tiempo cesa en su curso,
Se cansa el sol de alumbrarnos.
Que se rompa el equilibrio
En que descansan los astros.
Que en verdadera milonga
Se convierten los espacios,
Que todo es perturbación
Y desquicio y descalabro.
Que todo esto lo creyera
Y mucho más- y más raro
Y no que una hija de Eva
No tenga siempre a la mano
Una, dos, diez mentirillas
Para salir del mal paso.
Y admirado de ese don
De ese privilegio raro,
De esa inventiva fecunda
Con que Dios las ha adornado;
Con una cara de idiota,
Lleno de asombro y de pasmo,
Con tamaña boca abierta
Suelo estar al contemplarlo.
Pero me cansa el romance,
Que por cierto es bien cansado
Y debo ponerte punto,
Pues el negocio va largo.
Y lo dejo a Martín Fierro
Que te hable en lenguaje gaucho.
Él te dirá de mi parte
Todo cuanto yo le encargo.

Martín Fierro:
Aquí estoy Señora mía,
Aquí vengo a su servicio,
No tengo ningún oficio
Soy pobre como una rata,
Me suele faltar la plata,
Pero no me faltan vicios.

Tengo encargue de decirle
De parte de mi patrón,
Que me tire en un rincón
Y me coman las ucuchas,
Pues mis desgracias son muchas
Y es poca su compasión.

No sorprende la inconstancia
Ni el desdén en la mujer,
Pues en no saber querer
Cifran toda su virtud,
Son para una ingratitud
Como mandadas a hacer.

Cuentan que de una costilla
Dios la fabricó en un rato;
Mas si me dan el barato
Yo les voy a hacer saber
De lo que hizo a la mujer
Fue de la cola de un gato.

Y me encarga que le diga
Que me guarde por aquí,
No me haga correr a mí
La misma suerte que al otro,
Que estime a este pobre gaucho
Que dentro al Parnaso en potro.

Y esas mesmitas palabras
Me ha dicho que le repita,

Yo soy un gaucho mulita
Más redondo que una jota...
Y el pecho se me alborota
Viendo una niña bonita.

Y en voluntá de servirla
No hay naidas que me aventaje,
Muchos recuerdos le traje,
Y aquí estoy a su mandao,
Y mi patrón se ha quedao
Con envidia de mi viaje.

J. Hernández
Montevideo, diciembre 22 de 1873

IMPROVISACIÓN⁶

Con permiso el Redactor,
Lectoras, voy a cantarles,
Canciones a improvisarles
Sin pretensión de cantor;
Y pido solo al Señor
Lleguen estas a gustarles.

Pues... “*ande* otro criollo pasa”
“Martín Fierro ha de pasar”
“Nada me hace recular”
“Ni los fantasmas me espantan”
“Y *dende* que todos cantan”
“Yo también quiero cantar”.

Lo dijo así Martín padre
Cantando con gran primor,
Y yo dije, pues señor,
Las décimas no me espantan;

⁶ *El Martín Fierro*, publicación satírico-burlesca, Buenos Aires, lunes 18 de septiembre de 1876, Año 1, n.º 3, pág. 2, col. 1.

Donde otros guapos las cantan
Yo también seré cantor.

Y a salud de las puebleras
Morochitas coquetonas,
De las rubias tan mononas,
Sin tregua y a todas horas
Voy a cantarles, lectoras,
Niñas, viejas o jamonas.

Niñas, viejas o jamonas,
Hoy *tuitas* me son iguales,
Pues son los casos casuales
En que me gusta una sola,
Separando la tortola
Por quien olvido mis males.

Canta, canta pecho mío,
Olvida tu cruel dolor,
Y en pos del más grato amor
Vuela, vuela presuroso,
Que serás siempre dichoso
Si te vuelves picaflor.

Si te vuelves picaflor,
Será tú siempre querido,
Por las niñas perseguido,
De los hombres envidiado,
Y por *güeno* señalado
...En el libro del olvido.

La belleza más monona
Que puedes haber soñado
En las horas que has pasado
Sumido en el cruel dolor
Te brindará con su amor
Olvidando tu pasado.

Porque es la verdad lectoras
Que el corazón corrompido
Es feliz y bien querido,
Por las bellas seductoras,
Mas con él juegan traidoras
Si no es infiel o atrevido.

Mas... pecho mío, ¡detente!
Basta, cesa de cantar,
Y pues la razón de amar
Con trabajo has aprendido
Rechaza amor fementido
Mas no trates de olvidar.

Y no trates de olvidar
Yéndote por mal camino,
Sigue tu pobre destino
Sin temor y sin recelo
Que tú hallarás el consuelo
Si no haces un desatino.

El payador José Pepe

Cantares⁷

Pasaron, niña gentil,
Mis más juveniles años
¡Lamentando tus engaños
Tus ingratitudes mil!

Que apenas el corazón
Pisó el umbral de la vida,
Cuando se vio acometida
El alma por la pasión.

⁷ *El Martín Fierro*, publicación satírico-burlesca, Buenos Aires, lunes 30 de octubre de 1876, Año 1, n.º 9, pág. 3, col. 2.

Pasión que supo inspirar
Un *lucero* refulgente,
Recuerdo que de la mente
No conseguiré arrancar.

Y aunque me sobra razón,
Las mujeres no maldigo,
Que una tan solo conmigo
Se mostró sin corazón.

Por ella sola he llorado,
Por ella sola he sufrido,
Por ella sola he vivido
Y viviré desgraciado.

El payador José Pepe

Los dos besos⁸

Volaron aquellas horas
En que la mente delira:
Sin cuerdas está mi lira
Y sin fuego el corazón.
Y pues que cantar no puedo
Tus encantos y embelesos,
A una historia de dos besos
Presta, niña, tu atención.

En los inmensos espacios
Dos besos que iban errantes,
Vagos, perdidos, flotantes,
Se llegaron a encontrar.

⁸ Tomado del *Almanaque comercial y guía de forasteros para 1877* (Primer año, Bs. As. Imprenta del Courier de La Plata, calle San Martín, 202, 1876, 64 págs.) en donde fue publicado en la página 11, sin firma. En página 15 este *Almanaque* incluye “Después del teatro” junto con “El Carpintero”, y en página 19 una segunda versión de “Cantares”, estos últimos tres poemas sí llevan la firma de Hernández. El *Almanaque* fue consultado en la biblioteca de la ciudad de Buenos Aires “Manuel Gálvez”, n.º de inventario 09181, n.º topográfico 050.9 SC-3-288.

Y al tocarse levemente,
Yerto el uno y maldecido,
Tembló el otro, como herido
Por aquel roce fatal.

Y entre el éter y las nubes,
Do el trueno tiene su cuna,
Un tibio rayo de luna
Los ilumina a los dos.
Y el silencio interrumpiendo
Que en los espacios reinaba,
Un genio que allí pasaba
Oyó la siguiente voz:

-¿Quién eres?

-¿A dónde vas

Por el espacio infinito?

-Tan fresco tú.

-Tú marchito.

¿De dónde saliste, di?

-Yo soy ternura

-Yo rabia.

-Yo dulzura.

-Yo dolor.

-Yo soy hijo del amor.

-Yo del odio y frenesí.

-Yo vierto un alma en otra alma

Divinizando las dos:

Soy el hálito de Dios,

Soy inocencia y virtud.

-Y yo soy remordimiento,

Infamia, oprobio, perfidia:

Soy maldición, soy envidia

Y perversa ingratitud.

-Yo soy perfume suave,

Soy celestial armonía,

Después del teatro (madre e hija)⁹

-¿Qué es este afán, madre mía,
Que me oprime el corazón?
-¡Ay! En la boletería,
He perdido mi bolsón.

-¿Por qué madre, no contestas?
Esta inquietud, este anhelo...
-Lo perdí, válgame el cielo
¡Lo que saco de estas fiestas!

-¡Con qué atención, con qué afán
Me ha estado mirando Carlos!
-Si no consigo encontrarlo
No tendré ni para pan.

-Esa constancia, ese empeño,
Ese deseo de mirarme...
-En vano voy a acostarme
La bolsa me quita el sueño.

Y con igual contracción
Mas con distinta fortuna,
En su Carlos piensa una,
La otra piensa en su bolsón.

Y al espejo lanza aquella
Una rápida mirada,
Porque sabe que es amada
Y quiere saber si es bella.

Y se retira gozosa
Tinta en el carmín su frente,
Porque la niña inocente
Duerme con sueño de rosa.

⁹ Joaquín Gil lo incluye en su edición del *Martín Fierro* (*Op. cit.* tomo II, pág. 201).

Mientras ésta en un rincón
Gruñe, se afana, y se agita,
Porque su suerte maldita
La ha hecho perder el bolsón.

Y en tanto que una se queja
Otra ríe y se desaliña:
Uno es corazón de niña
Otro es corazón de vieja.

J. Hernández

El Carpintero

Al compás de su herramienta
Mientras trabaja afanoso
Así sus desdichas cuenta,
Así canta y se lamenta
Un carpintero amoroso.

“Es mi vida su mirada,
Y cuando su voz escucho,
Siento mi alma arrebatada
De tierno gozo inundada...
-Muchacho, *trae el serrucho*.

“Brotan de sus ojos bellos
Penetrando el corazón
Esos fúlgidos destellos
Y absorto me quedo en ellos...
-Muchacho, *trae el formón*.

“De sus labios de granada
Se escapa de amor el soplo,
Y es ondeante y perfumada
Su cabellera rizada...
-Muchacho, *trae el escoplo*.

“Y mi vida antes serena
Tornóse agitada y turbia
Cambióse el placer en trena,
De amor gimo en la cadena,
-Muchacho, *traeme la gurbia*.”

“Y cariñoso con ella
Inocente el cefirillo
Juega al mirarla tan bella
Fulgente como una estrella,
-Muchacho, *trae el cepillo*.”

“Por ella es este dolor,
Por ella siento esta pena,
Y ella con su cruel rigor
Desdeña, ¡ingrata! mi amor:
-Muchacho, *trae la barrena*”.

Y amante sigue sus llantos
Y sus eternas disputas,
Aliviando sus quebrantos
Con sus amorosos cantos
Entre tablas y virutas.

J. Hernández

Cantares¹⁰

En el bosque una vieja
Armó sus trampas
Y por cazar un pájaro
Cazó una rata
Cosa que asusta
Que la rata y la vieja
Chillaban juntas

¹⁰ Se publica en el *Almanaque* ya citado, pág. 19.

Y una niña que amaba
Mucho los pájaros
En una jaula de oro
Cazó un canario
Qué coro hacían
Él con sus trinos, y ella
Con sus sonrisas.

A la mar sus anzuelos
Echó una vieja
Y sacó una tortuga
Por toda pesca
Será milagro,
Pero cuentan que al verse
Se saludaron.

Las cristalinas aguas
Movía una niña
Reflejándose en ella
Desde la orilla
Entre sus dedos
Pintados pececillos
Quedaban presos.

J. Hernández

El viejo y la niña¹¹

Cruza un arroyo inocente
Sobre un campo de esmeralda,
Y a su orilla crece un sauce
Reflejándose en sus aguas.
En sus transparentes ondas,

¹¹ “El viejo y la niña”, “Los dos besos”, “El carpintero” y una tercera versión del poema “Cantares” fueron incorporados por Hernández en la 11ª edición del *Gaucha* (*El gaucha Martín Fierro*, 11ª ed., Buenos Aires, Librería “Nueva Maravilla”, 1878). Dardo Cúneo los publica en su edición de Américalee y la colección Archivos los incorpora en versión facsimilar (Hernández, José, *Martín Fierro*, Élica Lois y Ángel Núñez coordinadores, París-Madrid, Colección Archivos UNESCO-CNRS, 2001, págs. 255-257).

Serenas, limpias y mansas,
Varios descuidados cisnes
Su blanco plumaje bañan.
Dos pintados pajarillos,
Saltando de rama en rama,
Enamorados y alegres,
Con sus dulces trinos cantan.
Y las flores caprichosas,
Que crecen entre la grama
Aquel manto de verdura
Entapizan y engalanan.
Y las perfumadas brisas,
Al cruzar en tenue calma,
Rozan leve y suavemente
Agua, cisnes, flor y grama.
Pálido un rayo de sol,
Que se quiebra entre las ramas,
Va a reflejar moribundo
En las cristalinas aguas.
Del verde sauce a la sombra
Un pobre viejo descansa,
Pura la mirada y limpia,
Serena, aunque triste el alma.
A sus trémulas rodillas
Alegre una niña salta,
Y sus sonrosados dedos
Entre sus canas enlaza.
Él las huellas de la vida
Muestra en su faz arrugada,
Y ella refleja en su frente
La pureza y la esperanza.
De la sien del viejo penden
Escasas hebras de plata;
Pues deja tan poco el mundo
Que hasta deja pocas canas.
Y ella los sedosos rizos,
Flotantes sobre la espalda,
Por la brisa acariciados
No suelta, sino derrama.

Él es la verdad del fin,
Es la realidad ingrata;
Y ella es la ilusión risueña
Que da vida a la esperanza.
Él es el árido invierno
Con su nieve y sus escarchas,
Es desierto, soledad,
Repulsión, tinieblas, nada.
Y en la senda de la niña,
La primavera derrama
Todas sus galas floridas
Con generosa abundancia.
Él es la noche sombría,
Ella la aurora galana,
Ella viene, y él se va
Libre de congoja el alma.
Ella en su inquieta inocencia
Jugueteando con sus canas
-¿Por qué motivo, le dice,
Tienes la cabeza blanca?
Fija en la niña el anciano
Pura y serena mirada,
Sus secos labios contrae
Ligera sonrisa amarga.
-“¿No sabes, niña inocente,
No sabes, niña adorada,
Que la vida se parece
A la antorcha que se apaga?
Seductoras ilusiones
Nuestra juventud engañan
Y al retirarse fugaces
El tinte del pelo cambian.
Vienen muchos desencantos,
Muere o se va la esperanza;
Que la esperanza de ayer
Es desencanto mañana.
Y sólo nos deja el mundo
Al terminar la jornada,
Al espíritu congojas

Pero no a los ojos lágrimas.
Solo deja el desengaño
Y tristezas en el alma,
Las arrugas en el rostro
¡¡y en la cabeza las canas!!”
Oyó la niña el sermón
Sin entender ni palabra,
Pues la vida tiene aún
Arcanos que ella no alcanza.
Se fue a arrojar juguetona
Piedrecillas en el agua,
Los cisnes tienden el vuelo
Y el viejo vuelve a su casa.
Las flores siguen creciendo,
Las aguas siguen su marcha,
Sigue el sauce dando sombra,
Sigue el pájaro en sus ramas.
Sigue la brisa apacible
Y al verde follaje arranca
Esa tímida armonía
Que sólo percibe el alma.
Mas yo he seguido hasta aquí,
Y es tiempo de decir basta,
Porque las penas son mías
Y soy dueño de ocultarlas.
Yo soy ese pobre viejo
Lleno de arrugas y canas,
Y es la niña juguetona
La lectura de esta fábula.¹²
Guarda ella sus ilusiones,
Yo mis tristezas amargas,
Ella sus blondos cabellos
Y yo mis escasas canas.
Que ya fugaron veloces
Las ilusiones del alma;
Pues ayer compré un billete
Y no me he sacado nada.

¹² Puede ser una errata. Dardo Cúneo, en su edición de Américalee publica “la lectora de esta fábula”.

Cantares¹³

Yo tengo entre mis libros
Un libro viejo,
Que una vieja lo mira
Con espejuelos.
Y tengo un libro
Que lo ve una muchacha
Con ojos lindos

La viejita leyendo
Pasa el día entero,
Y da vuelta las hojas
Con dedos secos;
Pero la otra
Tiene para las suyas
Dedos de rosa.

A las unas les gustan
Crónicas viejas,
Y gustan a las niñas
Lindas novelas
Mas no me asusto
De que tengan entre ellas
Distintos gustos.

Y para que no digan
Que es impolítico,
Después de estas verdades
Haré un cumplido
Las viejas, ¡vivan!
Que son madres o abuelas
De lindas niñas.

¹³ Tercera versión del poema (*El Gaucho Martín Fierro*, 11ª edición, 1878).

Carta que *el gaucho Martín Fierro* dirige a su amigo
don Juan Manuel Blanes, con motivo de su cuadro
“Los treinta y tres Orientales”¹⁴

Buenos Aires, 20 agosto de 1878

Amigo Don Juan Manuel,
Que se halle, me alegraré,
Sano del copete al pie.
Y perdone que si en su carta
Algún disparate ensarta
Este servidor de usted.

Una suya recibí
Punteada con todo esmero,
Y al verlo tan cariñoso
Dije para mí, a este Blanes,
No hay Oriental que le gane
Como amigo verdadero.

Y aunque me diga atrevido
O que a la luna le ladro,
Como ese bicho taladro
Que no sabe estarse quieto
En todas partes me meto
Y me metí a ver *su cuadro*.

Por supuesto, los diez pesos
Los largué como el mejor,
Yo no soy regatiador,
Y ya dentré a ver después
Los famosos *Treinta y tres...*
¡Ah! ¡¡cuadro que da calor!!

¹⁴ Ricardo Rojas publicó estos versos en la Sección de Crítica, Tomo n.º 10, del Instituto de Literatura Argentina de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, en 1937. Los recibió de Alberto Jackson Muñoz, hijo político de Hernández, suponiéndose su aparición en *El siglo* de Montevideo, entre 1879 y 1880. El poema salió bajo el título “Otros versos de Martín Fierro” e incluyó un fotograbado del cuadro que describe Hernández.

Me quedé medio azorado
Al ver esa comitiva
Lo miré de abajo a arriba
Pero, ¡que el diablo me lleve!,
Si parece que se mueve
Lo mesmo que cosa viva.

Encima le han colocao
Un sol que valdrá un tesoro
Lo habrán puesto, no lo inoro
Como en el naípe español;
Pues habrán dicho esos toros
“A todos alumbrá el sol”.

Y esa gente tan dispuesta
Que su país va a libertar,
No se le puede mirar
Sin cobrarles afición...
¡Si hasta quisiera el mirón
Poderlos acompañar!

Para mí, más conocida
Es la gente subalterna;
Mas se ve que quien gobierna
O lleva la dirección,
Es un viejo petizón
Que está allí abierto de piernas.

Tira el sombrero y el poncho
Y levanta su bandera
Como diciendo “Ande quiera
Que flamé se ha de triunfar,
Vengo resuelto a peliar
Y que me siga quien quiera”

Le está saliendo a los ojos
El fuego que el pecho encierra
Y señalando a la tierra

Parece que va a decir:
“Hay que triunfar o morir,
Muchachos, en esta guerra”.

Y animando aquella gente
Que va a lidiar se precipita,
Mientras se mueve y se agita
Con la proclama del viejo,
Hay uno que dende lejos
Le muestra una crucecita.

Cerca de él, hay otro criollo
De poncho y de bota fina
Se ve que en la tremolina
Hará aujero si atropella,
Ha agarrao la garabina
Como pa darles con ella.

Al lao, el de camiseta,
Ya deja ver que es soldao;
Está muy arremangao
Como hombre resuelto a todo,
Se le conoce en el modo
Que ha sido algún desalmao.

Hay otro de pantalón,
Tirador bordao de seda;
Que le resista quien pueda
Cuando llegue a gritar ¡truco!
Ha echao al hombro el trabuco
Y se ha metido en la rueda.

De pantalón va también
Otro de sombrero al lao;
Es resuelto y animao
Pero de un modo distinto:
Tiene el naranjero al cinto
Y parece más confiao.

Hay otro viejo gritando:
“¡A mí naides me aventaja!
¡En cuanto suena la caja
He de responder al grito!”
Tiene en la mano un corvito
Que ha de estar como navaja.

Ese que está arrodillao
No me deja de gustar,
Uno puede asigurar
Que va a decir -cuanto hable-
“Todos tienen que jurar
Sobre la hoja de este sable”.

Que ha de haber sido algún bravo,
En el ademán se alvierte;
Y para estar de esa suerte,
Dije yo, lo han elegido
O por ser más decidido
O por tener bota juerte.

Me gusta el de casaquín,
Se le nota el movimiento
Como que en ese momento
Tira su sombrero arriba,
A tiempo que pega un ¡viva!
Medio loco de contento.

Pero entre tanto valiente
Dende lejos se divisa
El que en mangas de camisa
Se hace notar el primero
Un gaucho más verdadero
No he visto, ni en los de Urquiza.

Espuela y botas de potro,
Todo está como nacido;
Es patriota decidido,

Se ve que resuelto está;
Para mejor le ha salido
Medio escaso el chiripá.

En el amor y en la guerra
En todo habrá sido igual;
Tiene, en trance tan formal,
El enemigo en contorno;
Pero no olvidó el adorno
De cola de pavo-rial.

Le adivina la intención
Todito aquel que lo vea;
Para entrar en pelea
Revela hallarse dispuesto,
Y de fantástico ha puesto
De dragona la manea.

Lleva su ropa y sus armas
Como quien las sabe usar;
Con gracia sabe arreglar,
Su trabuco en la cintura;
Muestra ser por la figura
Sin asco para matar.

Y además de algunos otros
Me ha llamado la atención
Uno que está en un rincón
Como quien no dice nada,
Se ha largao a la patriada,
Descalzo y de pantalón.

Y yo, para mí decía:
Estos hacen lo que deben;
Y varones que se atreven
Con voluntá decidida
A jugar ansí la vida,
Tal vez ni cigarros lleven.

Van a libertar su país,
Peliando con valentía;
Quizá ni ropa tendrían,
Pero nada los sujeta;
Hasta las mismas maletas
Están, ay, medio vacías.

La garabina y el sable
Que están tirados allí,
Pensé yo al verlos así
O alguno se ha hecho avestruz
O son de aquel de la cruz,
Que los ha dejao aquí.

A la distancia se llevan
El bote los marineros,
Los mismos que lo trujieron
Se retiran apuraos,
Ya se ve, que les hicieron
La compañía del horcao.

Parece que van diciendo:
“Ai quedan sin esperanza,
Y vámonos sin tardanza,
Si viene juerza enemiga;
Tal vez ninguno consiga
Escapar de la matanza”.

Ya los hubiera agarrao
A los que el bote se llevan;
Justo es que a todo se atreva
El hombre que hace la guerra;
Cuando pisaron en tierra
Debió principiar la lleva.

No meto en esta coplada
A todos, pa no cansarlo

Pero debo confesarlo,
Amigo, y se lo confieso,
Yo le saqué los diez pesos
Al cuadro, tanto mirarlo.

Cuente si son *treinta y tres*,
Si en mi cálculo no yerro;
Con esta mi carta cierro,
Amigo, me planto aquí
Ni Cristo pasó de allí
Ni tampoco.

MARTÍN FIERRO.

Índice General

VOLUMEN 1 Obra Periodística I

Cara y cruz de José Hernández, por Gloria Chicote
Ni la muerte los pudo separar, por Noé Jitrik
Presentación Obras Completas de José Hernández,
por José Luis De Diego
Palabras liminares, por Horacio González
Introducción, por María Celina Ortale

Estudio filológico preliminar, por María Celina Ortale

La Reforma Pacífica, Buenos Aires (1860-1861)
El Nacional Argentino, Paraná (1860)
El Litoral, Paraná (1862)
El Argentino, Paraná (1863)
El Eco de Corrientes (1868)
La Capital, Rosario (1868-1869)

VOLUMEN 2 Obra Periodística II

El Río de la Plata, Buenos Aires (1869)

VOLUMEN 3 Obra Periodística III

El Río de la Plata, Buenos Aires (1870)
La Patria, Montevideo (1874)
La Libertad, Buenos Aires (1875)
El Bicho Colorado, Buenos Aires (1876)
El Martín Fierro, Buenos Aires (1876)

VOLUMEN 4
Obra Literaria

Estudio filológico preliminar, por María Celina Ortale

**Vida del Chacho. Rasgos biográficos
del General D. Ángel V. Peñaloza (1863-1875)**

El Martín Fierro (1872-1883)
*Releer el Martín Fierro desde las Obras Completas
de José Hernández*, por Élide Lois
El Moreno de la payada: una épica de la derrota,
por Julio Schwartzman
Características de la edición
El gaucho Martín Fierro (1872-1883)
La vuelta de Martín Fierro (1879)

Miscelánea (1872-1883)
El camino trasandino (1872) Artículo de doctrina práctica
Manifiesto escrito por Hernández y firmado por López Jordán (1874)
Peritexto de la 12ª edición de *El gaucho Martín Fierro* (1883)

Otros poemas (1855-1878)
Criterios seguidos en la edición de los *Otros poemas*
Otros poemas

VOLUMEN 5
Debates Parlamentarios I

Estudio filológico preliminar, por María Celina Ortale

Cámara de Diputados (1879-1881)
Período legislativo del año 1879
Período legislativo del año 1880
Período legislativo del año 1881

Cámara de Senadores (1881)
Período legislativo del año 1881

VOLUMEN 6
Debates Parlamentarios II

Cámara de Senadores (1882-1886)
Período legislativo del año 1882
Período legislativo del año 1883

Período legislativo del año 1884
Período legislativo del año 1885
Período legislativo del año 1886

VOLUMEN 7

Pedagogía Rural. Epistolario. Bibliografía.

Pedagogía Rural (1881)

Estudio preliminar, por María Celina Ortale
Instrucción del estanciero (1881). Edición facsimilar

Epistolario (1865-1882)

Bibliografía general

Bibliografía hernandiana. Horacio Jorge Becco (1872-1972)
José Hernández y Martín Fierro. Bibliografía, 1972-2000.
Susana Romanos Tiratel *et al.*
José Hernández. Bibliografía ampliada, 2001-2014.
Marina Borrell y María Virginia Fuente

"En reiteradas ocasiones se han señalado distintas razones para la inexistencia de una edición de las *Obras Completas* de Hernández. El rutilante éxito y la posterior canonización del *Martín Fierro*, la disparidad de géneros que integran su obra, constituida mayoritariamente por artículos periodísticos y discursos parlamentarios, la ausencia de una producción ficcional sostenida en el tiempo más allá del poema gauchesco fundacional de la literatura argentina con excepción quizás de la *Vida del Chacho* muy hibridada con componentes históricos, y la exigua existencia de unos pocos poemas sueltos, calificados en algunos casos como olvidables, fueron, entre otras, las causas esgrimidas para esta vacancia, especie de olvido editorial hacia la identidad de una trayectoria autorral, más allá de su *opera magna*. Hoy presentamos por primera vez una edición de las *Obras Completas* que intenta revalorizar la significación de los escritos hernandianos más allá de la producción estrictamente literaria, con el propósito de ofrecer un reservorio multifacético de la cultura y la historia argentinas del siglo XIX y, desde esta perspectiva, posibilitar un aporte más a la construcción del pensamiento nacional".

Horacio González.

Este tomo IV de las *Obras Completas* reúne la Obra Literaria de José Hernández y una Miscelánea. Principia el tomo con la tercera versión del ensayo *Vida del Chacho* (1875), en la que Hernández suaviza sus ataques políticos y lima asperezas. Por su parte, para la transcripción de *El gaucho Martín Fierro* y *La Vuelta del Martín Fierro*, se toma como texto base la edición 12ª de *El Gaucho* (1883), y la 1ª de *La Vuelta* (1879), últimas versiones supervisadas por Hernández. Se incorpora, en este tomo, una Miscelánea que incluye el artículo titulado El camino trasandino, que Hernández incorporó en su 1ª edición de *El Gaucho*, y en donde se analizan los pasos a pie a Chile, con un concienzudo estudio histórico. Finalmente, este cuarto tomo comprende Otros poemas de José Hernández, un conjunto de variadas producciones poéticas, en general breves, que Hernández publica entre 1855 y 1878.

